

A young man with wavy brown hair and a serious expression is shown in profile, looking towards the right. He is wearing a dark, high-collared coat. The background is a misty forest with tall, thin trees and falling yellow leaves, creating a magical atmosphere. The title is written in a large, elegant, white serif font, with 'UN' and 'DE' in smaller capital letters.

UN
Tooque DE
MAGIA

NARAH JONES & ALESSANDRA NEYMAR

UN
TOQUE DE
MAGIA

NARAH JONES &
ALESSANDRA NEYMAR

Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Serie Aberdeen

© 2025, Narah Jones & Alessandra Neymar.

© 2025, Todos los derechos reservados.

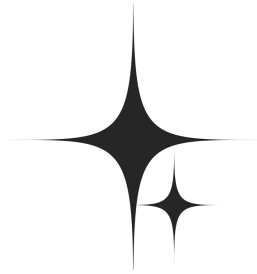
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que continúen publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ilustraciones: ©Alessandra Neymar

Diseño de cubierta: Alessandra Neymar

ÍNDICE



[Índice](#)

[NOTA DE AUTORAS](#)

[SERIE ABERDEEN I](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

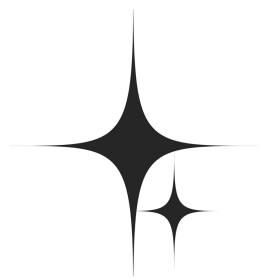
[51](#)

[Test de los Cinco Sentidos](#)

[Sobre las Autoras](#)

[Mantén viva la Magia](#)

NOTA DE AUTORAS



Queridos lectores,

Es un honor para nosotras daros la bienvenida al universo de las mujeres Aberdeen, un viaje que comienza con esta primera entrega, «Un toque de magia». Esta novela no es solo un punto de partida, sino también la culminación de un sueño.

La serie Aberdeen se ha concebida como un conjunto de novelas autoconclusivas interconectadas, cada una ambientada en el misterioso y hermoso norte de Inglaterra. En este mundo, lo sobrenatural, lo romántico y lo emocional se entrelazan con una mirada profundamente femenina, espiritual y sensual.

Cada libro —y por ende cada protagonista— os invitará a descubrir su propia historia de amor, destino y magia, siempre anclada en el extraordinario linaje de las Aberdeen; porque, más que un apellido, este representa una estirpe de mujeres marcadas por la intuición, el deseo y un amor que trasciende lo convencional. Es una invitación a creer en lo imposible, a

enamorarse de lo inesperado y a descubrir que, a veces, la conexión más profunda es aquella que no tiene explicación.

Cabe destacar que a lo largo de esta serie hemos explorado y reinterpretado varios elementos sobrenaturales para construir una historia que, aunque se asienta en lo conocido, ofrece una

experiencia fresca y emocionalmente profunda. También nos hemos tomado la libertad de adaptar algunos conceptos reales como aquellos relacionados con el Archivo de la Biblioteca de York, carreras universitarias o incluso algunas localizaciones. Estas licencias creativas nos permiten construir un universo que va más allá de lo meramente racional.

Esperamos que disfrutéis leyendo esta historia tanto como nosotras hemos disfrutado escribiéndola.

¡Que la magia os acompañe!

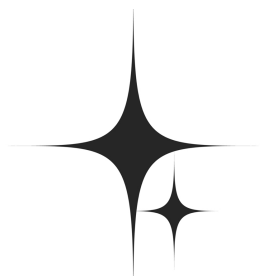
Con cariño,

Narah Jones y Alessandra Neymar.



SERIE ABERDEEN I

1



CHARLOTTE

La última semana de octubre inauguraba mi temporada favorita del año. Y es que la víspera de Halloween me hacía sentir un confort y una armonía que invadían mi interior. Todo adquiría un aroma muy especial y soñador.

Esa tarde, York se había vestido con una ligera niebla y una brisa gélida mecía las hojas secas que cubrían las calles en un otoño ya instalado. La lluvia, a veces solo leve, jugaba con las luces anaranjadas de las farolas y empañaba las cristaleras de los grandes ventanales del edificio. Y, aunque tenía que colocar todos los libros que había en el carrito, no pude evitar acercarme al cristal y dibujar un círculo por el que seguir mirando el exterior.

Trabajaba en la biblioteca desde hacía dos meses. Pese a que acababa de empezar mi último año en Biblioteconomía e Investigación, la baja de la señora Campbell me brindó la oportunidad de sustituirla. No quise perder la ocasión. Después de todo, muy pocos podían experimentar lo que era trabajar en lo suyo antes siquiera de terminar la carrera. Yo había sido afortunada, quizá porque tenía a toda la plantilla cansada de verme. Y es que me pasaba la mitad del tiempo allí metida, entre libros.

—Señorita Aberdeen.

Aquella voz, grave y condenadamente sensual, me extrajo de mis pensamientos. Si no hubiera emanado de un hombre tan odioso, no habría puesto los ojos en blanco antes de girarme y forzar una sonrisa. Ambos supimos que fui muy falsa, pero lo dejamos pasar.

Robert Kingsley era muchas cosas. El director del Archivo del Departamento de Investigación de la Biblioteca Nacional de York, además de un reputado escritor y un recurrente colaborador del magnífico programa La Quinta Dimensión. También era el profesor de Investigación en mi universidad y un visitante ocasional de la tienda de mi abuela.

Pero no solo tenía que soportarlo en el trabajo, en clase y en la televisión los domingos por las noches, sino que, para colmo, tenía que ser muy buena disimulando lo mucho que me gustaba mirarle el trasero.

Sí, el muy cretino estaba para comérselo.

Un hombre de metro noventa de altura, cuerpo espigado y escultural, con un abdomen bien definido cuyos músculos se le intuían bajo el polo. Ojos de un ámbar claro y cautivador, cabello rubio ondulado y abundante. Los mechones de su flequillo marcaban el puente de sus cejas e incrementaban el poder de sus labios carnosos.

Era guapo hasta el hartazgo y no había chica en el campus que no suspirase por él.

Pero Robert Kingsley era también un capullo insufrible.

Secretamente, lo admiraba. Había conseguido tantas cosas con apenas treinta y dos años que era digno de elogiar. Nunca alguien tan joven había alcanzado el puesto de director del Archivo. Eso solo estaba reservado a los mejores y él lo era, sin lugar a duda.

—¿Sí, señor Kingsley?

—Aquí tiene. —Me entregó un documento—. Es la lista de archivos que debe clasificar. A ser posible, antes de que acabe su turno. Gracias.

Y se marchó.

Así, sin más.

No le importó la cara de estúpida que se me quedó ni que mi turno estuviera a punto de terminar. De hecho, faltaban menos de quince minutos para las cuatro y ese trabajo me llevaría al menos una hora. Y Morgana me esperaba. ¡No podía llegar tarde!

Lo hice deprisa, mirando de reojo a ese hombre que de vez en cuando me devolvía una mirada petulante. Si hubiera tenido un poquito más de tiempo, quizá le habría preparado un café con una pizca de sal.

Por suerte, era una chica eficaz y terminé pronto —si pronto se le pude decir a cuarenta minutos—. De inmediato, eché a correr como si no hubiera un mañana. Vivía a unos pocos minutos de allí, en la calle Lendal, pero cada paso bajo aquella fina lluvia era como una apuesta entre mantener la dignidad o acabar abrazando el asfalto con una elegancia cuestionable. Así que me movía como si fuera un pato mareado.

No tardé en visualizar la casa más majestuosa de todo el barrio: mi hogar.

Era una residencia diferente a todas las demás. ¡Qué digo, no había otra igual! Llevaba varios siglos en pie, reinando con ese estilo gótico tan peculiar. Su sello de identidad eran sus bóvedas de arcos puntiagudos y contrafuertes voladores que se unían a una fachada tan oscura como el ópalo. Infundía un misterio tenebroso que hacía temblar hasta al más valiente. Y a la par era como un cuento de Tim Burton.

Destacaba entre las demás, no solo por lo imponente que era, sino porque también albergaba la reconocida tienda de mi abuela. The Raven abarcaba todo el extremo oeste de la casa. Tenía dos amplios ventanales saledizos decorados con cristalerías de colores ocres, que invitaba a los curiosos a descubrir los secretos que guardaba detrás de su vieja puerta negra.

El letrero colgante era un gato pardo removiendo un caldero. Justo a su lado, sobre el marco de la puerta, un cuervo observador daba la bienvenida a los visitantes que nunca cesaban: desde turistas llamados por lo esotérico hasta personas que querían

comunicarse con sus difuntos. Y es que mi abuela, la gran Violet Aberdeen, era la última bruja de una estirpe muy querida, admirada y respetada por todos. Su buen corazón, su gran sabiduría y, como no, su magnífico don la hacían una mujer muy especial y única.

Abrí el portón de la verja principal, dejando a un lado la tienda y su actividad, y crucé el jardín a toda prisa hacia la casa. El sonido de campanillas que colgaban encima de la puerta avisó a mi tía abuela, Meredith, que se asomó desde la cocina limpiándose la harina que tenía en las manos con el mandil.

—¡Hola, tía! ¡Después te besuqueo! —exclamé precipitándome hacia las escaleras.

—Hola, cariño. ¡Llegas tarde!

—¡Lo sé!

No pude escuchar lo que me dijo. Pero sí escuché a mi prima maldecir a todos los espectros y entidades ocultas. Seguramente estaba liada con los cables de la iluminación. Ella era muy buena para unas cosas, pero una negada para la tecnología.

Una leve sonrisilla se me instaló en los labios y entré en su estudio como una exhalación.

—¡Ya estoy aquí! —dije con un jadeo histérico.

Morgana se sobresaltó al verme. Pero yo me centré en el entorno.

Aquella sala estaba perfectamente preparada para el gran especial sobre la Noche de los Muertos. Además, celebraba el primer año de su canal de YouTube, que contaba con más de trescientos mil suscriptores. ¡Todo un logro!

Todo estaba dispuesto meticulosamente para la grabación del capítulo cincuenta y seis de Lady Morgana. La verdad era que mi prima sabía hacer muy bien su trabajo. Era una teatrera de cuidado. Yo me encargaba de la parte más técnica y la ayudaba con la edición de los vídeos.

—Tía, ¿dónde te has metido? ¡Me voy a volver loca! Se me ha olvidado hasta lo que voy a decir... ¡Bueno, eso no, no seamos catastróficas! —dijo haciendo un gesto de calma con las manos.

Profirió un «iaaah!» y respiró hondo—. ¿Estás bien? Parece que te ha estado persiguiendo una manada de zombis hambrientos.

—Vamos muy retrasadas con la grabación. Luego te lo cuento.

—Vale, pero me lo debes, ¿eh? —Me señaló con el dedo.

Me situé detrás de la cámara que había entre los enormes focos mientras mi prima se preparaba para entrar en escena.

Morgana tenía una presencia muy peculiar. Su figura delgada y ágil parecía estar siempre en movimiento, era una fuente inagotable de energía. Su media melena negra mechada con azules y grises le daba ese toque tan suyo, resaltando su pálida piel y esa bonita nariz salpicada de diminutas pecas. Unos de sus sellos de identidad eran sus ojos rabiosamente grises y esos gruesos labios que siempre se pintaba de negro. En general, mi prima era la combinación de dulzura y misterio tan propia de mi clan.

Curiosamente, Morgana había sido adoptada con apenas un año. Como era obvio, no había heredado la genética de mi familia y mucho menos el don que solían desarrollar las mujeres Aberdeen. Pero eso nunca fue un impedimento para ella. Desde que descubrió el mundo esotérico a través de nuestras abuelas había desarrollado una intuición increíble y se había convertido en toda una experta del tarot y los conjuros.

—¡Cuando quieras! —le anuncié tras haber verificado que todos los parámetros estaban listos para grabar.

—Excelente —dijo, y apareció en el plano más que lista para su show.

Iba envuelta en una capa negra con capucha. Debajo, lucía un corpiño de escote pronunciado, y un cuervo de plata colgaba de su cuello. Ese día se había decantado por lucir una peluca larga y negra y un maquillaje ahumado que destacaba sus pupilas grises.

Su apariencia casó a la perfección con la atmósfera del decorado, que era propia de un aquelarre. Las velas proyectaban sombras titilantes sobre las telas negras y naranjas que cubrían las paredes. Al fondo, en una pantalla de proyección, una hoguera

chisporroteaba aportando un tono lúgubre al decorado. El escenario era el sueño de toda bruja o de cualquier amante de lo esotérico.

Morgana se deslizó hacia su asiento como si fuera un espectro. O una bailarina de ballet clásico, según se mirase, porque la muy desquiciada era sensual hasta en pijama.

—¡Bienvenidos, mis almas curiosas! —comenzó con una voz teatral y haciendo un gesto pomposo hacia la cámara—. Esta noche no es una noche cualquiera... ¡Es nuestro aniversario! Un año compartiendo misterios, leyendas y magia. Y además coincide con Halloween. ¡Qué más se puede pedir!

Se inclinó hacia la cámara, como si estuviera a punto de desvelar un secreto prohibido, y continuó hablando en un tono misterioso.

—Hoy, queridos míos, descubriremos algo muy especial. Una historia que ha pasado de generación en generación... Pero antes... —Hizo una pausa expectante y levantó un pequeño caldero de cerámica negra que brilló bajo la luz de las velas—. ¡Necesito vuestra energía!

Metió la mano en el caldero y sacó un puñado de hierbas secas que dejó caer con un movimiento elegante. Luego agitó una varita de madera tallada.

—Que el incienso purifique el aire, que las sombras nos protejan —rezó agitando la varita como si trazara runas invisibles. Luego miró directamente a la cámara con una sonrisa pícara—. ¡Y que YouTube no nos desmonetice por invocar demasiado!

La risa de Morgana rompió el momento solemne, demostrando que, detrás del personaje de bruja teatral, estaba la joven alegre y dicharachera que sus seguidores adoraban.

—Ahora, en serio —añadió, quitándose la capucha y mostrando una mirada cálida—. Gracias por ser parte de este pequeño rincón mágico. Este canal no sería nada sin vosotros. Así que, por un año lleno de hechizos, historias y mucho humor. ¡A por más magia juntos!

Se alejó de la cámara y encendió un pequeño fuego dentro de un recipiente de barro con ruda y laurel.

—¿Preparados para el conjuro del éxito? Dejad vuestros deseos en los comen...

Pero no terminó la frase porque de pronto se abrió la puerta y mi tía apareció toda risueña.

—¡Abuelaaa! —exclamó, sobresaltada.

—¡Ah, perdón, ¿estabais grabando?!

Meredith se hizo la sorprendida y su nieta entrecerró los ojos porque no la creyó. Yo mientras tanto me tragué una carcajada porque ver discutir a esas dos era una fantasía.

—¿Tú qué crees? —protestó Morgana.

—Querida, de verdad que os entiendo, pero os necesitamos. Tenemos la tienda llena. Violet está con una cliente, y la señora Higgins no para de vender remedios para el catarro.

Que esa mujer estuviera echando una mano en la tienda era señal de alboroto que seguramente había allí.

—Y os recuerdo que mañana es Halloween.

—¡No me digas! —ironizó mi prima, pero su abuela siguió a lo suyo.

—Y tengo la cocina llena de galletas listas para empaquetar. ¡No doy abasto!

—¿Galletas de jengibre y canela? —quise saber, pese a que el olor que reinaba en la casa ya lo había delatado.

—Obviamente, querida.

—¿Con crema de dulce de leche? —indagó Morgana.

—Eso no podía faltar. Y han sobrado bastantes. Están pidiendo a gritos engullirse con una taza de té caliente. —Por la sonrisa que nos echó, la tía Meredith ya sabía que nos había convencido—. Venga, grabad después. No tendríamos este caos si no hablaras de The Raven en tu canal. ¡Venga, moved esos culitos esmirriados!

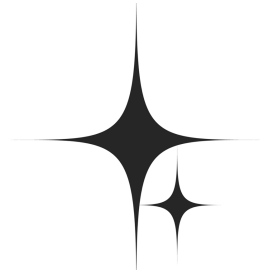
Y se alejó toda alegre.

Adoraba a mi tía Meredith.

Todo lo que Violet tenía de enigmática e imponente, su hermana pequeña lo tenía de dulce y alegre. Eran como un contraste perfecto, el tándem ideal. Siempre juntas y extraordinariamente unidas. Y nos habían criado a Morgana y a mí de modo que nos quisiéramos de la misma forma.

Mi prima resopló risueña y se quitó la túnica y la peluca. Yo apagué las velas y todos los aparatos, y nos encaminamos abajo.

2



ROBERT

La biblioteca era mi santuario. Un lugar donde el ruido del mundo exterior quedaba amortiguado por el peso de los libros y el murmullo contenido de los visitantes. No importaba la época del año, allí dentro siempre reinaba una calma solemne.

Orden.

Eso era lo que más me gustaba.

Desde mi lugar en el piso superior, apoyado en la barandilla de madera, observaba el ir y venir de los estudiantes, sus rostros tensos por los exámenes, sus gestos mecánicos al pasar las páginas. En cierto modo, todos eran predecibles.

Todos excepto ella.

Charlotte.

Si pudiera reducirla a una sola palabra, sería... caos.

Caos en su forma de andar, siempre con prisa, pero sin un destino claro. Caos en su manera de sujetar los libros, como si en cualquier momento fueran a desmoronarse de entre sus manos. Caos en su escritorio, que se mantenía en un estado perpetuo de

desastre, lleno de notas arrugadas, bolígrafos sin tapa y vasos de café vacíos.

Caos era lo que invadía mi mente siempre que ella estaba cerca.

No había ninguna razón lógica para ello. Sin embargo, allí estaba yo, buscando excusas para retenerla un poco más, como si eso fuera a cambiar algo.

La vi moverse por aquel laberinto de estanterías, distraída, con un mechón de su cabello cobrizo cayendo sobre su rostro. Tenía la costumbre de morderse el labio inferior cuando estaba concentrada, y ahora lo estaba haciendo mientras revisaba un libro con la ceja ligeramente arqueada. Siempre parecía estar en su propio mundo.

Se acercó a los ventanales e hizo un círculo en el cristal para contemplar el exterior. Me fastidiaba horrores lo mucho que me atraía saber en qué demonios estaba pensando. Si en algún momento yo llegaría a entrar en sus pensamientos.

Me aclaré la garganta y bajé las escaleras con paso tranquilo antes de encaminarme a ella. Por un instante, me sentí un acosador porque no pude evitar detenerme a observarla.

«Mierda, espero no parecerlo de verdad».

—Señorita Aberdeen.

Primero se estremeció. Después, se congeló y, finalmente, se giró fingiendo una sonrisa amable.

Charlotte tenía una belleza que dejaba sin palabras. Su cabello largo de un cobrizo vibrante caía en ondas desordenadas sobre sus hombros. El brillo de su melena resaltaba con cada movimiento, capturando la luz de una manera que parecía pura magia.

Sus ojos, grandes y de un verde profundo, tenían una mirada penetrante, como si pudieran ver a través de todo. No eran solo ojos, eran ventanas a un alma curiosa y despierta, pero también un refugio al que no podía dejar de mirar. Cada parpadeo, cada destello de emoción, me atrapaba sin remedio. Me atrapó desde el primer día.

Su rostro, delicado pero firme, tenía una expresión que combinaba concentración y una calma irresistible. Las líneas suaves

de su mandíbula y la curva de sus labios la dotaban de una belleza exuberante e irresistible. Y cuando sonreía, aunque fuera un leve gesto, era como si el mundo a su alrededor se iluminara.

Después estaba su cuerpo, que se movía con una gracia natural, casi poética. No era la perfección pulida de las modelos, pero tenía algo mucho más atractivo y cautivador: la seguridad de alguien que se sentía cómoda en su propia piel.

En general, Charlotte era una belleza de esas que no clamaba atención, pero que incitaba irremediabilmente a observar y deleitarse.

—¿Sí, señor Kingsley?

—Aquí tiene. —Le entregué un documento—. Es la lista de archivos que debe clasificar. A ser posible, antes de que acabe su turno. Gracias.

Y me fui. Sin más.

No se me notó nada. Me estaba convirtiendo en un actor impresionante. Su responsabilidad no le permitiría negarse. Era una jugada maestra.

La oí resoplar y, al mirar de soslayo, la vi dedicándome una mirada que podría haber fulminado a cualquiera.

Sonreí para mis adentros.

Bien. Solo tenía que esperar. Unos minutos antes de que terminara su turno, subiría y, de manera casual, le ofrecería acompañarla a casa. No sería raro. Era tarde, hacía frío, lloviznaba y ella no había traído paraguas. Sería una acción lógica. Un gesto de simple cortesía. Inédito, sí, porque nunca lo había hecho, pero nada sospechoso. Nada que delatara que llevaba semanas intentando encontrar la manera de pasar más tiempo con ella, fuera de aquel edificio o de la universidad.

Así que me quedé en el piso superior, hojeando un libro al azar, fingiendo que estaba ocupado. Lo hacía bien. Era bueno simulando indiferencia. Demasiado bueno, aparentemente. Porque cuando miré hacia abajo de nuevo, vi a Charlotte yéndose a toda prisa.

Me incliné sobre la barandilla para observar cómo se precipitaba hacia la puerta de la biblioteca, el cabello rebotando con cada zancada. Encogida en su abrigo con las manos en los bolsillos. Parecía que la estuvieran persiguiendo.

—¿En serio? —murmuré para mí mismo.

De todas las reacciones posibles, aquella fue la más inesperada.

Me pasé la mano por el rostro y apoyé la espalda contra la madera.

Qué estúpido. Qué condenadamente ridículo debía parecer. Intentar planear una forma casual de llevar a alguien a casa. Fingir que no me importaba. Crear una situación para que pareciera natural. Todo para que ella saliera corriendo antes de darme siquiera la oportunidad.

Solté una risa baja y amarga.

—Ni siquiera sé por qué lo intento. —Me froté la frente—. Me ve como una molestia. Un capullo al que ni siquiera soporta.

«Razón no le falta, idiota».

Bueno, era normal. Nuestra relación siempre había sido estrictamente profesional. Vamos, que me había ganado con creces su rechazo.

Un chico, asqueado de la vida, me miró aturdido al verme hablar solo.

Me puse la mano en la oreja y simulé una conversación por los auriculares.

—Ese es el tono de conversación que te interesa, ¿entiendes? El actor tiene que parecer frustrado. —No se me ocurrió otra cosa que fingir que hablaba por teléfono para que ese muchacho no viera al profesor más temido de la universidad perder la cabeza. Y al parecer lo hice muy bien porque soltó una risita.

Me pasé la mano por el cabello y solté un suspiro pesado.

Honestamente, lo que más me desconcertaba de Charlotte no era solo su actitud, sino además su inteligencia. Esa mente tan afilada que tenía, tan rápida, capaz de ver conexiones que otros no

percibían. Esa chispa de claridad que parecía tener en todo lo que hacía.

Me volvía loco.

La forma en que abordaba los temas en clase a sus veintitrés años. Cómo encontraba soluciones que a mí me llevaba horas descifrar. Era algo que me descolocaba.

Había algo en ella que desafiaba todo lo que conocía y sabía. Era como una fuerza sobrenatural.

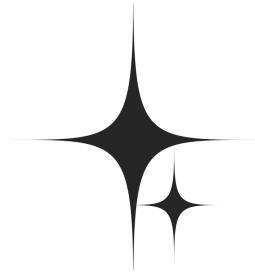
Y eso me frustraba. Porque me sentía atrapado entre dos mundos: el del profesor y jefe y el del hombre que, inexplicablemente, quería estar cerca de ella. No solo por la forma en que me hablaba o me miraba, sino por lo que significaba esa mente tan brillante.

Me atraía, sí. Pero también me incomodaba ese magnetismo que ejercía sobre mí. Charlotte no solo era una estudiante más. Era un desafío, una puerta a algo que no podía controlar.

Y ahí estaba yo, después de haberla visto desaparecer por la puerta, como si todo fuera parte de un plan que ella no sabía que estaba jugando. Un plan que siempre se me escapaba de las manos.

No podía seguir así, pero ¿cómo dejar de intentarlo?

3



CHARLOTTE

El aroma nos guio hacia la cocina, que solía ser el epicentro de todas las reuniones de la casa. Aquella enorme estancia se dividía en dos: la sección del comedor y la sección donde se cocinaba, con una isla central, que estaba ahora plagada de bandejas con deliciosas galletas en formas de calaveras, murciélagos y calabazas glaseadas de colores. Era todo un arte y sabían aún mejor.

Sobre las encimeras esperaban las bolsitas, los lazos y las pegatinas con el logo de la tienda.

—De acuerdo —Morgana dio una palmada—. ¡Vamos a ello!

Teníamos de sobra experiencia haciendo esa labor. Así que, entre galleta y galleta y tacitas de té, fuimos embolsando las pastas y adornándolas con los lacitos antes de acumularlas en la cesta de mimbre que Meredith nos había dejado en la mesa.

—¡Por cierto! —La exclamación de Morgana me sobresaltó—. Cuéntame el chisme.

Sus ojos risueños me observaron a la espera de obtener un buen cotilleo. A mí, ganas no me faltaban.

—Biblioteca, casi las cuatro de la tarde. ¿Qué crees que ha podido pasar, eh? —Alcé las cejas y adopté una mueca cómplice.

—Robert Kingsley. Eso ha pasado —se carcajeó—. Venga, desembucha. —Dejó la bolsita a medio cerrar sobre la isla y se sentó en una silla, atenta.

—No es la primera vez que me encomienda tareas a última hora. Pero hoy parecía especialmente interesado en fastidiarme.

—Si supiera que escogiste tu carrera por la admiración que sientes por él, seguramente te empotraría contra las estanterías y te echaría el polvo de tu vida.

Le tiré una galleta a la cabeza que solo aumentó su sonrisa traviesa. Imaginar a Robert follándome era una prohibición.

«Una que casi no cumples, querida».

—Ese hombre me saca de quicio, te lo juro, Morgana. No puedo con él —resoplé—. No sé por qué me trata así. En la universidad siempre me pregunta a mí a traición, con la cantidad de alumnos que tiene. Y ya ni te digo en la biblioteca, parezco su chacha.

Morgana adoptó una mirada muy peligrosa.

—Eso no le resta atractivo. El muy cretino está condenadamente bueno —suspiró. Ella lo sabía bien. Había tenido un *crush* con él en su tercer año de carrera.

—¿Estamos criticándolo o sacando a relucir sus atributos?

Pero Morgana siguió a lo suyo.

—Con ese culo que tiene podría perdonarle cualquier cosa. Ni qué decir de esos abdominales que se le marcan bajo la camisa. Y esos muslos... No quiero ni imaginarme como tiene que ser su...

Le tapé la boca a tiempo.

—Te estás viniendo arriba, y estamos hablando de mí, ¿recuerdas?

Lo último que necesitaba mi intensa imaginación era hablar del tamaño de su pene.

—Cierto, fallo mío. Cuéntame con todo lujo de detalle, cariño.

Se acomodó en su silla.

—Pues... me ha encomendado la tarea de clasificar unos archivos.

Morgana pestañeó aturdida. Al parecer, no le estaba dando la importancia suficiente y sentí que quizá estaba exagerando. Pero la frustración seguía navegando por mis venas y es que no entendía por qué demonios el señor Kingsley no me soportaba.

—Soy una idiota, ¿verdad? —resoplé un poco agobiada.

Pero Morgana no estaba tan de acuerdo.

—Charlotte, querida, yo creo que aquí hay gato encerrado.

—Sí, que me quiere amargar la existencia.

De pronto, mi prima se puso en pie y desapareció sin decir una palabra, dejándome atontada. Un instante después, regresó con su juego de cartas del tarot, el mismo que le regalé en su décimo cumpleaños y del que nunca se separaba.

Todavía me acordaba de las palabras que me había dicho mi abuela esa mañana cuando salimos a pasear por el centro de la ciudad en busca de algo especial para mi prima.

—Un tarot solo elige a quien está listo para él —dijo Violet, con ese aire de misterio que siempre la rodeaba—. Y parece que este ha elegido a Morgana.

No entendí del todo lo que quiso decir, pero sentí un escalofrío de emoción recorriéndome la espalda y supe que aquello era perfecto.

Morgana tomó asiento de nuevo y comenzó a barajar aquellas cartas con bordes dorados e ilustraciones llenas de colores vibrantes. Estaba tan concentrada que fruncí el ceño.

—¿En serio vas a leerme el tarot? —pregunté atónita.

—Shhh. —Morgana me hizo un gesto con el dedo y entonces cortó la baraja en dos—. ¿Derecha o izquierda?

Silencio. Nos miramos la una a la otra. El tiempo nos había demostrado que mi prima era una intérprete extraordinaria y acertaba con demasiada frecuencia. Así que, en el fondo, me acojonó un poco lo que pudiera decir... o ver.

—Ni de coña —me negué.

—Venga, ánimate, nena. Las cartas quieren saber... ¡y yo también! —sonrió, y yo me resigné porque en realidad la curiosidad

me pudo.

—Derecha —contesté fingiendo aburrimiento.

La verdad no sabía cómo habíamos terminado así. Se suponía que estábamos criticando tan ricamente a mi profesor/jefe. Pero con Morgana nunca podía hacer planes. Era imprevisible.

Extendió las cartas sobre la mesa y adoptó una postura concentrada.

—Hmm...

—¿Hmm qué? —Casi chillé.

No soportaba la tensión que me causaba su interpretación del tarot. El nerviosismo se apoderaba de mí.

—Lo que yo decía. La luna y los enamorados. Cariño, sentimientos ocultos esperando a descubrirse.

—¡Qué dices! —contesté sonrojada.

—Hablan de los dos.

—¿Qué?

—Te empeñas en disimular que estás coladita por tu señor Kingsley...

—¡No es mi señor Kingsley!

—... y a él le pasa lo mismo.

—No te creo.

De pronto, Meredith entró en la cocina.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó antes de echar una ojeada a las cartas—. Uy, pobrecito, qué mal lo está pasando.

—¿Cómo sabes que es un hombre?! —pregunté, atacada.

—La luna invertida, querida. Desprende masculinidad y un erotismo varonil.

Señaló con decisión la carta al tiempo que un calor invadía todo mi cuerpo y mi pulso se desbocaba.

—Además, lo siento cercano a ti. ¿De quién se trata?

Lo preguntó como si solo quisiera confirmarlo. El brillo en sus ojos me dijo que ya intuía el nombre de esa persona. Así que recogí las cartas y disimulé.

—He terminado las bolsitas y hablo en singular porque esta señora —señalé a Morgana, que me observaba toda pícara— no me ha ayudado en nada.

El brusco cambio de tema le hizo gracia a mi tía abuela.

—Mi niña. —Meredith me dio un achuchón—. Tenemos que llevarlas a la tienda.

Alcé las cejas, risueña.

—¿Tenemos?

Nos echamos a reír.

—Piensa que, si vas tú, te librarás de limpiar la cocina. Cosa en la que me va a ayudar Morgana.

—¡¿Qué?! —protestó ella.

—¡Genial!

Le hice una burla juguetona a mi prima y cogí la cesta antes de salir por la puerta de la cocina que daba al jardín principal.

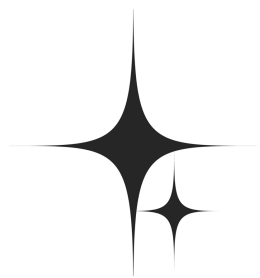
Una ráfaga de aire frío me azotó en la cara y lo agradecí porque ese momento me daría un respiro.

Las cartas no mentían. Las lecturas de Morgana y la tía Meredith menos aún. Pero me convencí de que se habían equivocado. Era imposible que Robert Kingsley sintiera atracción por mí. Y yo por él. Ese hombre era engreído, estirado, egocéntrico y parecía que llevara un palo metido en el culo. Éramos como el sol y la luna.

«La luna... Desprende masculinidad y un erotismo varonil».

Mierda.

4



CHARLOTTE

La calidez de mi hogar me envolvió en cuanto crucé la puerta. Cerré los ojos un instante para que el familiar aroma a romero, madera y guisos impregnara mis sentidos.

Era tarde. Demasiado tarde. Y estaba muy cansado. Había tenido dos conferencias, exceso de papeleo, varias clases, decenas de revisiones de expedientes y un fracaso en forma de huida. Apenas había tenido tiempo de descansar un momento. Me dolía la espalda, sentía una tensión insoportable en los hombros y la mente me bullía.

Así que, después de un día como aquel, llegar a casa era justo lo que necesitaba.

Me pasé una mano por la nuca y masajeeé la zona mientras me dirigía a la cocina.

—No te pases con la sal, Claire —escuché decir a Maggie en tono burlón—. La última vez nos quedó incomedible.

Contuve una sonrisa.

—Qué exagerada eres. No fue para tanto —le dijo mi madre, divertida.

—¿Qué no? Por favor, pero si Robert casi se atraganta con el primer bocado. Tuvo que disimularlo bebiéndose medio litro de agua, el pobrecito mío.

—Otro exagerado... —resopló.

Me apoyé en el marco de la puerta y observé cómo se desarrollaba la escena. Mi madre estaba sazonando unas verduras en la isla central. A su lado, con delantal y una copa de vino en la mano, estaba Maggie Cotter que, además de ser nuestra vecina más inmediata, también era la mejor amiga de mamá.

—No le quites importancia a mis dramas —intervine con una sonrisa. Ambas mujeres me miraron como si yo fuera una especie de creación divina—. Maggie tiene razón: lo pasé de pena.

La mencionada me dedicó una mirada socarrona y alzó su copa, orgullosa.

—Brindemos por sobrevivir a la cocina de Claire.

—¡Os estoy oyendo, par de ingratos! —protestó mi madre, que se dejó besuquear por mí sin apartar la atención de sus cebollas—. Si tanto os quejáis, ¿por qué no ayudáis en lugar de criticar como si fuerais chismosas jubiladas?

Intercambié una mirada con Maggie. Todos allí sabíamos que yo era un inepto para cocinar. Antes resolvería una operación a corazón abierto que preparar algo mínimamente comestible.

—Vale, mamá, pero dame algo que no implique riesgo de incendio —dije, arremangándome la camisa.

—¡Oh, por favor! Te tengo más fe que eso. Toma, corta los pimientos y los calabacines. Y tú, Maggie, vigila que no los destroce.

Me puse manos a la obra, cuchillo en mano, cortando con concentración mientras nuestra querida amiga me supervisaba con gesto crítico.

—No está mal —comentó, llevándose un trozo de pimiento a la boca—. Pero todavía tienes pinta de alguien que no distingue un calabacín de un pepino.

Vale, era mejor cagarla confundiendo verduras que no destrozando un plato. Punto para mí.

—La diferencia es que uno se usa en ensaladas y el otro para fastidiar a los ineptos —repliqué, y ella soltó una carcajada.

Mi madre nos miró con resignación, pero en su sonrisa se reflejaba el cariño de toda una vida. La de noches que habíamos disfrutado de esos momentos... Ni siquiera se podían contar.

—¿Y bien? —pregunté mientras seguía picando—. ¿Cuándo se convirtió en una norma eso de llevar semejante catering a una fiesta de Violet?

Señalé la pila de táperes que había en una de las encimeras.

—Todo el mundo aporta, querido. Se llama comunidad, y tú lo olvidas con demasiada frecuencia —respondió mamá.

—Exacto —asintió Maggie—. Además, no es solo comida. Nos gusta ayudar, compartir... y cotillear un poco.

Ambas se echaron a reír y chocaron sus copas de vino. Fue entonces cuando advertí que a mí también me habían servido una y me detuve a darle un sorbo mientras las observaba.

—¿Y qué clase de cotilleo os traéis ahora? —indagué con falsa indiferencia.

Maggie entrecerró los ojos con picardía.

—Nada que te importe... Por ahora.

—Lo que significa que hablaréis de mí en cuanto tengáis ocasión.

—Por supuesto —dijeron al unísono.

Negué con la cabeza, risueño. Me gustaba esa sensación. Después de todo lo que habíamos vivido, ver a mi madre reír y sentir que aquella casa estaba llena de vida significaba más para mí de lo que podía expresar con palabras.

Todavía recordaba el día en que Maggie se mudó a nuestro barrio hacía más de una década. En nuestro círculo, nadie la veía como una igual. Ella era extrovertida, directa y demasiado honesta para la hipocresía contenida de la alta sociedad de York.

Por aquel entonces, mi madre no le prestaba atención y apenas la soportaba. Digamos que estaba atrapada en su rutina, ajena a todo lo que no encajara en su mundo perfectamente estructurado.

Y un día, esa burbuja en la que ella y yo vivíamos, se rompió.

Todo se vino abajo porque nadie nos avisó que mi familia se hundía sin remedio. Lo descubrimos de la peor manera.

Mi padre escogió ahorcarse en su despacho y dejar por escrito unas disculpas que yo jamás me creí y a mi madre la destruyeron.

Su suicidio no solo nos dejó devastados y llenos de rabia y dolor, sino que nos arrancó de la comodidad de nuestra vida. Porque la razón por la que mi padre decidió quitarse la vida tenía que ver con unas inversiones que no supo controlar y una arrogancia demasiado egoísta.

El mismo círculo de amigos que una vez nos hizo creer que éramos especiales y formábamos parte de algo nos dio la espalda. Abandonaron a mi madre, la convirtieron en el hazmerreír, en el cotilleo favorito de las tardes de té y las noches de póquer.

Pero Maggie estuvo ahí.

Lo estuvo incluso cuando mi madre ni siquiera mediaba palabra.

Ella fue la única que se quedó, incluso cuando nadie la había llamado. La que me esperaba cada noche con un plato de comida caliente. La que se encargaba de sacarme una sonrisa que me daba valor para encarar el resto del día.

Mientras mamá se hundía en su depresión, Maggie entró sin pedir permiso. Se encargó de cuidarnos como nadie nunca lo había hecho, alimentó a mi madre cuando ésta no podía ni salir de su habitación. Y la enseñó a respirar, a recordar que la vida continuaba y podía volver a ser hermosa.

Ella se convirtió en nuestra familia y trajo consigo infinidad de experiencias. Como el universo de The Raven, la tienda de Violet Aberdeen.

Al principio, mi madre no quería ir. Decía que el esoterismo no era lo suyo, la fama de las Aberdeen en su entorno anterior era demasiado negativa y ella tenía mal concepto de todo eso. Pero Maggie insistió y, por primera vez en mucho tiempo, Claire Darcy recordó lo que era ser feliz gracias a esa gente que la acogió con los brazos abiertos. Ni Violet ni Meredith ni todas esas personas le

ofrecieron palabras vacías ni la miraron con lástima. Solo la acogieron con la calidez de alguien que entiende el dolor sin necesidad de preguntas.

Ahora, mi madre seguía siendo la misma mujer elegante y refinada de siempre, pero tenía un brillo en la mirada que jamás le había visto, ni siquiera antes del desastre.

Maggie la había devuelto a la vida. Y yo siempre la amaría por ello.

—Robert. —La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos—. ¿Vas a seguir triturando esos pepinos o piensas comer?

—¿Eh? Oh... sí, claro —respondí, dejando el cuchillo a un lado.

Tomamos asiento en el comedor y disfruté de aquellas delicias que habían preparado para cenar mientras parloteaban emocionadas. Me alegró que no me preguntaran por el trabajo. En ese momento, no quería más que relajarme.

—Por cierto, Robert —comentó Maggie con una sonrisa traviesa—. ¿Por qué no vienes a la fiesta de mañana?

—¿Yo? —pregunté arqueando una ceja.

—Sería bueno que socializaras un poco. Últimamente, solo te vemos enterrado en libros y resoplando por las esquinas.

—Estrés lo llaman —dijo mamá, y no se equivocaba.

—Bueno, no me importaría hacer otra cosa si me pagaran por ello —ironicé.

—No te pagarán, pero tendrás buena comida y una compañía la mar de interesante. —Maggie terminó dándole un toque demasiado insinuante al comentario.

Miré a mi madre, que me observaba expectante. Eso era peligroso. Esas dos estaban tramando algo.

—No vais a dejar que me niegue, ¿verdad?

—Pues no.

Las dos se carcajearon. A veces parecía que habían sido separadas al nacer.

—Está bien —resoplé.

Más tarde, cuando el agua caliente abrazaba mi piel, mi mente solo fue capaz de pensar en una cosa.

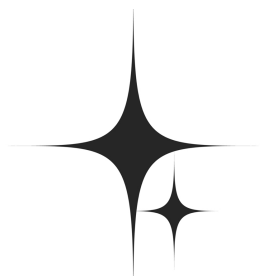
Charlotte Aberdeen.

Esa mujer siempre había sido una presencia imposible de ignorar. Pero nunca me había permitido mirarla demasiado de cerca. Porque sabía que, si lo hacía, no habría vuelta atrás.

Sin embargo, Charlotte estaría en la fiesta. Era «su» fiesta.

La vería. Me vería. Y esa vez... no pensaba apartar la vista.

5



CHARLOTTE

Desperté con la sensación de haber sido atropellada por una estampida de búfalos. El sol, que se colaba a borbotones por las ventanas, me golpeó en la cara sin piedad. Pestañeé aturdida. La espalda me crujó en protesta cuando me incorporé. Justo ahí supe qué error había cometido: dormir en el sofá. Otra vez.

«Mierda», maldije mientras me frotaba la cara y me estiraba como un gato adormilado. Y es que, en algún momento de la madrugada, el cansancio había ganado la batalla y me había vencido, importándole un comino que terminara tendida sobre un montón de cojines incómodos.

Aunque eso no era lo peor.

El premio gordo se lo llevaba Morgana.

Estaba tirada en la alfombra con los brazos y piernas abiertos como si hubiera sido víctima de un exorcismo fallido. Todavía llevaba el disfraz que había usado para el rodaje del vídeo. Tenía su propio pelo enredado a la peluca y la capa liada a las piernas, dándole el aspecto de una guerrera caída en batalla.

Murmuró algo por lo bajo y me incliné un poco para escucharla mejor.

—El espíritu de Lord Blackwood está cerca dice...

Puse los ojos en blanco y me eché a reír.

Otra noche de rodaje bien aprovechada. El vídeo había quedado genial y se había subido con éxito a la red, programado para su lanzamiento. Pero ahora debíamos enfrentarnos a las consecuencias y no eran solamente haber dormido mal.

Miré el estudio. Tazas de café vacías esparcidas por todas partes, migas de galletas y chocolatinas desperdigadas por la mesa. Velas apagadas, incienso consumido y una baraja de tarot medio abierta en un extremo del escritorio. Mi portátil con la pantalla en negro, como si también se hubiera desmayado por agotamiento. El auténtico rastro de dos noctámbulas con exceso de azúcar y una cuenta pendiente con el descanso.

Me obligué a levantarme, sacudiendo los músculos entumecidos al tiempo que me llegaba el rumor de unas voces. Provenían del exterior, y me acerqué a la ventana para ver qué sucedía. Lo que descubrí fue un hervidero de vecinos enfrascados en los preparativos de la «gran noche». Cada uno en su propio mundo, pero trabajando en perfecta sincronía.

La fiesta de Halloween de The Raven era una tradición inquebrantable. Cada año nos superábamos con las decoraciones y la organización. Incluso el ayuntamiento nos había ofrecido entrar en la guía de la ciudad como enclave de interés en noviembre. Negarnos amablemente parecía no haber funcionado porque siempre surgían visitantes espontáneos.

Me encaminé a la cocina. El aroma a café recién hecho me golpeó de lleno al entrar. Bendita fuera mi abuela y su costumbre de preparar una cafetera gigante cada mañana. Me serví una taza y me dejé caer en una de las sillas del comedor.

Tomé un sorbo y dejé escapar un suspiro de alivio.

«Esto sí que es vida». Pero la tranquilidad solo me duró un instante.

Morgana apareció arrastrando los pies y con cara de haberse peleado con un espíritu maligno. Sin mediar palabra, se acercó a mí

y me arrebató la taza de las manos.

—Gracias por prepararme el café, Charlotte. Eres la mejor prima del universo —dijo con voz ronca antes de darle un gran trago.

La miré con incredulidad.

—Serás... cretina.

Morgana chasqueó la lengua y se acomodó en la silla de enfrente. Su descaro no tenía remedio.

Suspiré y me levanté para servirme otra taza.

—Un día de estos te voy a dejar sin café solo para ver cómo sobrevives —protesté.

—No bromees con eso, Charlotte. Es cruel —se mofó.

Negué con la cabeza, sonriente. Por suerte, era sábado y no tenía ni clases ni trabajo. Lo que significaba que, al menos durante unas horas, podía holgazanear.

«Si es que Robert Kingsley te deja».

—Últimamente piensas mucho en él y no precisamente en posición vertical.

Suerte que esa no se había colado en mis sueños.

—Tch...

—Hmm...

—Qué.

Ella entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante como si fuera a soltar una revelación mística.

—Has soñado con cartas del tarot devorándote, ¿verdad?

—¿Cómo demonios lo sabes?! —Sus dotes de predicción a veces me dejaban impresionada.

«¿De verdad que no es bruja?».

—Cariño, ayer te eché una tirada de cartas bastante intensa y el subconsciente te ha traicionado. ¿Qué esperabas? —Agitó una mano en el aire como si fuera obvio—. Además, te conozco.

—Vale, sí —me resigné a admitir—. He soñado con que una carta enorme que intentaba devorarme. Y ha sido horrible. ¡Se me quería tragar entera!

—Interpretación rápida: estás resistiéndote a algo que es inevitable.

Pestañeé aturdida.

—A ver, sorpréndeme: ¿a qué exactamente? —dije antes de darle un sorbo a mi café.

Morgana apoyó los codos en la mesa y me miró con una sonrisa ladina.

—A tu señor Kingsley.

Casi escupo el café.

—¿Qué?!

—¡Oh, por favor, Charlotte! ¿Me vas a decir que, en todo este tiempo, no has notado lo que pasa cuando ese hombre está en la misma habitación que tú?

—Todo el mundo siente atracción por el señor Kingsley —protesté indignada—. Es prácticamente un fenómeno natural. Como la gravedad o los eclipses solares. Es inevitable mirarlo, joder.

Era demasiado imponente para ser real. No se veían hombres como él a menudo. Tenía lógica reaccionar a algo hermoso.

—Ya... Pero no todo el mundo se muere por disimularlo como tú.
—La muy cretina era avispada hasta la saciedad.

Tenía que tomar las riendas de aquella conversación como fuera. Hablar de mi profesor/jefe no era lo más adecuado para mí recién levantada. Mis neuronas no estaban del todo despiertas y me aterrorizaba cagarla.

«Porque sabes que tu prima tiene razón», me dijo esa molesta vocecita interior que tanto se parecía a la de Robert Kingsley.

—Sabes que ese hombre no me soporta —me sinceré.

Morgana alzó las cejas.

—¿Tú crees?

Sonrió con picardía y yo suspiré y me desplomé en mi asiento. Miré al techo. En el fondo, una parte de mí no pudo evitar sentir un pequeño y molesto cosquilleo en el estómago. Porque, maldita sea, por muy descabellado que fuera, tal vez, quizá, querían que las cartas de Morgana tuvieran razón. O no. Estaba hecha un lío.

«Te gusta Robert Kingsley, admítelo». Ni de coña. «Mierda, sí me gusta. Mucho... Muchísimo... Demasiado. ¡Y no quiero que me guste!».

—iiiCharlotte!!! —gritó Morgana de pronto.

El sobresalto por poco me tira de la silla.

—¿Qué demonios...?! ¿Por qué gritas?! ¡Estoy aquí, joder!

—iiiNos estamos haciendo virales!!! —chilló de nuevo agitando el móvil con la mano.

Tan ensimismada estaba en mis pensamientos que ni siquiera me había dado cuenta de que ella se había puesto a navegar en sus redes sociales.

Pestañeé aturdida.

—¿Qué? Pero ¿no se suponía que la publicación sería a las seis de la tarde?

—Al parecer, lo publicamos en el momento, a eso de las cinco de la madrugada... ¡Pero no me importa! ¡Somos virales! —Me tendió el teléfono sin dejar de hiperventilar. La miniatura de nuestro vídeo brillaba en la pantalla—. Cien mil visitas y subiendo. ¡Y cuatro mil comentarios!

Mi cerebro tardó un segundo en reaccionar. No me lo podía creer. ¡Era fantástico!

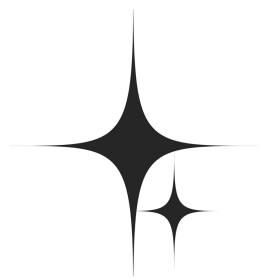
—Dioses... ¿Y qué hacemos ahora?

Morgana me miró como si le hubiera preguntado si la luna era de queso.

—¿¡Qué hacemos!? ¡Petarlo, nena! ¡Voy a pillarme la cogorza de mi vida esta noche!

No sabía cómo decirle que necesitaba otro café para seguirle el ritmo porque con tanto zarandeo y besuqueo ni siquiera podía articular palabra.

6



CHARLOTTE

Si ya habéis terminado con la histeria colectiva, no nos vendría nada mal un poco de ayuda —anunció mi abuela con una voz firme y cálida.

Morgana y yo nos congelamos como dos niñas a las que acaban de pillar haciendo travesuras.

—¿Histeria? —se quejó Morgana, risueña—. Tía, somos estrellas en este momento.

—Eso hemos podido oír yo y toda la tienda —bromeó—. Os felicito por vuestro éxito viral. Meredith ha intentado reproducir el vídeo, pero se ha rendido alegando que...

—«¿Cómo demonios funcionan estos cacharros modernos?» —la imitamos Morgana y yo a la vez antes de carcajearnos con mi abuela.

—Le ayudaré después —sonreí.

—Hazlo, por favor —dijo mi abuela.

Me encantaba cuando se comportaba como una adolescente más pese a su edad.

Me puse en pie de un salto y di una palmada.

—¡Está bien, manos a la obra! —anuncié—. Pero antes dime que al menos habrá comida.

—Han traído varios aperitivos. Pero si no os dais prisa, os quedaréis con las migas.

Morgana pegó un brinco.

—¡Maldición, no podemos permitirlo!

—Si te hubieras movido así de rápido cuando hice las bolsas de galletas... —murmuré mientras la seguía escaleras arriba.

—Lo importante es la motivación, Charlotte. Y la comida lo es.

Solté una carcajada antes de entrar al baño.

Una ducha rápida, ropa cómoda y lista para enfrentar lo que fuera. Porque conociendo a mi abuela, la «ayuda» no iba a ser simplemente colocar un par de cosas y ya.



La tienda estaba patas arriba. Como cada año, The Raven se transformaba en el epicentro de la fiesta de Halloween del barrio. Era un espectáculo ver a las vecinas moverse como un ejército perfectamente coordinado.

Resultaba muy curioso —y, para algunos, incluso absurdo— colocar tanta parafernalia para unas pocas horas de gozo. Pero ahí estaba la gracia. No solo nos reuníamos para la fiesta en concreto, sino también durante los procesos de organización y recoger. Lo que hacía que el evento durase varios días.

—Voy a decirlo —soltó mi prima antes de sentarse en una silla, con una guirnalda de murciélagos enredada en los brazos—. Esto se parece más a un ritual de invocación que a una fiesta de barrio.

Me reí mientras terminaba un centro de mesa con velas en forma de calaveras.

—Sí, pero uno muy bien organizado.

Y cada año éramos más. Se nos estaban empezando a unir hasta familiares de nuestros vecinos que vivían fuera de la ciudad. Pero lo bonito de todo aquello era precisamente que cualquiera era bienvenido a nuestro pequeño gran círculo.

Allí cada uno traía lo que podía. Unos, postres secretos; otros, ponches y aperitivos. Algunos ayudaban con la decoración... y todos, sin excepción, traían chismorreos actualizados.

Morgana me miró risueña. Sabía lo que estaba pensando.

—Ajá. Un buen chisme es lo que me interesa. —Entrecerró los ojos con diversión—. Porque si algo define a este barrio es la cantidad de historias escalofriantes que se cuentan aquí.

Le lancé un cojín que esquivó con facilidad.

A mí no me engañaba. Ambas habíamos tenido la oportunidad de estudiar fuera, en las mejores universidades del país. Sin embargo, habíamos optado por quedarnos. Sabíamos que no encontraríamos un lugar tan hermoso y unido como el nuestro y abandonarlo ni siquiera era una posibilidad.

—Tú y tu espíritu comunitario.

—Pues sí. Todo esto no es solo una excusa para comer hasta explotar y beber ponche sospechosamente cargado. Es la forma en la que el barrio se mantiene unido y me gusta que todos se involucren.

—¿Y desde cuándo te has vuelto la portavoz de los valores vecinales? —bromeó.

—Es parte de la tradición. Historias de terror, leyendas urbanas, fantasmas en los rincones oscuros... Todo eso se comparte aquí. Y no lo cambiaría por nada.

Morgana tomó un terrón de azúcar en forma de calavera y lo hizo girar entre los dedos.

—Para mí la mejor parte es cuando suena la música y las señoras del barrio empiezan a bailar como si volvieran a tener veinte

años.

Solté una carcajada.

—¿Recuerdas a la señora Palmer el año pasado?

La sonrisa de Morgana por poco la tira de su silla.

—¿Que si la recuerdo? ¡Por supuesto!

Como para olvidarlo. Esa encantadora mujer se bebió tres vasos del ponche de la tía Meredith y acabó bailando sobre la mesa con su bastón como si fuera una espada.

Sacudí la cabeza, muerta de la risa.

—Si eso no es espíritu festivo, no sé qué lo es.

Nos miramos con un toque de nostalgia. Lo bonito de todo era la gente, pero ésta no dura eternamente. Y si bien, gozamos de las personas por un tiempo, al final, sin remedio, llegan las despedidas.

Meses después aquella preciosa fiesta, la señora Foden nos dejó. Este año no estaría y su vacío se notaba tanto como bonita era la foto de ella que se había unido en el altar de la tienda a las de aquellos que ya no estaban.

—Este año bailaremos y brindaremos por la señora Palmer —dijo Morgana.

—No te quepa duda —la secundé emocionada, y enredamos nuestros meñiques como cuando éramos pequeñas y nos hacíamos una promesa.

—Charlotte, cielo, ayúdame con esto antes de que me desmaye del agotamiento.

Levanté la vista justo a tiempo de ver cómo la señora Higgins hacía malabarismos con una bandeja cargada de empanadas de calabaza. Mientras tanto, su marido, el siempre impasible señor Higgins, sostenía una tetera con una expresión de: «esto es completamente innecesario, pero aquí estamos».

El matrimonio regentaba la panadería más popular de la zona y eran de sobra reconocidos, no solo por esa relación idílica que mantenían, que ya rondaba los cincuenta años, sino por ese carisma tan peculiar.

Morgana se puso en pie de un saltito emocionada con el olor dulce de las empanadas.

—Señora Higgins, ¿qué haríamos sin usted?

Fue ella la que reaccionó antes que yo y cogió la bandeja para dejarla sobre una de las mesas.

—Seguramente, vivir una vida más saludable —sonrió la mujer, sacudiéndose las manos—. Pero, entonces, ¿qué sentido tendría todo?

El señor Higgins resopló antes de colocar la tetera con precisión milimétrica.

—Si algo me ocurre en esta fiesta, quiero que quede constancia de que fui obligado a venir.

Mi prima y yo nos miramos con diversión.

—Pero, John, querido —dijo su esposa con una dulzura afilada—. ¿Acaso no disfrutas con la compañía, la buena comida y la celebración de la vida?

El señor Higgins ajustó sus gafas y suspiró.

—La compañía, sí. La comida, inevitablemente. Pero la celebración de la vida... en exceso.

Morgana se apoyó en él con afecto.

—Tranquilo, señor Higgins. Lo vamos a mantener con vida lo suficiente como para que pruebe el ponche.

—¡Oh, no, no! —exclamó él con horror real—. No vuelvo a beber nada que salga de la cocina de Meredith.

La panadera se rio al tiempo que cortaba las empanadas para repartirlas.

—Por eso, querido, he traído nuestra propia tetera. Nada de experimentos este año.

No me pude contener y cogí un trozo de empanada más que dispuesta a darle un gran bocado. Tuve un escalofrío de placer al sentir el sabor especiado. ¡Estaba delicioso!

—Dios, señora Higgins, ¿qué le pone a esto? ¿Magia?

—No confirmo ni desmiento —sonrió la mujer con misterio.

Morgana cogió un trozo también y lo devoró en segundos.

—Si esto es magia, entonces debería estar en el menú de todos los aquelarres.

El señor Higgins miró a su esposa con la misma paciencia con la que un hombre observa a alguien que ha repetido la misma travesura durante cincuenta años de matrimonio.

—Y ahí va otra generación cayendo en tus encantos culinarios, *milady*.

La panadera se encogió de hombros.

—Bueno, alguien tiene que mantener a este barrio bien alimentado.

Compartí una mirada cómplice. Precisamente, momentos como ese era lo bonito de ese tipo de eventos. Más allá de las historias de miedo, las luces parpadeantes y el ponche con ingredientes dudosos, The Raven era el corazón de algo más grande. Era una tradición que trascendía generaciones, que unía a desconocidos y fortalecía amistades. Un recordatorio de que, sin importar lo que pasara, siempre habría un sitio donde volver.

Regresé a mi tarea. Las barras donde irían los platos estaban prácticamente listas. Ahora debía asegurarme de que las telas estuvieran bien ajustadas y de que las guirnaldas de luces colgaran en la medida justa para no electrocutar a nadie accidentalmente. No quería que la noche terminara en una tragedia.

Morgana, por otro lado, aprovechó mi concentración para escabullirse a su propio universo digital. El móvil en alto y una mueca pilla.

—¡Atención, criaturas de la noche! —dijo con teatralidad—. Urge decisión comunitaria: ¿de qué debo disfrazarme esta noche? Opción uno: vampiresa de la aristocracia decadente. Opción dos: demonio de la tentación suprema. Voten con sabiduría, mis seguidores oscuros.

Me carcajeé.

—¿Y no puedes decidirlo tú sola como una adulta funcional?

Morgana me miró por encima del teléfono con indignación.

—Charlotte, cariño..., la democracia es importante.

—Sí, claro. Porque después no harás lo que te dé la gana, ¿verdad?

Justo cuando Morgana se disponía a replicar, un par de manos fuertes le rodearon los hombros desde atrás.

—¡Eh, mi demonio de la tentación suprema! —dijo Edward Flynn con tono bromista.

—¡Papá!

Mi prima pegó un bote y no dudó en darle un abrazo de koala.

Sonreí al verlos. Edward era mi único tío, uno de esos hombres que parecían haber nacido con la habilidad natural de iluminar cualquier sitio en el que estaba. Alto, atractivo, con unos ojos azules preciosos, barba recortada y el cabello algo revuelto, vestido con su chaqueta de cuero y vaqueros desgastados. Sí, era un cuarentón muy guapo que tenía a todas las mujeres solteras, divorciadas y no tan divorciadas completamente enamoradas.

—Dioses, cada vez estás más flacucha —protestó antes de alzar las cejas en señal de que iba a empezar a bromear—. ¿Solo te alimentas de los «me gusta»?

—Pues bien que te «gusta» a ti recibirlos en tu Instagram, ¿eh? —respondió ella con una sonrisa pícara.

—La gente adora mis creaciones.

—Ya, por eso siempre sales en ellas y respondes con un emoticono sonriente a los comentarios en los que te tiran los tejos abiertamente.

Edward puso cara de ofendido y la dejó en el suelo con un fingido dramatismo.

—Hija ingrata —replicó sonriente—. Pues he diseñado un nuevo colgante para tu disfraz, pero creo que a Charlotte le vendría mejor.

—¡Ey! —Morgana lo señaló con el ceño fruncido—. ¿Manipulación emocional? ¡Eso es cruel!

—Acéptalo, Morgana. Tu padre es un genio del marketing emocional.

Edward sonrió con orgullo.

—En realidad, os he hecho uno a cada una.

Miré a mi tío con cariño. Edward era el tipo de persona que todo el mundo adoraba: amable, paciente y siempre con una sonrisa en el rostro. Había sido así toda su vida, incluso cuando la tragedia le golpeó de lleno.

Morgana tenía solo seis años cuando Clara, su madre, nos dejó. Un día normal, un trayecto cotidiano, un coche que se sale de su calzada y en un parpadeo todo había cambiado para siempre. Fue un golpe devastador. Para él, para su hija... para todos.

Pero el tío Edward no se permitió hundirse e hizo lo que mejor sabía hacer: amar con todo lo que tenía.

Crio a Morgana con una dedicación absoluta. Jamás dejó que la ausencia de Clara se convirtiera en una sombra opresiva sobre sus vidas. La llenó de historias, de risas, de recuerdos hermosos sobre su madre en lugar de lágrimas. Y con el tiempo, encontraron su propio equilibrio. No solo con Morgana, sino también con Helen, su suegra, que ahora mismo estaba subida de una forma muy precaria a un taburete más que lista para poner una guirnalda.

A diferencia de la mayoría de los yernos en este planeta, Edward tenía una relación magnífica con su suegra. Se adoraban. Helen siempre decía que la vida le había regalado otro hijo, y Edward le correspondía con el mismo cariño. La había incluido en cada detalle de su vida y la de Morgana sin reservas.

Pero lo que más destacaba de él era su talento con las manos. Edward era un artesano joyero excepcional. Creaba piezas únicas, trabajadas con detalle y pasión, que luego Violet ritualizaba y vendía en The Raven. Su tienda *online* gozaba de mucho éxito, en gran parte, gracias a la publicidad de Morgana en su canal. Y aunque él siempre se hacía el modesto, sabía que su trabajo era apreciado en muchos rincones del país.

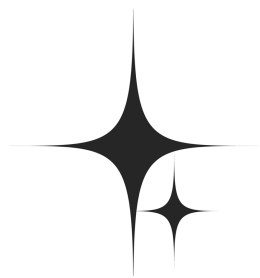
—Y bien, Charlotte, ¿te has asegurado de que todo no termine en caos absoluto? —me preguntó con picardía.

—Bueno, teniendo en cuenta que la mitad del barrio está involucrado en la organización y que cada uno trae lo que puede, creo que lo más caótico será la variedad de aperitivos.

—Y el ponche de la abuela —añadió Morgana con una mueca—. No olvidemos el infame ponche de Meredith.

Edward se echó a reír.

—Bueno, voy a ver en qué puedo ayudar.



CHARLOTTE

La puerta de la tienda se abrió de golpe, haciendo sonar la campanilla.

—¡Entrega especial! ¡Vengo con raciones de felicidad en formato sándwich! —canturreó Anita, que apareció con su habitual energía entusiasta y un par de bolsas de papel en las manos.

Era imposible no sonreír al verla. Anita siempre traía consigo esa mezcla entre encanto seductor y alegría contagiosa. Hacía unos ocho meses que se había instalado en York. La muerte de su querida abuela, la señora Palmer, le llevó a heredar la floristería y ella, lejos de transferirla, decidió darse una oportunidad en la ciudad. Desde entonces, se había convertido en parte del tejido del barrio con la misma naturalidad con la que una enredadera se adueña de una verja.

—Anita, querida, ¡justo a tiempo! —sonrió Violet, mirándola con aprobación mientras dejaba un montón de velas sobre la mesa—. ¿Todo en orden en la floristería?

Se miraron cómplices.

—Más o menos. De hecho, te iba a decir que necesito que me hagas una limpieza mística porque la sal que pusimos detrás de la

puerta ha rebosado.

Meredith, que estaba ajustando unas guirnaldas, resopló divertida.

—¡Oh, cariño! Eso es señal de que tienes visitantes no deseados.

—Y no de los vivos —añadió mi abuela con un aire misterioso.

Anita abrió los ojos de par en par antes de dejar las bolsas sobre la mesa.

—Vamos, no me asustéis. Seguramente, es la humedad o una manifestación de lo desastrosa que es mi vida.

Mi abuela le dedicó una mirada que podría haber derretido el acero.

—¿Y el hecho de que tu abuela mencionara antes de morir que «los espíritus de la floristería son territoriales y tienen muy mal genio»?

Anita parpadeó.

—Sí, bueno, eso no ayuda.

—Yo lo que veo —intervino la tía Meredith con una sonrisa traviesa— es que necesitas más bollos de canela para sobrellevar la situación.

La londinense entrecerró los ojos y sonrió. Una limpieza mística nunca había costado tan poco.

—Sabía que ibais a pedírmelos. Sois peores que mi clientela.

—No, cariño, somos más honestas que tu clientela —se carcajeó mi abuela—. Aunque, además de esos bollos, no le diría que no a ese té tan bueno que haces.

—El mismo al que le pongo un toque de ron, ¿cierto?

—Quizá por eso es tan bueno.

Al tiempo que Anita se reía, mi tío Edward entró en escena luciendo su chaqueta de cuero y una mueca algo tímida.

—Anita —saludó con una voz más relajada de lo habitual.

Y entonces, ocurrió algo fascinante.

De repente, la londinense, que normalmente tenía una elocuencia que lograba que hasta un alérgico le comprara flores, se quedó con la boca abierta. Un parpadeo. Una pausa. Un segundo de vulnerabilidad. Fue tan rápido que solo alguien con un ojo entrenado como el mío podía detectarlo.

Edward, por su parte, también tuvo su momento de torpeza súbita. Se frotó la nuca, incómodo, y bajó la mirada hacia la bolsa de sándwiches como si ésta contuviera todos los secretos del universo.

«Ah, el amor en su fase más ridícula», pensé conmovida.

Anita reaccionó primero. Recuperó la compostura con rapidez.

—¡Edward! —exclamó con una sonrisa—. Justo a tiempo. ¿Tienes hambre?

—Bueno, yo...

Pero mi tío no llegó a terminar la frase porque Anita sacó un sándwich de la bolsa con una precisión espectacular y, sin previo aviso, se lo metió en la boca.

—¡Prueba esto!

Sorprendido, Edward hizo malabarismos para masticar mientras Morgana y yo observábamos la escena con una mezcla de fascinación y bochorno.

—Dioses, qué técnica tan agresiva de coqueteo —le susurré a mi prima, reprimiendo una carcajada.

—No es agresiva, es efectista —me dijo con un aire de conspiradora—. De hecho, sí, soy partícipe.

Me giré hacia ella con los ojos entrecerrados.

—A ver, ¿qué has hecho?

Morgana alzó una ceja con inocencia fingida.

—Le aconsejé a Anita que hiciera estos sándwiches con un ingrediente secreto. Solo así conquistará a mi padre.

La miré asombrada.

—¡Qué! —me sonrió con las mejillas encendidas—. Mi padre merece ser feliz. Y Anita es maravillosa. Así que una cosa llevó a la otra y... Bueno, aquí estamos.

Desde luego esos dos hacían una pareja preciosa. Pero me sorprendía que Morgana, que siempre había sido tan protectora de su padre, deseara juntarlos. Eso quería decir que Anita era la indicada.

—¿Y crees que el pepinillo funcionará? —quise saber.

—Obvio.

Miré a Edward, que finalmente había logrado tragar su sándwich, y ahora observaba a Anita con unos ojos brillantes de aprobación.

—Está... increíblemente bueno.

La londinense sonrió como si hubiera ganado la lotería. Definitivamente, aquello iba a ponerse interesante. Y muy divertido.

Morgana me lanzó una mirada y agitó las cejas.

—Un éxito en desarrollo, querida.

—No lo pongo en duda —sonreí y decidí que había llegado el momento de dejar las dos cajas que sostenía sobre la mesa.

La escena me había cautivado tanto que hasta se me había olvidado de que tenía que colocar los vasos.

—Familia, esta noche tendremos un invitado muy especial en la fiesta —nos avisó la abuela, emocionada, en cuanto colgó el teléfono.

No le di demasiada importancia hasta que mencionó el nombre de Robert Kingsley.

El vaso que acababa de coger se me escapó de la mano y se hizo añicos contra el suelo. Le siguió un silencio absoluto.

—Ups... —murmuré, sin atreverme a mirar a nadie.

—¡Dioses del Olimpo! —Morgana se llevó una mano al pecho y fingió un jadeo dramático—. ¿Qué acaba de pasar? ¡Charlotte ha roto un vaso por los nervios! —Se giró hacia su padre, que la miraba divertido—. Tenemos que llamar a un exorcista. Es indudable que algo le pasa.

Puse los ojos en blanco antes de agacharme a recoger los restos de cristales. Pero mi prima nunca había sido de las prudentes.

—¿No será porque escuchar el nombre de tu querido Robert Kingsley te ha puesto nerviosa?

—¡No es mi querido Robert Kingsley, idiota! —repliqué demasiado rápido, y Edward chasqueó la lengua con diversión.

—Bueno, esa ha sido la defensa más poco convincente que he escuchado en mi vida.

—¿Ves? ¡Es que ni lo disimula! —Morgana se dirigió hacia Violet con los brazos en alto—. Tía, tenemos que aceptar la verdad: nuestra Charlotte ha sido hechizada por los encantos oscuros del señor Kingsley.

—Si por encantos oscuros te refieres a su actitud de profesor exigente y su cara de póquer constante, entonces sí, ¡qué peligroso! —resoplé, terminando de limpiar.

—Anda, no te hagas la dura. Ese hombre te mira como si estuviera intentando descifrar un grimorio antiguo cada vez que apareces. Lo que pasa es que te niegas a aceptarlo.

Por supuesto que sí. Si lo aceptaba estaría admitiendo que me gustaba el señor Kingsley y, para colmo, yo le gustaba a él. Y esa era una fantasía demasiado imposible.

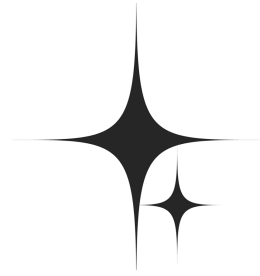
Pero eso no cambiaba que el hecho de que mi profesor/jefe acudiría esa noche.

«Genial. Perfecto. Lo que me faltaba».

Me giré hacia la mesa y tomé otro vaso. Esta vez con mucho, mucho cuidado.

No iba a darle a Morgana la satisfacción de ver cómo se me caía otro más. Aunque, siendo sincera, el solo pensamiento de ver al señor Kingsley en la fiesta hacía que mi corazón latiera a un ritmo muy poco conveniente.

Definitivamente, iba a necesitar un poco de ponche. O mucho.



ROBERT

El vapor aún flotaba en el aire cuando salí de mi baño con una toalla alrededor de la cintura. La ducha había sido rápida, pero suficiente para despejarme. Me detuve frente al espejo. Aún podía sentir la tensión acumulada en mis hombros después de una semana infernal de trabajo.

Solté un suspiro, pasándome la mano por la mandíbula. Mi traje colgaba de una percha perfectamente planchado. Negro, elegante, pero sin la formalidad asfixiante de una corbata. No era una cena de gala, al fin y al cabo. Pero tampoco iba a presentarme con un atuendo informal.

Me acerqué al minibar y me serví una copa. Sabía que la celebración de aquella noche no era un evento cualquiera. Desde que Maggie y mi madre se hicieron amigas de las Aberdeen, se había vuelto una costumbre escuchar historias sobre The Raven y sus legendarias reuniones. Y, por algún motivo que prefería no analizar, esta vez no me había molestado en declinar la invitación.

Mi móvil vibró sobre la mesita de noche.

Ian Jenkins.

No me sorprendió. Si alguien podía llamarme a cualquier hora era él.

A veces, olvidaba cuánto tiempo llevaba formando parte de mi vida. No era simplemente mi amigo. Ian era el hombre que me enseñó a mantenerme en pie cuando todo mi mundo se vino abajo.

Nos conocimos cuando yo tenía veintitrés años, en mi último año de universidad, durante una conferencia. En aquel entonces, mi vida era un desastre incontrolable por culpa del suicidio de mi padre.

Pero más allá del dolor y la impotencia que provoca un suceso así, nos dejó deudas. Montañas de deudas que no solo amenazaban con arrebatarnos la casa en la que había crecido, sino también mi futuro. Cada día era una lucha para mantener mi plaza en la universidad mientras trabajaba sin descanso para evitar que mi madre se hundiera en su depresión. No tenía tiempo para amistades ni para distracciones. Solo sobrevivía.

Y entonces apareció Ian Jenkins.

Al principio, no supe qué pensar de él. Tenía el carisma de alguien que había visto de todo y la seguridad de quien no temía nada. Un hombre de cuarenta años, con la mirada astuta y un talento natural para leer a las personas.

Recuerdo haberlo escuchado con escepticismo, preguntándome cómo alguien podía hablar con tanto entusiasmo de su trabajo, como si cada archivo polvoriento y cada documento perdido fueran piezas de un rompecabezas que valía la pena resolver.

Tras acabar la conferencia, se acercó a mí y, con una sonrisa amable, me dijo:

—Eres el único en la sala que me ha escuchado sin pestañear y, sin embargo, parece creer que todo lo que digo es un disparate.

—Solo me preguntaba cómo alguien puede sentir tanta pasión en lo que hace.

Ian me regaló esa sonrisa suya tan despreocupada que hacía que todo pareciera fácil.

—Ah, muchacho, la pasión no se elige. Te encuentra y te agarra del cuello cuando menos lo esperas.

Quizá fue la honestidad en su tono o la forma en la que evitó impresionarme con frases vacías, pero en ese momento, por primera vez en meses, sentí que alguien realmente me veía y entendía mi mente.

Nuestra conversación no terminó ahí. Ian lograba que se confiara en él sin que uno se diera cuenta. Con el tiempo, supe que él mismo había pasado por tiempos difíciles, que entendía mejor que nadie lo que significaba sostener un mundo que se caía a pedazos.

No tardó en descubrir la situación en la que me encontraba y, sin pedirme permiso, se convirtió en mi guía, mi mentor.

Me consiguió contactos, me orientó en proyectos, me enseñó a ver oportunidades donde antes solo veía barreras. Fue por su apoyo que logré mantener mi beca, conseguir mi primer empleo estable y salvar mi casa. Pero más que eso, me enseñó a creer que podía lograr todo lo que me propusiera. Que no estaba condenado a repetir los errores de mi padre.

Con el tiempo, Ian y su esposa se convirtieron en parte de mi familia. Karen Porter, con su espíritu imparable y su sarcasmo afilado, fue una pieza clave en todo ese proceso. No solo por su apoyo a Ian, sino porque, en más de una ocasión, me puso en mi sitio cuando mi orgullo amenazaba con cegarme.

—Eres brillante, Robert —me dijo una vez, después de verme encerrado durante horas en la biblioteca sin aceptar ayuda de nadie —, pero si sigues llevándote el mundo por delante sin dejar que otros entren, terminarás como una de esas historias trágicas de genios solitarios. Y, francamente, eres demasiado guapo para eso.

Sonreí ante el recuerdo. Karen siempre tenía una forma única de mezclar consejos con comentarios ocurrentes.

Ahora, después de tantos años, Ian seguía siendo el mismo. A sus cincuenta años mantenía esa energía inagotable y ese entusiasmo genuino por cada caso en el que trabajaba, por cada historia que investigaba.

Y yo... Bueno, yo sentía que esa pasión que me enseñó a sentir se me estaba escapando poco a poco.

Había alcanzado mis metas. Tenía reconocimiento, estabilidad. Pero ¿qué quedaba más allá de eso?

Cerré los ojos por un instante. Últimamente, esa pregunta rondaba demasiado en mi cabeza. Y quizá, solo quizá, la respuesta tenía algo que ver con la razón por la que esta vez no había rechazado la invitación a la fiesta.

Me sacudí esos pensamientos. No era el momento para crisis existenciales. Deslicé el dedo por la pantalla para aceptar la llamada y la puse en manos libres mientras empezaba a vestirme.

—Kingsley —soltó Ian con su característico tono paternal. — Dime que aún tienes tiempo de subirte a un tren a Londres y salvar tu dignidad.

Solté una carcajada.

—Si lo que quieres es que me disculpe, no va a pasar.

—¿Disculparte? No, Robert, no. Lo que quiero es entender en qué punto de tu vida decidiste cambiar un fin de semana épico de pádel, carne a la parrilla y whisky de calidad, por una fiesta de vecindario con mantelitos bordados y ponche adulterado.

—No es solo una fiesta. Es importante para mi madre.

—Y eso, amigo mío, es la única razón por la que no te estoy desheredando de nuestra hermandad en este instante.

—No seas dramático —bromeé.

—Robert, iba a darte una paliza en el pádel.

—Siempre crees eso. Y, sin embargo, el marcador dice lo contrario.

—¡Mentira! ¡La última vez casi te gano!

—«Casi» no cuenta, Ian.

Hubo un momento de silencio antes de que él suspirara.

—Mira, no es que me moleste que prefieras honrar tu deber filial y hacer feliz a tu madre. Me parece encantador, casi conmovedor. Lo que me preocupa es que el Robert que yo conozco no cambiaría un fin de semana de relax por una reunión llena de brujas sin una muy, muy buena razón. Y encima no me invites a ella. Sabes que llevo

años detrás de la gran Violet Aberdeen para que venga a mi programa. Eso es una cuenta pendiente.

La Quinta Dimensión siempre había sido un referente en el mundo de la investigación paranormal. Dirigido por Ian y producido por Karen, el programa mezclaba historia, misterio y análisis científico, atrayendo tanto a creyentes como a escépticos. Con los años, habían construido un imperio mediático, convirtiéndose en la voz más influyente del sector.

A pesar de mi escepticismo, había participado en varias ocasiones como comentarista. Mi papel era el del analista racional, el que desmontaba teorías con pruebas y datos. No creía en fantasmas ni en fenómenos inexplicables, pero sí en la historia que los envolvía.

—Es solo un compromiso, Ian.

—Ajá. Y dime... ¿ese compromiso mide aproximadamente un metro setenta, tiene el pelo rojo y una habilidad impresionante para desestabilizarte?

Cerré los ojos con resignación.

—No empieces.

—¿Empiezo? Robert, llevo meses esperando que dejes de actuar como un monje del siglo XIX cada vez que se trata de esa chica.

Abrí la boca para responder, pero Ian me interrumpió con una carcajada.

—Mira, no tienes que decirme nada. Me basta con saber que, por primera vez en años, has cancelado nuestros planes por algo que no es trabajo.

—Eres insoportable —sonreí.

—Y tú estás jodido, amigo mío.

Negué con la cabeza, aunque no pude evitar darle la razón en silencio.

—¿Y Karen qué dice de todo esto?

—¡Oh, está encantada! Cree que ya es hora de que te comportes como un ser humano con emociones.

Alcé una ceja con escepticismo, aunque de Karen me esperaba cualquier cosa.

—Estás exagerando.

—Solo digo que no está mal bajar la guardia de vez en cuando. Disfrutar sin analizarlo todo. No todo en la vida tiene que ser una tesis doctoral sobre los riesgos de sentir algo.

No sé yo si eso de sentir algo por mi alumna era lo más adecuado. Y no sé yo en qué maldito momento Ian se había dado cuenta de que babeaba por ella si solo la había visto de pasada una sola vez.

—De todas formas, diviértete esta noche. O al menos intenta no analizar cada interacción social como si estuvieras resolviendo un caso de conspiraciones. Y si, por algún milagro, decides dejar de lado tu autosabotaje emocional y besar a esa mujer, quiero un mensaje con detalles.

«Besar...».

Joder, si lograba hablar con ella sin que estuviéramos a punto de discutir ya me sentiría orgulloso.

—Oye... ¿Sin corbata?

—Sin corbata —admití sonriente.

—Dioses, ¿quién eres y qué has hecho con mi Robert?

Mi carcajada se mezcló con la suya. Fue una suerte que no viera que me sentía avergonzado.

—Por cierto, ya que me has dejado tirado con nuestro fin de semana de pádel y barbacoa... —empezó, con ese tono que indicaba que estaba a punto de pedirme algo—, necesito que me hagas un favor.

Fruncí el ceño. Sospechaba por dónde iba a ir la cosa.

—Depende —respondí travieso, ajustándome los puños de la camisa negra—. ¿Qué clase de favor?

—Nada que involucre crímenes, lo juro. Bueno, quizá un poco de profanación de tumbas, si surge, claro.

Solté un suspiro. Ya me sentía tentado y el muy cretino lo sabía.

—Dispara...

—¿Recuerdas el reportaje a Snake Pass?

—Ajá.

Llevaba varios meses planeando ese viaje sobre una de las zonas más siniestras de Inglaterra. Y conociendo a Ian, de seguro que lograría darle un punto misterioso al asunto.

—Pues resulta que se nos ha caído Terry del equipo. Su mujer se ha puesto de parto y no podrá venir. Lo tenemos todo atado para la próxima semana, todos los permisos y demás papeleos y no podemos posponerlo. Y como tú tienes una agenda sorprendentemente flexible para ser un hombre con tres trabajos, he pensado en ti.

Me froté la frente. Sabía que esto iba a acabar en algo así y me eché a reír.

—Snake Pass... —repetí con incredulidad—. Ese sitio en mitad de la nada en los Picos de Derbyshire.

—Exacto, el mismo. Estoy armando el reportaje sobre su historia oscura y sus avistamientos paranormales. Hay leyendas de carreteras encantadas, desapariciones extrañas, espectros errantes... ¡El paquete completo!

—Soy el menos indicado para eso, no creo que te sea de mucha ayuda.

—Eres el mejor, Robert. Además, lo vamos a pasar genial—Su voz sonaba divertida, con el mismo entusiasmo de siempre—. Esto es serio. Hay documentos, testimonios y registros que sugieren que algo extraño ocurre en esa carretera. Si hay algo, quiero descubrirlo.

—Sabes que no creo en fantasmas.

—Lo sé —replicó con calma—, pero sí crees en mí. Y necesito a alguien en quien confiar para este viaje.

Respiré el aire hondo mientras consideraba su propuesta. Era cierto. No creía en fantasmas, ni en espíritus, ni en fuerzas sobrenaturales. Para mí, todo tenía una explicación lógica. Pero Ian... Ian tenía un talento especial para desenterrar misterios que otros pasaban por alto. Y lo cierto era que, aunque mi escepticismo seguía intacto, mi lealtad hacia él pesaba más.

—Está bien —dije al final—. Me apunto.

Ian dejó escapar una risa triunfal.

—¡Sabía que lo harías! No te preocupes, Kingsley, prometo no dejar que ninguna alma en pena te arrastre al más allá.

—Muy considerado de tu parte —bromeé.

Sacudí la cabeza con resignación.

—Te mando los detalles luego —añadió—. Pero ahora, ve a tu fiesta y déjate embrujar un poco, anda.

Un viaje a una carretera con fama de estar encantada. Un reportaje sobre fenómenos paranormales. Y si algo había aprendido con los años era que, cuando Ian se metía en algo, siempre terminaba siendo mucho más grande de lo que parecía.

Cerré los ojos por un segundo.

Charlotte.

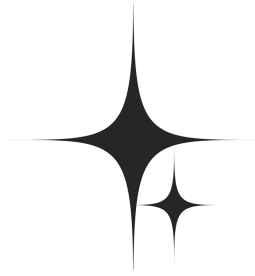
No necesitaba que Ian mencionara su nombre para que estuviera en mi cabeza. Llevaba días ahí. Días en los que me obligaba a ignorar la extraña sensación que me recorría cada vez que pensaba en ella.

No debería afectarme. No podía afectarme.

Pero lo hacía. Y eso era un problema.

Respiré hondo y salí de la habitación.

Una parte de mí sabía que en cuanto viera a Charlotte iba a caer rendido a sus encantos. Otra vez.



ROBERT

Salí del dormitorio y escuché la voz de mi madre llamándome impaciente desde la planta baja.

—¡Robert!

Me dispuse a descender las escaleras bajo la mirada atenta de mi progenitora y su mejor amiga. La primera pestañeó aturdida, como si tratara de procesar una verdad incómoda. La segunda, contenía una carcajada.

—Señoras —saludé en cuanto alcancé los últimos escalones.

Mi madre frunció los labios y se cruzó de brazos.

—¿Se puede saber qué es esto? —protestó, señalando mi atuendo.

Me eché un vistazo. Hasta un ciego habría visto que estaba espectacular.

—Pues un traje impecable mamá.

—Sí, Robert. Me doy cuenta de que es un traje, cariño. Lo que no entiendo es por qué no es un disfraz.

Ah, ahí estaba la cuestión. Alcé las cejas.

—No creí que fuera obligatorio. Pero voy sin corbata. Mira. Eso debería bastar, ¿no?

—¿No creíste que fuera obligatorio?! —Mi madre se llevó una mano al pecho como si acabara de escuchar una blasfemia—. Robert, ¡es Halloween! Todo el mundo va disfrazado.

—Madre, en su origen, Halloween es una vigilia solemne para honrar a los santos y a los muertos. No para que hordas de adultos vestidos de enfermeras zombis se emborrachen con cócteles fluorescentes y perviertan calabazas con luces LED. Mi falta de disfraz no es rebeldía, es fidelidad histórica.

—¡Déjate de precisión histórica, muchacho! —Me soltó un manotazo en el brazo que a punto estuvo de hacerme reír.

Por suerte, Maggie intervino con aire despreocupado.

—Oh, Claire, no seas tan dura con él. Podemos fingir que es un vampiro.

Mi madre se giró hacia ella con incredulidad.

—¿Un vampiro?

—Claro —dijo Maggie, encogiéndose de hombros—. Tiene el aire misterioso, la ropa negra... Solo falta que actúe como si los humanos le molestaran, y eso no le va a costar mucho.

Ignoré el comentario a mi falta de extroversión con la gente.

—Todavía estoy a tiempo de quedarme en casa.

Mi querida progenitora me miró con evidentes ganas de arrancarme los ojos.

—De haberlo sabido, te habría comprado unos colmillos.

—Lo tendremos en cuenta para la próxima.

—Desde luego, eres tan impertinente como un vampiro. —Cogió su bolso y me miró con escepticismo—. En fin, vámonos. No quiero llegar tarde a la mejor fiesta del año.



El camino hacia The Raven no era precisamente largo, pero a mí me pareció una eternidad.

Maggie y mi madre charlaban emocionadas sobre cómo las mujeres Aberdeen lograban cada año una atmósfera tan mágica en torno a aquella festividad. Razón no les faltaba, esa familia era un misterio incluso para mí.

Yo, por mi parte, mantenía la vista fija en la carretera fingiendo desinterés. Pero lo cierto era que solo tenía un nombre en la cabeza.

«Charlotte».

No estaba seguro de qué me inquietaba más: si la posibilidad de que me ignorara olímpicamente o la idea de que me dirigiera una de sus sonrisas sarcásticas y me hiciera sentir como un adolescente hormonado.

Sabía que nuestras familias tenían una relación muy cercana, pero yo siempre había mantenido la distancia. Era un tipo, digamos, bastante hermético. Y no porque los Aberdeen me cayera mal (¡en absoluto!), sino porque nunca había sentido la necesidad de involucrarme demasiado. En realidad, no se me daba bien eso de socializar.

Mi mundo estaba en los libros, en los archivos, en las investigaciones.

Y lo peor era que una parte de mí creía conforme con ello, pese a que a veces deseaba cosas que distaban mucho de ese universo.

Maggie notó mi conflicto interno y se inclinó hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Vamos, Robert, no pongas esa cara de funeral. —Me dio un golpecito en el brazo—. Lo pasarás bien.

—Eso es debatible —murmuré.

Mi madre me miró con ese gesto de dulce paciencia tan habitual en ella.

—Solo tienes que relajarte, cariño. No tienes que dar una conferencia ni escribir un artículo académico.

—¡Oh, vamos, Claire, no le des ideas! —intervino Maggie—. Que todavía se nos anima a subirse a una silla para explicarle a todos los invitados la evolución cultural del Samhain al Halloween moderno.

Puse los ojos en blanco decidido a no entrar en su juego. Pero, claro, eso nunca funcionaba con esas mujeres.

—Aunque —continuó—, es fascinante verte siendo el profesor misterioso y dejar que la multitud se maraville con tu intelecto arrollador.

—Sí, claro —ironizó mi madre—. Justo lo que busca la gente, que en un día como hoy haya una disertación académica.

Maggie chasqueó los dedos.

—Entonces, es oficial: fingiremos que Robert es un vampiro. Será fácil interpretar el papel de un aristócrata inmortal que ha perfeccionado el arte de la indiferencia.

—Me temo que voy a necesitar más contexto.

Maggie sonrió con picardía.

—Piensa que antes los vampiros eran criaturas espeluznantes que dormían en ataúdes y huían de los ajos. Ahora son tipos atractivos con camisas abiertas, miradas intensas y cierto aire a intelectualidad maldita. Y adivina qué...

—No pienso seguirte el juego.

Mi madre asintió, pensativa.

—Tiene sentido. Encajas en el perfil.

—Mamá...

—Bueno, querido, es que realmente podrías haber puesto más esfuerzo en tu disfraz.

Exhalé con resignación.

—Esto es un disfraz. Soy un historiador británico que intenta sobrevivir a un evento social.

Maggie aplaudió.

—¡Perfecto!

Sacudí la cabeza y me hundí un poco más en el asiento mientras ellas continuaban divirtiéndose a mi costa. Definitivamente, necesitaba un trago.

En cuanto llegamos, el ambiente ya estaba completamente transformado. Las luces parpadeaban con un brillo cálido, la fachada estaba adornada con guirnaldas de hojas secas y pequeñas calaveras y flotaba el murmullo típico de las conversaciones mezclado con la música. Todo parecía como un hechizo fascinante.

Respiré hondo y solté el aire lentamente.

«Solo entra. Saluda. No hagas nada raro. No analices cada gesto. Y por todos los dioses, no pienses en Charlotte».

Entramos en The Raven.

El interior estaba abarrotado de vecinos, todos luciendo disfraces de lo más elaborados. Entre risas y saludos, me encontré estrechando manos, recibiendo palmaditas en la espalda y recibiendo exclamaciones de asombro. Lógico, mi presencia en un evento así era una gran sorpresa.

Me limité a responder con mi mejor versión de cordialidad social, procurando parecer lo más relajado posible, y saludé a las anfitrionas a la par que aceptaba de buen grado la copa que alguien me ofrecía. Aunque, en el fondo, lo único en lo que podía pensar era en saber dónde estaba Charlotte.

La conversación con las Aberdeen fluía con naturalidad. Me resultaba curiosa la manera en la que ellas podían hacerme sentir bienvenido sin esfuerzo, como si hubiera formado parte de ese círculo desde siempre.

—Es un placer verte por aquí, Robert —dijo Violet con una sonrisa misteriosa—. Aunque no voy a fingir que no me sorprende.

—Bueno, supongo que siempre hay una primera vez para todo.

—O una madre persuasiva —añadió Edward, travieso—. La mía tiene el talento de hacer que parezcan sugerencias cuando, en realidad, son órdenes encubiertas.

Sonreí al ver que Meredith le soltaba una colleja.

—Eso explica muchas cosas —admití, porque, francamente, mi madre había manejado la situación con la precisión de una estrategia militar.

Violet se carcajeó.

—Oh, vamos, muchacho. Disfruta la velada. No siempre se tiene la oportunidad de asistir a un evento tan... ¿cómo decirlo?

—¿Peculiar?

—Encantador —corrigió ella con un brillo divertido en los ojos—. Aunque he notado que no has seguido el código de vestimenta.

Edward asintió con fingida gravedad.

—Imperdonable. Es Halloween, Kingsley.

—En realidad, voy disfrazado —dije con seriedad, ajustándome la solapa de mi chaqueta.

Violet ladeó la cabeza, expectante.

—¿Estás hablando en serio?

—Soy un investigador de lo paranormal —desvelé, porque lo del vampiro no me cuadraba demasiado—. Escéptico, por supuesto.

La dama Aberdeen entrecerró los ojos y me observó como la poderosa bruja que era.

—Te diré algo... No tienes que creer en los fantasmas para que te encuentren. —Honestamente, me estremecí cuando su mano se apoyó en mi brazo—. Siempre se está a tiempo de descubrirlos mi querido Robert.

Algo en su tono me hizo arquear una ceja, pero antes de que pudiera responder, sentí un cambio en el ambiente.

Fue algo muy sutil, pero que me produjo un escalofrío.

Entonces, la vi y mi cerebro tardó unos segundos en procesar la prodigiosa presencia de Charlotte.

Todo mi alrededor se detuvo. No, más bien desapareció. Solo podía mirarla a ella.

Esa joven se movía con naturalidad, con la gracia despreocupada que siempre había tenido. Pero esa noche... esa noche fue diferente. Charlotte emanaba un aura de puro magnetismo.

Llevaba un vestido negro que abrazaba su figura con una precisión endiablada, dejando al descubierto la piel pálida de sus hombros, donde un leve brillo de luz se reflejaba en cada movimiento. El corsé marcaba su cintura, dibujando unas curvas insoportablemente tentadoras. Su cabello caía en cascadas rojas, enmarcando su rostro obscenamente hipnótico.

Quizá iba de bruja, pero a mí me pareció una diosa capaz de destrozar mi sentido común. Entonces, como si el destino estuviera disfrutando de mi tortura, Charlotte me miró.

Su sonrisa se congeló cuando sus ojos se encontraron con los míos. Y el impacto fue inmediato, como si algo invisible me hubiera dado un puñetazo en el estómago. De pronto, todo lo que había intentado reprimir durante los últimos años, se desbordó dentro de mí con una brutalidad absurda.

Maldita sea, todo mi maldito autocontrol se tambaleó. Se me secó la boca y mis pulsaciones se dispararon. Me convertí en un puñetero desastre. Charlotte no solo estaba preciosa, sino que era un incendio. Y yo acababa de convertirme en el idiota que había traído la gasolina.

Mis dedos se tensaron en torno a la copa como si necesitara anclarme a algo tangible. Por un momento, me imaginé acercándome a ella y besándola como un loco para demostrarle todo el tiempo que llevaba deseándola en silencio.

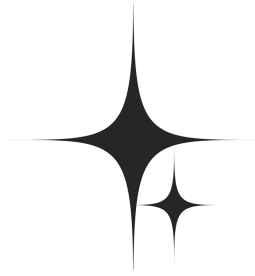
Por suerte, me supe contener, pero quería huir antes de que mi lenguaje corporal me delatara. No lo hice. Porque, en ese preciso instante, ni siquiera podía moverme.

«Contrólate. No es nada».

Respiré hondo. Traté de recuperar el dominio de mis pensamientos, racionalizarlos. El universo tenía un sentido del humor muy retorcido.

Charlotte seguía observándome como si intentara descifrar algo en mí. Como si supiera todo lo que me hacía sentir. Y yo tuve la absurda, inquietante y peligrosa sensación de que estaba al borde de mi propio límite.

10



CHARLOTTE

El tiempo pareció ralentizarse cuando vi a Robert Kingsley. En medio de la multitud, entre disfraces estrafalarios, luces titilantes y el murmullo de conversaciones animadas.

Ese hombre destacaba como una maldita estrella en un cielo nublado. Era un maldito imán para la vista. Y me molestó que todo mi cuerpo reaccionase. Al traidor sin remedio que era mi corazón le pareció buena idea acelerarse bajo aquella mirada ámbar resplandeciente.

Era muy injusto que llevando uno de sus habituales trajes pudiera eclipsar a todo el mundo. Pero lo hacía con una facilidad pasmosa. Su postura relajada, la forma en la que sostenía su copa con ese aire despreocupado y la intensidad con la que observaba su entorno, como si analizara cada detalle con ese cerebro suyo programado para descifrar misterios. Y esos jodidos labios...

Maldita sea, había visto al señor Kingsley incontables veces en la universidad y en la biblioteca. Pero no sé por qué esa noche su carisma enigmático me abrumó. Quizá él no se daba cuenta de que hasta el aire que flotaba a su alrededor se había congelado para adorarlo.

Sin duda, Robert era una creación que desbordaba masculinidad y un erotismo de lo más elegante. Y eso apabullaba a cualquiera. Especialmente a mí.

Respiré hondo y me obligué a apartar la mirada. No podía quedarme ahí eternamente petrificada como una adolescente enamorada. Tenía que actuar y me pareció que la mejor motivación era su madre y Maggie.

Me recompuse como pude, reuní todo el valor del que disponía y avancé con mi mejor sonrisa.

—¡Claire! —exclamé con un entusiasmo genuino.

Su rostro se iluminó al verme.

—¡Charlotte, cielo! —Me tomó de las manos y me miró de arriba abajo con una expresión de absoluta aprobación—. Estás impresionante.

Solté una risita.

—Bueno, es Halloween. Hay que dar un poquito de espectáculo y se me permiten los excesos.

—Oh, cariño, si los hombres de este siglo tuvieran una pizca de buen juicio, estarían peleándose por sacarte a bailar.

Esta vez sí me reí a carcajadas, y Maggie se inclinó hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Creo que uno de ellos sí tiene buen juicio —canturreó en tono burlón, mirando apenas a Robert.

«No reacciones», me dije.

De pronto, apareció el señor Peterson y decidió que ese era el mejor momento para intervenir en la conversación.

—En mis tiempos, los hombres sabían que debían sacar a bailar a una dama cuando lucía así de espectacular.

Su esposa lo miró con una ceja alzada.

—Y dime, querido —dijo ella con una sonrisa afilada—, ¿exactamente cuántas veces me sacaste a bailar en tus tiempos?

Él parpadeó. Sus más de treinta años en la policía local se esfumaron de golpe ante la mirada de su compañera.

—Eh... Bueno... Yo... —Pero no dijo nada más.

—Eso pensé —sentenció la señora Peterson, avivando nuestras risas.

Pero, por algún motivo que escapó a mi comprensión, todas las miradas se desviaron hacia Robert.

—Robert, cariño —dijo Claire curiosamente traviesa—, deberías sacar a Charlotte a bailar.

Silencio. Corto pero aplastante.

Por primera vez, el señor Kingsley, el hombre que siempre tenía una respuesta para todo, parecía absolutamente fuera de su zona de confort. Ciertamente, me observaba con una intensidad que hizo que me temblaran hasta las piernas, pero se le veía... nervioso. Y, si había algo en este mundo que nunca hubiera esperado ver, era a Robert Kingsley nervioso.

Se humedeció los labios, tragó saliva con disimulo y, finalmente, dejó su copa en la mesa más cercana, como si estuviera aceptando un desafío.

Entonces, extendió una mano hacia mí.

—¿Me concederías este baile, señorita Aberdeen?

Su voz era grave, la habitual, pero noté algo diferente, algo más contenido y vulnerable.

Era solo un baile. Solo un maldito baile. Sin embargo, todo mi cuerpo se estremeció, y un ligero cosquilleo recorrió mi columna cuando me decidí a posar mi mano sobre la suya. Ambos notamos cómo mis dedos temblaron bajo su cálido contacto.

—Será un placer, señor Kingsley.

Nos alejamos un poco del grupo, hacia el centro de la sala, donde había espacio suficiente para bailar entre el resto de los invitados que también lo estaban haciendo. Creí tener la situación controlada, pero entonces Kingsley se acercó un poco más a mí y apoyó sus manos en mi cintura como pidiéndome permiso.

Le dejé. Maldita sea, creo que le habría dejado hacerme cualquier cosa en ese momento, incluso empujarme contra la pared y devorarme entera delante de todos. Rodeé su cuello con mis brazos y acorté la distancia entre nuestros cuerpos. Cuando sentí su

pecho pegado al mío fue como si algo en mí se despertara. Sus manos bien ajustadas a mí cintura, firmes y seguras. Por todos los dioses, esa seguridad en él me volvió loca. En realidad, todo él me volvía loca. Para qué negarlo. Había sucumbido a sus encantos de arrogante estirado desde el principio, contra todo pronóstico. Porque Robert Kingsley era la antítesis de los hombres que me gustaban.

La tensión debería haberme contenido, pero no pude evitar que mis dedos repasaran sus hombros mientras me observaba como solo él sabía hacerlo, intenso y categórico.

En ese preciso instante el murmullo se desvaneció. Las luces se volvieron tenues. Solo estábamos él y yo. Y no podía parar de mirarlo. Me dejé consumir por su mirada, que oscilaba entre mis ojos, mis labios y algún punto seguro por encima de mi cabeza.

Sentí que el mundo entero se reducía solo a nosotros, oscilando despacio de un lado a otro. Robert Kingsley podía ser muchas cosas, pero nunca lo había visto tan... auténtico.

Y lo disfruté. Demasiado.

—No imaginé verle aquí esta noche —me atreví a decir, buscando romper ese silencio lleno de electricidad.

—Créame, yo tampoco —suspiró, y no pude evitar sonreír.

—Así que... ¿podemos decir que esto es lo más parecido a un secuestro?

—Más o menos.

—Bueno, en ese caso... —torcí el gesto, divertida—... lo mínimo que puedo hacer es ofrecerle una vía de escape.

Alzó una ceja.

—¿Y cómo planea hacerlo, señorita Aberdeen?

—Fácil —susurré—. Puedo gritar «fuego» y usted se escabulle hacia la salida.

Esta vez su risa fue genuina. Baja, grave. Diabólicamente atractiva. Tanto me gustó que tuve que apretar los muslos.

—No estaría mal. Pero algo me dice que mi madre y Maggie me perseguirían como horcos enfurecidos hasta casa.

—Eso es porque le quieren, pero disfrutan viéndolo sufrir.

—Lo sé mejor que nadie, se lo aseguro.

—Oh, venga, Kingsley. Admita que le gusta.

Su mirada descendió hasta mis labios durante una fracción de segundo. Fue tan efímera que creí imaginarlo. Pero lo noté o eso creía. Mierda, por supuesto que lo noté.

—Honestamente, todo esto no está tan mal —murmuró.

Alcé las cejas, divertida.

—¿Eso ha sido un cumplido, profesor?

—Considérelo un regalo de Halloween.

Su voz pareció invitarme a seguir empujando un poco más. Me dio la sensación de que estaba más accesible que nunca, y no quería evitar perder esa oportunidad, aunque no significara nada.

—Y dígame, ¿alguna vez ha sacado a bailar a alguna mujer o soy su primera víctima?

Sus ojos brillaron traviosos.

—Le sorprendería.

—Ahora me dirá que era el alma de las fiestas en la universidad.
—Me reí.

—No, pero tenía mis momentos.

Entreabrí los labios con fingido asombro.

—¡No puede ser! ¡¿Robert Kingsley, el hombre más estructurado del mundo, ha bailado antes?!

—Aunque no lo creas, señorita Aberdeen, sé moverme.

Mi cerebro decidió que era una gran idea convertir ese comentario en una imagen de lo más explícita y caliente. Y lo imaginé sobre mí, entrando y saliendo de mi cuerpo con embestidas endiabladamente profundas.

Apreté los labios y bajé la mirada, sonrojada.

No. No me iba a permitir pensar en Robert haciéndome el amor justo cuando sus manos se hicieron un poco más fuertes en torno a mi cintura.

Tragué saliva.

—En realidad..., me alegra mucho que haya venido —confesé, tímida.

De pronto, su expresión cambió.

—¿Habla en serio?

Asentí despacio.

—Sí... Ah, yo... creía que me odiaba.

Mi mente viajó a la primera vez que lo vi en persona. Hacía poco que había cumplido los dieciocho años cuando entré en la universidad. Una jovencita entusiasta, con más ideas que filtro, y Robert ya era el hombre al que todos respetaban. Brillante, metódico. Aterradoramente exigente. Insoportablemente atractivo.

Desde el primer momento, la relación entre nosotros fue tirante y bastante incómoda, como si él nunca supiera muy bien qué hacer conmigo. Parecía que mi actitud desenfadada y risueña me convertía en todo lo contrario a lo que él entendía que debía ser una estudiante modélica. Pese a que tenía las mejores calificaciones del curso.

Siempre se dirigió a mí con esa corrección impecable, con esa mirada severa que parecía analizar cada palabra, esperando el momento en el que yo cometiera un error.

Hubo un tiempo en que estuve convencida de que me odiaba. De que mi mera presencia le resultaba molesta. Sin embargo, allí estábamos, bailando y sintiéndonos muy conscientes el uno del otro.

—¿Eso le ha parecido? —indagó.

—Llevamos cinco años con esta dinámica de miradas odiosas y sarcasmo discreto. No es que haya sentido aprecio por su parte, exactamente.

Le sostuve la mirada un segundo.

—Bueno..., lo cierto es que llegué a pensar que era usted quien me odiaba a mí.

—No me lo ha puesto fácil —bromeé, pero él continuó mirándome con esa intensidad que empezaba a quemarme la piel.

—No la odio, señorita Aberdeen. Jamás podría odiarla.

No sé por qué, pero su tono hizo que mi estómago se retorciera un poco. Noté demasiada sinceridad en esa frase.

—Solo soy exigente —añadió.

—¿Exigente? —Solté una carcajada incrédula—. Más bien, insufrible.

Él sonrió con ironía.

—¿Y aun así sigue aquí bailando conmigo?

Entrecerré los ojos. Era un cabronazo que estaba disfrutando con mi rubor. Sabía que me tenía acorralada. Porque, claro, Robert Kingsley era insufrible, irritante y jodidamente frustrante. Pero también era erótico y seductor, y eso era mil veces más peligroso.

Lo miré con suspicacia.

—¿Sabe? Esto me resulta sospechoso —solté con fingida inocencia—. Llevamos varios minutos bailando y no me ha corregido ni una sola vez.

Robert torció el gesto y adoptó una mueca pensativa antes de inclinarse un poco más hacia mí.

—Cierto, debería decirle que tiene los hombros demasiado tensos —murmuró—. O que se está apoyando demasiado en la pierna derecha.

—¡Ajá, lo sabía! No puede evitar ser quisquilloso.

Robert sonrió.

—Pero si la corrijo, lo más probable es que me rebata y entonces terminaremos convirtiendo un simple baile en un ensayo académico sobre la postura ideal para la danza.

—A mí no me parece un simple baile.

La espontaneidad me alcanzó en el momento menos indicado. Pero a Kingsley pareció gustarle.

—En eso estamos de acuerdo.

Mi corazón se saltó un latido. Porque esa vez miró mi boca y no apartó la vista. Sino que la deslizó por todo mi rostro, como si estuviera memorizando cada centímetro de mí.

Entonces, inclinó su cabeza hacia mi oído, encargándose de que sus labios rozaran el lóbulo de mi oreja y sentí su aliento resbalando

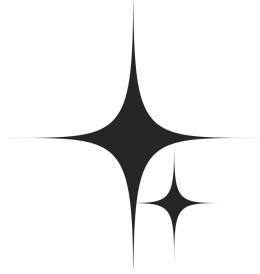
por mi cuello cuando susurró:

—Charlotte, ¿acaso está cometiendo errores a propósito porque desea que la corrija?

Se me cortó el aliento al tiempo que mi pulso estallaba frenético y toda mi piel empezaba a arder. Era el momento más propicio para soltar un comentario sarcástico, pero me quedé sin palabras. Toda mi atención se redujo a su imponente cercanía y al hecho de que no se alejó.

Robert se quedó allí, seguramente disfrutando de los estragos que le había provocado a mi cuerpo. Quizá desafiándome en silencio a que respondiera.

Decidí desviar el rostro y mirarlo a los ojos. En ellos no encontré ni una pizca de burla. Solo intensidad. Y fue entonces cuando me di cuenta de lo jodida que estaba. Porque Robert no era de los que jugaban si no estaba seguro de que iba a ganar.



CHARLOTTE

Nos detuvimos. La música seguía sonando, pero ni Robert ni yo le prestamos atención. Quizá porque nuestro universo en ese momento era la magia que se había instalado en el corto espacio que nos separaba.

Sin embargo, no duró. De pronto, Robert se apartó un poco y recompuso las mangas de su chaqueta. Me pareció que se endosaba de nuevo su actitud de profesor estirado, y no soporté que ese momento de pura conexión entre los dos se acabara tan rápido.

Así que me lancé.

—¿Le apetece una copa? —dije tímida.

Robert alzó una ceja.

—¿Intenta sobornarme para que olvide los errores que ha cometido durante nuestro baile?

Me eché a reír con ganas. Desde luego, era demasiado divertido cuando se lo proponía. Pero decírselo habría alimentado su ego, y mi rubor.

—Me parece que ha olvidado cómo se socializa.

—No me opondré a que me lo recuerde. Siempre y cuando esa copa siga en pie, podría hacer el esfuerzo.

—Qué generoso.

Lo guie hasta la barra más alejada. La fiesta estaba en su punto más álgido, los invitados completamente alocados, así que nadie echaría en falta nuestra presencia.

—¿Ponche de otoño o algo más fuerte? —pregunté algo coqueta.

—Confío en su elección.

—Sabia decisión. No queremos que mi abuela le arrastre a una lectura de tarot si lo ve demasiado ebrio.

Una sonrisa preciosa apareció en sus labios.

—Voy a necesitar más de una copa para que eso ocurra.

Escogí un *whisky* irlandés de la colección más refinada de mi tía abuela Meredith y lo serví en dos copas antes de entregarle una. A continuación, Robert miró hacia el jardín a través de la ventana y le dio un sorbo a su vaso.

—¿Le apetece salir? —sugirió.

Asentí. La verdad es que un rato a solas con él, sin gente de por medio, me intimidaba muchísimo, pero me moría de ganas y eso no podía negarlo. Quizá no viviría otra ocasión para disfrutar de aquella versión de Robert Kingsley y no quería perdérmele.

Nos dirigimos al jardín y nos sentamos en un banco bajo el sauce más grande, de cuyas ramas habíamos colgado unas guirnaldas de luz suave que rompía la oscuridad con sutileza.

El aroma a tierra húmeda y especias flotaba en el ambiente, mezclándose con el murmullo de la música que se escapaba por las ventanas abiertas de la tienda.

Nos quedamos en silencio unos segundos, la brisa removió mi cabello mientras él seguía observándome. Sentía la energía de su cuerpo junto al mío, como si el espacio entre nosotros fuera demasiado pequeño para contenerlo todo.

El escenario era tan mágico como el hombre que tenía a mi lado.

«Mierda, Charlotte, no te pongas nerviosa. Di cualquier cosa, ¡vamos!», me animé.

—Entonces... —carraspeé—, ¿cuándo sale su nuevo libro?

Fue la forma más sutil de decir «vamos a hablar de algo que no implique tensión sexual inmediata, por favor». Una tensión que quizá solo estaba en mi cabeza.

Robert, por suerte, siguió el hilo sin problemas. Era extraño verlo así de relajado.

—En teoría, dentro de ocho meses. Pero el manuscrito antes de Navidad.

—¿En teoría?

—Sí, bueno... Ah, dependo de la inspiración.

Al parecer, Robert era humano y también tenía sus bloqueos. Me resultó curioso detectar que estaba un poco agobiado con su trabajo.

—Vaya, qué raro —bromeé para destensar en el ambiente—. El señor Kingsley dependiendo de otros factores ajenos a sí mismo.

Sonrió bastante cómodo.

—Que conste en acta que se le da muy bien el sarcasmo, señorita Aberdeen.

Cogí aire y agaché un poco la cabeza porque quería ser sincera, pero no me atrevía a mirarlo a los ojos.

—En serio..., estoy deseando leer su nuevo libro. Morgana y yo no dejamos de especular sobre el tema del que hablará.

Era todo un misterio para nosotras e incluso habíamos hecho una apuesta. Mi prima se decantaba sobre la convergencia de culturas entre los siglos IV y X en territorio inglés. Y yo creía que iba a profundizar en las influencias esotéricas paganas y britanas. Pero viniendo de Robert Kingsley, probablemente, sería capaz de mezclar ambos temas en un único libro. Lo cual lo hacía todo mucho más interesante.

Frunció el ceño y me miró curioso.

—¿Detecto admiración?

—¿De verdad la asombra? —Me hice la estoica—. Escogí Biblioteconomía e Investigación por usted.

«Creo que te has pasado de franca, querida», pensé. Pero mis brotes de sinceridad eran una identidad ajena a mí. Detalle que Robert pareció disfrutar muchísimo.

—He de ser muy influyente para que haya resistido tan bien la presión. —Sonó arrogante, y yo me llevé la mano al pecho, fingiendo asombro.

—Por los dioses, cuídese de ofrecer halagos, señor Kingsley. No vaya a ser que le dé urticaria.

Robert negó con la cabeza, risueño.

—Soy plenamente consciente del caos que supone una universidad de primer nivel.

—Por no hablar del último año, en el que cierto profesor se está encargando de añadir todas las dosis de sufrimiento posibles —ironicé.

Lo cierto era que no daba abasto con sus obligaciones.

—Mmm... No la veo sufrir demasiado. Lo solventa tremendamente bien.

—Sobre todo cuando me sugiere, sin molestarse siquiera en mirarme, que rehaga todos los informes y ensayos que le entrego.

—Pero resuelve y está aprendiendo a ser brillante.

Me obligué a ignorar su precioso halago.

—Eso no lo discuto. Pero podría ayudarme a evitar algunos desvelos.

—Lo tendré en cuenta para mis futuros alumnos.

—Oh, qué considerado de su parte.

Robert soltó una carcajada. ¡Una carcajada! Y me contagió. Maldita sea, no quería que aquella noche acabara nunca.

Sin embargo, lo vi mirar el reloj y suspiró.

—Debería irme. Mañana me toca madrugar —comentó un tanto resignado.

Quizá, en el fondo, también estaba disfrutando de mi compañía.

—¿Algún compromiso?

—Sí. Snake Pass —confesó, y yo alcé las cejas.

«No lo hagas, Charlotte. No indagues, nena».

—¿Una escapada romántica?

«Mierda».

Robert me miró más tiempo del debido. Tanto que me costó horrores sostener su mirada. Pensé que, si la apartaba, mostraría demasiado.

«Que estás loca por él es un hecho para cualquiera con un poco de sentido común, cretina». Genial, mi voz interior estaba la mar de activa esa noche.

—Me temo que no —dijo Robert, y el alivio me abofeteó—. Es por trabajo.

—¿Un domingo?

—Ian necesita que lo ayude con un reportaje.

Me incliné intrigada y emocionada a partes iguales.

—¿Ian Jenkins? ¿Ian Jenkins de La Quinta Dimensión?

—Sí.

Si hubiera tenido un poquito menos de sentido del decoro me habría encadenado a su coche para que me llevara con él. ¡Por los dioses, un reportaje de Ian Jenkins era mi maldito sueño perfecto!

—Mi familia y yo somos grandes admiradores de La Quinta Dimensión. ¡Me fascina el programa!

Robert pestañeó aturdido ante la explosión de alegría.

—¿Tanto?

—Es excelente. Aunque debo admitir que siempre espero el momento en el que usted aparece para desmontar las teorías más descabelladas.

Robert soltó una sonrisa preciosa que me recorrió la piel.

—Bueno, alguien tiene que equilibrar el espectáculo.

—¿Y de qué se trata esta vez?

—Una de las tantas locuras de Ian.

No iba a soltar prenda.

—Bueno, en ese caso, espero que disfrute de la cacería fantasmal.

Él parpadeó como si acabara de volver al plano actual y se forzó a ponerse en pie.

—Sí... —Su voz sonó extrañamente ronca.

Vació lo que quedaba de su copa de un solo trago y dejó en vaso en el banco. Ahora evitaba observarme, pero yo no pude quitarle ojo. Reparé incluso en el modo en que se lamió los labios. ¿Estaba tenso o solo me lo parecía a mí? Sea como fuere, no quería que se marchara y me dejara con aquellas ganas de...

«¡Ah, para, para, mantén la cabeza fría!».

En cuanto me puse en pie, me clavó la mirada. Apenas aguanté unos segundos. No me había preparado para que me observara así, como si quisiera saltar sobre mí. Como si no le importara que, por una vez, yo viera al hombre.

—¿Ha traído abrigo? —pregunté un poco nerviosa, sin saber muy bien qué hacer con las manos—. Puedo traérselo y así se ahorra las despedidas.

—No, he venido así.

—¿Quiere que avise a alguien?

—Mi madre y Maggie volverán en coche. Yo prefiero caminar. —Eché mano al bolsillo interior de su chaqueta—. ¿Podría entregarles las llaves?

—Claro.

Sus dedos tocaron los míos, y contuve el aliento. No tenía ni la menor idea del porqué estaba tan nerviosa, pero mi pulso apenas me dejaba pensar con claridad. El ambiente de pronto se había tensado y no sabía muy bien qué hacer para recuperar la complicidad que habíamos compartido.

—Gracias.

Robert empezó a caminar.

—Espere, le acompaño.

Nos encaminamos hacia la verja principal en silencio, uno al lado del otro. En cuanto llegamos, Robert se giró a mirarme y sus ojos se

clavaron en los míos con una intensidad abrumadora y muy peligrosa.

El aire entre nosotros se espesó. Su respiración se hizo más ansiosa, la mía se pausó. Parecía como que nos habíamos quedado suspendidos en el tiempo.

Hasta que su mirada descendió, apenas un segundo, a mis labios. Se me encogió el estómago.

Entonces, súbitamente, Robert acortó la distancia que nos separaba. No me dio tiempo ni a pensar, enseguida me agarró por la cintura con una fuerza seca y contundente y me empujó contra la pared más cercana. Jadeé al impactar contra el ladrillo, pero fue su boca al estamparse contra la mía la que me robó el aire.

El asombro debería haberme noqueado. ¡Robert Kingsley me estaba besando! Pero es que ese beso no fue algo normal.

Sus labios cayeron sobre los míos con una rabia hambrienta, como si quisiera devorarme entera y borrar cada hombre que me hubiera tocado antes. Me besó como si quisiera reclamarme, y provocó en mí una explosión de deseo que llevaba siendo contenido demasiado tiempo.

Sus manos se aferraron a mis caderas, me arrastraron contra su poderoso cuerpo, como si necesitara sentir cada curva, cada centímetro de mí. Y lo noté, estaba brutalmente excitado, empujándose contra mi vientre con una necesidad maravillosamente obscena que me encendió.

Gemí. Fue un sonido crudo que me traicionó. Porque no me habría importado que me devorara allí mismo, hasta dejarme sin aliento. Definitivamente, me habría entregado a él de todas las formas posibles.

Le ofrecí mi boca y su lengua me invadió gloriosamente. Nos comimos como dementes. Maldición, nos devoramos con tanta pasión que creí que aquello era un sueño.

Pero Robert no se detuvo ahí. Una de sus manos subió por la curva de mi espalda hasta llegar a mi nuca y aferrarla con posesión. Mientras tanto, la otra descendía con una lentitud cruel, bordeó mi

pecho, se deslizó por mi cintura y se ancló a mi cadera. No imaginé que su intención fuera recoger la falda de mi vestido y sus dedos se colaron por debajo de la tela con decisión.

—Joder, Aberdeen... —gruñó contra mi boca—. Estás ardiendo... Y eso me vuelve loco.

Claro que lo estaba. ¿Cómo no iba a estarlo si tenía al hombre de mis sueños encima?

Sus dedos ascendieron por mi muslo. Me aferró con fuerza y, con un solo movimiento, levantó mi pierna para que rodeara su cintura. Su cadera se encajó aún más contra mí y pude sentir su erección latiendo con urgencia salvaje.

Sus caricias continuaron ascendiendo, rozando la tela empapada de mis braguitas, y se apoyaron justo donde más lo necesitaba. Mi cuerpo se arqueó y grité sin voz. Robert me estaba tocando en pleno jardín, en mitad de la noche mientras nos besábamos como animales.

Aquello no podía ser cierto. Pero, aunque no lo fuera, me abandoné a sus dedos. Me abrí para él. Me froté contra la palma de su mano, buscando desesperadamente más fricción.

—Maldita sea... —jadeó encendido—. No deberíamos estar haciendo esto.

Pero no se detuvo. En cambio, dejó que sus dedos apartaran la tela. Su pulgar me acarició con una precisión impía. No hubo ternura, solo hambre y una forma única de poseer y castigarme con placer.

Apoyé la frente en su hombro, tratando de no gemir en voz alta. Estaba temblando. Mi cuerpo, sucio de deseo, exigía más, y él enterró su boca en mi cuello para morderlo y lamerlo mientras yo clavaba mis uñas en su nuca.

Sin embargo, aquel encuentro, aquella situación de lo más extraordinaria, no estaba destinada a culminar. Porque Robert se tensó.

Fue como si una alarma hubiera sonado dentro de él. Y se separó de golpe como si una descarga le hubiera atravesado el

cuerpo. Le temblaban las manos, tenía la respiración desbordada, parecía un hombre al borde del abismo. Y yo era ese abismo, que ahora se estaba haciendo pedazos.

Robert retrocedió un paso, con la mirada todavía clavada en mí, como si le doliera lo que acababa de hacer. Como si se odiara por desearme tanto. O quizá se arrepintiera.

—Lo siento... —murmuró asfixiado.

El hechizo que nos había poseído se había quebrado.

—¿Acaba de besarme? —pregunté, sin poder creer lo que acababa de pasar.

Se pellizcó el entrecejo.

—Y será mejor que me vaya antes de que pierda por completo la cabeza y vuelva a hacerlo.

—¿Lo haría?

—¿Y tú, lo aceptarías?

Di un paso al frente.

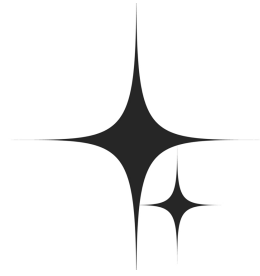
—Sí...

Un silencio denso nos envolvió.

—Debo irme.

Y eso hizo. Se giró, abrió la puerta de la verja y desapareció entre la ligera niebla que se alzaba. Dejándome a mí atrás, sin saber muy bien qué hacer con mis sentimientos. Y cómo calmar el calor que sentía entre las piernas.

12



ROBERT

El trayecto hasta Glossop fue tranquilo, aunque el cielo encapotado y la llovizna intermitente le daban a la mañana un aire melancólico que no ayudaba demasiado a mi ánimo.

El reloj del coche marcaba poco más de las nueve cuando aparqué en una de las calles principales. A pocos metros, había una cafetería que, a juzgar por el aroma a pan recién horneado que reinaba en el ambiente, parecía una de las mejores opciones para matar el tiempo mientras esperaba a Ian y a su equipo.

Bajé del coche, me ajusté mi parka y crucé la calle. Hacía un frío espantoso, por eso agradecí el ambiente cálido del interior de la cafetería. Me dio la bienvenida el murmullo de las conversaciones matutinas, el tintineo de tazas de fondo y el tentador aroma a café y bollería. Así que me acerqué al mostrador, pedí un café largo y un croissant y me dejé caer en una mesa junto a la ventana.

El cielo seguía cubierto de nubes densas y la llovizna persistía con una insistencia casi tediosa. Aflojé el nudo de la bufanda y me pasé una mano por **la** nuca, tratando de sacudirme el letargo. Me decidí a mirar mi móvil. Ian me había escrito hacía un rato para informarme de que estaba por llegar, y le envié mi ubicación. Todo

normal, hasta que la tentación me llevó a mirar la cuenta de Instagram de The Raven.

«Sal de ahí, Robert. Ahora», pensé. Pero entonces, la vi.

Una foto de Charlotte en la fiesta, con ese precioso vestido negro ciñéndose a su cuerpo y esa melena roja de puro fuego a juego con esa ardiente boca y una mirada afilada.

Los ojos de Charlotte eran mi condena. No por ese verde intempestivo ni por esas pestañas misteriosamente oscuras. Sino por cómo me miraba. Como si supiera todos los secretos que yo escondía sobre ella. Y cuando eso sucedía, dejaba de ser yo. El investigador, el profesor, el tipo que se escondía tras la lógica. Todo eso desaparecía y surgía el hombre visceral y primitivo.

Un calor absurdo me subió por la nuca. Sentí un leve y molesto hormigueo en la piel, como si mi propio cuerpo estuviera reaccionando sin mi permiso. Otra vez.

Respiré hondo y bloqueé la pantalla.

Ni siquiera me había dado cuenta del momento en que me habían servido el desayuno. Y la lluvia seguía cayendo. Pero yo solo podía pensar en Charlotte.

Había intentado dormir. Lo juro. Me metí en la cama con el cuerpo encendido, los músculos tensos y su nombre ardiéndome en la boca. Pero al cerrar los ojos, volví a ese maldito jardín. Volví al instante en que todo mi autocontrol se hizo añicos y la empujé contra la pared. No podía olvidar la forma en que su cuerpo se había frotado contra el mío, cómo rodeó mi cintura con su pierna. Su respiración caliente, sus gemidos contenidos. El tacto de sus braguitas húmedas contra la palma de mi mano.

No fue una fantasía. Había pasado de verdad. Charlotte me había ofrecido su boca, se entregó a mis dedos. Se aferró a mis hombros y se movió contra mi mano. Noté su deseo por mí con la misma rabia con la que yo la deseaba a ella. De haber estado en un lugar privado, seguramente habríamos follado como animales. Pero supongo que ambos fuimos capaces de conservar la última gota de sentido común.

Al regresar a casa, pensé en tocarme. Claro que lo pensé. Estuve a punto. Me moría por introducir mi mano bajo el pantalón y apretar mi erección hasta derramarme en mis dedos.

Pero no lo hice.

Me lo prohibí.

Como si eso fuera a arreglar algo. Como si contenerme fuera a lograr que el deseo desapareciera o reprimirme sirviera de algo cuando aún sentía su sabor en mi boca.

Hice bien en irme. Si me hubiera quedado un segundo más, habría terminado haciéndola mía allí mismo. En medio del jardín. Sí, me habría hundido en ella sin pensarlo. Quizá, más tarde, me habría arrepentido. Pero ese momento habría sido nuestro, uno que llevaba demasiado tiempo grabado en mi sistema.

Charlotte Aberdeen no era solo deseo. Era una maldita necesidad. Y me lo dijo. Me lo dijo con los labios todavía hinchados por el beso, con la voz rota: «Sí, lo aceptaría».

Maldita sea. ¿Cómo demonios iba a olvidarla después de eso? ¿Acaso ella sentía lo mismo que yo? Charlotte me había correspondido. Siempre había sabido que le imponía, que le causaba mucho respeto y que le intimidaba mi presencia, pero nunca me planteé que una de las razones fuera la atracción. Podía fingir que fue un momento casual, que solo bailamos y que la noche, el whisky y el ambiente nos jugaron una mala pasada. Pero mentiría.

Charlotte estaba hecha para mis brazos. Su calor, su risa, hasta su maldito perfume seguía en mi piel. La forma en que se mordió el labio. La forma en que yo quise hacerlo por ella.

Probablemente había sido un error, pero no me arrepentía, aunque ahora me tocara fingirlo.

—Robert Kingsley perdido en sus pensamientos. —Levanté la vista y allí estaba Ian, observándome risueño—. ¿Por qué será que no me sorprende?

—Es demasiado temprano para tus habituales impertinencias, Jenkins —ironicé.

Su carcajada solo fue un aviso del abrazo que me entregó. A continuación, saludé al resto de mis preciados compañeros, que tomaron asiento como si acabaran de conquistar el local.

Sam, el cámara, era un tipo alto y desgarrado con el pelo recogido en un moño desordenado, siempre con un cigarrillo apagado entre los labios. Tony, el editor de sonido, era todo lo contrario, bajo, robusto y con una expresión de hastío perpetuo que me había provocado alguna que otra sonrisa. Y por último estaba Aldric, el psíquico irlandés de piel tostada, mirada amable y un aura de calma. El único que parecía estar conectado con otra dimensión sin tener que fingirlo.

Verlos allí hizo que de inmediato me concentrara en la razón por la que estábamos en Glossop: el misterio de Snake Pass.

Volví a otear el exterior mientras mi equipo charlaba distendidamente sobre qué desayunar. Aquel bonito pueblo parecía atrapado en el tiempo. Casas de piedra oscura, farolas parpadeantes bajo la llovizna, calles adoquinadas. La niebla descendía desde las colinas como un animal lento. Todo parecía envuelto en algo sombrío y fantasmagórico. Ideal para un episodio de La Quinta Dimensión.

Snake Pass era un tramo de carretera serpenteante que cruzaba los Picos de Derbyshire envuelto en neblinas densas y leyendas oscuras. Un punto negro en el mapa de Inglaterra, conocido tanto por su belleza como por la cantidad inquietante de accidentes, desapariciones y testimonios de conductores que aseguraban haber visto cosas que desafiaban la lógica. El cóctel perfecto para emocionar a Ian y para provocar que yo levantara una ceja.

«Si en este país hay una carretera rodeada de historias de fantasmas, tarde o temprano, tenemos que meter la nariz», me había dicho. Y tenía razón.

Desde que él y su esposa, Karen, iniciaron el programa habían conseguido convertir lo paranormal en cultura pop, que enganchaba tanto a creyentes como a escépticos. Yo no creía en fantasmas, solo veía una carretera peligrosa, una climatología de mierda y un historial de accidentes perfectamente explicable sin necesidad de involucrar a espectros errantes. Pero Ian era Ian, y cuando dijo que

me necesitaba para equilibrar el enfoque con algo de rigor, acepté. No por las sombras en la carretera. Sino por él.

Había avisado al rector de la universidad de que iba a tomarme unos días libres. También a la biblioteca. Así que me incorporaría a mediados de semana. Ya estaban acostumbrados a mis desapariciones por «trabajo de campo». Pero la verdad era que me había venido genial salir de York. Me había dado la excusa perfecta para evitar a Charlotte.

—Bien, chicos, ¿preparados para una aventura fantasmal de lo más apasionante? —exclamó Ian en cuanto le sirvieron su café.

Nos echamos a reír.

—Dime exactamente qué estamos buscando —indagué.

Ian se inclinó sobre la mesa con su entusiasmo de siempre.

—Snake Pass está lleno de historias antiguas. Desapariciones. Accidentes sin explicación. Gente que asegura haber visto cosas. Luces, figuras, vehículos que desaparecen. Incluso ovnis.

—Como si no tuviéramos suficiente con los seres de este mundo... —resoplé.

—Hay varios reportes visuales. Incluso cámaras de tráfico con anomalías —añadió Sam.

Tony rodó los ojos.

—O simplemente es una carretera de mierda con niebla y conductores torpes.

No pude evitar sonreír.

—Gracias por devolverme la fe en la lógica, Tony.

—¡Vamos, Kingsley! —me riñó Ian—. Finge al menos un poquito de emoción.

—Estoy emocionado —dije, sin inmutarme—. Me emociona pasar tres días escuchando cómo una sombra mal calibrada es en realidad una niña fantasma buscando su osito.

Todos rieron.

—Eres un escéptico insufrible —bromeó Ian.

—Y tú un narrador empedernido. Hacemos buen equipo.

Nos miramos un segundo, y ambos sonreímos. Ese era nuestro equilibrio.

—Bueno, vamos a dejar el sarcasmo para después. Primero, al hotel —dijo Ian—. Dejamos el equipo y hacemos el primer reconocimiento de la zona.

Me puse de pie, acomodándome la bufanda.

—¿Y ese hotel es...?

Ian sonrió con esa cara de niño travieso a punto de soltar una bomba.

—Pintoresco. Tiene vistas. Y ducha con agua tibia... o eso dicen.

—O sea, posada de carretera con paredes de papel y camas que chirrían.

—Exactamente.

Suspiré.

—No sé por qué me meto en estas cosas.

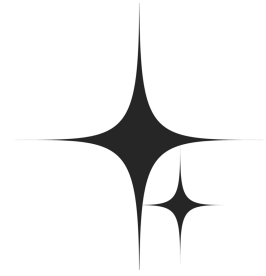
Ian me dio una palmada en la espalda.

—Porque, en el fondo, Kingsley, eres adicto a mi compañía.

Pagamos nuestra cuenta y salimos del local. Ian hablaba de Snake Pass, de sus leyendas y misterios. Pero el verdadero enigma lo tenía yo bajo la piel.

Una bruja de pelo cobrizo y labios suaves. Un beso que no debí dar. Un deseo que no sabía cómo apagar.

«Mierda, estoy insoportablemente enamorado de esa mujer».



CHARLOTTE

York había despertado cubierta por una densa bruma y bajo un cielo gris del que caía una ligera llovizna a la par que el viento arrastraba ese agradable aroma a tierra húmeda y el lejano rumor de las campanas de la catedral.

Nos encontrábamos en el cementerio. El mismo que estaba situado justo al lado de nuestra casa, cuya belleza era innegablemente melancólica, con antiguas lápidas de piedra oscura cubiertas de musgo y enredaderas retorcidas.

El Día de los Difuntos siempre había sido una tradición importante en nuestra familia. Un momento de respeto, pero también de cercanía con aquellos que ya no estaban en cuerpo, pero sí en alma.

Morgana se había sentado frente a la tumba de su madre, Clara, con el móvil en la mano y una sonrisa radiante en los labios. Me asombraba la capacidad que tenía para charlar con ella después de haberla perdido cuando era solo una cría.

—Mamá, cariño, no te lo vas a creer —comentó toda emocionada, mientras su abuela materna colocaba flores amarillas en un jarrón—. ¡El especial de Halloween ya ha superado el medio

millón de visitas! ¿Te imaginas? Medio millón de personas viéndome hablar sobre maldiciones victorianas y pactos con el más allá. Estarías orgullosa de mí.

Tras ella, Edward, la observaba con una mezcla de ternura y nostalgia. Su hija tenía una forma muy peculiar de mantener vivo el recuerdo de Clara. No con lágrimas, sino con entusiasmo, como si la imaginara sentada junto a ella, escuchándola con curiosidad.

Yo, por mi parte, era más solemne. Compartía un momento con mis padres de un modo más íntimo y silencioso. Arrodillada junto a sus tumbas.

—Os he traído algo —dije bajito, colocando con cuidado dos panecillos dulces sobre la fría piedra—. Sé que os encantaban. También hay un poco de vino dulce, así que espero que os lleguen las ofrendas. No sé si ahí arriba tenéis opciones mejores, pero nunca está de más.

También encendí un par de varitas de incienso. El aroma a mirra y canela me produjo una sensación reconfortante, digamos que compensó ese dolor por la ausencia de mis padres. Siempre me tranquilizaba. Olía a hogar, a recuerdos y a la certeza de que, de algún modo, aún estaban conmigo.

Me tentó mucho contarles que había recibido un beso inesperado del estricto Robert Kingsley. Por todos los dioses, no me atrevía ni a imaginarlo. Todavía sentía sus labios y sus manos sobre mi piel. Ni siquiera me lo creía. Normalmente las fantasías no se cumplían con tanta facilidad y vehemencia.

Morgana giró la cabeza y me sonrió con esa luz que nunca se apagaba en sus ojos. Ojalá hubiera sido más como ella. Mi prima era como un querubín sonriente que contagiaba de alegría hasta a los muertos que nos rodeaban.

—Ves, Charlotte, esto es lo bonito —me animó—. No es un día triste. Es un día para hablar con ellos, para recordarlos todo lo que nos han dado y compartir.

Tenía razón. Había algo profundamente hermoso en ese momento. Entre las velas titilantes, el aroma a incienso y el amor que se respiraba por parte de cada miembro de la familia. El

cementerio ya no se sentía tan sombrío. Más bien, parecía como si nuestros difuntos nos estuvieran escuchando. No era una jornada de duelo, sino de amor decorado con flores frescas, lirios blancos y rosas otoñales. Un pequeño tributo de vida en medio del mármol frío.

Me quedé un momento en silencio, observando la escena. A mi tía abuela charlando distendida con su hijo y su querida consuegra. A Morgana que seguía con su soliloquio. Al resto de personas que habían ido a visitar a sus familiares.

Y entonces miré a mi abuela.

Violet Aberdeen, vistiendo un kaftán precioso de color negro con bordados en oro y naranja y se cubría los hombros con un chal de pelo grueso. Era un conjunto que le daba ese toque hermosamente indestructible. Una soberanía aumentaba gracias a su cabello canoso recogido en un pulcro moño o sus labios rojos y esas líneas en los ojos que destacaban sus pupilas azules. Mi abuela era imponente. Incluso cuando se escondía en sí misma.

Se mantenía ligeramente apartada del resto, observándonos con una mirada tranquila, aunque distante. Sabía bien que para ella ese día tenía un peso mucho más doloroso. No solo por la pérdida, sino porque, a diferencia de nosotros, ella no necesitaba de una ocasión especial para estar con los que ya se habían ido. Cada noche, al cerrar la tienda, Violet pasaba por la tumba de su hijo y su nuera y los visitaba en soledad, aunque su corazón se rompiera un poco más. Y es que la historia de mis padres flotaba en el aire como el recuerdo imborrable que era. Los años habían menguado el dolor, pero lo que ahora quedaba estaba enquistado y eso mi abuela nunca lo olvidaría.

Porque era una madre que había visto la muerte de su hijo y no pudo evitarla por culpa del orgullo.

Mis padres eran arqueólogos adictos a la aventura. Almas inquietas con la mirada siempre puesta en el horizonte. Su vida se centraba en mapas antiguos, arenas milenarias y el misterio de las civilizaciones perdidas. Yo me había criado en estados intermitentes de ausencia. Y cuando estaban en casa, casi nunca tenían tiempo

para mí. Lo que me llevó a pensar, en más de una ocasión, que quizá yo había sido un escollo en sus carreras más que una bendición para un matrimonio que se amaba.

Aquella maldita expedición a Egipto no era más que otro capítulo en sus vidas, una oportunidad que no querían dejar escapar por nada del mundo. Pero mi abuela Violet lo vio venir.

Días antes de su partida, había tenido una visión. No era la primera vez que le ocurría, pero sí la más angustiante. Nos veía a mis padres y a mí en una avioneta. Luego, el estruendo, el fuego y la nada reconvertida en huesos y carne muerta.

Actuó por puro instinto de protección. Porque jamás se había equivocado. Era una maestra de la clarividencia. Más aún si el amor la conectaba al individuo.

Intentó advertir a mi padre, su único hijo, quien se había criado en ese mundo de magia y misterio. La relación entre ambos había sido magnífica, pero de un tiempo a esa parte se enrareció. Violet jamás creyó que tanto.

—No vayas, por favor —le había suplicado con la desesperación de quien ve el desastre antes de que ocurra—. No es seguro. Lo he visto, cariño.

Pero papá decidió tirar de arrogancia, pese a que aceptó que yo me quedara en Inglaterra. Con los años entendí que no me dejó porque confiara en su madre, sino porque quizá yo podía ser un estorbo.

—Siempre has querido condicionar mi vida con tus visiones, madre. Esta vez, no lo voy a permitir —le había dicho él, hiriendo de muerte el corazón de mi abuela.

—¿De verdad piensas que trato de manipularte?

—No, lo que creo es que detestas que las cosas no se hagan a tu manera.

Mi madre intervino entonces acelerando la despedida. Sabía que se marchó sin estar de acuerdo con que yo me quedara en la mansión Aberdeen. Ella hubiera preferido dejarme con mi abuela materna. Pero se largaron sin más, dejando a Violet rota en el

umbral de la puerta, consciente de que aquella sería la última vez que los vería con vida.

Nunca me contaron esa conversación. Meredith y Violet siempre tuvieron palabras hermosas sobre ellos para mí. Pero sí las escuché cuando ellas creían estar solas. Y me parecieron terribles porque jamás había conocido a unas mujeres tan sinceras y bondadosas como ellas.

Mi padre no quiso confiar en ella. De pronto, ya no creía en la magia, ni en las visiones, ni en nada que no pudiera explicarse con hechos y lógica. Era un hombre de ciencia, escéptico hasta la médula y, para él y mi madre, las palabras de mi abuela solo eran supersticiones.

Días más tarde, la avioneta en la que viajaban mis padres se estrelló en mitad del desierto y no dejó supervivientes.

Mi abuela nunca lo dijo en voz alta, pero yo lo sabía. Sabía que no solo lloraba la pérdida de su hijo y su nuera. También cargaba con el peso de aquella última discusión. Y de algún modo, no se lo perdonaba.

Ahora, en el silencio del cementerio, podía sentir esa sombra a su espalda. En la forma en que observaba las lápidas sin acercarse demasiado, como si el recuerdo aún le abrasara. Como si, en cada aniversario o en cada Día de los Difuntos, el eco de aquella despedida volviera a golpearla con la misma intensidad.

Le había dicho incontables veces que ella no había tenido la culpa. Que había hecho todo lo posible. Pero había heridas que ni el tiempo ni la razón podían sanar.

Ella nunca mostraba debilidad, aunque había algo en la rigidez de sus manos y en la forma en la que apretaba los labios que la delataba. Y yo no podía dejar que la melancolía la arrastrara.

Me acerqué a ella con una sonrisa tierna.

—Abuela, ¿qué te parece si hacemos esos buñuelos de crema que tanto te gusta? —sugerí con un tono alegre—. Ya sabes, las cosas se ven diferentes con la barriga llena y, si es dulce, mucho mejor.

Desvió la vista hacia mí y alzó una ceja.

—¿La tradición de que me pongas patas arriba la cocina?

—Fue un accidente abuela —me excusé—. ¡Y pasó hace años!

—Tres meses concretamente, cariño. Y todavía encuentro restos de harina en los rincones.

Meredith soltó una carcajada y Edward sonrió.

—Yo digo que es una excelente idea —intervino Morgana con entusiasmo—. Pero solo si puedo ser la encargada de probar la masa.

—No sé qué es peor, que Charlotte mida la harina o que tú te comas la mitad del bizcocho antes de que salga del horno —murmuró Helen, avivando las risas de todos.

Tuvo que ser un plan maravilloso porque emprendimos el camino hacia la casa y llenamos la cocina sin dejar de parlotear. De inmediato, Meredith y su consuegra se pusieron manos a la obra preparando los ingredientes mientras mi abuela se encargaba del té y Edward prendía la chimenea.

Lo que comenzó como una simple distracción terminó convirtiéndose en una pequeña reunión improvisada llena de bromas, cucharones que volaban de mano en mano y disputas sobre quién tenía la mejor técnica para batir los huevos. La atmósfera se fue aligerando poco a poco y Violet sonrió.

Sí, mi abuela sonrió y esa sonrisa llegó a sus ojos.

—Todavía confío en que podré sonsacarte —me susurró Morgana al oído.

Me hice la loca.

—No sé de qué me hablas.

—Ese rubor te delata.

Le di un codazo.

—Cállate.

Sabía que tarde o temprano tendría que contarle qué había pasado en el jardín entre Robert y yo, pero aún no estaba lista. Tenía que procesar todo.

«Harías bien en empezar, porque respondiste a ese beso como si no hubiera un mañana», me dije. Y es que era una experta en ponerme en aprietos.

El aroma a caramelo y vainilla envolvió toda la casa. El fuego de la chimenea crepitaba, la luz grisácea del día se filtraba por las ventanas. Todo estaba en calma.

Hasta que de pronto el aire cambió.

Empezó con un crujido acompañado de un golpe seco. La escoba que había apoyada en la esquina de la cocina cayó al suelo como si una mano invisible la hubiera empujado con fuerza.

Todos nos congelamos, el tiempo se ralentizó. Quise pensar que fue un evento aislado, un pequeño despiste. Quizá alguien la golpeó sin querer. Pero en la familia Aberdeen las cosas no pasaban porque sí, sobre todo si mi abuela y Meredith se entiesaban y empalidecían.

Pero eso no fue todo. Súbitamente, la ventana se abrió de par en par con brusquedad y el cristal explotó en mil pedazos. Los fragmentos afilados saltaron por el aire formando una lluvia afilada.

Un mutismo denso se abatió entre nosotros. Fue como si la misma casa contuviera la respiración. Nos miramos los unos a los otros, llenos de tensión, notando la certeza de que aquello no era un simple accidente. No podía serlo.

—No os mováis —ordenó Edward porque el suelo estaba cubierto de cristales, y enseguida se puso a barrer con cuidado.

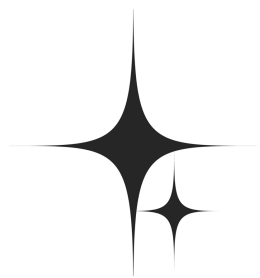
Al tiempo, Meredith y Violet nos apartaron a mi prima y a mí hacia el comedor para evitar percances. Me dejé llevar porque solo podía pensar en mi corazón estrellándose como loco contra mis costillas. Sentí una energía sobrecogedora y muy oscura impregnando el ambiente.

—¿Qué crees que ha sido? —me susurró Morgana.

—Una advertencia —sentenció Violet, y su hermana la miró cómplice.

Nadie se atrevió a contradecirla. Porque, en el fondo, todos sentíamos lo mismo. Algo había cruzado el umbral. Algo que no

debía hacerlo. Y, aunque aún no sabían qué significaba, una cosa era segura: no eran buenas noticias.



ROBERT

El ambiente estaba cargado. No hablaba de tensión humana ni de mal rollo entre el equipo. Era otra cosa. Algo invisible pero denso, como si el aire se resistiera a ser respirado.

Nos encontrábamos en el restaurante del hotel intentando cenar con normalidad. Aldric se había retirado en cuanto llegó, decía que la energía del lugar lo había dejado exhausto. Y aunque me resistiera a admitirlo, yo también sentía algo parecido que no tenía nada que ver con la fatiga física. Digamos que era un sentimiento que me costaba poner en palabras.

Habíamos pasado el día explorando Glossop, intentando recabar información sobre Snake Pass y todo el misterio que le rodeaba. El resultado fue poco menos que frustrante. Nadie quería hablar. Cada vez que alguien mencionaba el lugar, cambiaban de tema, se cerraban en banda o directamente nos pedían que nos marcháramos.

«Trae mala suerte», esa fue la frase estrella.

Ian intentaba relajar el ambiente con sus divertidos soliloquios habituales, pero nadie se sonreía demasiado. Estábamos cansados, sí, pero también inquietos.

No era la primera vez que participaba en un reportaje de investigación. Había acompañado a Ian y su equipo en otras ocasiones. Sitios cargados de historia, de leyenda, incluso de tragedia. Pero aquello era diferente. Ese lugar no tenía la vibración habitual de lo misterioso o lo truculento. Era más... primario. Como si el suelo mismo ocultara algo que no debía removerse.

Y aunque me repitiera que era pura sugestión, que quizá mi mente estaba en otra parte, tal vez entre los muslos de cierta joven, no podía dejar de sentir esa negatividad siniestra. Sobre todo, después de la única entrevista que hicimos.

—No dejo de pensar en esa voz —dijo Sam de pronto, rompiendo el esfuerzo colectivo por evitar el tema—. Sé que no es momento para comentarlo, pero es que no me la saco de la cabeza.

La frase flotó en el aire. No provocó comentarios inmediatos, pero a nadie le sorprendió. Porque todos estábamos igual. Fingiendo que no pasaba nada, cuando en realidad no habíamos dejado de darle vueltas desde que la escuchamos.

—Desde luego, es la psicofonía más nítida que hemos logrado en los últimos diez años —añadió Ian, en voz baja, con la mirada fija en el fondo de su copa—. Es espeluznante.

—Me sobrecoge más que no hayamos grabado el testimonio —intervino Tony, cruzado de brazos, visiblemente molesto—. El único tipo que se ha atrevido en todo el día. Y se jodió.

Lo dijo sin disimulo. Su orgullo herido era evidente. Tony no solía equivocarse. No era de los que buscaban excusas cuando algo salía mal, porque normalmente nada salía mal. Sin embargo, ahí estábamos: sin testimonio, sin grabación y un fragmento de voz que no pertenecía a nadie de este mundo.

No podía permitir que la tensión siguiera creciendo.

—Puede tratarse de una distorsión interpretada de forma subjetiva —dije—. O una superposición de frecuencias externas. Hay precedentes.

Sabía que mi intervención sonaba más a defensa instintiva que a una verdadera convicción. Pero necesitaba poner palabras racionales

sobre aquello para darnos un poco de alivio.

Tony negó lentamente con una sonrisa sin humor.

—O puede que simplemente no quieras admitir lo que escuchamos, Robert.

No respondí. Porque tenía razón. Yo tampoco quería admitirlo. No quería decirlo en voz alta, pero esa palabra seguía resonando dentro de mi cabeza, como si se hubiera quedado grabada en la corteza misma de mi memoria.

Una orden. Clara. Humana. Dirigida a nosotros.

«Fuera». Solo dijo eso. Fuera.

—Bueno, mañana será otro día, chicos —comenté, e Ian me secundó poniéndose en pie.

—Sí. Lo mejor será que nos retiremos y descansemos un rato.

Dimos la velada por terminada y cada uno se fue a su habitación. En cuanto me vi encerrado en aquel espacio neutro y sobrio, decidí que lo mejor sería darme una ducha antes de que mis pensamientos influyeran. No podría soportar otra noche sin pegar ojo por culpa de Charlotte.

Me duché rápido. El agua estaba templada. Suficiente para sacarme de encima el peso del día, pero no para calmar el ruido de mi cabeza. Me sequé con desgana, me puse unos pantalones de pijama y me metí en la cama. La habitación estaba en silencio, solo se oía el goteo del grifo del baño y el leve zumbido de la calefacción.

No había ruido ni distracciones. Solo ella. Otra vez.

Charlotte.

Cerré los ojos. Los apreté, como si con eso pudiera expulsarla. Pero no sirvió.

Me revolví en la cama, giré la almohada. Pese al frío, me destapé los pies. Pero nada funcionaba. Me estaba volviendo loco. Ya no solo por el deseo, sino también por la culpa. La certeza de que había cruzado una línea. Y la conciencia cruel de que volvería a hacerlo si tuviera la oportunidad.

Suspiré. Alcancé el móvil en la mesita, lo desbloqueé sin pensar y abrí el chat de Charlotte. Apenas habíamos intercambiado

mensajes. Algunos avisos de entregas, correcciones, horarios de reuniones. Siempre formales, escuetos y profesionales.

Sin embargo, ahí estaba yo, mirando la pantalla como si de pronto tuviera miles de cosas que decirle.

«No dejo de pensar en ti».

Eso escribí.

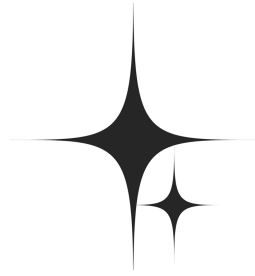
Lo leí.

Dos veces.

Era demasiado honesto. Demasiado real.

—¿Qué estás haciendo, joder? —suspiré.

Bloqueé la pantalla. La dejé boca abajo en la mesita. Me di la vuelta y cerré los ojos con fuerza. Me obligué a dormir. A olvidar. A pensar que no había estado a punto de enviarle lo más cercano a una declaración de amor.



CHARLOTTE

Estaba tan ensimismada que no me di cuenta ni de lo que estaba tecleando en el ordenador. Parpadeé aturdida. La pantalla seguía mostrando los registros de los préstamos de la Biblioteca Nacional, y yo seguía esperando que mi cerebro colaborara. Pero mi concentración estaba por los suelos.

Llevaba más de quince minutos leyendo el mismo párrafo sin procesar ni una sola palabra. Y lo mismo había sucedido por la mañana en clase. Mi mente no dejaba de recrear el beso con Robert y cómo la ventana de mi cocina se hizo añicos. Ambos pensamientos no tenían concordancia. Sin embargo, no sé por qué mi memoria los vinculaba y, a continuación, se me erizaba la piel.

Lo cierto era que, aunque me costara admitirlo, me moría de ganas por ver a Robert de nuevo. Solo así creía que mi sistema volvería a la calma.

Suspiré y apoyé los codos en la mesa, masajeándome las sienes. Habíamos tenido otros episodios en casa antes, por supuesto que sí. Después de todo, la mansión Aberdeen era el hogar de una estirpe de brujas. No era la primera vez que algo inexplicable ocurría. Pero sí la más... bruta.

Oteé la pulsera que llevaba en mi muñeca derecha. Edward la había diseñado con una delicadeza tremenda, sin florituras ni excesos. Simplemente, un trenzado de cuero oscuro unido a un hilo de plata cuyo objetivo después sería el de proteger. Su proceso de creación no era sencillo. Primero se llevaba a cabo su fabricación y luego se ritualizaba durante unas semanas para finalizar con el hechizo de vinculación a su portador. Por siempre teníamos unas listas para usar.

La abuela me la había entregado esa misma mañana antes de salir de casa, tras reforzar su ritual con un último baño de humo de ruda y salvia.

—Recuerda, cariño, no te la quites bajo ningún concepto. Al menos hasta que entendamos a qué se ha debido este mensaje, ¿de acuerdo? —Me había dicho, y yo asentí con solemnidad porque creía en esa mujer más que un santo en su dios.

No era la primera vez que las usábamos. Al fin y al cabo, aquello solo era un escudo de protección contra energías inusuales para momentos puntuales.

«Mis padres la rechazaron en su último viaje». No sé por qué pensé eso. Tal vez porque, en el fondo, una parte de mí nunca dejaría de preguntarse si habrían sobrevivido de haberla llevado.

—¡Charlotte! —exclamó una bonita voz.

Levanté la vista a tiempo de ver a Daisy acercarse con una sonrisa radiante. Esa chica era una belleza.

—¡Hola, guapa! —Me lancé a abrazarla. Y es que Daisy era un rayo de luz en la biblioteca.

Su cabello rubio caía en ondas naturales sobre los hombros, enmarcando unos ojos de un azul claro que destellaban con una alegría contagiosa. Tenía una figura que cualquier actriz de Hollywood envidiaría y, a sus veintiocho años, ya era Supervisora de Servicios Bibliotecarios. Llevaba trabajando en la biblioteca desde hacía dos años y, aunque al principio no habíamos tenido mucha relación, con el tiempo se había convertido en una compañera y amiga increíble.

—¿Qué tal el viaje a Londres?

—Uf, agotador —resopló dejando unos libros sobre el mostrador—. Pero valió la pena estar con la familia. Mis sobrinos son lo mejor. ¿Te puedes creer que están enormes con solo cinco años? ¡Me siento una anciana!

Solté una carcajada.

—Crecen muy rápido, ¿eh?

—Lamento haberme perdido la fiesta de Halloween. Que por cierto ¡ibas espectacular!

—Fue una noche interesante —respondí con cierta timidez, tratando de no pensar en Robert. En sus manos. En su boca—. La abuela y la tía se lucieron, como siempre.

—¡Desde luego! Tengo que ir a la tienda uno de estos días, quiero una de sus velas aromáticas... —Sus ojos bajaron a mi muñeca y arqueó una ceja con curiosidad—. Oh, ¿esa pulsera es nueva?

—Sí, me la ha dado mi abuela esta mañana.

Daisy la observó con admiración, inclinándose un poco.

—Es preciosa. ¿Es algún tipo de amuleto?

—Algo así. Es más bien una pulsera protectora.

—Me encanta, quiero una.

No tuvimos tiempo de continuar charlando. A Daisy la reclamaron y yo tuve que volver a mis registros. Por suerte, el tiempo hasta el final de mi turno pasó bastante rápido y no tuve pensamientos intrusivos.

Caminé hacia casa arrebujaada en mi bufanda y con unas ganas locas de darme una ducha y cenar algo caliente. Quizá me atrevería al fin a contarle a Morgana lo que me había pasado con Robert. Aunque sospechaba que ella ya lo sabía.

Pero el destino tenía otros planes.

—¡Charlotte! —Una vecina me llamó a voz en grito.

Al levantar la vista la vi corriendo como si no hubiera un mañana, que ya era decir porque era una mujer bastante recia y tenía sus años. Sostenía una caja de madera repleta de boniatos.

—Dale esto a tu abuela, querida. —Prácticamente me lanzó la caja y tuve que hacer malabarismos para que no se despeñaran los boniatos.

—Cuenta con ello —sonreí.

Pero la señora Calloway ya se estaba alejando. Digamos que me dejó con la palabra en la boca y una mueca de estúpida que al final me arrancó una carcajada. Esa mujer era un huracán.

Me encaminé a la tienda y empujé con el trasero la puerta para poder entrar. El tintineo de la campanilla anunció mi llegada, pero fruncí el ceño al reconocer la voz de la señora Darcy hablando con la abuela.

—No lo entiendo, Violet. Es como si intentara decirme algo. ¡Me suplicó!

Me quedé inmóvil a la par que sentí un escalofrío.

—Hace un rato que he hablado con él. Sé que está bien —continuó Claire con un tono bajo y tenso—. Pero ese sueño... Ya es la segunda vez. Veo a mi hijo, pero no puedo alcanzarlo. Está ahí, llamándome, pero cada vez que intento acercarme, una oscuridad brutal me lo impide.

Se me secó la garganta.

—¡Charlotte! —me saludó Violet.

Me acerqué con prudencia. Debería haber sido más disimulada y escabullirme de allí para darles intimidad. Pero aquella mujer hablaba de su hijo y su hijo era Robert Kingsley. Nunca había visto a Claire Darcy tan preocupada.

Saludé a las dos con una leve sonrisa y dejé la caja sobre el mostrador de la sala interior antes de abandonar la tienda por la puerta trasera y dirigirme a casa. No quise mortificarme con lo que había escuchado. Tal vez solo eran inquietudes momentáneas. Había dicho que Robert estaba bien, que había hablado con él.

Encontré a Edward en el porche con un par de herramientas en la mano y una mueca de concentración mientras trabajaba junto a un vecino carpintero en la reparación del cristal roto. Se pasó la manga por la frente y suspiró.

—Vaya, os veo muy atareados —dije tratando de sonar tranquila.

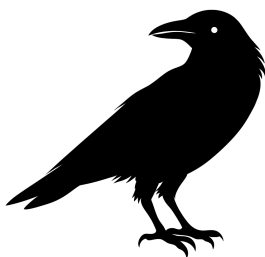
—Con esto debería bastar. Como se vuelva a romper, ya sería preocupante —me dijo con ese aire animado tan típico de mi tío.

Me acerqué a él y le estampé un beso en la frente.

—Qué haríamos sin ti, tío Edward.

—Zalamera.

Sonreí.



El zumbido de la televisión era lo único que rompía el silencio de la noche.

Las luces tenues del salón proyectaban sombras suaves en las paredes, y el aroma a chocolate caliente flotaba en el aire. Morgana y yo nos habíamos acomodado en el sofá compartiendo una manta mientras disfrutábamos del episodio de La Quinta Dimensión que se estaba emitiendo.

Bueno, más bien era ella la que lo estaba viendo porque yo me estaba quedando dormida. Me pesaban los párpados y mi mente empezaba a adentrarse en ese estado hipnagógico.

Y entonces vi a Robert Kingsley.

Se encontraba en algún lugar que no pude identificar, envuelto en sombras y neblina. Su silueta parecía moverse entre luces parpadeantes, pero su rostro... no podía apreciarlo con claridad.

Intenté avanzar hacia él, pero algo me lo impidió, una fuerza que se aferró a mis tobillos.

—Robert...

Su nombre se me escapó en un susurro. Él giró la cabeza al escucharme y me sonrió como si ya no estuviera en el mundo terrenal. Y la oscuridad se tornó más densa al tiempo que algo lo arrastraba hacia un lugar que yo no podía alcanzar. Después, todo se volvió frío y oscuro.

—¡No! —grité yendo en su busca.

Pero el suelo se desmoronaba bajo mis pies y, de pronto, un golpe me despertó. Empecé a hiperventilar, el corazón me martilleaba en el pecho con fuerza. Morgana me miró con el ceño fruncido. Dejó la taza en la mesa y se giró hacia mí.

—Ey, ¿qué pasa? —Acarició mis mejillas—. Te has puesto pálida y estás helada.

Tragué saliva, intentando calmarme, y me dejé abrazar por ella. Siempre fue la más estoica de las dos.

—He soñado con... Robert —murmuré todavía sobrecogida—. No podía alcanzarlo. Ha sido tan real...

—¿Tiene que ver con lo que pasó la otra noche en la fiesta?

—La sabes, ¿verdad?

—Tu incredulidad no te deja hablar, pero lo hace por sí misma.

Cogí aire y asentí.

—Creo que llevas razón: estoy pilladísima por él. Tanto que tengo hasta pesadillas.

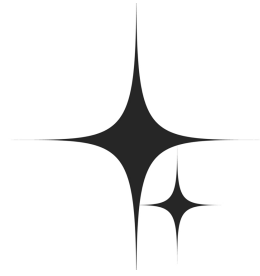
—Pues dile a esa psique tuya que te dé algo más subido de tono, cariño.

Nos echamos a reír.

Súbitamente, la ventana del salón se abrió de golpe y una fuerte ráfaga de aire entró en la habitación provocando que el fuego temblara y las cortinas se agitaran. Las dos nos pusimos en pie de un brinco y nos miramos algo asustadas.

—Dime que ha sido una coincidencia —murmuró Morgana.

Pero ninguna reconoció en voz alta que en nuestro hogar nada era una coincidencia. Y aquella era la segunda vez que sucedía.



ROBERT

Nuestro tercer día en Glossop nos llevó directamente a Snake Pass. Después de varias entrevistas de incógnito e investigaciones en el archivo del ayuntamiento, decidimos que lo mejor era visitar la zona que todo el mundo respetaba y temía.

La bruma matutina se había asentado en la zona como una cortina opaca que devoraba los contornos del paisaje. La carretera serpenteaba a través de las colinas, flanqueada por espesos bosques de árboles desnudos, cuyos troncos oscuros parecían alargarse en la distancia. Y a más nos adentrábamos, más intenso se hacía el viento frío.

Aparcamos en un pequeño espacio. La principal evidencia que me inquietó fue el hecho de que aquel tramo de carretera no tenía quitamiedos. Lo que complicaba la supervivencia en caso de accidente de tráfico.

Nos preparamos para adentrarnos en el bosque. A simple vista, el lugar no parecía diferente de cualquier otro tramo de los Picos de Derbyshire. Colinas onduladas, árboles desnudos aferrándose a la tierra y una neblina densa que parecía reptar entre las piedras. La humedad se pegaba a la ropa y el silencio, a los huesos.

—Bien, caballeros, ha llegado el momento —anunció Ian, ajustándose la mochila al hombro—. Caminaremos hasta la zona donde se han producido más desapariciones según los archivos y haremos algunas mediciones energéticas.

—Como si esto fuera turismo paranormal. La verdad es que pasear por un punto negro de desapariciones me espeluzna un poco —comentó Sam, que ya cargaba con su cámara y enfocaba el sendero.

Exhalé con paciencia y eché un vistazo al terreno. La zona era boscosa y en pendiente, con raíces retorcidas y un suelo cubierto de barro húmedo. No sería un paseo cómodo, pero no lo veía inquietante.

—Deberíamos mantenernos juntos —sugirió Aldric, sin apartar la vista del sendero.

—Desde luego, la visibilidad no es la mejor y el suelo es traicionero —añadí.

—No me refiero solo a eso, Robert —sentenció el psíquico, que ya estaba concentrado en el lugar y no parecía cómodo.

—Chicos, no os preocupéis. —Ian le quitó hierro al asunto—. Vosotros solo mirad dónde pisáis.

Aldric encabezó la caminata, en silencio y con la mirada fija en el bosque. Sus pisadas eran precisas, como si estuvieran siguiendo un rastro invisible. Pero no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro y de gesticular con las manos. Siempre con el ceño fruncido.

—¿Sientes algo? —preguntó Tony, atento a cualquier cambio en su expresión.

Entonces, Aldric se detuvo y miró al poco atisbo de cielo que desvelaban las copas de los árboles.

—No logro captarlo del todo... —dijo bajito—. Pero este sitio tiene algo... raro. Está cargado de energías y sufrimiento.

—¡Por fin! —exclamó Sam, detrás de su cámara—. Esto es lo que la audiencia espera. Aldric no me decepciones.

El psíquico lo ignoró por completo y continuó a lo suyo.

Mi escepticismo y curiosidad me hacía observarlo todo al milímetro. No creía en el mundo paranormal, pero me fascinaba ver cómo la gente que sí lo hacía se sumergía en sus propias investigaciones. En el fondo, confiaba mucho en Aldric. No era un charlatán. Si decía que había algo extraño en ese lugar, no dudaba de que algo de razón tenía.

Ciertamente, hasta yo lo sentía.

—Voy a hacer una barrida térmica —dijo Tony, encendiendo su equipo de sonido y se ajustó los auriculares—. A ver si pillamos otra anomalía.

El resto seguimos avanzando, pero sin alejarnos mucho. Hasta que Aldric se detuvo en seco unos metros más adelante.

—Aquí —susurró.

Todos nos giramos hacia él.

—Siento una energía oscura... Algo muy... peligroso... Magia negra... Hechicería...

Un escalofrío helado me atravesó la espalda. El silencio del bosque era inquietante. Ni un solo pájaro ni un crujido de ramas por el viento. Solo nuestras propias respiraciones y el sonido amortiguado de nuestras pisadas.

—Nuestras investigaciones previas relacionaban este lugar con ciertos rituales paganos y sacrificios... ¿Es eso lo que percibes, Aldric? —preguntó Ian con la voz un poco más baja de lo normal.

El hombre no respondió de inmediato. Se quedó quieto, con la mirada perdida en algún punto indeterminado del bosque y, entonces, con un movimiento casi imperceptible, se frotó la nuca.

—Aquí pasó algo —aseguró—. Lo noto en el aire.

—¿Algo como qué? —insistió Ian.

Aldric cerró los ojos un segundo antes de responder.

—Dolor. Siento mucho dolor. Y maldad. No sé qué tipo de rituales se llevaban a cabo, pero fueron muy malignos y se perpetuaron en el tiempo.

—¿Quieres decir que no fue solo fruto de una época concreta? —indagué.

—Exacto... Digamos que este lugar fue como un enclave para llevar a cabo prácticas oscuras.

El silencio fue absoluto. Sam bajó la cámara solo un poco, y hasta Tony, que normalmente era bastante cínico, frunció el ceño con incomodidad.

Me crucé de brazos y desvié la mirada al entorno. No quería dejarme influenciar por la atmósfera densa que se estaba formando, pero tenía que admitir que el ambiente se sentía... diferente. No era lógico ni racional. Y no podía darle una explicación.

Se oyó un trueno.

—Mierda —se quejó Ian mirando al cielo. Los pronósticos no daban lluvia hasta la madrugada, pero el clima estaba empeñado en contradecirlos—. Muchachos, tomemos algunas mediciones antes de que empiece a llover. Con un poco de suerte, tendremos algunos recursos para poder empezar a explorar antes de regresar mañana.

El equipo obedeció mientras el viento soplaba con un susurro apenas audible entre los árboles. Por primera vez me pregunté si quizá la historia que estaban buscando no estaba enterrada en el pasado. Sino en el presente. Fruto de cúmulos y cúmulos de malicia de personas que se aprovechaban de otros con las excusas de venderles una oportunidad.

Miré a Aldric. Él continuaba con su desconcertante danza, no estaba cómodo. Más bien, parecía inquieto. Mi respiración sonaba más fuerte de lo normal en mis propios oídos, como si mis pulmones sintieran el peso de la tierra alrededor.

Sam seguía apuntando su cámara hacia Aldric, pero de pronto noté que se movía con nerviosismo. Me acerqué a él por si necesitaba ayuda con el equipo que había colocado en el suelo húmedo. Fue justo entonces cuando las varillas que portaba Tony empezaron a moverse como locas, trazando cruces y giros imposibles.

La expresión de Aldric se tensó.

—Nunca las había visto reaccionar así —murmuró abriendo los ojos con una mezcla de asombro y temor.

Antes de que pudiera preguntar qué significaba aquello, un grito desgarrador atravesó el silencio. Sobrecogido, me giré a tiempo de ver cómo Sam era tumbado por algo invisible. Cayó al suelo de bruces, abruptamente, y fue arrastrado dando tumbos. No me lo pensé demasiado, corrí hacia él, sintiendo como mis pasos se hundían en el barro.

No fui el único, Tony por poco me tumba al pasar por mi lado y se tiró a Sam como si se zambullera en una piscina.

—¡Sujetadlo! —gritó Ian, desesperado.

Tony y yo lo sostuvimos y empezamos a tirar de él con todas nuestras fuerzas, pero el empuje no cedía. Parecía que luchábamos contra una corriente subterránea que no podíamos ver. Mientras tanto, Sam se retorció con los ojos abiertos de puro terror. Y de repente, se calmó. Esa dichosa energía que lo arrastraba cedió de golpe, y todos resollamos asfixiados de puro alivio, con la cara llena de barro.

—¿Estás bien? —logré preguntar con el pulso disparado. Descubrí que el equipo entero estaba en el suelo, aferrado a nuestro compañero.

Sam asintió. Todavía temblaba y tenía la mirada aterrada.

—No sé... qué... ha sido...

Ian se puso en pie y animó a su cámara a que se levantara. Pero, antes de que pudiera actuar, otro estruendo sacudió el lugar, esta vez bajo nuestros pies.

Entonces, el suelo empezó a agrietarse.

Nos miramos entre nosotros tratando de darle una explicación a lo que sea que estuviera ocurriendo. Llegué a pensar incluso que yo mismo estaba sufriendo algún tipo de alucinación. Pero la mirada de mis compañeros me gritó lo contrario.

No tuvimos margen de reacción. En cuestión de segundos, la tierra se hundió y se partió en dos y nos vimos envueltos en una nube de polvo y gritos desesperados.

Intenté aferrarme a algo, pero el terreno estaba cada vez más curvado y se me hizo imposible anclarme a él. Lo mismo les sucedía

a los demás, que gritaban y se agitaban en busca de evitar la caída definitiva.

Nada funcionó.

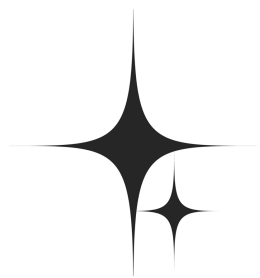
Súbitamente, fuimos arrastrados hacia un abismo desconocido, y el impacto fue brutal. Mi cabeza fue lo primero en estrellarse contra aquella roca húmeda. Noté el golpe en cada uno de mis huesos, me cortó el aliento mientras la luz del exterior se apagaba en un torbellino de polvo y oscuridad.

Los gritos de mis compañeros se mezclaron con un estrépito de rocas, que se fusionaron con unos resuellos que parecían de otro mundo. Intenté reaccionar, buscar a los míos y pensar cómo salir de allí, pero mi cuerpo no reaccionaba y un dolor agudo se expandía por todo mi sistema.

Entonces, el tiempo se ralentizó. La oscuridad me reclamaba, fue como si mi alma quisiera abandonarme, dejar mi cuerpo ahí perdido para que nunca lo encontrasen. Y pensé en mi querida madre, en Maggie, en Karen, en las familias de Sam, Tony y Aldric. En lo que sería para ellos no poder darnos ni un entierro digno. Las semanas que se pasarían buscándonos para no encontrar nada.

También vi sus ojos. Aquellas pupilas rabiosamente verdes que me habían enamorado. La imagen de Charlotte inundó mi mente.

«Tendría que haberte besado antes», me dije, y caí en la inconsciencia.



CHARLOTTE

Había una inquietud en el aire que no lograba identificar. Me complicaba muchísimo concentrarme.

Era extraño.

Desde que Robert se había ido no dejaba de hacer mis labores como si tuviera la mente muy lejos de mí. Y en casa no era diferente.

Arrastré el carrito de libros hacia la sección de investigación y me situé frente a una de las estanterías para empezar a colocar los tomos. Era una tarea habitual para mí. Solo tenía que seguir el orden por códigos, tal y como especificaba la lista impresa, y devolver los libros a su lugar. Fin.

Pero entonces un escalofrío me atravesó entera. Me caló hasta los huesos. Nació de mí, de las entrañas, y vino acompañado de un feo presentimiento y la sensación de que alguien me observaba.

Alcé la vista y busqué a mi alrededor con el pulso disparado y el aliento amontonándose en mi boca.

Jamás creí que vería a Robert Kingsley. Se me cortó la respiración.

Estaba a unos metros de mí, apoyado contra uno de los estantes. Alto, impecable, ataviado con uno de sus habituales trajes. Su presencia era imponente, tan magnética como siempre. Pero esta vez... había algo más. Parecía... diferente. Tenso. Su rostro se mostraba más pálido, los rasgos endurecidos y su mirada carecía de vida.

Me observaba con una súplica muda. Jamás me había mirado así. Ni siquiera cuando me besó y se marchó arrepentido.

El corazón comenzó a latirme precipitado. Lo había echado de menos, aunque no me atreviera a decirlo en voz alta. Se suponía que estaba fuera de la ciudad y que no volvería hasta final de semana. Así que verlo allí me desconcertó.

—Señor Kingsley —murmuré extrañamente fascinada.

Quise acercarme a él, pero, apenas avancé un paso, Robert se giró y entró en su despacho. Una extraña inquietud me oprimió el pecho. Algo no iba bien. De acuerdo, nuestra relación siempre había sido un poco extraña, pero jamás me había negado un saludo.

—¿Charlotte?

—¡Ah! —exclamé, llevándome una mano al pecho—. ¡Daisy, por Dios!

Mi compañera me observó a medio camino entre la diversión y la preocupación.

—Lo siento —dijo con suavidad—. No quería asustarte.

—Tranquila...

—¿Va todo bien? Hace un momento parecías en... otro mundo.

Me froté la cara y respiré hondo.

—Sí, no es nada... Solo estaba... distraída. Acabo de ver al señor Kingsley y ni siquiera me ha saludado.

Daisy ladeó la cabeza, extrañada.

—¿Al señor Kingsley?

—Sí, ha entrado a su despacho. —Eché un vistazo hacia el lugar, pero curiosamente la puerta volvía a estar cerrada.

Raro porque él casi nunca la cerraba cuando estaba allí.

Miré de nuevo a mi amiga al tiempo de ver cómo fruncía el ceño.

—Pero... sigue fuera de la ciudad.

Se me encogió el estómago.

—No puede ser... —jadeé notando cómo se me encogía el estómago—. Acabo de verlo con mis propios ojos entrando en su despacho.

Daisy apoyó sus manos en mis brazos y comenzó a frotarlos. No sé cómo supo que estaba helada. Quizá había empalidecido y eso la asustó.

—Charlotte, cariño, su despacho está cerrado con llave. Nadie ha entrado desde que se fue.

Se me erizó la piel.

—Eso no tiene sentido —murmuré—. Lo he visto. Estaba ahí. Me ha mirado y luego se ha metido en su despacho.

—Sinceramente, Charlotte, creo que estás agotada. Con los parciales acercándose y todo el trabajo que tenemos en la biblioteca quizá tu mente te está jugando una mala pasada. Has estado muy estresada últimamente.

Negué con la cabeza. No, no estaba imaginando cosas. No podía haberme confundido de esa manera.

—De acuerdo, creo que lo mejor sería ir a comprobarlo. Quizá ha regresado antes... —sugirió Daisy con suavidad.

Nos dirigimos juntas al despacho de Robert. Cuando apenas quedaban unos pocos metros, me adelanté y tomé el pomo de la puerta con decisión antes de girarlo con fuerza.

Cerrada.

Tragué saliva. Lo intenté de nuevo, pero el resultado fue el mismo. Y miré a Daisy aturdida y un poco desesperada.

—Pero lo he visto...

Quise discutirlo, decirle que no estaba confundida, que lo había visto con claridad, pero me frené. Tal vez tenía razón. Tal vez estaba más cansada de lo que creía.

—Hagamos una cosa, cielo. Vete a casa —me recomendó ella—. Yo me encargo de todo aquí. Podrías hablar con tu abuela. Creo que eso te hará bien.

Tal vez Daisy empezaba a entender que todo aquello tenía un punto de misterio que no era de este mundo. A veces, mi lógica no me dejaba procesar el esoterismo que me rodeaba.

—Llevas razón. Hablaré con ella.

Un rato después, salí de la biblioteca. El aire frío me golpeó de inmediato y me arrebujé en mi bufanda mientras bajaba los escalones del edificio. Decidí girarme a mirar hacia la ventana del despacho de Robert porque algo de mí seguía sin creerse lo que había pasado.

Había visto a Robert, sin lugar a duda. ¿Qué demonios estaba pasando?

«Quizá es una obsesión por él».

Me estremecí al ver su magnífica silueta frente al ventanal. Me miraba fijamente, con una intensidad que me cortó el aliento. Tenía sentido. Desde que me había besado la concentración me abandonaba con demasiada facilidad. Esa imagen de él era tan real como la vida misma. No había ningún tipo de señal que me indicara que aquello era una alucinación. Robert Kingsley estaba allí y me observaba con tristeza, como si se estuviera despidiendo de mí.

Tragué saliva y me obligué a continuar con mi camino, aún absorta en mis pensamientos. De pronto, un claxon me sobresaltó.

—¡Cuidado! —gritó un conductor al frenar en seco.

Mi corazón dio un vuelco y salté hacia atrás para evitar el golpe. Mi pulso se disparó aún más si cabía, y de nuevo volví la vista a la ventana... Robert había desaparecido.

Me quedé inmóvil, sintiendo que algo dentro de mí gritaba una advertencia sin sentido.

Eché a correr hacia casa notando que el frío no conseguía enfriar el calor febril que me subía por el cuello.

Apenas unos minutos después, empujé la puerta de la tienda como si fuera un vendaval. Mi tío Edward estaba en el mostrador y

me miró aturdido al tiempo que mi abuela hacía lo propio desde su rincón de velas artesanales.

—¿Ocurre algo, pequeña? —preguntó Edward.

Negué con la cabeza y miré a mi abuela.

—Necesito hablar contigo. Ahora.

Ella me analizó de arriba abajo con detenimiento. Le bastaron aquellos segundos para entenderlo todo.

—No me gusta esa palidez —dijo ella, ofreciéndome su mano—. Ven aquí.

Me aferré a su contacto y me dejé guiar hacia la sala interior con el corazón aún en la garganta.

—Siéntate —ordenó, y yo obedecí al tiempo que ella se colocaba frente a mí—. ¿Qué has visto?

Cogí aire. Violet Aberdeen era una bruja muy astuta. No necesitaba detalles. De hecho, ya intuía lo que estaba pasando. Lo notaba en sus pupilas, que me observaban y analizaban.

—A Robert Kingsley —suspiré.

Ella torció el gesto y entrecerró los ojos.

—Pero él no está en York.

—No...

«Y su madre no deja de soñar con él», pensé y sentí que mi abuela escuchaba mi mente. Porque asintió mientras el silencio se instalaba entre nosotras.

Entonces, ella se inclinó hacia un lado, abrió un pequeño cajón de aquella gran mesa y sacó un péndulo de cuarzo translúcido que colgaba de una fina cadena de plata.

—Dame tu mano derecha —me pidió con voz serena.

Suspiré para tranquilizarme y extendí la mano con la palma hacia arriba para que ella pudiera situar el péndulo en el centro.

—Intenta dejar tu mente en blanco. Relaja las pulsaciones. Estoy contigo, cariño —dijo bajito antes de murmurar palabras en el idioma de sus ancestros.

El péndulo comenzó a balancearse lentamente de un lado a otro, como si respondiera a su voz.

De pronto, el movimiento se intensificó, girando en círculos rápidos y erráticos. Sentí un peso aplastante en el pecho. El oxígeno de la habitación se hizo más denso, apenas me dejaba respirar. Notaba algo invisible apretándome el cuello y me produjo un escalofrío helado. Fue el preludio de lo que estaba por pasar.

Súbitamente, el péndulo vibró con fuerza antes de hacerse añicos. Ambas saltamos hacia atrás, estupefactas, mientras observábamos cómo la mesa se llenaba de fragmentos de cuarzo.

Mi abuela se recompuso mucho más rápido que yo, cogió uno de los diminutos pedazos y lo observó en riguroso silencio.

—¿Qué demonios acaba de pasar, abuela? —Mi voz apenas fue un murmullo tembloroso.

—No tuve en cuenta la conexión que te une a Robert...

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

Me miró y, en ese instante, supe que lo que iba a decir me aturdiría aún más si cabía.

—Ese hombre te necesita —dijo sin rodeos—. Una profunda oscuridad lo arrastra, pero tú eres la única que puede evitarlo.

Se me encogió el estómago.

—Esa oscuridad... ¿Acaso va a... morir? —Aquella última palabra tembló en mis labios, y odié lo desesperada que sonó mi voz.

Robert y yo no éramos nada, pero la mera idea de perderlo me trastornaba.

Mi abuela negó con la cabeza, pero su expresión no me tranquilizó en lo más mínimo.

—No lo siento ni vivo ni muerto —confesó—. Está atrapado en un punto intermedio... y eso nunca es buena señal.

No supe cómo tomármelo. Robert no estaba muerto, pero eso no implicaba que estuviera vivo. Y yo no tenía idea de cómo salvarlo, si es que debía hacerlo.

Me froté el pecho, me costaba mucho respirar y sentía un frío enorme en las venas. El aliento comenzó a amontonarse en mi boca, mi pulso no cedía y mis ojos apenas podían enfocar.

Entonces, la puerta trasera se abrió de golpe y Morgana irrumpió en la habitación como un torbellino, con una expresión descolocada en el rostro.

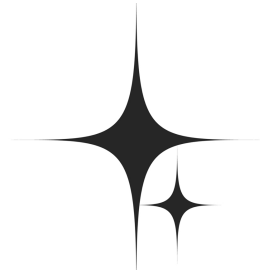
—¡Tía! —exclamó mirando a Violet—. ¡Tienes que ver esto!

Antes de que pudiera reaccionar, encendió el televisor que había colgado en uno de los rincones. La pantalla se iluminó con la imagen de una reportera ubicada en una carretera forestal con un letrero informativo que señalaba: «ÚLTIMA HORA: El historiador Ian Jenkins y su equipo han desaparecido en Snake Pass».

—Las autoridades han desplegado un operativo de búsqueda en la zona —decía la joven, sosteniendo el micro con fuerza—, pero las condiciones meteorológicas complican las labores de rescate...

Ella continuaba hablando, pero yo dejé de escuchar. Sentí que la habitación me engullía, que las voces solo eran ecos lejanos. La imagen del televisor se volvió borrosa. Todo mi cuerpo se llenó de espasmos, y se me aflojaron las piernas. No pude soportarlo y terminé desplomándome en el suelo.

De pronto, la oscuridad me envolvió.



CHARLOTTE

Desperté con un dolor sordo en la cabeza y la vaga sensación de haber sido atropellada por un carruaje victoriano. Aunque, en verdad, era la realidad lo que me había aplastado.

Me encontraba tendida en el sofá de la sala de estar, con la cabeza apoyada en un cojín y una manta cubriendo mis piernas. Parpadeé, intentando despejar la niebla de mis ojos, al tiempo que un susurro cálido y bajo pronunció mi nombre.

—Charlotte...

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Un escalofrío me recorrió la espalda y me incorporé de golpe. Mi entorno estaba sumido en la penumbra, apenas interrumpida por el resplandor de la chimenea. Miré las llamas con el aliento precipitado y el corazón estrellándose contra mis costillas. No tenía sentido que un fuego tan estable no me diera calor. Y es que el frío que sentí casi parecía sobrenatural.

—Charlotte... —murmuró de nuevo aquella voz fantasmal y lejana.

Me estremecí y miré a mi alrededor con una ansiedad creciente. Fue entonces cuando lo vi. Robert Kingsley estaba sentado en el

sillón que había frente a mí. Tenía las manos sobre los brazos acolchados, la espalda recta y sus imponentes pupilas ambarinas clavadas en mí.

Lo más fácil habría sido pensar que me estaba volviendo loca. Pero no había confusión. Esa presencia era él.

—Señor Kingsley... —murmuré ojiplática.

No respondió. Se quedó tan quieto. Tan inerte.

Quizá si lo tocaba...

Estiré una mano temblorosa con lentitud. A punto estuve de alcanzar su mano cuando, de pronto, su presencia desapareció. A continuación, un silencio ensordecedor me golpeó. Se me cerró la garganta de pura angustia y la opresión en mi pecho se intensificó. Lo froté con la mano mientras luchaba por no vomitar el corazón.

«No está ni vivo ni muerto», recordé las palabras de mi abuela, que ahora eran como recibir un puñetazo.

Yo era hija de brujas. La magia corría por mis venas, pero jamás se me había manifestado, pese a mi contacto constante con ella. Digamos que estaba dormida en lo más profundo de mi ser.

Sin embargo, Robert Kingsley la había despertado de súbito. Lo había visto cuando nadie sabía de su desaparición. Lo había sentido cuando el mundo, yo incluida, todavía creía que estaba bien, sano y a salvo. Y quizá no era adecuado pensar de una forma nefasta sabiendo todo lo que había dicho mi abuela, pero tuve miedo de no volver a ver a Robert de una forma tangible y real.

Ese hombre estaba desaparecido. Y yo había empezado a manifestar mis poderes cuando menos lo esperaba. Desde luego, era muy difícil procesar que era una médium. Quizá la única que vería Robert.

Me puse en pie, todavía temblorosa y con un frío terrible arremolinándose en mis entrañas.

Detecté un leve murmullo de voces y sollozos que provenían de la cocina y decidí acercarme con paso vacilante. No sabía si estaba preparada para ver a Claire destrozada por su hijo. Esa mujer no se merecía mal alguno, maldita sea.

Me detuve en el umbral, todavía oculta a los ojos de todas las personas que estaban allí. La cocina se había llenado de gente tratando de consolar a la madre de Robert.

—Me lo dijiste, Violet —sollozaba ella, balanceándose porque el llanto apenas la dejaba respirar—. Me dijiste que algo malo sucedería.

Maggie estaba detrás de ella, frotando sus hombros en busca de darle consuelo. Mi abuela la cogió de las manos, no apartó la mirada de ella. Su expresión era serena, pero sus ojos desprendían ese brillo enigmático que siempre tenía cuando sabía más de lo que decía.

Entonces recordé la tarde anterior cuando las vi hablando en la tienda sobre los sueños que había tenido con Robert.

—También te dije que tenía solución —le recordó—. Y te puedo asegurar que tu hijo volverá, Claire.

«No está ni vivo ni muerto», pensé de nuevo, casi como un mantra.

Fue solo un segundo. Un instante minúsculo en el que los ojos verdes de mi abuela se clavaron en los míos. De nuevo, sentí que había escuchado mis pensamientos. Y por un instante me transmitió que era muy consciente de mi poder.

«No, no, no. No me mires así, abuela. No me pongas en esa categoría ni me hagas parte de esto. Yo no soy tan buena como tú ni lo seré jamás», le dije en silencio.

«Nunca seremos iguales porque yo jamás he albergado el poder de las médiums», sentí que me decía.

Tragué saliva y agaché la cabeza.

Notar el rumor de su voz en mi mente no era una novedad. Siempre había sucedido. Hasta Morgana hablaba de ello. Y es que mi abuela no era poderosa solo por habladurías. Que ella insinuara mi potencial como médium me dejó absolutamente apabullada.

—¡Charlotte! —exclamó mi prima al verme y se lanzó a mí—. ¿Estás bien?

—Sí... Solo un poco mareada.

Morgana suspiró y me sirvió un vaso de agua.

—Me has acojonado cuando he visto cómo te desplomabas. La tía incluso se hizo daño en las rodillas por tal de sostenerte.

—Lo siento...

Nos miramos. Bueno, más bien, Morgana me analizó.

—Has vuelto a verlo, ¿verdad?

Supuse que mi abuela la había puesto al tanto. Así que solo asentí. Porque, si decía en voz alta que había visto a Robert Kingsley, aumentaría el caos que se estaba desarrollando en la cocina.

—¿Sabes lo que significa eso, Charlotte?

—No me atrevo ni a pensarlo.

Me costó demasiado aceptar que, al parecer, tenía la capacidad de ver a los... ¿muertos? ¿seres de otra dimensión? No sabía ni cómo llamarlo, joder.

Morgana frotó mis brazos y suspiró.

—Robert es fuerte, Claire —dijo Edward, que se había apoyado en la encimera después de servir una ronda de té—. Si alguien puede aguantar hasta lo indecible es él —sentenció.

—¿Y si no lo encuentran a tiempo? —susurró, destrozada.

—Entonces, lo haremos nosotros —aseguró mi tía abuela—. No puedes perder la esperanza.

—Muchas gracias, Meredith.

La señora Higgins apoyó una mano en el hombro de Claire.

—Las mujeres de esta familia nunca se equivocan, querida —le aseguró—. Si Violet dice que volverá, es que volverá.

—Yo puedo organizar una búsqueda con algunos de mis compañeros retirados —intervino el señor Peterson mientras su esposa asentía, efusiva—. La policía oficial puede que lo dé por perdido, pero algunos de nosotros aún sabemos cómo movernos por los bosques y senderos de Derbyshire.

Claire se emocionó entre lágrimas, su angustia era palpable, pero ahora, por suerte, parecía que albergaba una chispa de esperanza.

—No estás sola en esto, Claire. Lo encontraremos —le aseguró su leal amiga, Maggie.

El ambiente en la cocina seguía siendo angustiante, pero lentamente se fue llenando de determinación. Yo, en cambio, me quedé clavada en mi sitio, aferrada a los brazos de mi prima, mientras rememoraba cada detalle.

El sueño de Claire en el que veía a Robert atrapado, llamándola. La ventana que se nos hizo añicos, la escoba que se cayó, mi propio sueño en el que no podía alcanzarlo, la forma en la que desperté y el modo en que se abrió la ventana del salón. El cuarzo que se había hecho añicos. Todo habían sido señales que trataron de advertirnos... y nadie las había entendido a tiempo.

Se me encogió el estómago. Robert estaba ahí afuera. Solo. Perdido. Quizá... asustado. Y ahora, más que nunca, sentía que el tiempo se agotaba.

El tono de una llamada interrumpió el murmullo. Era el teléfono de la señora Darcy, quien lo cogió tras un breve titubeo. Ni siquiera respondió. Su interlocutor empezó a hablar de inmediato. Intuí que se trataba de una mujer.

—¿Estás segura? —preguntó Claire.

Desde mi posición podía ver cómo apretaba los dedos alrededor del móvil, como si la fuerza con la que lo sostenía pudiera cambiar lo que sea que le estaban diciendo.

—De acuerdo... Sí. Sí, vamos para allá.

Colgó y se pasó la mano por las mejillas para limpiarse las lágrimas antes de soltar un suspiro hondo.

—Era Karen —nos desveló a todos los presentes—. Acaba de llegar a la zona del accidente. Dicen que las lluvias están complicando mucho el terreno y las labores de rescate.

El señor Peterson tomó la palabra.

—Tengo un colega en Glossop. Lo he llamado en cuanto he sabido lo de Robert. Nos está esperando allí y puede ayudarnos.

Claire se frotó el rostro, tratando de recomponerse. Cuando alzó la mirada, ya no había rastro de desesperación, solo decisión.

—Tengo que ir. Ahora —declaró con una firmeza asombrosa.

—Voy contigo —anunció Maggie de inmediato.

El señor Peterson asintió con determinación.

—Por supuesto, yo también. Si hay algo que podamos hacer, quiero estar allí.

—Me uno —añadió mi tío Edward —. No dejaré que pases por esto sola, Claire.

Entonces, mi abuela se puso en pie y dio un paso adelante con la serenidad que la caracterizaba.

—Marchemos, entonces —confirmó para alivio de Claire.

—No os preocupéis por nada, nosotras nos ocupamos de todo aquí —afirmó la señora Higgins.

El grupo empezó a abandonar la casa, más que listo para emprender el viaje. Sentí una presión en el pecho mientras observaba cómo mi abuela recogía su abrigo y se dirigía hacia la puerta.

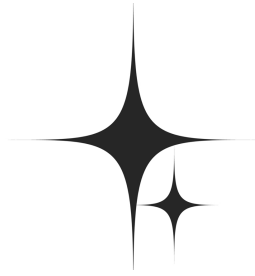
Pero se detuvo en el umbral. Nadie percibió el modo en que se giró a mirarme

—¿De verdad lo crees? —pregunté en voz alta.

Ella entendió a la perfección a que me refería. Si Robert, volvería tal y como le había dicho a Claire.

Asintió y esa fue toda la respuesta que necesitaba.

A continuación, abandonó la casa y yo me quedé allí, quieta, con la respiración entrecortada, ajena a que volvería a escuchar su voz, llamándome.



CHARLOTTE

Cielo, estás pálida como un espectro. —Mi tía abuela acarició mis mejillas.

No supe ni qué responder. Me sentía agotada, como si toda la energía de mi cuerpo hubiera sido drenada y reemplazada por un peso invisible que me costaba sostener.

—Ah... Tía Meredith... —suspiré lanzándome a sus brazos.

—Tranquila, es muy normal lo que te está pasando —dijo frotándome la espalda—. Tu poder ha despertado. La primera vez que se tiene contacto con una entidad paranormal, el cuerpo sufre el desgaste.

Me pasé una mano por la frente. La noté perlada en sudor.

—No pensé que pudiera afectarme tanto —admití.

—Porque hasta hoy nunca habías conectado con el otro lado. —Meredith me dedicó una mirada de lo más comprensiva—. Pero ahora que lo has hecho, tienes que aprender a canalizarlo o acabarás exhausta.

—Soy una médium... ¿Cómo es posible si en realidad no está muerto?

—Es el misterio de las conexiones humanas, cariño. —Me besó en la frente—. Y ahora sube a tu habitación.

Morgana, que hasta ahora no había participado, se acercó a nosotras.

—Te prepararé un té para que puedas descansar.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Prefiero evitar una de tus infusiones experimentales, Morgana.

—¡Oh, por favor, Charlotte! —ironizó—. Solo es un poquito de pasiflora para calmar la mente.

Ya, claro. Pasiflora con un chorrito de coñac. Puse los ojos en blanco. Lo cierto fue que entendía a la perfección que mi prima solo buscaba darme un momento de normalidad.

Me dejé besuquear por ambas y subí las escaleras arrastrando los pies y sintiendo que las sienes me latían insistentemente. Atribuí la sensación al cansancio y a la sobrecarga emocional. También al frío. Pero justo cuando llegué al rellano de arriba regresó aquella voz.

—Charlotte...

Mi cuerpo se congeló. Un escalofrío me atravesó el espinazo, erizándome la piel. La presión en mi cabeza aumentó levemente y sentí un extraño cosquilleo en la nuca. Cogí aire para insuflarme valor. Me giré y miré al dueño de esa voz. Me moví tan lento que casi parecía que me había quedado anclada al suelo.

Robert estaba a unos metros de mí, en medio del pasillo. Por entre las sombras era complicado vislumbrar todo su rostro, pero sus ojos me atravesaron. Resplandecían como estrellas.

Tragué saliva.

—¿Señor Kingsley...?

Alzó una ceja y una leve sonrisa tiró de la comisura de sus labios.

—Bueno, creo que podríamos tutearnos, Charlotte.

El tono de su voz me estremeció. Era tan profunda y firme, con ese matiz grave que siempre lograba colarse bajo mi piel.

Retrocedí un paso, notando la urgente necesidad de huir. De pronto, giré sobre mis talones y me precipité hacia mi habitación, apoyándome en la madera en cuanto cerré la puerta. Sentí el corazón latíéndome en los oídos y que mi aliento surgía entrecortado.

—Esto no es real —murmuré negando con la cabeza—. No es real.

Tenía que ser mi mente jugándome una mala pasada. Después de todo, había sido un día demasiado intenso. Estaba estresada, preocupada y aturdida. Por los dioses, había visto a Robert Kingsley. El hombre que me irritaba y fascinaba al mismo tiempo. La atracción que sentía por él no era un simple capricho pasajero, sino algo mucho más profundo que intentaba enterrar bajo miles de excusas. Excusas que se fueron a la mierda en cuanto me besó.

Y ahora había desaparecido en su forma física, pero su alma me perseguía y no tenía ni idea de cómo manejar la situación.

—No soy una alucinación, Charlotte —me dijo.

Allí estaba de nuevo, sobrecogiéndome, y esta vez era tan real como siempre. Y no pude evitar pensar que me aterraba perderlo. Que a lo mejor la magia había despertado en mí porque era hora de hacer frente a mis sentimientos.

—¿Podemos hablar? —me pidió casi suplicante.

No pude responder. Por primera vez en mi vida, no sabía si estaba soñando o si la realidad acababa de volverse un delirio imposible de comprender. Es que no podía entender que aquello me estuviera pasando. No tenía lógica que Robert se hubiera aparecido en mi habitación si no estaba muerto. Y tampoco la tenía que mi abuela me hubiera declarado la última médium de la estirpe.

Incluso el propio Robert estaba aturdido. Me observaba a mí y al entorno como si aún estuviera tratando de comprender su propia presencia en este mundo. Mi instinto me decía que no podía ser real. Pero la manera en que sus ojos dorados me observaban, la forma en que su silueta parecía más sólida que nunca...

«Sabes perfectamente que no estás alucinando», me dije.

Pero el pánico me apretaba el pecho. Y antes de que pudiera controlarme, abrí la puerta.

—¡Morgana! —llamé a voz en grito.

Un instante después escuché unos pasos precipitándose por las escaleras y mi prima irrumpió en la habitación, preocupada.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Tragué saliva y señalé en dirección a Robert, que había tenido el descaro de tomar asiento en el sillón que había en el rincón. Nos observaba con una mezcla de expectación y algo parecido a la incomodidad.

—Dime qué ves ahí —le dije a mi prima, sin apartar la vista de él.

Morgana frunció el ceño y entrecerró los ojos, mirando hacia donde yo señalaba.

—Eh... Pues veo el sillón —dijo lentamente—. El cojín con bordado victoriano, la mesilla con la lámpara, un libro abierto...

—Robert está sentado ahí.

Morgana enmudeció y parpadeó aturdida.

—¿Qué?

—Exactamente lo que he dicho.

—Espera, espera, espera. —Levantó las manos—. ¿Me estás diciendo que Robert Kingsley, nuestro profesor Robert Kingsley está aquí ahora?

—¡Sí! —afirmé un poco desquiciada.

—¿Y tú lo estás viendo ahora mismo?

—Exacto.

Me miró fascinada.

—¡Joder, acabas de confirmar que sí eres una médium!

Fruncí el ceño.

—Una médium ve muertos, Morgana. Y Robert no está muerto. O eso creo... —Tragué saliva y lo miré aterrorizada—. ¿Estás muerto?

Creo que esa fue la primera vez que le hablé de tú a tú.

—No estoy seguro —dijo un poco confundido, y el corazón me dio un vuelco.

—Mierda.

—¿Qué, qué ha dicho?! —intervino Morgana.

—Que no está seguro.

—Oh, joder... —Se puso a moverse de un lado a otro—. Esto es una fantasía. ¡Robert Kingsley!

Morgana se giró hacia mí con el brillo del puro delirio fanático en los ojos. Creo que no le dio la importancia suficiente. O quizá estaba lo bastante segura de las dotes de su tía abuela que no sintió la peligrosidad del asunto.

—¿Eres consciente de lo que estás diciéndome? —me preguntó, y abrí la boca para responder, pero ella siguió hablando—. O sea, nuestro profesor buenorro está en tu habitación.

Parpadeé.

—Morgana...

Me ardía la cara.

—¿Conserva su atractivo?

—¡Morgana! Te está escuchando.

—Ah, mierda, es cierto. —Tragó saliva—. ¿Está... está mirándome?

Me pellizqué el entrecejo.

—Sí.

Y ella, toda descarada, se giró hacia él sofá.

—Hola, profesor —le saludó toda sonriente.

Lo que no esperé fue que Robert respondiera a esa sonrisa.

—Hola.

Fruncí el ceño.

—¿Te hace gracia? —le pregunté.

—Bueno —se recompuso en su asiento—. Al menos mi ego no ha sufrido un golpe esta noche.

Maldita sea, aquello era insólito. Solo quería que la tierra me tragara entera.

—Charlotte... —Su maldita voz recorrió toda mi piel, produciéndome un escalofrío—. Necesito hablar contigo.

Cogí aire, me pellizqué el entrecejo y asentí.

—De acuerdo, abordemos esto desde la serenidad...

—¿Qué está diciendo? ¡Cuéntame! —quiso saber Morgana.

Alcé una mano para que esperase, sin apartar los ojos de Robert. Aquello no iba a terminar. Estaba pasando de verdad. Así que lo mejor era encararlo y terminar cuanto antes. Era lo mejor para ambos. O eso quería creer.

—¿Qué clase de ayuda necesitas? —indagué.

Robert tardó unos segundos en responder.

—No lo sé. Pero estoy seguro de que no debería estar aquí.

—Pero ¿sabes dónde estás? ¿Físicamente?

—Snake Pass.

—Ese es un territorio demasiado amplio, señor Kingsley.

—Hemos acordado tutearnos, Charlotte.

Su mirada me consumió. Me miró con tanta fijeza que no pude evitar pensar en su boca sobre la mía, en sus manos cuando me palparon, en el deseo que brillaba en sus ojos aquella noche.

Tragué saliva.

—Vale. Esto es demasiado grande para mí. Tenemos que decírselo a la tía Meredith.

—Estoy de acuerdo —confirmó Morgana.

Robert no dijo nada. Solo observó cómo mi prima y yo abandonábamos la habitación. Encontramos a Meredith acomodada en su butaca, hojeando un libro. Levantó la vista al notar nuestra presencia y nos dedicó una sonrisa.

—Bueno, por vuestras caras parece que habéis descubierto algo interesante.

Morgana y yo nos miramos un instante antes de asentir.

—Abuela —comenzó mi prima—, tenemos un problema.

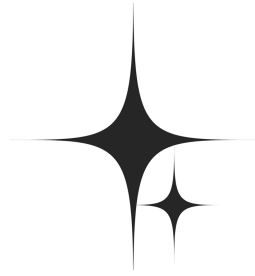
—¿Un problema de los de «hay que llamar a un fontanero» o del tipo «hay una presencia espectral en casa»?

—Definitivamente, lo segundo.

Mi tía abuela cerró el libro y me miró. Su precioso rictus sereno se tensó un poco. De pronto, ya no era la anciana tierna y amable, sino la bruja que entendía demasiado los silencios.

—¿Sentado en el sillón de tu habitación?

La observé estupefacta.



CHARLOTTE

¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Bueno, mis dones no son tan absolutos como los de tu abuela, pero lo poco que tengo está muy bien entrenado. Y esta casa está lo bastante ritualizada como para hablarme cuando hay presencia. He podido notarlo en la temperatura, y en la vela que he ofrecido al espíritu de Robert.

Señaló el taquillón que había junto al arco que conectaba el salón al comedor. Sobre un candelero dorado había una vela blanca cuya llama titilaba nerviosa.

—Entonces..., ¿qué hacemos?

Meredith se acercó al taquillón, abrió el cajón y cogió una barrita de incienso. Tras encenderla, empezó a agitarla alrededor de la vela.

—Primero, vamos a ver qué tan fuerte es su presencia. —Miró a la nada—. Robert, querido, si puedes escucharme, haznos una señal.

Se me encogió el estómago. Morgana contuvo el aire un instante. De pronto, las luces emitieron un leve destello intermitente y las cortinas se agitaron suavemente como si una corriente de aire las hubiera rozado.

Para mí, su silueta empezó a dibujarse en el centro de la habitación hasta materializarse por completo. Pude ver que nos observaba con incertidumbre.

Una presión me aplastó el pecho sin previo aviso al tiempo que la mirada de Meredith recorría la habitación con calma.

—Bueno, aquí estás —dijo con voz serena—. No está mal.

—¿No está mal? —susurró Morgana completamente alucinada—. ¿tú también lo ves, abuela?

—No, cariño. Pero lo siento. —Acarició el brazo de su nieta—. ¿Por qué no vas a la cocina y preparas un poco de té?

Morgana parpadeó un poco aturdida.

—Claro.

En cuanto nos quedamos solas, Meredith me miró.

—Charlotte. Respira, cielo. Tienes que tranquilizarte.

—No sé cómo... —susurré mientras Robert seguía mirándome como si yo fuera todo su mundo.

Meredith me cogió de las manos.

—Lo sé, pero él no está aquí para hacerte daño. Está aquí por ti, porque te necesita. Nada podrá herirte en esta casa, recuerda. —Me explicó y la creía. Los dioses sabían cuánto la creía—. Ahora voy a llamar a Violet para informarla.

Tragué saliva con dificultad y volví a mirar a Robert. Quedarme a solas con él siempre me había impresionado, pero nunca imaginé que lo vería siendo un ¿fantasma? ¡Ah, me estaba volviendo loca!

En cuanto Meredith desapareció, liberé un suspiro tembloroso. Robert seguía de pie frente a mí. Su figura era tan sólida como siempre, al igual que esa expresión tensa. Las manos en los bolsillos, el ceño levemente fruncido, los labios apretados.

—¿Puedo sentarme? Estoy un poco... cansado.

Su comentario me estremeció.

—Sí, claro... Adelante.

Robert se dejó caer en el sofá con una naturalidad que me resultó... inquietante. Era muy difícil de creer que nadie más pudiera

verlo. ¡Ese hombre estaba allí, maldita sea! Se movía con total normalidad.

—Quizá sería bueno que tú también te sentaras. Estás bastante pálida.

Lo cierto era que tenía hasta náuseas y que mis piernas apenas resistían mantenerme en pie. Así que le hice caso y tomé asiento junto a él. Apenas nos separaban unos centímetros.

—Charlotte... —Su voz sonó extrañamente contenida—. No sé qué me ha pasado.

Me froté las manos para transmitirme un poco de calma y lograr que mis pulsaciones se apaciguaran un poco.

—¿No recuerdas nada? —indagué.

—Solo un estruendo —murmuró—. Después, un golpe seco. Y luego... Nada. Oscuridad.

—Y cuando volviste a ser consciente...

Robert giró la cabeza hacia mí y clavó sus ojos en los míos.

—Estaba en la biblioteca. Mirándote.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Me viste?

—Sí. Pero... no era normal. Nadie más parecía notar mi presencia. Excepto tú.

Se me encogió el corazón y me pellizqué los dedos porque fue lo único que se me ocurrió para evitar que los ojos se me empañaran. Cuando volví a hablar, mi voz apenas se oyó.

—¿Crees que estás...?

Robert no apartó la vista de mí.

—No estoy muerto, Charlotte. Pero no me siento... del todo vivo.

El silencio se expandió entre nosotros, llenando el poco espacio que nos separaba mientras nos mirábamos con una intensidad que me quemó la piel.

—Robert...

Entonces, alzó la mano y la apoyó sobre las mías. Temblé. El contacto fue tan real. Frío, sí, pero real. Una caricia de otro mundo

que, sin embargo, tenía un peso palpable en el mío.

Mis dedos, por puro instinto, se enredaron a los suyos.

—No sé cuánto tiempo...

—Estás aquí —le interrumpí.

Todavía no estaba preparada para aceptar la posibilidad de no volver a verlo siendo un hombre de carne y hueso.

—Contigo... —murmuró con la voz rota.

De pronto, el mundo se detuvo. Solo estábamos él y yo y ese hilo invisible que parecía unirnos y que a ambos nos había abordado cuando menos lo esperábamos.

—Me asombra que pueda tocarte —confesó observando el modo en que sus dedos se enredaban a los míos.

—A mí también... —jadeé cabizbaja.

—Charlotte... Yo...

Negué con la cabeza.

—Ni se te ocurra mencionarlo. —Todavía estaba procesando todo aquello. No era el mejor momento para comentar las ganas que tenía de volver a besarlo—. Eso es algo que hablaremos cuando regreses a tu forma... humana.

—Y aun así no he dejado de pensar en ello...

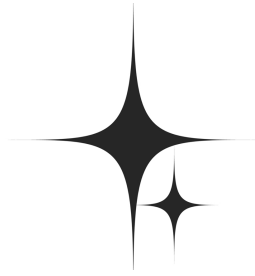
Lo miré impresionada. En mi fuero interno, había creído que Robert se arrepentía. Pero ni por asomo albergué la posibilidad de que él quisiera ir más allá.

Noté cómo se me encendía el cuerpo y cómo un extraño temblor latía entre mis piernas. Apreté los muslos.

—No sigas... —murmuré.

Pero cometí el error de mirar su boca. Y él miró la mía. Y entonces pensé cómo de demencial sería pegarme el lote con un... fantasma.

Sin embargo, Robert se volatilizó ante mis ojos y yo me quedé allí sola, aferrada a la nada, con el pulso disparado y el corazón en la garganta.



CHARLOTTE

El bosque era de una espesura sofocante. Un maldito laberinto de sombras alargadas que se retorcían como si fueran criaturas insaciables. Se aferraban a mi piel, me hundían cada vez más en la tierra húmeda. Los árboles, altos y macabros, se alzaban como dedos huesudos que arañaban un cielo sin luna. Y no dejaba de correr. Corría sin saber por qué. Solo sabía que él estaba cerca y que no soportaba perderlo.

—¡Robert! —grité.

El eco de su nombre se perdió en la bruma. Pero obtuvo respuesta.

Escuché su voz. Lejana. Dolida. Como una grieta entre mundos.

—Charlotte...

Me detuve. El corazón me martilleaba las costillas como si quisiera romperlas desde dentro. La niebla se cerraba, me imposibilitaba ver por dónde caminaba, pero seguí moviéndome tras la estela de sus reclamos.

Y de pronto el suelo se desmoronó bajo mis pies y el bosque me engulló.

Entonces, desperté.

Se me escapó un jadeo asfixiado y me incorporé en la cama, empapada en sudor. El aire de mi habitación estaba tan cargado que apenas podía respirar. Me llevé una mano temblorosa al pecho y empecé a masajearlo para que el aire me llegara a los pulmones.

No imaginé que Robert estaría en mi habitación. Curiosamente, no me sobresaltó. Tan solo sentí que mi corazón daba un vuelco al ver que estaba allí, sentado en mi sillón, como si jamás se hubiera ido.

Su silueta se proyectaba entre las sombras, marcando el contorno de sus hombros, la curva de su cuello, la tensión de su mandíbula. Todo en él parecía sólido y real. Y me volvía loca.

Tragué saliva y recordé las palabras de mí tía abuela: «Háblale con normalidad, no le tengas miedo. Sigue siendo él, aférrate a eso».

—¿Una pesadilla? —preguntó suave y grave.

Su maldita voz acarició mi piel hasta erizarme.

—Sí... Contigo —confesé en apenas un susurro—. Corría por un bosque, buscándote. Gritaba tu nombre.

Robert agachó la cabeza.

—¿Y yo te llamaba a ti?

Tragué saliva.

—Sí.

Apretó los labios como si estuviera tragándose todas las palabras que quería decirme. Creo que en ese momento entendí lo mortificante que estaba siendo la situación para él.

—Te fuiste. Desapareciste delante de mis narices.

Asintió con lentitud y adoptó una mueca de frustración.

—Lo siento... Es algo que no controlo. Ni siquiera entiendo cómo funciona.

Se me cerró la garganta.

—¿Y adónde vas cuando desapareces?

—No lo sé.

Su mirada se clavó en mí con una intensidad abrumadora.

—Para mí, el paso del tiempo funciona de forma diferente —continuó—. Es como un parpadeo. Para ti pueden ser horas, pero para mí es solo eso, un instante.

Estrujé las sábanas.

—Eso suena inquietante.

Robert dejó escapar un suspiro y se apoyó en el sillón con una elegancia despreocupada teñida de resignación.

—Créeme. Lo es.

—¿Te asusta?

—Sí.

Me revolví en la cama y alargué la mano hasta la mesita de noche para encender la lámpara. Necesitaba mirarlo a los ojos. La tenue luz dorada iluminó la estancia y se me cortó el aliento al verlo allí. Tan real e imponente. Tan insoportablemente erótico.

Me incorporé y me froté la cara notando como una inesperada adrenalina me recorría las venas.

—No recuerdas dónde está tu cuerpo ni qué te ha pasado, pero algo te retiene aquí, en este plano... —pensé en voz alta—. Me pregunto qué pasaría si fuéramos al bosque juntos. A Snake Pass.

Robert frunció el ceño.

—¿Juntos?

—¿Por qué sino ibas a necesitarme?

Cogió aire y se puso en pie al tiempo que se guardaba las manos en los bolsillos de su pantalón. Se acercó a mí lentamente, exhibiéndose, desnudándose con la mirada. Ese hombre sabía que podía ponerme de rodillas con un solo chasquido de dedos. Tenía una desbordante influencia sobre mí.

—Quizá ya estoy muerto y he venido a saldar una cuenta pendiente —dijo en cuanto se detuvo a un solo palmo de mi cara. No me dejé intimidar, pese a que sentía el corazón en la garganta y las ganas de devorar su boca.

—No vayas por ahí. —Entrecerré los ojos—. Es demasiado descarado incluso para un fantasma.

—Intentaba rebajar la tensión —sonrió.

—Tú mismo eres la tensión, Robert. Y deja de reírte, joder. Además, no vuelvas a mencionar la posibilidad de estar muerto, ¿entendido?

Torció el gesto.

—¿Debo tomarlo como una amenaza?

Alcé el mentón.

—Ponme a prueba, profesor.

Nos miramos fijamente, desafiantes. Resistiendo lo que sea que nos empujaba a tocarnos como dementes. Realmente lo deseaba, para qué mentir. Luchaba por silenciarlo, pero siempre había deseado a Robert Kingsley. Y ahora más que nunca.

—¿Qué propones? —indagó él, reconduciendo la conversación por el bien de ambos.

—Quizá —empecé sintiendo que de pronto me abandonaba toda valentía—... si vamos a Snake Pass, tal vez se active algo en ti. No sé... Algo que te haga sentir la conexión con tu cuerpo. Si eso pasa, podrías darme la ubicación exacta y así podría informar a las autoridades para que te rescaten.

Robert no dijo nada, pero me pareció que estaba considerando la idea en serio.

—Es arriesgado. Ha llovido y el terreno es peligroso. Además, no sé si funcionará.

—Y aun así es mejor que quedarnos aquí sentados sin hacer nada útil.

Asintió con la cabeza.

—¿Y si no siento nada?

No quería pensar en la negativa.

—Lo habremos intentado. Y siempre será mejor que hablar con un fantasma en mi habitación a las cinco de la mañana.

Una sonrisa ladeada tiró de la comisura de sus labios.

—Comprensible.

Continuamos mirándonos, en silencio. La tensión seguía creciendo entre los dos, pero ahora era mucho más importante coordinarnos.

—De acuerdo, intentémoslo.

Sonreí. Una emoción desbordante invadió mi sistema. Todo era tan sencillo como vestirme, salir de casa y conducir hasta la zona. Confiaba en el proceso y en los resultados. Tenía esperanza.

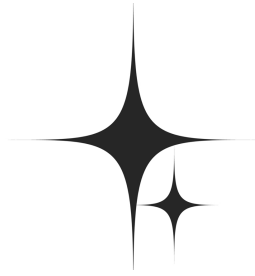
Pero, antes de que pudiera reaccionar, su imagen se desvaneció de nuevo.

—¡Ahora no! —exclamé entre susurros.

Mierda, si él no estaba, quizá no funcionaría el experimento. Aun así, decidí intentarlo. Porque Robert se aparecía allá donde yo estaba. Había sucedido en la biblioteca y en mi habitación. Había altas probabilidades de que se apareciera de nuevo cuando llegara a Snake Pass.

Me lancé a mi armario, me vestí con unos vaqueros y un jersey de lana y me calcé a toda prisa. Me temblaban las manos mientras me ataba los cordones. Por último, me puse el abrigo y la bufanda y salí de allí con el corazón en un puño.

La casa estaba en completo silencio. Evité hacer ruido cuando cogí las llaves del coche y abrí la puerta de la entrada para salir al frío de la madrugada.



CHARLOTTE

Nunca imaginé que te gustara este tipo de coches.

Di un leve volantazo. Contuve un grito y pisé el freno hasta que el vehículo se detuvo en el arcén. El corazón me estalló.

—¿Quieres matarme de un infarto?! —exclamé, girándome hacia el asiento trasero.

Allí estaba Robert, sonriendo.

—Teniendo en cuenta que vas conduciendo, no sé bien si esa sería la verdadera causa.

—Capullo estirado —protesté por lo bajo, frustrada con su sonrisa—. ¡Y no es mi coche! Es de mi tío. Yo prefiero ir en bici. ¿Qué haces ahí? Pasa delante, anda.

Robert se bajó del coche y ocupó el asiento del copiloto. Abrió puertas y las cerró. Lo vi perfectamente. Incluso noté cómo los neumáticos amortiguaban su peso, como si fuera un humano real, joder. Me pregunté qué habría visto la gente que iba en los coches que pasaban por la carretera.

—Te noto un poco tensa y eso te hace ser bastante refunfuñona.

—¿No has pensado en el estrés que me supone todo esto? —le reproché—. No sé, a lo mejor para ti es normal ir hablando con un fantasma en el coche. Pero para mí es nuevo. Y la próxima vez que vayas a aparecerte, podrías al menos anunciarte.

—Lo tendré en cuenta.

—Qué amable de tu parte. —Le regalé una sonrisa de lo más falsa.

—¿Me insultas a menudo? —Soltó de pronto.

—¿De verdad te sorprende? A veces, eres un cretino.

Un silencio espeso llenó el interior del vehículo mezclándose con el rumor del motor y mi aliento. Sus ojos se deslizaron por toda mi cara.

—Tienes ojeras —desveló.

Definitivamente, me sacaba de quicio.

—¡Oh, eres insufrible! ¡Por supuesto que las tengo! Sé de alguien que no me ha dejado dormir. Si al menos me hubiera echado un polvo, la cosa no sería tan incómoda.

Era el peor momento para tener un brote de sinceridad, pero ahí estaba. Las palabras se me escaparon sin filtro, y Robert pestañeó aturdido. No me pasó desapercibido el modo en que su mandíbula se contrajo.

¡Mierda, me quería morir!

—Honestamente, ganas no me faltan...

El estupor me golpeó de lleno. Sí, fue como recibir un puñetazo en la boca. Allí estábamos los dos, dentro del coche de mi tío, en el arcén, mirándonos como si en cualquier momento fuéramos a comernos vivos.

—El más allá te hace hablador —dije.

—Parece que a ti también.

Tenía dos opciones: poner a prueba si podía tocarlo pese a no ser real o retomar nuestro objetivo. Por suerte, el sentido común me tocó con su varita y aceleré para incorporarme de nuevo a la carretera. Me costó horrores concentrarme, no dejaba de pensar en

el momento en que él empezó a sentir atracción por mí. Yo lo tenía claro, pero, nunca creí que fuera recíproco.

—¿Qué crees que pasará cuando lleguemos? —comentó con aire ausente.

Más allá de la evidente tensión sexual que había entre los dos y que habíamos empezado a usar como vía de escape, Robert estaba preocupado. Y yo también.

—Si mi teoría es correcta, lo lógico sería que... sintieras algo. Alguna conexión.

Robert desvió la mirada hacia la carretera y su expresión se tornó más seria.

—En realidad, he empezado a sentir una energía extraña. Como si algo no quisiera que llegáramos a nuestro destino. —Sus palabras, aunque tranquilas, dejaron un eco de inquietud en el aire.

—Confía, ¿de acuerdo? —suspiré tratando de animarlo—. Y ahora piensa en cómo vamos a esquivar el cordón policial.

Al tomar el desvío de Snake Pass, pudimos ver a dos patrullas y varios agentes cortando la carretera. La primera opción era intentar persuadirlos. Pero eso hasta un tonto habría sabido que no surtiría efecto. Así que lo único que podíamos hacer —en este caso, lo único que yo podía hacer, porque Robert era invisible para el mundo— era colarnos en el bosque sin ser vistos. Eso hice. Dejé el coche de modo que los árboles lo ocultaran de los policías.

—¿Entiendes el riesgo? —preguntó Robert en cuanto me quité el cinturón—. Si te pillan, vas a tener que dar muchas explicaciones.

Bajé pensando que Robert me seguiría, pero él ya estaba fuera mirando a su alrededor un tanto aturdido.

—¿Cómo demonios has hecho eso? —dije asombrada.

—No tengo ni la menor idea.

Cogí aire.

—En fin, ya estamos aquí. Intentemos centrarnos.

Nos había amanecido en la carretera, pero no parecía que fuera de día, sino más bien una noche semicerrada. Apenas se veía nada, solo sombras y destellos de luz que se colaba por entre las copas de

los árboles. La lluvia nos había dado una tregua, pero el cielo seguía encapotado, como una losa sobre nuestras cabezas.

Me ajusté la chaqueta y avancé tan decidida como tensa. Robert apareció junto a mí en un parpadeo, provocándome un escalofrío.

—No me acostumbro a esto —murmuré frotándome la frente.

—Me temo que no tienes opción.

—En eso estamos de acuerdo.

Nos adentramos en el bosque. La hojarasca crujía bajo mis botas, que se hundían un poco en la espesura del musgo y la tierra empapada. Robert caminaba a mi lado en completo silencio. Se había tomado en serio nuestro experimento y no dejaba de analizar cada detalle.

—¿Notas... algo? —indagué sin presionarle.

—Nada.

—¿Ni siquiera una sensación extraña?

—Aparte de caminar en medio de un bosque oscuro a tu lado, no.

Nos miramos.

—¿Qué tiene de raro caminar conmigo?

—Quizá que... —Pero no terminó. Y desvió la vista hacia el frente.

Lo cierto fue que mis pulsaciones no me dejaron imaginar qué respuesta me habría dado, pero sentí que la nostalgia lo golpeó y que toda aquella situación comenzaba a abrumarlo.

Me acerqué un poco más a él y me atreví a apoyar una mano en su brazo. Era demasiado injusto lo real que me pareció su contacto y al mismo tiempo frío.

—Robert, eres un espíritu atrapado entre la vida y la muerte bastante deprimente.

Quise darle un toque de travesura y lo conseguí porque él puso los ojos en blanco y me miró risueño. Estaba asombrada. En cinco años apenas había visto su sonrisa y ahora la veía constantemente. Eso era un problema porque no quería reconocer que estaba

locamente enamorada de él, pero su risa me lo estaba poniendo muy difícil.

—Quizá estamos demasiado lejos de donde desapareciste —aventuré.

—Es posible.

Seguimos adentrándonos en la espesura. No había senderos marcados, solo la maleza abriéndose a nuestro paso, ramas que se enredaban en mi ropa y sombras que parecían moverse con la brisa. La humedad se me pegaba a la piel, la tela del abrigo pesaba más con cada paso.

Caminamos en la penumbra, guiados solo por la intuición y la vaga esperanza de que la proximidad al lugar del accidente activara algo en Robert. Pero había pasado una hora y él seguía sin sentir nada. Quizá no había sido tan buena idea.

Entonces, me detuve en seco. Fue como si algo me retuviera, y un escalofrío me atravesó el espinazo provocándome un vahído.

—Ey, ¿estás bien? —preguntó Robert, preocupado.

—He sentido algo. No sé qué es, pero... esta zona es distinta.

Y de pronto los descubrí. Había varios muñecos colgando de las ramas más gruesas de los árboles y se mecían con la brisa en un vaivén silencioso y espectral. Eran figuras hechas de ramas, rudimentarias pero inquietantes en su precisión, cada una con una sogá roja apretada en torno a un cuello de madera seca. No eran simples juguetes ni residuos de una tradición inofensiva.

Eran advertencias. O maldiciones.

Robert las observaba impactado. Me conmovió que él también percibiera la maldad que rezumaba el lugar.

—Esto no me gusta, Charlotte —me advirtió con voz tensa.

—A mí tampoco.

Pero aquellos muñecos no eran lo único alarmante. Me acerqué con cautela a uno de los árboles. Tallado en el tronco, identifiqué unos trazos.

—Charlotte...

Ignoré la advertencia y extendí la mano para tocar aquellas líneas. Era una runa, pero no una cualquiera.

—No es normal... —susurré.

—No creo que nada de lo que está pasando lo sea —murmuró Robert, acercándose a mí.

—Lo digo en serio. Estas marcas... Son runas, estoy segura. Pero no he visto nunca este símbolo en particular.

Así como tampoco había visto los demás. Los troncos de la zona estaban plagados de aquellos trazos. Sentí que eran runas antiguas. O quizá algo peor. Algo que no debía existir.

Robert me analizó en profundidad.

—Sabes leer las runas.

Me encogí de hombros.

—Mi abuela me enseñó...

—Es curioso —suspiró—. Soy historiador, he estudiado runas en distintos contextos, conozco la mayoría de los sistemas rúnicos y admito que yo tampoco conozco este símbolo. Aunque, en lo que respecta a su uso en prácticas esotéricas...

—¿Te falta experiencia? —terminé por él, sonriente.

—Algo así —sonrió también.

Miré de nuevo los muñecos justo cuando se oyó un lejano crujido. No fue el viento ni un animal. Ni siquiera las maniobras de rescate. Fue como si la misma oscuridad nos estuviera observando y aguardando un movimiento en falso para revelarse.

—No parece una simple superstición —dije bajito—. Alguien los colocó aquí por una razón.

—¿Algún tipo de brujería? —indagó Robert, y yo asentí.

—Una brujería muy oscura y antiquísima.

Cometí el error de mirarlo. Ni esperé que estuviera tan cerca de mí. Creo que ni él pensó que se había acercado tanto. Me aterraba perderme en aquella mirada ambarina. Cuanto más tiempo pasaba con Robert, más difícil me parecía evitar saltar sobre él. Casi podía degustar la tensión que vibraba entre nosotros, el deseo reprimido, esa primitiva sensación de urgencia.

—No me mires así —susurré.

—¿Y cómo te estoy mirando?

—Como si fueras real. Como si pudieras...

—¿Besarte? —me interrumpió, oteando mi boca.

Tragué saliva. Mi cuerpo oscilaba hacia el suyo. No había ido hasta allí para terminar lanzándome a los brazos de Robert y rogarle que me hiciera el amor como un salvaje. Pero, en el fondo, lo deseé y me sentí egoísta.

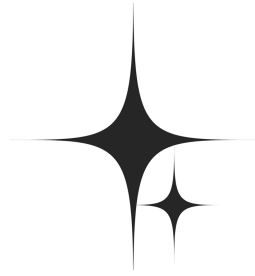
—¿Cuánto callas ahora mismo, Kingsley? —lo desafié.

—Más de lo que me gustaría.

Porque no era el momento para declaraciones, si es que existían. El bosque nos tenía atrapados en ese instante, y escondía la maldad que tenía atrapado al Robert real.

Entonces, un pensamiento me atravesó como un relámpago.

«Violet». Sí, ella era la única persona que podía darnos respuestas.



CHARLOTTE

Eché mano a mi teléfono y saqué fotos a los muñecos y a las runas. Necesitaba pruebas, algo concreto que no pudiera descartarse como una historia mal contada o una ilusión.

—¿Son para tu abuela? —indagó Robert, que me observaba curioso.

—Exacto. Si alguien puede decirnos qué significan estas runas, es ella.

Cuando me giré a mirarlo, algo cambió en su expresión. Lo supe al instante. Era dolor, crudo e insoportable.

—Robert... —Di un paso hacia él.

Pero él no me escuchaba. Su respiración se volvió errática, sus pupilas se contrajeron y su cuerpo se tambaleó como si una fuerza invisible lo hubiera golpeado de lleno.

—Robert... —Me lancé a él, sujetándolo de los brazos—. ¿Qué pasa? Hazme una señal. Cualquier cosa.

Cogí su rostro entre mis manos. Sus mejillas eran puro hielo. Hasta el momento, estar a su lado había sido tan real que incluso le había oído respirar. Pero ahora... Robert parecía un espectro helado

sin vida alguna. Y entonces, gritó. Fue tan desgarrador que ambos caímos de rodillas al suelo.

Me aferré aún más a él.

—¡Mírame! —le rogué con la voz quebrada—. ¡Estoy aquí! ¡Robert!

Pero él no parecía verme ni oírme. Solo temblaba. Y de pronto... desapareció.

Me dejó allí, frente a un espacio vacío, todavía de rodillas en el suelo con las manos aún extendidas.

—No... No, no, no...

El eco de mi voz se perdió entre los troncos mientras mi mente se negaba a aceptar lo que acababa de ocurrir. ¿Y si había desaparecido para siempre? ¿Y si su cuerpo había muerto y por eso gritó antes de evaporarse? ¿Y si ya no volvía a verlo?

«Robert...».

Eché a correr sin dirección, impulsada por un miedo primitivo que me apretaba el pecho. Las raíces me frenaban, las ramas me arañaban los brazos y la llovizna que comenzaba a caer me salpicaba el rostro.

Tropecé, resbalé, pero no me detuve, me empujaba la desesperación por volver a encontrarlo. Y no dejaba de gritar su nombre una y otra vez, aunque, en el fondo, supe que quizá nadie podía oírme. Miraba hacia todas partes y solo veía una extensión infinita de árboles y soledad.

Entonces, apareció de la nada a unos metros de mí. Estaba sereno, como si siempre hubiese estado ahí, pero yo no hubiera podido verlo. Se encontraba entre dos troncos con el rostro pálido, el cabello revuelto y los ojos fijos en mí. No dijo nada. Solo me miró con una mueca de disculpa y preocupación en el rostro.

Maldita sea, cuánto lo odié.

Pero no pude evitar lanzarme a él.

El impacto fue seco y desesperado. Lo rodeé con los brazos y me apreté contra su cuerpo como si buscara una confirmación de

que estaba allí, de verdad. Que no lo había perdido, que todavía teníamos una oportunidad para dar con su cuerpo.

Sentí la firmeza de sus manos en mi espalda, su silencio contenido, la quietud imposible que lo envolvía. No era calor lo que manaba de él, pero tampoco frío. Era... algo distinto, quizá la certeza de mis propios sentimientos hacia ese hombre.

Me temblaban los dedos cuando levanté la cabeza. Robert perfiló mi mandíbula antes de atrapar mi rostro entre sus manos con una delicadeza que contrastaba con el vendaval que eran mis emociones. Y se inclinó hasta apoyar su frente en la mía. Nuestras bocas se tocaron, pero no fue un beso, sino algo mucho más íntimo y crudo. Como si buscara darme aliento.

Cerré los ojos y me abandoné a él.

—Te has propuesto volverme loca, ¿verdad? —susurré en su boca, con la respiración aún agitada.

Él no respondió de inmediato. Solo agachó un poco más su cabeza y se frotó contra mis labios.

—No sé qué ha pasado... —murmuró finalmente. Su voz rompió el aire denso entre nosotros.

—No lo sabes... —resoplé, y me separé de él.

Todo aquello era imposible. Ni siquiera había tenido tiempo para asimilarlo y allí estaba yo, esperando ansiosa a cualquier reacción de él lo más humana posible porque me torturaba la idea de perderlo para siempre.

Me froté la cara, abrumada.

—El hombre que todo lo sabe no puede explicar ipor qué demonios no puede encontrarse a sí mismo!

Robert me analizó en silencio. Sí, esos malditos silencios suyos que nunca evidenciaban lo que de verdad pensaba. Podía estar odiándome o deseándome como un loco al mismo tiempo.

—Entendería que quisieras mantenerte al margen.

—Yo no he dicho eso —rezongué, apartándole la mirada—. Pero todo era más fácil cuando pensaba que me detestabas.

Pensé que nos quedaríamos así, quietos y separados por esos pocos metros que yo misma había impuesto. Sin embargo, Robert reaccionó. Fue como si mis palabras lo empujaran hacia mí. Se acercó de golpe, decidido, y me tomó por la nuca con una intensidad inesperada. Iba a besarme y yo iba a dejarme porque lo deseaba con todas mis fuerzas. Incluso sentí de nuevo el roce violento de su boca.

Sin embargo, se detuvo ante la irrupción de la melodía de mi móvil. Robert no se movió, pero sus dedos se aflojaron ligeramente en mi nuca y mi boca exhaló un suave jadeo ante la ausencia de su contacto.

Aturdida, saqué el móvil de mi bolsillo y descolgué sin tan siquiera molestarme en mirar la pantalla.

—¡Charlotte! ¿Dónde demonios estás, ah? —La voz de Morgana estalló en mi oído—. Apenas son las siete de la mañana, llueve a cántaros y hace un frío que pela. Además, la tía Violet nos ha llamado. Dice que ha sentido algo extraño contigo. Dime que estás bien, por favor.

Cerré los ojos, intentando recomponerme. El aire entraba a trompicones en mis pulmones, y los ojos de Robert no me ayudaban en absoluto.

—Estoy en el bosque.

—¿Qué bosque?

—Snake Pass. Con Robert.

Silencio.

—Mierda, Charlotte... —suspiró, y yo me pellizqué el entrecejo porque en realidad todo aquello empezaba a superarme.

—Creí que, si lo traía aquí, quizá sentiría algo.

—Deberías haber avisado, nena. La tía está preocupadísima.

Lo creía de verdad. A Violet Aberdeen era imposible mentirle.

«Lo noto en las entrañas», solía decirme.

—De todos modos, ya nos íbamos. —Miré a Robert. Quizá lo intuía, pero no podía imaginar cuánto me estaba costando resistir las ganas—. No tardaré, ¿vale?

—De acuerdo. Ahora te veo, cariño.

—Te quiero.

—Y yo.

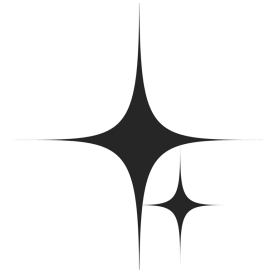
Colgué y me quedé con el teléfono aún en la mano, sintiendo el peso de todo lo que estaba pasando como una losa sobre mis hombros.

Robert seguía observándome con una expresión inescrutable. No pude evitar pensar qué habría pasado entre nosotros de no haber sido interrumpidos por Morgana.

—Ella sabe que estamos aquí, ¿verdad? —indagó.

Ella era mi abuela, la bruja más poderosa que conocería jamás.

Asentí y empecé a caminar.



CHARLOTTE

La lluvia se estrellaba contra los cristales del ventanal. Nos habíamos librado de una buena tormenta, pero el frío seguía instalado en mis huesos. Por suerte, aquel hotel en Glossop tenía justo el tipo de calidez que necesitaba para entrar en calor. La chimenea de piedra chisporroteaba en un rincón, llenando el aire con ese aroma a leña quemada que tanto me recordó a casa.

Me dejé caer en el sillón junto al fuego más que preparada para la reprimenda de mi abuela, que me observaba a medio camino entre el enfado y la preocupación.

—¿Cómo has podido ser tan insensata, querida? —me dijo con los brazos en jarras.

Que la abuela me regañara no era algo malo. Que lo hiciera delante de Robert Kingsley ya era otra historia. Mi profesor/jefe estaba allí, empapándose de cada detalle.

«Ahora sería un buen momento para que desaparecieras», pensé entrecerrando los ojos.

—Y tú, Robert —habló mi abuela, mirando a su alrededor—. Créeme, si pudiera verte te diría cuatro cosas, muchacho.

El nombrado agachó el cabeza, consternado.

—No queríamos preocuparte abuela.

Ella me miró seria.

—Charlotte, podría haberte pasado cualquier cosa. Ese lugar es peligroso, pude sentirlo. Su amenaza no solo tiene que ver con el entorno, ¿comprendes?

—Sí, yo también lo he sentido —confesé cabizbaja—. Creí que, si llevaba a Robert al lugar del accidente, podría notar algo que nos ayudara a encontrar su cuerpo. Nada más.

Lo miré. Ese cosquilleo eléctrico que me había provocado su cercanía en el bosque no terminaba de aplacarse. Todavía sentía el peso de sus manos en mi cintura y en mi nuca o la forma en que sus ojos se oscurecieron justo cuando se lanzó a besarme. Todo estaba ahí, latiendo bajo mi piel junto a las ganas, el miedo y el estupor.

—¿Y bien, habéis resuelto algo? —indagó mi abuela. Su tono se había suavizado.

Tragué saliva y lancé una mirada a Robert. Él no había estado de acuerdo con que cogiera algo de ese bosque, pero yo estaba convencida de que nos podía servir de algo. La intuición de mi abuela nunca fallaba y, si además lo uníamos a sus conocimientos sobre el esoterismo, conseguiríamos respuestas. No me cabía duda.

—Robert no sintió ninguna conexión consigo mismo, pero... —cogí aire— encontramos unos símbolos y unos muñecos colgando de las ramas... Eso debió afectarle. —Evité mirarlo porque no quería recordar el momento en que desapareció ante mis ojos después de aquel grito desgarrador.

La abuela frunció el ceño.

—¿En qué sentido? ¿Qué sucedió? —preguntó con cautela.

Apreté las manos en mi regazo.

—Tuvo una especie de brote. Se quedó bloqueado y de pronto gritó como si alguien le estuviera arrancando la piel. —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. Intenté calmarlo, pero entonces desapareció y yo...

Me contuve. No sabía cómo continuar. Decir que me puse a correr desesperada por encontrarlo era la única verdad, pero una

verdad demasiado aplastante. Me exponía y no estaba dispuesta a sentirme así.

—Sea como fuere, regresó. Y ahora está ahí, apoyado en la mesa. —Lo señalé con naturalidad.

Mi abuela suspiró y empezó a masajearse las sienes. No habló enseguida. Sus ojos destilaban una pesadumbre muy antigua.

—No deberías haberte adentrado sola —me recriminó con suavidad—. De haber ocurrido algo, Robert no habría podido ayudarte, ¿lo entiendes? Ese bosque reclama almas, se alimenta del miedo. No dudaría en atraparte.

—Lo he notado... —le reconocí.

—Será mejor que nos movamos con cautela. No soportaría que...

Percibí la sombra del dolor que cargaba. La muerte de mis padres nunca la abandonaría. Y sabía bien que no resistiría que algo malo me sucediera a mí también.

Me puse en pie y me acerqué a ella para cogerla de las manos.

—No volverá a ocurrir, lo prometo —murmuré antes de besar sus nudillos.

Ella me sonrió con nostalgia y me devolvió el beso en la frente antes de fruncir el ceño.

—Guardas algo más —dijo firme.

Se me encogió el estómago. La bruja me miraba a los ojos en busca de una verdad que ella ya sabía que existía. Y la inquietaba. Dudé un segundo, antes de meter la mano en el bolsillo de mi abrigo. Sentí la textura áspera del muñeco al tiempo que un escalofrío me atravesaba la espalda.

—Encontramos algo... —susurré antes de mostrárselo—. Además, hice unas cuantas fotos de las...

El rostro de mi abuela se transformó en cuanto vio el muñeco. Lo observó ojiplática. Y de pronto, me lo arrebató de las manos y lo arrojó con fuerza a la chimenea.

—¡Atrás! —exclamó, empujándome tras ella.

El muñeco empezó a arder y un humo espeso de color lila brillante emergió de las llamas, extendiéndose por la habitación con un siseo perturbador. El aire se volvió pesado, casi irrespirable, y mi abuela se lanzó a abrir las ventanas de inmediato mientras Robert y yo observábamos atónitos la escena.

Cuando el humo se disipó, Violet se volvió hacia mí y me tomó de las manos con firmeza. Seguramente notó que tenía el pulso disparado y me sentía a punto de desfallecer allí mismo.

—Necesito que regreses a York.

—Ni siquiera te he enseñado las runas —dije un tanto agitada.

—Esas runas no son de este plano. Y ese muñeco tampoco.

Fruncí el ceño y retrocedí un par de pasos. De pronto, aquella habitación me parecía asfixiante.

—¿Me estás diciendo que si regreso ya no los veré?

—Solo una médium podría verlos. Y tocarlos. Por eso has podido entregármelo.

De acuerdo, era demasiado. Había llegado al límite. ¿Cómo demonios podía asumir todo eso? ¿Yo, una médium de verdad? Por todos los dioses, me parecía imposible de aceptar. Sin embargo, Robert estaba allí y no solo podía verlo. Incluso lo había tocado. Por más que quisiera negarme, la realidad era más fuerte.

—Pero Robert también las ha visto —dije como si me estuviera justificando—. Incluso les he sacado fotos...

De inmediato, cogí mi móvil y abrí la Galería. No había nada. Bueno, más bien...

—No se ven... —murmuré, y la abuela me acarició el mentón antes de obligarme a mirarla.

—Son runas oscuras, el lenguaje de las *vø/va* caídas en desgracia. Cuando la magia *seiðr* ya no bastaba para sus propósitos, practicaban unas artes demasiado oscuras.

—La brujería *trolldómr*.

La abuela ni siquiera soportaba mencionarla. Me había hablado de ese tipo de magia en muy pocas ocasiones y solo porque yo era demasiado curiosa y me pasaba la vida entre libros.

—Exacto.

—Puedo dibujarlas. Las recuerdo.

—Ni se te ocurra —me prohibió—. Es evidente que Snake Pass es una zona que ha acumulado siglos de prácticas oscuras. Toda esa maldad se ha quedado allí, memorizada. Pero no necesitamos resolver eso, sino encontrar a los muchachos.

Tenía sentido. No debíamos desviarnos de nuestro objetivo.

—Entendido...

—Como he dicho, necesito que regreses a York. Ahora mismo eres vulnerable y no quiero que te expongas —continuó—. Informaré a Meredith de todo esto para que empiece a trabajar. En la sección prohibida, se encuentran algunos datos sobre esa magia. Tenemos que estar preparados para hacer algún «trabajo».

—¿Vas a usar la brujería *trolldómr* para encontrar a Robert? —pregunté extrañada.

—No, usaré la magia *seiðr*. Pero no son mis fuentes usuales, así que necesitaré una guía.

—Vale...

Entonces, ella se giró y miró a su alrededor mientras la chimenea seguía ardiendo en llamas lilas.

—Sé que me estás escuchando, Robert. Quiero que sepas que han encontrado a Aldric.

Robert se quedó en silencio. Su rostro se contrajo en una mezcla de alivio y asombro. No le quitó ojo a mi abuela. La observó con tal devoción que creí que, de haber sido real, se habría lanzado a ella para abrazarla.

—Y presiento que hoy encontrarán a Ian y a otro de los muchachos —vaticinó.

Una paz repentina atravesó a Robert. Lo supe porque cerró los ojos y su figura comenzó a desvanecerse lentamente. Desapareció con un suspiro. Y yo estiré una mano como si con ese gesto pudiera mantenerlo conmigo.

—Se ha ido, ¿verdad? —indagó la abuela.

Tragué saliva y asentí antes de frotarme el rostro. Estaba agotada. Cada segundo que pasaba me drenaba la energía a raudales.

—No sé cómo manejar esto... —suspiré mientras mi abuela se quitaba uno de sus collares.

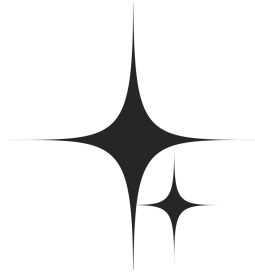
Se acercó a mí y lo colgó de mi cuello antes de acariciar la piedra de granate que reposaba en mi pecho. No sé por qué sentí un alivio enorme.

—Desde el corazón, cariño —susurró antes de clavarme la mirada.

Sentí que podía ver todo de mí.

—Pero yo... —dudé.

—Quizá eso que tanto niegas sentir por él es lo que ha despertado tu don... No te cierres a ese poder. Mucho menos a ese sentimiento. Porque ni en mil vidas encontrarías a alguien que te entregue tanta reciprocidad.



CHARLOTTE

Diez minutos habría tardado en llegar a York si la lluvia no lo hubiera impedido. Cayó con tanta intensidad que me vi obligada a reducir la velocidad hasta detenerme en una pequeña área de descanso en los márgenes de la carretera.

La tormenta caía como un telón de agua espesa que borraba el mundo más allá del parabrisas. Tan poca era la visibilidad que casi parecía noche cerrada. Y eso que hacía un rato que habían dado las diez de la mañana.

Me recliné en mi asiento, sintiendo la vibración del aguacero golpeando el techo del coche. Y cerré los ojos al tiempo que un escalofrío me avisaba de su presencia.

«Robert».

—Sé que estás ahí —dije bajito.

—No quería asustarte —murmuró con suavidad—. Acordamos avisar.

Se me escapó una sonrisilla.

—Esta vez lo has hecho genial.

—Digamos que aprendo rápido.

Abrí los ojos y observé la lluvia caer porque no me atrevía a mirar a Robert todavía. Lo extraño fue que la quietud en mi pecho no coincidía en absoluto con el fuego que ese hombre me despertaba. Quizá tenía algo que ver el granate de la abuela.

—¿No vas a mirarme? —Esa maldita voz, tan grave y erótica, me estaba volviendo loca.

—¿Y qué si no lo hago?

Pero no pude evitarlo.

Allí estaba él, ocupando el asiento del copiloto como si nada, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas relajadas, observándome con fijeza. Había algo sombrío en su expresión, pero ni la muerte (o lo que fuera eso) podía eclipsar su imponente atractivo. Robert Kingsley era rotundamente masculino y elegante. Una presencia que llenaba el coche más allá de lo físico.

Tragué saliva.

—Nunca imaginé un momento así —suspiré.

—¿Así cómo?

—Encerrada en un coche con el fantasma del profesor más insufrible de York mientras llueve a cántaros fuera y yo empiezo a asumir que soy la única que puede verlo.

Robert arqueó una ceja.

—Encantador —ironizó.

—No finjas modestia. Ni tampoco te esfuerces en disimular. Sabes cosas que yo ignoro y otras que no quiero que sepas —protesté.

—¿Te refieres a los sentimientos que albergas por mí?

Lo fulminé con la mirada. Ahora sí que me sentía expuesta, maldita sea.

—Es curioso, pero me están entrando unas ganas tremendas de mandarte a la mierda, Kingsley.

Otra sonrisa.

—Cuando propuse que nos tuteáramos no lo hice pensando en que me hablarías como si fuera un colega.

—No, por supuesto. Solo eres el hombre que me roba besos.

«Muy inteligente, Charlotte, hablar de besos en un espacio cerrado y diminuto», me reprendí.

Entonces, Robert me clavó una mirada que me quemó. No era la habitual, estricta, seria e inaccesible. Sino la de aquella noche de Halloween en la que decidió besarme.

—Solo recuerdo uno —jadeó.

—En el bosque habrían sido dos —remarqué.

—Pero no se dio. Nos interrumpieron, ¿recuerdas?

Suspiré y agaché la cabeza.

—Mira tú por dónde que ahora sería un buen momento para que me dejaras sola.

Quería desaparecer y no sabía cómo. Me estaba muriendo de la vergüenza.

—No pienso complacerte en eso. Le prometí a Violet que te protegería.

La forma en la que lo dijo, con esa seguridad tranquila y ese tono que no admitía discusión, me dejó sin aire. Mi mente me gritaba que todo era una locura. Pero mi corazón... Latía tan fuerte que me costaba respirar.

—¿Cuándo? —quise saber—. Si ni siquiera puedes comunicarte con ella.

—Pero tiene una intensa forma de pensar y me llegaron sus ruegos.

—¿Y de qué ibas a protegerme?

—Me asombra la capacidad que tienes de hablar conmigo. Mientras vivía no sonabas tan cercana.

—Sigues viviendo —protesté—. Y digamos que tú tampoco me lo has puesto fácil estos últimos cinco años. ¿Recuerdas el examen sobre la Guerra de los Tres Reinos? No merecía ese suspenso, idiota.

Recordaba perfectamente ese momento. Cómo había entrado en su despacho con la indignación quemándome por dentro, sosteniendo mi ensayo en alto como si fuera una prueba irrefutable de su error. Cómo él se había limitado a escucharme en silencio.

Robert se echó a reír y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Quería verte —dijo con una sinceridad descarnada.

Se me cortó el aliento.

—¿Me suspendiste para tener un momento a solas conmigo?

—¿Tan raro te sería?

Tragué saliva. Quizá no estaba siendo claro a la hora de decirlo, pero sentí a la perfección la reciprocidad que había mencionado mi abuela. La sentí con tanto vigor que me erizó la piel. Me costaba creer que ese hombre que tantas cosas me había despertado y que tan inaccesible me parecía estuviera entregándome una soberbia declaración de intenciones.

—Me parece una forma muy poco ortodoxa de coquetear con tu alumna —bromeé para disimular los nervios.

—No coqueteaba. Simplemente, tanteaba tu predisposición. Y después rectifiqué tu nota.

—Porque no habías visto un examen tan perfecto en tu puñetera vida.

Inspiré hondo y me giré completamente hacia él, recostándome contra mi asiento. Sentí una vibración entre los dos.

—Te sobra arrogancia para ser bibliotecaria.

—Y a ti te falta rigor para ser un seductor —lo desafié.

Súbitamente, se lanzó a mí y estampó su boca contra la mía mientras sus manos se clavaban en mi cintura. Me besó con un hambre brutal que me hizo gemir contra sus labios. Era como si toda la represión, todos los silencios y todos los años desde que nos conocíamos hubieran explotado de golpe.

Y yo... Yo me entregué casi tan desesperada como él.

Me subí encima sin pensarlo, sentándome a horcajadas sobre sus piernas, buscando ese contacto con una necesidad que me quemaba por dentro. No esperé sentir su poderosa erección, palpitando bajo la tela. Me froté contra ella, el roce fue tan salvaje y real que me temblaron las piernas.

Robert soltó un gruñido gutural y clavó sus manos en mis nalgas, apretándome aún más contra su dureza. Obedecí al ritmo de sus movimientos y me mecí lento y firme contra él mientras su boca

se deslizaba por mi cuello. Lo lamió como si estuviera reclamando cada centímetro de mi piel.

Entonces, una de sus manos se coló por debajo de mi jersey y escaló hasta rozar mi pecho. Al notar que no llevaba sujetador, soltó una maldición entre dientes, y sus dedos se encargaron de acariciar mi pezón. Lo endureció de inmediato. Lo pellizcó, lo giró, lo acarició con la yema y luego con la palma, alternando suavidad y presión hasta que sentí el pulso latirme entre las piernas.

Me retorcí encima de él, buscando más, porque ya no podía soportar ese fuego. Mis caderas se movían solas, seguía frotándome contra esa erección que parecía querer romper el pantalón. Cada roce era un latigazo dulce, cada caricia suya me deshacía.

—¿Te parece lo bastante seductor? —me devolvió el desafío que yo le había lanzado. Y me reí.

—Eres un cretino, Kingsley.

—Puede, pero soy el cretino que desea hacerte el amor.

Lo dijo con una seriedad que noté hasta en las entrañas.

—Ah, Robert...

Sus labios regresaron a los míos con una fiereza que me robó el aliento. Me besaba como si llevara años soñando con hacerlo, como si ese momento fuera lo único real en medio de todo lo imposible que estábamos viviendo.

—Creo que deberíamos parar...

—Sí, será lo mejor. Además, la lluvia está empezando a amainar.

Me quedé con la frente apoyada en la suya, notando como su aliento irreal acariciaba mi boca. En el fondo, no quería que ese momento terminase, pero algo de mí —la parte más cuerda y lógica— sabía que nada de aquello era auténtico. Ni siquiera podía confiar en que no fuera una fantasía. Quizá me había quedado dormida y Robert se había colado en mis sueños. No habría sido la primera vez.

—¿Estás bien? —murmuró en mis labios mientras sus dedos recogían uno de mis rizos y lo enroscaba a mi oreja.

Parecía fascinado con el contraste de la palidez de sus manos y la intensidad de mi melena roja.

—Todo lo bien que podría estar después de haberme dado el lote con un fantasma. Estoy procesando que te puedo tocar — admití, repasando sus hombros.

Era de locos estar tocando a Robert Kingsley como si fuera mío.

—Pero no ha sido como la primera vez...

—No... Siento que estás aquí y al mismo tiempo muy lejos.

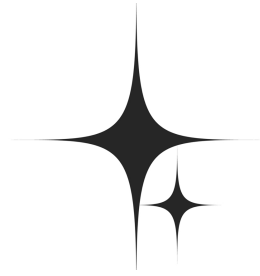
—Las cuentas pendientes...

—Cállate —mascullé antes de volver a besarlo.

Esta vez no duró. Pero, justo cuando rompimos el contacto, un relámpago iluminó el coche y Robert desapareció dejándome a mí, revolcándome en el asiento en busca de no perder la dignidad. Al final terminé medio tumbada, con la palanca de cambios clavada en los lumbares.

El beso aún latía en mi boca. Su olor aún flotaba en el aire y mi corazón latía histérico.

—Maldito seas, Kingsley... —resoplé, tocándome los labios con la punta de los dedos.



ROBERT

El mundo se partió en dos con un relámpago y, al instante siguiente, todo lo que era cálido, humano y real quedó atrás. Charlotte. Su cuerpo encima del mío. Su boca aún en mis labios. Su voz aún vibrando en mi pecho.

Ahora reinaba la oscuridad, la humedad y el frío. Reconocía el lugar. O eso creía. Era un bosque oscuro y hostil que parecía arrancado de otro tiempo.

Miré a mi alrededor con el cuerpo en tensión, los pies hundiéndose en el barro. Estaba empapado por una lluvia que caía sin tregua. Tenía la piel erizada y notaba cada gota resbalar por mi cuerpo. Eso fue lo que más me desconcertó. ¿Cómo podía sentirlo todo con tanta nitidez si ni siquiera era real?

El frío me calaba los huesos, el olor a tierra mojada me golpeaba con violencia y el viento me azotaba la cara como si aún tuviera un cuerpo que resistía. Parpadeé aturdido y me miré las manos. El temblor no era del todo miedo, sino algo más.

El beso.

Charlotte.

«Ni en mil vidas encontrarías a alguien que te entregue tanta reciprocidad». La voz de Violet llenó de nuevo mi cabeza. Eso le había dicho a su nieta, y no se equivocaba.

Sin embargo, Charlotte no imaginó que yo había podido escucharlo. No sabía desde dónde, pero lo sentí. Y me hirió. Fue como recibir un puñetazo. Porque acababa de descubrir que esa preciosa mujer sentía cosas por mí.

Me hirió más de lo que estaba dispuesto a admitir. Porque después la besé y confirmé que era adicto a ella.

Todos los sentimientos que había enterrado bajo capas y capas de indiferencia cuidadosamente construida se desbordaron. De nada había servido mantener las distancias y fingir desinterés tras esa máscara de profesor estricto e inalcanzable. Cinco años desperdiciados. Por mi arrogancia y cobardía. Negándome a aceptar que me había enamorado de Charlotte Aberdeen desde el primer instante en que la vi aparecer en mi clase.

Solía decirme que solo era un capricho pasajero, una atracción irrelevante que se disiparía con el tiempo. Pero no dejó de crecer. Y ahora ni siquiera sabía si volvería a verla.

Se me revolvió el estómago. Sentí que el suelo se volvía inestable. Apreté los ojos con fuerza y me apoyé contra el tronco de un árbol. Un latigazo de dolor me atravesó el cráneo. Me llevé las manos a la cabeza y apreté los dientes al tiempo que la visión se me nublaba y todo se desdibujaba a mi alrededor.

Súbitamente, me golpeó una oscuridad absoluta.

Abrí los ojos de golpe y una bocanada de aire gélido me llenó los pulmones. Ya no estaba en pie, sino tendido en un charco de agua helada cuya humedad me calaba en los huesos. La roca bajo mi cuerpo era dura y despiadada. El sonido de gotas cayendo del techo resonaban en aquella tenebrosa cueva, provocando un eco inquietante. Esta vez no reconocí el lugar.

Intenté moverme. No esperé que el intenso dolor me atravesara el costado. Me encogí y esperé unos segundos a que cesara entre temblores, intentando entender qué estaba pasando. Pero era muy difícil lograrlo si ese maldito dolor me desgarraba por dentro.

Detecté un tenue destello filtrándose por entre las rocas. Quizá era una salida, tenía que averiguarlo. Intenté incorporarme, pero me asaltó un violento mareo que me llevó de nuevo al suelo. Cogí aire, de verdad que lo intenté, y reuní una fuerza que no sentía. No podía quedarme allí. Mi madre me necesitaba, yo la necesitaba a ella. Me gustaba mi vida. Quería... vivirla junto a Charlotte.

Me obligué a respirar más lento, intentando calmar el latido frenético en mis sienes. Se oía el murmullo incesante de la lluvia, que azotaba con fuerza fuera de esa cueva. También capté unas voces lejanas. Debían de ser los miembros del equipo de rescate. Violet había dicho que habían encontrado a Aldric. También predijo que iban a encontrar a Ian y otro de los muchachos, tal vez Sam o Tony. Quizá era iluso confiar en vaticinios, pero no lo ponía en duda. Y prueba de ello era que los rescatistas estaban allí. Lo que significaba que aún había una oportunidad.

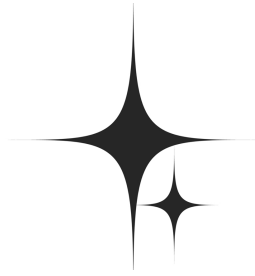
Sin embargo, no podía quedarme esperando a que me encontraran.

Empecé a arrastrarme. Cada movimiento era un infierno, pero el miedo a quedarme atrapado allí y a no encontrar a mis compañeros vivos. Sin embargo, el sufrimiento fue aún más brutal. Por un momento, me dobló por completo. Me llevé una mano al costado y presioné con fuerza. No imaginé que mis dedos se empaparían en sangre. Algo debió herirme en la caída.

Continué arrastrándome hacia aquel único punto de luz y estiré la mano, listo para gritar. Pero mi garganta no respondió. Solo salió un gemido roto, y mi cuerpo simplemente no pudo más.

Notaba cómo un extraño frío me arrastraba y cómo mi mente se adentraba en una espesa bruma.

Entonces, todo se desvaneció.



CHARLOTTE

Me pasé el día fingiendo normalidad. Fingiendo que me concentraba en clase, que me importaban los apuntes, que no miraba el móvil cada dos minutos como una idiota.

Pero fue inútil. Mis pensamientos giraban en torno a Robert Kingsley sin descanso. A su boca. A su voz. A su desaparición.

Desde que se desvaneció en el coche, no había vuelto a verlo. Ni una señal. Ni una palabra. Las autoridades habían anunciado el rescate de Ian y de otro compañero, tal y como predijo mi abuela. Pensé que esa gran noticia provocaría que Robert volviera. Pero nada.

Intenté refugiarme en la rutina. Estudiar y trabajar entre libros siempre me había resultado terapéutico. Ese día no funcionó. Cada vez que pasaba junto a la sección de historia o notaba el olor a papel viejo, su imagen llenaba mi mente. Y me aterraba la posibilidad de que hubiera muerto.

De acuerdo estaba en que una médium podía ver a los espíritus y contactar con ellos. Pero Robert no respondió a ninguna de mis llamadas y eso significaba que o bien él seguía luchando entre la vida y la muerte o yo era una espiritista de lo más inepta.

«O quizá todo lo que has vivido es fruto de tu imaginación». Sí, tuve ese pensamiento en más de una ocasión. Pero me negué a aceptarlo. No me creía tan ilusa, joder.

Llegué a eso de las ocho a casa y me extrañó que todo estuviera tan quieto. Dejé el abrigo y mi bolso en el tocador del vestíbulo y me adentré en el salón. Morgana estaba allí, sentada en el suelo con las piernas cruzadas frente a la mesa baja, inmersa en sus apuntes. Llevaba puesta una sudadera tres tallas más grande, tenía el pelo recogido con una pinza y lucía unos ojos cansados de tanto estudio.

Aun así, seguía pareciendo una hechicera de otro siglo.

—Sigues exactamente dónde te dejé —comenté a modo de saludo.

—Hola a ti también —sonrió, y yo me dejé caer en el sofá.

Notaba el cansancio pegado a los huesos.

—¿Y la tía Meredith?

—Sigue con la señora Higgins y papá en la biblioteca.

—No te han dejado participar, ¿verdad?

Ella resopló y dejó caer el bolígrafo.

—Mañana tengo una evaluación a primera hora y dicen que no debo despistarme ahora que acabo de empezar el último año del máster.

—Tienen razón. Todo esto no debería perjudicarte.

—A ti tampoco.

Nos miramos. Sabía bien que Morgana estaba preocupada por mí. Sobre todo, después de contarle lo que había sucedido en el bosque. Además, aunque me empeñara en negarlo, estaba implicada emocionalmente con Robert. Ella no sabía todo lo que había pasado entre los dos, pero era mi prima y me conocía incluso mejor que yo.

Acaricié el granate que me había dado la abuela. Lo cierto era que me había ayudado mucho a sobrellevar el día, pero seguía notando que todo aquello drenaba mi energía.

—¿Han encontrado algo? —indagué.

—Poco. Muchos de los archivos que tenemos relacionados con la magia *seiðr* están escritos en otras lenguas.

Solté un suspiro cansado y me dejé caer al suelo junto a ella antes de enterrar la cabeza en su pecho y aferrarme a su cintura como si fuera una niña pequeña.

—Dame mimos —murmuré.

Morgana sonrió con ternura y empezó a acariciarme el pelo con movimientos lentos y suaves. Yo era la mayor de las dos, exactamente once meses y cuatro días (ella en junio y en julio). Pero a veces parecía que era al revés, y a mí me encantaba.

—¿Has vuelto a verlo?

Negué con la cabeza sin abrir los ojos.

—Nada. Diría que es su ausencia más larga.

Hubo un pequeño silencio.

—He estado pensando... —aventuró—. ¿Y si desaparece porque su cuerpo sale de la inconsciencia? O sea, que despierta, ¿me explico?

Abrí los ojos y me incorporé, asombrada.

—La abuela dijo que no estaba ni vivo ni muerto. Tiene sentido que vaya y vuelva.

—Exacto.

Nos quedamos en silencio, conectadas, compartiendo esa posibilidad que hasta ahora no habíamos albergado. Pero noté cómo se me formaba un nudo en el pecho.

—Esa hipótesis me preocupa —confesé—. Porque mientras tú y yo estamos aquí hablando, quizá él se está retorciendo de dolor en un agujero.

Morgana quiso transmitirme alivio apretando mi mano.

—Por remilgado que parezca, no es un hombre débil.

—Nunca lo he puesto en duda. Pero su mundo son los libros, no sobrevivir en la oscuridad.

Morgana se quedó callada un segundo, bajó la mirada al cuaderno y lo cerró con suavidad. Luego suspiró como si supiera que

ninguna teoría iba a cambiar el hecho de que Robert seguía ausente. Y a mí la preocupación comenzaba a asfixiarme.

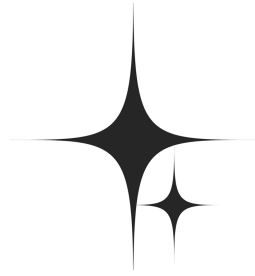
—De pronto, me han entrado ganas de pedir cena. ¿Te hace unos tacos?

Sonreí.

—Sin picante.

—Con montones de picante.

Empezó a hacerme cosquillas y yo me harté de reír. Pero en un rincón de mi mente, Robert sufría y yo no sabía cómo ayudarlo.



CHARLOTTE

Tienes la mente en otro lado. —La voz de Daisy me extrajo de mis pensamientos.

Nos habíamos encontrado en la entrada de la biblioteca y, como todavía faltaba un rato para que empezara nuestro turno, decidimos tomarnos un té en la cafetería del edificio. Pero no estaba siendo la mejor compañía para mi amiga. Porque Robert seguía sin aparecer y ya había pasado más de treinta horas.

—Lo siento... —murmuré sintiéndome un poco culpable.

—Es por el señor Kingsley, ¿verdad?

A veces se me olvidaba lo perspicaz que era esa mujer. Me gustaba hablar con ella porque no tenía que perderme en las palabras para que me entendiera.

Me encogí un poco en mi asiento antes de darle un sorbo a mi té.

—Bueno, todo el mundo está preocupado por él.

Daisy me lanzó una mirada evaluadora. Había captado a la perfección mis evasivas.

—Verás, estuve ojeando algunos libros y eso me ha llevado a unas teorías —se animó a decir—. Lo que te pasó no tiene nada de extraño, ¿sabes?

—Ah, ¿no? —Evité su mirada.

—En absoluto. Hay gente con la capacidad para desarrollar ciertas habilidades..., digamos, especiales. —Lo dijo con un tono desenfadado. Pero algo de mí se tensó.

Nos miramos fijamente.

—¿Qué me estás queriendo decir, Daisy? —indagué inquieta.

¿Cómo demonios le contaba a una amiga que reunía todas las características para ser una maldita médium? Hasta a mí me costaba asimilarlo, joder.

Se inclinó y, en voz baja, dijo:

—Eres hija de brujas. De acuerdo que la gente solo lo contempla como un negocio un tanto peculiar. Pero tu legado es lo que es y no debería extrañarte que tú también desarrollaras ciertos dones.

Mi corazón se saltó un latido y tragué saliva. Lo había explicado con tanta naturalidad que empezaba a costarme mantener el secreto.

—El estrés me jugó una mala pasada, nada más.

—Lo viste antes de que cualquiera de nosotros supiera que estaba desaparecido.

—Eso significaría que el señor Kingsley está muerto.

—O que tú tienes la capacidad para intuir esas cosas.

Silencio. Resistí todo lo que pude, pero Daisy era mi amiga, una gran amiga, y ella jamás bromearía con esas cosas.

—¡Ah, me estoy volviendo loca! —me liberé enterrando la cara entre las manos.

—¿Has vuelto a verlo?

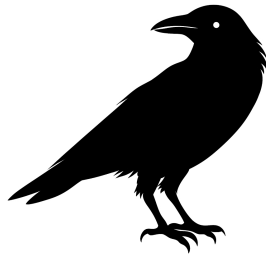
—El muy cretino no aparece desde ayer. —Para qué seguir ocultándolo.

Me animé a mirar a Daisy para ver cómo había reaccionado a mi confesión. Se había quedado estupefacta.

—Vale, creo que necesitamos unas cervezas.

Nos echamos a reír notando por primera vez en todo el día una pizca de normalidad. Tal vez distraerme un poco no era una idea tan descabellada. Más aún después de haber charlado con Daisy. Aunque, en el fondo, sabía que, por mucho que intentara fingir que todo estaba bien, continuaría sintiendo su ausencia.

—Lástima que nuestro turno comienza en cinco minutos.



El turno transcurrió con la normalidad de siempre. Tanto que apenas me di cuenta del paso de las horas.

Faltaban unos pocos minutos para las ocho cuando la biblioteca se quedó en completo silencio. Solo estábamos Daisy y yo terminando de catalogar unos libros en el mostrador.

—Por cierto, ha llegado esto del Archivo de Londres para el señor Kingsley —comentó—. Pero...

—¿Qué pasa?

La miré expectante.

—Lláname necia, pero me da un poco de respeto entrar en su despacho.

Pestañeeé procesando su comentario. A ver, teniendo en cuenta que acababa de descubrir que se me aparecía el director del Archivo de York, era lógico que le asustara un poco entrar en su territorio.

Se me escapó una carcajada.

—¡Oye, no te rías! —exclamó risueña.

—Anda, vete a casa. Ya me encargo yo.

Nos dimos un abrazo y se despidió con su típica sonrisa dulce antes de desaparecer por la puerta principal. El sonido de la madera al cerrarse tras ella acentuó la soledad, y me quedé quieta un instante. Jamás tendría miedo a una biblioteca. Pero sí a la pesadumbre y las dudas.

Llené los pulmones de aire, me encaminé al mostrador y cogí los documentos antes de dirigirme al despacho de Robert. La puerta cedió con facilidad cuando introduje la llave y me dio la bienvenida un dulce aroma a madera y libros.

El interior estaba intacto, esperando a que su dueño volviera. El escritorio meticulosamente ordenado, las estanterías con los libros perfectamente alineados, pilas de documentos con anotaciones en los márgenes...

Su esencia estaba por todas partes. Incluso su propio perfume a notas de cuero y sándalo. Aquel lugar era Robert Kingsley. Podía reconocerlo en cada rincón.

Me acerqué a la mesa y dejé los documentos junto a los demás. Allí, advertí una nota escrita con una pulcra letra que rezaba: «No olvides revisar la cita de Hargrove en la página 127».

Sonreí.

Solo Robert dejaría recordatorios sobre citas bibliográficas.

—Seguro que es para su cuarto libro —pensé en voz alta.

Continué oteando sus cosas hasta que advertí un pequeño altavoz inteligente. Entrecerré los ojos.

«¿Qué suele escuchar cuando se queda trabajando hasta tarde?», me pregunté. Y la curiosidad pudo conmigo.

Encendí el altavoz y le di a reproducir. Un instante después, la habitación se llenó con la rasgada voz de Teddy Swims. La melodía impregnó el despacho de erotismo y elegancia, y cerré los ojos.

«Qué bonito sería que te dignaras a aparecer ahora mismo, Kingsley».

Entonces, me abordó ese frío característico que anunciaba su presencia. Abrí los ojos de súbito, con el corazón en la garganta.

Robert estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y los pies cruzados.

Maldito fuera, ese hombre desprendía una sensualidad insoportable.

—Siempre supe que terminarías husmeando en mis cosas — comentó con fingida seriedad.

Entrecerré los ojos y esboqué una sonrisa.

—Solo quería ver qué escuchabas cuando fingías ser el hombre más ocupado del mundo.

Alzó una ceja.

—No fingía.

Se me escapó una risa nerviosa.

—Seguro que no. Pero apostaría lo que fuera a que en más de una ocasión simplemente disfrutabas de la música y una buena copa de *whisky*. —Oteé el pequeño minibar.

Robert suspiró y se adentró en el despacho y acarició las botellas con la punta de un dedo.

—Ciertamente, lo echo de menos. —Esbozó una suave sonrisa. Y yo decidí castigarlo por todas aquellas horas de ausencia sin saber cómo estaba.

Así que me acerqué, cogí una copa, la llené con descaro y me apoyé toda sensual en el escritorio. A continuación, acaricé mis labios con el filo del vaso bajo la atenta mirada de Robert. Sonreí con un toque de picardía.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo?

—Ilumíname —dijo completamente obnubilado.

—Que tú no puedes beber, pero yo sí.

Di un sorbo, cerrando los ojos con exagerado deleite. Cuando los abrí, Robert seguía mirándome, pero el brillo de sus pupilas ambarinas ardía en deseo.

—Eres cruel.

—Puede...

Nos miramos a medio camino entre unas ganas imposibles y la nostalgia. No iba a preguntarle dónde había estado porque ya me había dicho que el tiempo era distinto para él. Y tampoco quería cargarlo con mis miedos. Bastante tenía ya con sus cargas.

Creí que lo mejor era proporcionarle un momento de normalidad o algo que se le acercara.

—Por cierto —cogí la nota que había leído hacía un rato y la agité—, ¿qué dice esa cita de Hargrove de la página 127?

Robert sonrió y comenzó a acercarse a mí. Ojalá no hubiera sido tan condenadamente sexi.

—Siempre me ha fascinado la habilidad que tienes para quedarte con los detalles más pequeños.

—Bueno, a mí me intriga tu perseverancia —comenté traviesa—. Aunque te pasas de perfeccionista. Rozas la obsesión.

—Solo me obsesiono con aquello que merece la pena.

—¿Y qué te hace decidirlo? ¿Tu instinto de investigador?

Torció el gesto y sus ojos desvelaron un brillo demasiado peligroso.

—Mi instinto, sí.

—¿Suele acertar?

—Sin excepciones.

Se acercó un poco más, llenándolo todo con su presencia. Tragué saliva, el corazón se me estrelló histérico contra las costillas y mi pulso se disparó. Nunca me acostumbraría a su demoledor erotismo.

—¿Qué pretendes? —dije bajito, nerviosa.

—Te esfuerzas en fingir que no sientes la tensión entre los dos. Y se te da bien. Pero no lo consigues del todo. —Apoyó las manos en la madera, dejándome en el hueco que formaron sus brazos, y se acercó a mi boca—. ¿Qué hacías aquí, Charlotte?

Su cercanía me quemaba. Era tan imponente que ni siquiera me atrevía a sostenerle la mirada más de dos segundos. Robert estaba actuando cómo su versión de él en mis sueños y eso la mayoría de las veces terminaba conmigo apretando los muslos.

—Te han enviado unos documentos del Archivo de Londres —disimulé.

—Y te has quedado, pese a que tu turno ya ha terminado.

Cogí aire y alcé el mentón, desafiante.

—¿Pretendes que te diga que te echaba de menos?

Nos miramos. La verdad flotaba entre los dos. Sí, lo había echado de menos y, sobre todo, me había preocupado hasta la saciedad. Tanto que me acojonaba escuchar el teléfono de casa por si acaso era la abuela informando de su fallecimiento.

—¿Tan malo sería para ti admitirlo? —preguntó al cabo de un rato.

—No estoy para juegos, Robert.

—No. Buscas respuestas y no quieres ver que te las estoy dando. Al menos aquellas que dependen de mí.

Lo odiaba por eso. Por conocerme tan bien. No sabía en qué maldito momento se había dado cuenta de esas cosas.

—No eres real. Podrías comerme a besos y seguirías siendo inalcanzable —me atreví a confesar.

Levantó una mano y, con lentitud casi reverencial, me rozó la mandíbula con los nudillos. Fue un contacto muy leve, pero bastó para que mi piel se erizara.

—¿Desde cuándo lo piensas? —musitó—. Eso de que soy inalcanzable...

—Nunca me diste una señal... Me congelé en el umbral de tu aula aquel día porque acababa de descubrir que no solo sentía admiración por ti. Y tú me miraste. Más tiempo del debido, sí. Pero resolviste esa tensión de un modo bochornoso.

Nos empujé a recordar el primer día de clase, hacía cinco años. Yo era una jovencita de dieciocho emocionada con la idea de ser parte del primer curso del señor Kingsley en la universidad, el profesor más joven de las últimas décadas.

No imaginé cuánto me abrumaría su presencia ni que mi corazón escogería ese instante para dejar de latir. Pero, al verme, Robert no sintió el mismo agrado.

De acuerdo, no esperé que se enamorase de mí a primera vista, que era más o menos lo que me sucedió al verlo en persona. Tampoco lo buscaba. Mi admiración hasta ese momento había sido estrictamente profesional. Pero su actitud fue en exceso humillante y llamó la atención de toda la maldita clase. ¡Nunca le perdonaría ese momento!

«Mentirosa».

—Eso es demasiado —suspiró Robert al descubrir que llevaba cinco años loca por él.

—Fíjate qué necio has sido —masculé.

—Y el tiempo que he perdido.

El calor subió por mi cuello. Tomé otro sorbo de whisky y dejé la copa sobre la mesa con suavidad.

—Es tarde. Debería irme.

Aparté a Robert y me encaminé hacia la salida. Pero su voz me congeló.

—Ese día me lo pusiste muy difícil. —Me giré a mirarlo, él continuaba de espaldas—. No fuiste consciente de todo lo que le hiciste a mi cuerpo. Pero ahí estabas, provocando un terremoto dentro de mí. —Me clavó una mirada cautivadora—. Me llevó semanas aprender a disimular. Siento mucho si te hice sentir mal.

El impacto que me provocaron sus palabras me cortó el aliento. No podía creerlo. Vale, era obvio que algo sentía si me había besado como un loco en dos ocasiones. Pero eso no justificaba que albergara sentimientos genuinos por mí.

Me recompuse como pude.

—Es la confesión más remilgada que me han hecho nunca.

—¿Prefieres que diga que me imaginé tumbándote sobre el escritorio y follándote como un salvaje?

Creo que logré mantenerme erguida por un extraño milagro, porque mis piernas se empeñaron en doblarse. O quizá tuvo que ver el sentido del ridículo. Habría sido bochornoso hincarme de rodillas en el suelo solo porque mi profesor/jefe me hubiera confesado sus deseos más atrevidos.

Mi mente fue invadida por esas palabras tan rotundas y directas. Todo mi sistema se activó y me gritó que me lanzara a por ese hombre para cumplir todas las fantasías que él mismo había despertado. Pero fui incapaz de moverme.

—Lo disimulaste genial —jadeé.

—Al parecer, sigo haciéndolo.

Tragué saliva de nuevo.

—¿Todo este tiempo?

—Ya ves, no soy el único necio aquí.

Nos miramos fijamente. Noté como el espacio que nos separaba se llenaba de un deseo apenas sostenible. La música seguía sonando, suave y sensual. Me dio la excusa perfecta para regresar a Robert sin comprometer a mi sentido común. Así que le ofrecí una mano.

—Baila conmigo.

Robert parpadeó, sorprendido.

—¿Qué?

—Baila conmigo —repetí sonriente—. Si no puedes beber, al menos hagamos algo que esté a tu alcance.

Robert inclinó la cabeza y me evaluó con una mirada penetrante. Sabía qué estaba pensando. Creo que aquella fue la primera vez en que leerlo no me pareció una misión imposible. Quizá porque yo sentía lo mismo, esas ganas de devorarlo entero, de ser devorada. De arrastrarme contra su piel desnuda y llenarme de él mientras sus labios insistían en los míos.

Se acercó, moviéndose con esa sensualidad desbordante y natural que lo caracterizaba, y rodeó mi cintura. Nuestros cuerpos encajaron a la perfección. Apoyé los brazos en sus hombros y meforcé a mirarlo a los ojos.

Fue él quien inició el movimiento y me guio con suavidad, al ritmo de la música. Y de inmediato me olvidé de que, más allá de aquellas ventanas, existía todo un universo.

La nostalgia flotaba en el aire, pero la ignoré porque preferí perderme en sus pupilas. Vi la ternura escondida en ellas, la sombra

de un deseo contenido, la resignación de alguien que no estaba seguro del tiempo que le quedaba. Y lo odié por hacerme sentir que cada segundo a su lado era un instante que podía desvanecerse en cualquier momento.

«Maldita sea, cuánto hemos tardado», pensé, y me decidí a enterrar el rostro en su cuello.

Robert me apretó un poco más contra él. Me sostenía al completo mientras nuestros cuerpos seguían meciéndose, y sentí como sus labios acariciaban el lóbulo de mi oreja.

—En el cajón del escritorio hay un regalo para mi madre. —murmuró.

Me tensé en sus brazos y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Lo compré hace semanas.

El corazón me dio un vuelco, y negué con la cabeza.

—Robert...

—Debo prepararme para cualquier escenario, Charlotte —me interrumpió—. Necesito que me hagas ese favor.

Sentí una punzada de dolor en el pecho y cómo se me empañaba la mirada. Me detuve y me aparté un poco para tomar aliento.

—No me gusta que hables así.

—Por favor, escúchame... —Se le quebró la voz—. Dile que ella fue mi vida. Que fui un hijo profundamente amado y que cada día a su lado le dio sentido a mi felicidad.

Apreté los labios para contener el llanto. No quería romperme delante de él justo cuando más vulnerable estaba. Me necesitaba fuerte, alguien en quien apoyarse. Era la única persona con la que podía comunicarse. Aquello ya no iba de atracción o amor. Sino de un hombre que quizá no podría despedirse de su madre.

—Dile que hable con el señor Evans, él sabrá qué hacer con todo el papeleo. —Negué con la cabeza. Que mencionara a su abogado era muy definitivo—. Pídele que no llore por mí. Seguiré

cuidándola esté donde esté. —Exhaló con lentitud, cabizbajo—. ¿Harás eso por mí?

—No. Porque vas a volver. Lo sé. Lo noto aquí dentro —me señalé el corazón.

Un silencio aplastante cayó entre nosotros. Incluso la música se había detenido. Solo se oía mi espiración acelerada y entrecortada. No soportaba que me estuviera diciendo esas cosas.

Se acercó un poco más a mí y capturó mi rostro entre sus manos. Sus pulgares acariciaron mis mejillas con una dulzura hechizante. Como si intentara memorizar cada centímetro de mi cara.

—Quiero besarte... —gemí, y él apoyó su frente en la mía.

—¿Qué te lo impide?

—Que eres Robert Kingsley.

Enrosqué mis manos a sus muñecas.

—Ya deberías saber que te deseo con todas mis fuerzas —susurró en mis labios.

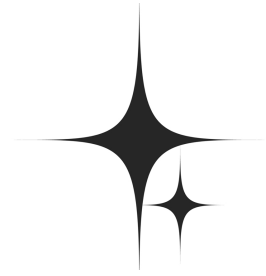
Pero entonces el reloj de la biblioteca sonó. Eran las nueve de la noche. En casa estarían preocupados, ni siquiera había avisado.

—¿Crees que podría acompañarte? —murmuró Robert.

—Siempre y cuando no me hables. No quiero que la gente piense que he perdido la cabeza.

—No me des ideas.

—Cretino —sonreí.



CHARLOTTE

Estaba de pie frente al tocador con el albornoz ceñido al cuerpo y la toalla con la que me había secado el pelo entre las manos. Pensé que una ducha de agua caliente funcionaría para calmar mis pensamientos. Nada más lejos.

Robert se había desvanecido ante mis ojos varias veces. Pero esa última lo hizo mientras caminaba conmigo por la calle. Sus dedos habían jugado con los míos. Nos habíamos dedicado miradas furtivas y alguna que otra sonrisa. Me hubiera gustado robarle un beso y coger su mano. Sin embargo, ambos cumplimos nuestro acuerdo: nada de distracciones en público. Porque nadie entendería que caminaba junto a un fantasma.

Lo malo fue que no se despidió. No creí que pudiera hacerlo, pero siempre que desaparecía me preguntaba cuánto dolor estaría sintiendo su cuerpo. O si acaso hubiera encontrado una salida.

Suspiré. Y cometí el error de mirar la cómoda. Sobre la madera estaba el pequeño regalo de Claire. Robert me había pedido que lo custodiara. Pero ahora me parecía más una advertencia y un recordatorio de toda la situación. Odiaba que existiera la posibilidad

de ser yo quien le entregase ese paquete a la señora Darcy. Iba a destruirla.

«Debo prepararme para cualquier escenario», me había dicho Robert, y esas palabras no dejaban de repetirse en mi cabeza.

Lo peor de todo era que no entendía qué estábamos haciendo mal. Se suponía que una médium servía para guiar, para canalizar la energía y comunicarse con los espíritus. Pero yo no estaba logrando nada de eso. Solo servía para lamentarme cuando me quedaba sola y sentir que me estaba enamorando cada día un poco más de un hombre que probablemente no volvería a ver.

¿Y si en realidad no podía hacer nada por él? ¿Y si su aparición había sido solo el reflejo de una larga y agónica despedida? Tal vez mi única misión era transmitirle el mensaje a su madre.

Un golpe suave me sacó de mi destructiva espiral de pensamientos.

—¿Se puede? —La voz de Morgana me llegó desde el otro lado de la puerta.

Me giré despacio, aún con la toalla entre las manos, y abrí.

—¿Desde cuándo pides permiso para entrar? —pregunté asombrada, y ella me dedicó una sonrisa suave y cómplice.

—Desde que el fantasma de nuestro profesor buenorro se te aparece.

Me eché a reír y le di un codazo.

—Idiota.

Morgana accedió a mi habitación con su aire jovial y tomó asiento en mi cama. Llevaba un pantalón de pijama negro con estampado de estrellas blancas y su sudadera de Wardruna.

—Apenas has cenado —suspiró.

Entendí que, bajo todas aquellas capas de fingida normalidad, había preocupación en ella.

—No tenía mucha hambre.

Me senté a su lado y nos cogimos de la mano.

—Charlotte...

Bajé la mirada. Me sentía tan agotada que ni siquiera tenía fuerzas para disimular que todo iba bien.

—Ha esperado a estar entre la vida y la muerte para confesar lo que siente por mí, ¿te lo puedes creer? —Solté de pronto, medio frustrada y triste.

—La luna invertida —me recordó con un suspiro.

Sí, me acordaba. La luna que representaba masculinidad y un erotismo varonil.

En ese momento, no quise hacerle caso. Ni siquiera contemplaba la posibilidad de que Robert Kingsley sintiera algo por mí.

—Me ha besado... —confesé para asombro de ambas—. Dos veces... Bueno, no han sido más por diversos factores.

—La noche de Halloween, ¿verdad?

Esa chica era demasiado perspicaz.

—Creo que eres más bruja que yo —bromeé.

—Cariño, yo leo las cartas, pero no puedo hablar con los muertos no muertos.

—Solo se me ha aparecido él.

—Suficiente.

Nos echamos a reír. Pero la nostalgia me azotó de nuevo.

—Quiero que vuelva —murmuré, apoyando la cabeza en su hombro—. Y no podrá hacerlo si el equipo de rescate no se da prisa y este maldito temporal no cesa. —Señalé la ventana. Fuera, llovía a cántaros—. Y no dejó de pensar que en cualquier momento todo esto se acabará y me dejará a mí aquí lamentando todo el tiempo que hemos perdido. Me ha pedido que le entregue eso a su madre... —Señalé la cajita—... Por si falta...

Morgana me obligó a mirarla a los ojos.

—¿Cómo de buena crees que soy interpretando las cartas?

—La mejor —dije sin albergar duda, y ella formó una mueca de satisfacción.

—El Juicio me ha contado que Robert regresará. No estaba demasiado convencida hasta que he continuado desvelando cartas.

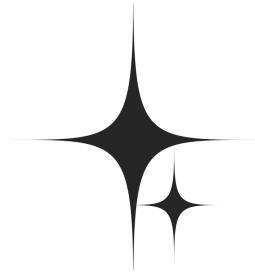
Y entonces se dio la combinación perfecta. Los Enamorados y La Estrella. —Mi corazón se saltó un latido—. Probablemente, nos invadan las dudas, pero ambas sabemos que Robert volverá. Y por encima de esa creencia está la tía Violet y ella jamás se equivoca.

No pude evitarlo. La abracé con todas mis fuerzas.

—Vivía más cómoda pensando que lo odiaba.

—Tú nunca lo has odiado, pelirroja.

Mi triste sonrisa quedó enterrada en su abrazo.



CHARLOTTE

Morgana se quedó conmigo hasta que me dormí. Pero, cuando un escalofrío me despertó, ella ya no estaba en la habitación.

No pude decir lo mismo de Robert.

—Es imposible conciliar el sueño si no dejas de observarme desde las sombras —murmuré con los ojos cerrados.

—¿Qué me ha delatado?

—El frío.

Abrí los ojos para mirarlo. Lo encontré sentado en el sillón con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, como si llevara horas ahí. Sabía que no, porque hasta el momento la habitación había resultado de lo más cálida. Pero su presencia siempre me estremecía.

Detecté un brillo ausente en su mirada. Era curioso que pudiera detectarlo teniendo en cuenta que la estancia estaba sumida en la penumbra.

—¿Qué piensas? —pregunté desde la cama.

Silencio. Solo interrumpía la lluvia golpeando los cristales con suavidad. Robert parecía dudar entre si responder o protegerme de

lo que lo habitaba en su mente.

—A veces, es bueno compartir la carga —añadí.

—¿Incluso si tú formas parte de ella?

El comentario me atravesó como una cuchilla. Más que sinceridad, me pareció una dolorosa constatación de sus emociones, dicha con una calma tan melancólica que me dejó sin aliento.

No dije nada. Robert seguía ahí, observándome como si ya se estuviera despidiendo de todo.

—Desde que mi padre murió, mi vida giró en torno a la idea de recuperar todo lo que habíamos perdido —dijo bajito—. Nuestra reputación, nuestra estabilidad... No me permití errores ni distracciones. Ni siquiera me consentí sentir algo por alguien... Pero entonces apareciste tú.

Tragué saliva y noté cómo se me formaba un nudo en el estómago. No fue solo por lo que dijo, sino por cómo lo dijo. Sin mirarme ni dramatismo. Solo con verdad. Y lo noté. Noté que estaba siendo honesto de una forma que lo desarmaba.

—Francamente, nunca me planteé confesarte nada.

Al mirarnos, me asombró la complicidad que alcanzamos en ese instante. No carecía de tensión sexual, pero nos llevó a percibir algo más íntimo y profundo. Quizá una conexión que no se podía explicar, como la del hilo rojo e invisible. Me asombró siquiera planteármelo. Porque jamás imaginé que ese hombre pudiera estar destinado a mí.

—¿Y qué pensabas hacer con el beso que nos dimos en Halloween? —indagué—. Eso lo cambiaba todo.

Robert torció el gesto y adoptó una mueca traviesa.

—Intentar quitarle importancia —dijo todo arrogante—. Quizá bebí de más... Y tú estabas impresionante. La debilidad me jugó una mala pasada.

No pude evitar sonreír.

—Eres estirado incluso cuando pretendes ser profundo...

Se unió a mi sonrisa. Pero no duró tanto como hubiera querido. La nostalgia no estaba dispuesta a ceder ni un centímetro y se había obcecado en ser la protagonista.

—Pero no piensas solo en mí, ¿verdad? —aventuré con cuidado.
Para él, su madre era la razón absoluta de su existencia.

Robert desvió la mirada hacia la ventana. De nuevo, el silencio se volvió espeso.

—Si te hablo de ella, probablemente terminaré de romperme. —
La voz se le quebró.

Y ese mínimo temblor me bastó para actuar. Retiré con suavidad la colcha y me moví un poco para dejarle espacio en mi cama.

—Ven aquí...

Lo vi vacilar y debatirse entre las ganas y el miedo.

—No es una buena idea —musitó.

—¿Te parece que me importe?

Hizo el gesto propio de alguien que coge aire y empezó a moverse. A simple vista, era el hombre que convertía cada uno de sus movimientos en un sensual deleite para cualquiera. Pero sabía bien que la tensión y la tristeza lo devoraban por dentro.

Robert se tendió junto a mí sin decir una palabra y acomodó su cuerpo junto al mío evitando que nos tocáramos. La intensidad de su mirada me mantuvo inmóvil, atrapada en ese instante de pura y honesta intimidad.

Pero eso no era lo que yo quería. Debía echar valor al asunto. Así que me acerqué a él y lo abracé. Ese contacto era la única forma que se me ocurría de apoyarlo, porque no creía que existieran palabras que aliviaran su carga. Ni la mía.

A Robert le costó reaccionar. Supongo que estaba procesando la primera muestra de cariño que le había entregado. Pero, lentamente, se abandonó a ese abrazo que pretendía serlo todo.

—¿Esta es tu forma de darme consuelo? —preguntó.

—¿Funciona?

—Lo cierto es que sí.

Apoyé la cabeza sobre su pecho con la estúpida intención de escuchar sus latidos. Quería creer que estaban ahí, escondidos bajo su piel, esperándome. Pero, como cabía esperar, no sentí nada.

Porque en el fondo Robert no era real, aunque esa verdad fuera de lo más cruel.

Habría dado cualquier cosa por escuchar su corazón. Eso habría significado que estaba vivo.

—No me importa morir —susurró de pronto—. Lo que me duele es hacerlo días antes del cumpleaños de mi madre.

Mi cuerpo se tensó y me incorporé de golpe para mirarlo furiosa y aterrorizada.

—No vas a morir —mascullé. Y quise abofetearlo al ver que sus ojos lo tenían tan claro. Empezaba a aceptar la maldita posibilidad—. Lo que deberías hacer es concentrar toda tu energía en transmitirme alguna información, cualquier cosa. Lo que sea —dije a la desesperada—. Si estás aquí conmigo, es por algo. Aprovechemos esta oportunidad. No te des por vencido, Robert.

No dijo nada. Solo me miró con una intensidad que me desarmó por completo, como si quisiera memorizarme antes de desaparecer. Luego, con una lentitud casi reverencial, alzó la mano y rozó uno de los mechones de pelo que enmarcaban mi rostro. Sus dedos lo apartaron con tanta suavidad que me estremecí y no pude evitar contener la respiración.

Entonces, esbozó una sonrisa suave y cargada de tristeza. Supe que algo dentro de él ya estaba pensando en un adiós definitivo.

—Se te da bien —murmuró.

No entendí del todo a qué se refería, pero no tuve tiempo de preguntarlo.

Fue él quien se acercó primero.

Sus labios rozaron los míos con una suavidad tan precisa que pareció un suspiro. No fue un beso que exigiera ni que arrasara. Sino más bien una petición. Y yo respondí devolviéndole el contacto.

Al principio, lo hice con cierta vacilación, como si algo dentro de mí aún buscara una razón para detenernos. No sabía si estaba cayendo en un acto desesperado o si simplemente quería aferrarme a lo poco que podíamos compartir. Pero si Robert necesitaba sentirse humano, aunque solo fuera un instante, iba a dárselo y no me

importaba que me doliera después. Así que me rendí. Y dejé que nuestros labios hablaran por nosotros.

Poco a poco, el beso abandonó delicadezas y aumentó su fogosidad hasta el punto en que Robert me tumbó sobre el colchón y se inclinó sobre mí con una urgencia callada. Apretó su cuerpo contra el mío hasta que sentí el peso de su deseo ardiéndome entre las piernas. Instintivamente, las abrí para que acomodara su pelvis entre ellas, y lo hizo sin dudar, dejando que yo notara todo con una precisión devastadora.

Su erección estaba ahí, dura y descarada, presionando justo donde más lo necesitaba. A través de su pantalón y el mío, sentí el grosor palpitante frotarse contra mi centro, que ya reclamaba lo que aún no podía tener.

Me moví, lenta al principio, solo para sentirlo y provocarlo, pero bastó un roce para que mi cuerpo se incendiara y comenzara a buscarlo con movimientos cada vez más marcados.

Un gemido grave se le escapó de la garganta cuando volvió a empujar sus caderas contra las mías. Frotarse contra mí se convirtió en una necesidad compartida, tan animal y adictiva como ardiente.

Por un momento, nos olvidamos de lo que él era, de la razón por la que estaba ahí y de los peligros que acechaban en Snake Pass. Por un momento, solo fuimos él y yo buscando desesperados saciar ese sentimiento que nos había perseguido tanto tiempo.

En el fondo, ambos sabíamos que aquello era una locura sin sentido, pero me importó un comino. Solo quería tenerlo por un instante y hacerle ver que no había hombre en la faz de la tierra al que deseara tanto.

Sus manos se deslizaron por mis costados hasta colarse por debajo de mi jersey y capturó uno de mis pechos, marcando su dominio mientras sus labios se deslizaban por mi cuello.

—Mierda, me vuelves loco... —susurró con la voz rota.

Solo pude soltar un quejido ronco, pero me arqueé para darle más acceso y mostrarle las ganas que tenía de entregarme al completo.

Robert arrastró su boca de nuevo a hacia la mía antes de resbalar hacia mi pecho. No pidió permiso, lo lamió con su cálida lengua y atrapó mi pezón entre sus dientes con una suavidad que noté hasta en las entrañas.

Gemí mientras él alternaba besos con mordiscos. Cada vez que su boca me tocaba me hacía vibrar entera. Sentía que podía alcanzar el orgasmo solo con eso.

Pero Robert no se detuvo ahí. Siguió bajando con una lentitud precisa. Deslizó sus labios por mi vientre y luego tiró de mi pantalón del pijama. Me lo quitó sin ceremonias, y yo no pude soportarlo más.

Me incorporé sintiendo una urgencia que me quemaba la piel, y lo volví a besar con rabia al tiempo que me subía a horcajadas sobre él, hundiéndome en su regazo con toda la intención del mundo. Noté su duro miembro apretándose bajo su bragueta y me restregué con descaro ajena a que compartiríamos un gemido.

—¿Pretendes que pierda la cabeza, Aberdeen? —murmuró, clavando sus manos en mis nalgas.

—Ese es el plan, señor Kingsley —jadeé contra su boca, antes de lamerle el labio inferior y morderlo.

Robert sonrió y decidió que era un buen momento para ir más allá con sus caricias. Deslizó una mano hacia mi vientre y la coló bajo mis braguitas. Incliné la cabeza hacia atrás cuando noté sus dedos rozarme sin prisa. Me acarició con una lentitud torturadora mientras observaba mis reacciones.

Empezó a masturbarme con movimientos firmes y circulares, alternando la presión. Mi cuerpo temblaba sobre él. No sabía si seguir frotándome contra su erección o quedarme quieta para no estropear su magnífica obra. Sus dedos eran perfectos y despiadados. Sabían lo que hacían. Sabían cómo romperme. Y al final me abandoné a sus brazos y lo dejé mandar sobre mi cuerpo.

—Lo he imaginado antes... Que te tocaba de este modo —murmuró con la voz ronca.

—Sí... En clase... Sobre tu mesa —le confesé entre jadeos, con mi frente pegada a la suya.

La de noches que me había despertado frustrada con mis fantasías sobre él. Ahora Robert también lo sabía. Y maldita sea era recíproco.

—O en mi despacho...

—¿Cuál de ellos? —bromeé temblorosa. Estaba a punto de alcanzar el clímax.

—Ambos —respondió sin dudar, con esa maldita seguridad que me excitaba aún más.

—¿Y qué más me hacías, además de tocarme?

Robert me sostuvo la mirada. Sus ojos ardían en deseo, tenía la respiración entrecortada. Ya no era el profesor estirado ni el jefe intransigente, sino el hombre que estaba dispuesto a entregarse por completo a mí.

—Follarte como un loco.

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró con fuerza de las caderas y me tumbó de nuevo en la cama. Su cuerpo cayó sobre el mío con crudo apremio y volvió a besarme como si se estuviera ahogando y yo fuera su maldito oxígeno.

Sus dedos no se detuvieron. Todo lo contrario, se hundieron en mí con la habilidad de quien conocía cada centímetro de mi cuerpo.

Gemí contra sus labios y me aferré a sus hombros. No podía más. Estaba al borde, suplicando sin palabras.

—No es justo... —gimoteé.

—¿Qué no lo es?

—Que no estés desnudo pegado a mí... —jadeé con el corazón a punto de estallar—. Te necesito...

Sus ojos se clavaron en los míos. Noté el deseo en sus pupilas ambarinas. Pero también detecté la tristeza. Una ternura tan nostálgica como dolorosa. Como si cada espasmo de mi cuerpo le recordara lo lejos que estaba realmente de mí.

Pero aun así no se detuvo, ni me soltó ni apartó la mirada hasta que me deshice. Mi cuerpo se arqueó con violencia cuando el orgasmo me atravesó como una descarga eléctrica. Los músculos se

me tensaron, los labios se me abrieron en un gemido ahogado contra su boca y, durante unos segundos, dejé de existir.

Robert no dijo nada. Solo me sostuvo mientras temblaba de placer. Después, me besó con calma y yo lo abracé, creyendo que aquello valdría para atarlo a la vida.

—Finjamos que no vas a desaparecer en cualquier momento — dije en apenas un susurro.

—Finjamos también que no estoy locamente enamorado de ti.

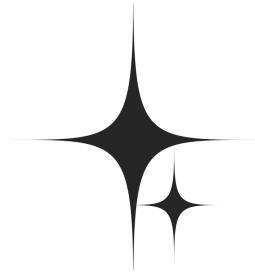
El estupor me produjo un escalofrío. Casi me pareció sentir el latido de su corazón contra mi pecho.

Acaricié su mandíbula.

—Se te ha dado bien disimularlo todo este tiempo...

—A ti también... —murmuró.

Lo besé de nuevo y me hice pequeña en su abrazo, temiendo que amaneciera y él ya no estuviera.



CHARLOTTE

No me asombró despertar sola en mi cama.
Pero sentía que algo no iba bien.

No tenía nada que ver con la tormenta que rugía fuera. Era otra cosa. Un presentimiento oscuro que se había transformado en un vacío que me oprimía el pecho.

Me incorporé lento con la respiración pesada. Era sábado, no tenía clases ni trabajo. Así que no había razón para madrugar. Pero esa maldita sensación me reclamaba y ni siquiera sabía por qué.

«Robert... Podrías aparecer y decirme al menos que lo de anoche no fue un sueño», pensé, pero no me atreví a decirlo en alto.

Porque había demasiada gente en la casa.

Me llegó el rumor de unas voces alteradas. Provenían del salón y detecté una desesperación genuina. Mi cuerpo se tensó de inmediato cuando reconocí a mi abuela Violet. Desde mi habitación era muy complicado saber qué estaba diciendo, pero el tono que estaba empleando hablaba por sí solo.

«Si ha regresado de Glossop... eso solo pueden significar malas noticias».

Salté de la cama y abandoné la habitación como un vendaval, precipitándome escaleras abajo. Cuando llegué al salón, me detuve abrupta en el umbral.

Aquella escena era lo peor que podía imaginar. El peor de los escenarios. El mismo que no me había atrevido a contemplar porque confiaba en la cara amable de la vida.

Allí estaban todos. La familia, nuestros amigos más cercanos. Y Claire, devastada. Lloraba desconsolada, rota de dolor mientras mi abuela hablaba por teléfono moviéndose de un lado a otro, bajo la atenta y angustiada mirada de los demás.

—¡Malditos bastardos! ¡No pueden abandonar la búsqueda sin más! —rugió la abuela, y la sala se sumió en un silencio demoledor—. Me tiene sin cuidado que las autoridades creen que no hay posibilidad de que haya sobrevivido. ¡Robert no está muerto!

Claire contuvo un alarido justo antes de desmayarse. Enseguida, el señor Peterson y Maggie la tendieron sobre el sofá mientras mi tía Meredith le daba unos toquecitos en la mejilla para traerla de vuelta. Al mismo tiempo, Morgana permanecía encogida en un rincón, negando con la cabeza mientras Anita le frotaba la espalda, tratando de ofrecerle consuelo. Los demás observaban frustrados e impotentes a Violet.

—¿Cómo dices? ¿Brujería? —se quejó mi abuela, y el tío Edward fue el primero en darse cuenta de lo que venía a continuación porque de inmediato se lanzó a ella—. Puedo maldecir a tus ancestros para que lo compruebes por ti mismo, cretino desalmado...

—Tía Violet, cálmate... —dijo Edward, intentando quitarle el teléfono.

—¡No!

—Déjame a mí...

En cuanto, Edward tomó el control, la realidad de lo que estaba pasando me golpeó.

Empecé a negar con la cabeza. Algo dentro de mí se contrajo por culpa de un dolor insoportable, uno que no tenía nada que ver con la piel ni los huesos.

Di un paso atrás.

Si la búsqueda se suspendía definitivamente, Robert moriría. Y me pregunté si él lo sabía o lo había imaginado mientras me besaba la pasada madrugada. Si esa era su forma de despedirse. Si cuando me pidió que guardara el regalo de su madre y le transmitiera el mensaje sobre sus sentimientos por ella lo hizo pensando que ya había un final escrito.

Retrocedí otro paso. Las voces a mi alrededor se volvieron un murmullo lejano. Solo podía escuchar el rugido desbordante de mis pulsaciones. Y antes de que pudiera pensar qué hacer para no romperme en mil pedazos, abrí la puerta principal.

Eché a correr, pese a la tormenta que estaba cayendo y a la oscuridad de aquel maldito día. El viento aulló en mis oídos, las lágrimas se derramaban por mis mejillas y el agua me empapó la ropa en segundos. Pero no me detuve pese a que mis músculos se quejaban y los pulmones me ardían.

Dejé atrás las calles y corrí sin dirección, sin pensar en nada más que en aquel dolor que me quemaba por dentro. Esa era la señal de que estaba viva. Y él no.

—¡Robert! —grité asfixiada en cuanto me vi rodeada de árboles.

Mis pasos me habían llevado hasta unos jardines próximos al río, pero ni siquiera me acordaba de su nombre. En mi mente, solo existía Robert y nada más. Ni el frío ni el hecho de ir descalza. Ni siquiera si alguien me había visto.

—Robert, por favor —supliqué, inclinándome hacia delante en busca de oxígeno, notando que el mundo había detenido a mi alrededor.

El cielo rugió. Lo sentí como un aviso. Porque fue entonces cuando Robert se materializó delante de mí.

Lo miré llena de furia.

—¡Maldito seas! —Me lancé a él y estampé mis manos contra su pecho.

Lo empujé con toda la rabia y la desesperación que estaba sintiendo en ese momento. Robert se tambaleó y me observó entristecido, pero no reaccionó. Ni siquiera me corrigió.

—Tú lo sabías anoche, ¿verdad? —le reproché—. ¡Lo sabías y no me dijiste nada!

Otro empujón.

—Cálmate, por favor.

—¡No puedo calmarme!

Lo empujé de nuevo. Las lágrimas me ardían, el corazón me iba tan rápido que apenas podía respirar a través de los jadeos entrecortados.

Robert cerró los ojos un instante, como si mis palabras hubieran sido un puñal para él. Cuando volvió a abrirlos, su mirada tenía un dolor que me cortó el aliento.

—No lo sabía, te lo prometo.

Y lo creí. Por furiosa, dolida y abrumada que estuviera creí de verdad que aquella noticia era igual de dura para él, pese a que sus ojos desvelaban resignación.

Negué con la cabeza.

—No deberías haber aparecido —gemí todavía asfixiada—. De eso te culpo. Si hubieras muerto, me habría destrozado. Pero ahora... —Sabía que estaba siendo cruel y que más tarde lo lamentaría con toda mi alma, pero es que no podía parar. Era víctima de mi propia desesperación y lo estaba pagando con él—. Y ni siquiera has hecho nada para que te ayude. Te diste por vencido desde el principio. Sospechabas que abandonarían la búsqueda en cualquier momento y dejaste que me aferrase a la esperanza.

Volví a empujarlo, pero esta vez sin fuerza. Robert ni siquiera se movió del sitio. Simplemente, me observaba devastado.

—No fue esa mi intención, Charlotte...

—Quizá no, pero tú te irás y yo me quedaré aquí. ¿Y de qué me sirve ser lo que soy si tú mueres, ah?

Una médium incapaz de ayudar. Era ridícula. Y Robert iba a morir. Quizá ya estaba muerto. Y yo no podía aceptar la idea de no volver a verlo.

Levantó las manos con toda la intención de abrazarme. Pero yo me alejé.

—No, no me toques.

—Charlotte... —insistió.

—¡No! —grité—. No, no...

Finalmente, sus brazos me rodearon y mi cuerpo se abandonó al contacto. Enterré la cara en su pecho y me agarré a su chaqueta.

—Te odio —sollocé.

—Tranquila. —A pesar de ser él quien más iba a perder, tuvo la osadía y el valor de consolarme.

—No te lo perdonaré jamás.

«Maldita sea, ¿qué voy a decirle a su madre?».

Robert se apartó un poco y atrapó mi cara entre sus manos. Cuando sus fríos pulgares acariciaron mis mejillas, mi cuerpo entero se estremeció y solo sentía fuego. El fuego de mi rabia y de su mirada.

Entonces, apoyó sus labios en los míos. Se me detuvo un instante el corazón, pero me dije que aquel probablemente sería el final y me aferré a ese último beso. Sin embargo, ninguno de los dos actuó, tan solo nos quedamos quietos, apoyados en nuestros labios, como si quisiéramos eternizar ese contacto para siempre.

Todo mi cuerpo gritaba que lo besara hasta quedarme sin aliento y valor no me faltó, pero la presencia de Robert buscaba otra cosa. Deseaba la cercanía y la certeza de saber que lo que sentíamos el uno por el otro hubiera sido mágico de haber tenido una oportunidad.

—Te quiero... —jadeó, y mi llanto se tornó espasmódico.

Me hice pedazos.

Sin embargo, un destello estalló en mi mente.

Vi el bosque. No, estaba en él. Caminando por su terreno fangoso mientras una ligera llovizna me empapaba. De pronto, la

tierra crujió y me arrastró consigo. Sentí el golpe y el chasquido de algo rompiéndose. El silencio sofocante que vino después.

Jadeé contra los labios de Robert mientras sentía como las piernas se me doblaban. Él me mantuvo erguida porque la visión aún no había terminado.

Los gritos. El frío calándome los huesos. La sensación de vértigo. Una cueva. La oscuridad absoluta. Y allí estaba él, tendido en el suelo, inconsciente y herido. Todavía respiraba, pero su aliento era tan débil que no estuve segura de si resistiera.

Abrí los ojos de golpe y me aparté, tambaleante. Me costaba respirar y un fuerte dolor de cabeza me atravesó las sienes. Enseguida las presioné con mis manos y miré a Robert, estupefacta.

—Sé que lo has visto... —murmuró.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté con la voz rota.

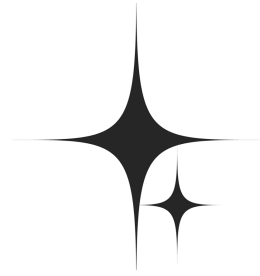
—Me pediste que vertiera toda mi energía en darte algo. Cualquier cosa. —Su mirada me quemó la piel—. Ahora sabes exactamente dónde estoy.

El tiempo se le acababa, estaba luchando porque sabía que yo llegaría hasta él. Sabía que yo cogería su mano.

Robert había entrado en mi vida como un huracán silencioso. Había destrozado mis defensas y desordenado cada maldito rincón de mi existencia. Tenía que encontrarlo, devolvérselo a su madre y estaba dispuesta a quemar la ciudad si era necesario.

—Abuela... —jadeé, porque ella era la única que podría entender lo que acababa de pasar y movilizar a todo el mundo.

Eché a correr.



CHARLOTTE

Abrí la puerta con sumo sigilo. No solía estar abierta, pero con tanto trajín de gente, no me extrañaba. El salón seguía abarrotado. Escuché incluso la voz del doctor Jameson, comentando que Claire estaría dormida al menos unas horas. Lo que me llevó a pensar que habían tenido que sedarla para que el dolor y la desesperación no la volvieran loca. Y seguramente la habían tumbado en la cama de la habitación de invitados.

El resto, por lo que transmitió el barullo de voces, seguía haciendo llamadas y discutiendo con las autoridades. Nadie me percibió y yo avancé hasta el umbral del salón dejando un reguero de agua en el suelo. Estaba empapada y sentía que los pies me ardían. Seguramente me los había lastimado, pero no me importaba. Robert me necesitaba. Y yo necesitaba a mi abuela y a mi tía.

Miré a la primera. Violet Aberdeen tardó un instante en percibirme. Su mirada me llegó a través de la gente y su entereza me abrumó. Lo mismo sucedió con mi tía abuela. Fue la primera vez que experimenté la conexión de las brujas Aberdeen y nunca creí que sería tan fuerte.

El mensaje estaba enviado. Ambas sabían que portaba noticias y que exigían de urgencia. Así que me dirigí a la cocina sabiendo que ellas me seguirían. No quería aumentar el caos. Lo que tenía que contar solo les concernía a ellas, por ahora.

Al entrar, me analizaron en silencio. Las heridas en los pies, el pijama empapado, el pelo pegado a mi cara.

—Sinceramente, espero que haya valido la pena herirte, Charlotte —protestó la tía Meredith, que enseguida se acercó al armario donde guardábamos el botiquín.

—Creo que sí —dije temblorosa y agotada.

Mientras tanto, mi abuela se acercó a la lavandería y me trajo una toalla y una muda seca.

—Cámbiate antes de que pilles una pulmonía, jovencita —me ordenó.

Eso hice y lo agradecí, aunque necesitara de ayuda para mantenerme en pie. Toda la situación había drenado mi energía.

—Siéntate —sugirió mi abuela en cuanto terminamos de vestirme.

Fue entonces cuando mi tía se arrodilló ante mí y comenzó a curarme los pies.

—¿Qué has visto? —preguntó, y yo cogí aire.

—Robert me ha mostrado el lugar.

Ambas cruzaron una mirada. Lo habían entendido todo, no necesitaban más, pero yo continué.

—Le pedí que me diera algo. Cualquier cosa... —Agaché la cabeza. Creo que fue en ese instante en que la voz se me rompió por culpa de las lágrimas—. Le grité. No soporté la idea de que suspendieran la búsqueda. Hui porque... necesitaba respirar.

Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza. Ahí estaba de nuevo toda la sucesión de imágenes que Robert me había mostrado.

—No me lo dijo con palabras. Simplemente..., me besó. Y entonces lo vi. Vi cómo sucedió todo. —Tal y como lo estaba viendo ahora.

No me atreví a mirarlas.

—Puedes tocarlo —murmuró Violet. No fue una pregunta, sino la demostración de su asombro y orgullo.

Porque no había existido una médium capaz de algo así desde hacía siglos. No, solo una había podido. La más grande de todas. Mary Aberdeen, la primera bruja de nuestro clan, cuya sangre se convirtió en una diminuta perla roja que mi abuela tenía colgada del cuello como su mayor amuleto.

Asentí.

Fue entonces cuando Meredith, que ya había terminado de curarme los pies, aprovechó para preparar una de sus pociones calientes sazónada con un chorrito de coñac.

Me entregó una taza humeante.

—Bébetelo esto —me dijo, y yo obedecí—. El agotamiento es algo habitual en tus primeras experiencias.

—No le queda mucho tiempo —murmuré, y mi abuela asintió con la cabeza.

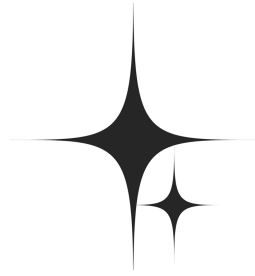
—Resiste por ti...

De pronto, ambas se tensaron. Violet giró la cabeza hacia la puerta. Frunció el ceño y a continuación miró a Meredith.

—Hermana —habló con calma—, tenemos visita.

—Y vienen con prisa —añadió ella ya en movimiento.

Nunca imaginé que Ian Jenkins y Karen Porter entrarían en mi cocina con gran preocupación.



CHARLOTTE

Tragué saliva al ver a la pareja de periodistas más querida del país.

Eran las personas que admiraba, a las que había visto millones de veces en la televisión. Los presentadores del programa que más me emocionaba y uno de los detonantes de mi pasión por los libros. Y ahora estaban en mi cocina.

Ian fue el primero en entrar tras Meredith y lo hizo con sumo respeto. Cojeaba un poco. Se empeñaba en disimularlo, pero se notaba que cada paso le dolía más que el anterior. Le siguió Karen luciendo una mueca de agotamiento y preocupación. Saludó a Violet con una complicidad hermosa, y es que habían compartido juntas el rescate de su esposo.

—Señora Aberdeen —le dijo Ian a mi abuela, cogiéndola de las manos—. Es un placer para mí saludarla.

Era bien sabida la admiración que Ian sentía por mi abuela. Había intentado miles de veces llevarla a su programa, pero ella nunca aceptó.

—Lo mismo digo, señor Jenkins —le sonrió ella—. Y sea bienvenida, señora Porter.

—Lamentamos presentarnos aquí, pero acabamos de enterarnos de que se suspende la búsqueda definitivamente y queríamos apoyar a Claire —informó Karen—. Unos vecinos nos dijeron que se encontraba aquí.

—Nos alegra que estéis aquí —añadió Meredith—. Han llegado en el momento indicado.

Mi abuela asintió.

—Tenemos razones de peso para decir que sabemos exactamente dónde se encuentra Robert.

Ian frunció el ceño, pero sus ojos mostraron el brillo propio de alguien que sabe entender entre líneas.

—¿Razones...?

—Así es —corroboró mi abuela—. Razones por las que usted haría un programa especial. Saben lo que son las médiums, ¿verdad, señor Jenkins?

—Hace mucho que no tengo el placer de saludar a una.

—Oh, no soy yo, querido. —La abuela me miró a mí—. ¿Charlotte?

De pronto, me convertí en el centro de atención, y se me formó un nudo en la garganta que aumentó mis ganas de llorar. Por suerte, las contuve pese a la humedad que podía sentir en mis mejillas. Y miré a Ian y a Karen con timidez y respeto.

—Robert... me ha mostrado el lugar —tartamudeé.

El silencio que siguió fue demoledor. Sentí cómo las miradas del matrimonio caían sobre mí como un alud. Ambos perplejos y conmocionados.

—¿Puedes... puedes verlo? —indagó Ian, estupefacto mientras su esposa se llevaba una mano a la boca.

Asentí despacio y tragué saliva. Estaba tan nerviosa, tan desolada.

De pronto, tuve un escalofrío. Empezó en la nuca y se deslizó por mi espalda, erizándome la piel. Robert no me dejaría sola en un momento tan crucial, y miré hacia un lado. Allí estaba él, observando. Dándome fuerzas para continuar. Por su expresión,

supe que no debía sentir cortedad a las reacciones de Ian y Karen. Ellos confiarían en mí. Y aparqué la admiración que les tenía a los dos para aportar la seriedad que requería el asunto.

—Está aquí —confesé.

Ian dio un paso al frente, mirando ojiplático a su alrededor.

—Espera, ¿dónde?

—Ahí. —Señalé la encimera—. Les está observando.

Todos miraron hacia el lugar. Sabía que solo podían ver un espacio vacío, pero la visión que yo tenía era bien distinta. Robert apoyado en el mueble con los brazos cruzados y una mueca hermética. Maldita sea, era irresistible incluso en el peor momento.

—¿Te parecería irrespetuoso si te pido que digas algo que solo podríamos saber Robert y yo? —probó Ian, comedido.

Fue entonces cuando advertí que la tía Meredith le ofrecía una taza de té a Karen, porque la pobre mujer estaba sobrecoyida con lo que sucedía.

Oteé a Robert. Había alzado las cejas.

—Curioso. Siempre creí que yo era el escéptico —se burló—. Háblale de su afición por travestirse con la ropa de su mujer cuando bebe más ponche de lo normal.

Fruncí el ceño.

—No pienso decirle eso —protesté, y Robert sonrió.

—Démosle algo de humor al asunto, cariño.

Esa forma de llamarme «cariño» por poco me hizo vomitar el corazón.

Cogí aire y miré al señor Jenkins.

—Dice que... le gusta travestirse...

—¡Sin duda es ese cretino! —me interrumpió bajo las disimuladas sonrisas de mi abuela y mi tía—. Muy bien —dio una palmada como enfundándose valor—. Es hora de tomar el control. Es evidente que la situación depende de nosotros.

Sentí un repentino atisbo de esperanza. Algo dentro de mí presintió que aquello funcionaría, que Robert volvería de verdad. Y por el modo en que mi abuela asintió supe que estaba en lo cierto.

—Karen —continuó Ian al mirar a su esposa—, necesitamos a los muchachos. Si alguien puede mover el protocolo de búsqueda con las autoridades, es Ramsey.

—Podrían estar aquí para el mediodía —desveló ella, ya con el móvil en la mano.

—Pues démonos prisa.

—¿Qué podemos hacer nosotras? —intervino mi abuela.

—Organizad a toda la gente posible. Vamos a necesitarlos a todos. —Ian me señaló—. Y tú, jovencita, dile a ese cretino que te permita descansar un instante. Debes estar lo más fresca posible para el rescate.

—Eso no será un problema —sonrió la abuela antes de mirarme—. Has empezado a notarlo, ¿verdad?

Lo cierto era que la soñolencia me llamaba y me sentía cada vez más y más aletargada. Entendí de súbito que aquella poción que había tomado no solo buscaba repararme, sino también hacerme descansar de verdad.

—Sí... —jadeé, y la abuela se me acercó.

—Vamos, te acompañaré.

Me aferré a su brazo y me apoyé en ella conforme salíamos al pasillo desde el comedor. Subimos las escaleras y nos encaminamos a mi habitación. Cada paso me costaba todo un mundo. El suelo parecía moverse bajo mis pies.

—Abuela... —suspiré en cuanto me tumbó en la cama.

—No me importa que alguien dude, pero tú... ¿en serio? —dijo ella, acariciando mi frente.

—No dudo de ti, sino de mí —admití.

Jamás me había atrevido a desconfiar de mi abuela. Ella había vaticinado incluso los escenarios más inverosímiles. No podía ver a Robert, pero lo sentía junto a mí, justo como en ese momento en que apareció a mi lado y enredó sus dedos a los míos.

—Ese es el problema, que te equivocas, cariño. Porque es Robert quien sostiene tu mano en este momento. Y eso no debería avivar tus dudas. —De nuevo, me atravesó un escalofrío—. Duerme.

Van a necesitar unas horas para organizarlo todo. Sabrás cuándo despertar, te lo aseguro.

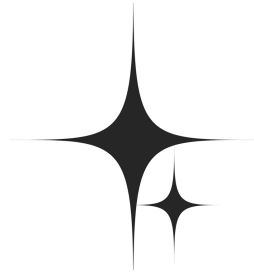
Asentí. Y la abuela abandonó mi habitación, dejándome sumida en una penumbra de lo más reconfortante.

—Robert... —murmuré.

Se había tendido a mi lado y me acariciaba los dedos con suavidad.

—¿Sí?

—Yo también te quiero... —confesé en un suspiro, con los ojos cerrados—. Te quiero...



CHARLOTTE

Desperté tal y como la abuela me había dicho. Y lo hice en el preciso momento en que la misión estaba más que preparada para empezar. Lo supe en cuanto terminé de vestirme adecuadamente y me dispuse a bajar las escaleras.

Lo que había empezado siendo un triste encuentro, ahora se había convertido en una marcha decidida. Nadie quiso quedarse atrás. No éramos solo una familia, sino una especie de cruzada con la única misión de salvar a Robert.

Algunos habían preparado víveres y bebida caliente. Otros, material necesario para el rescate. Me asombró la predisposición de cada uno de ellos y la confianza que depositaron en mis palabras. Allí nadie dudaba de mí, y habían detenido sus vidas para salvar a Robert. Esa era una hermosa razón para derramar algunas lágrimas.

Pero las contuve y me preparé para lo que se venía. Porque estaba dispuesta a todo.

Por un instante, la calzada se llenó de coches y gente moviéndose de un lado a otro. Se estaban distribuyendo para el viaje, para que nadie se quedara sin un lugar. A mí me tocó viajar junto a Morgana en el suburban de Ian y Karen. Y miré a mi prima,

que se había acomodado a mi lado y se estrujaba los dedos, nerviosa. Era lógico, estábamos junto a los periodistas que más admirábamos.

Nos dimos la mano.

—En marcha, señoras —dijo Ian antes de capitanear aquella caravana de coches.

Y miré hacia atrás, buscando a Robert. No creí que lo vería en el umbral de mi casa con una sonrisa nostálgica en los labios. Fui incapaz de descifrar si era una mueca de alivio o de despedida. Solo supe que, al ver su imagen difuminarse poco a poco como la niebla, algo dentro de mí tembló. Quizá aquella sería la última vez que lo viera.



Partimos hacia Glossop a eso del mediodía como si fuéramos un ejército. Lloviznaba y nos gobernaba un cielo plomizo que amenazaba de nuevo con una tormenta legendaria. Le rogué que esperara un poco. Solo un poco.

Me quedé absorta mirando las gotas que resbalaban por el cristal, todavía aferrada a la mano de Morgana, que me sostenía con fuerza. Mi ancla justo cuando más la necesitaba.

—Recuerda la luna invertida, Charlotte. —Nos miramos—. Ese hombre no se dará por vencido hasta que tú lo encuentres. Lo sé, confío en él.

Me quedé quieta, asumiendo mi pulso frenético, sintiendo que el cuerpo me iba a estallar en mil pedazos. Y sin mediar palabra, apoyé la cabeza en el hombro de mi prima y dejé que ella me abrazara.

Mientras su esposo conducía, Karen seguía concentrada en la pantalla de su iPad.

—Acabo de recibir un mensaje del centro meteorológico de Derby —comentó—. La previsión ha cambiado. Anochecerá en torno a las cuatro de la tarde y a su vez el clima empeorará, especialmente en la zona de Snake Pass.

Ian chistó y negó con la cabeza, frustrado.

—Lo que se traduce en que nos va a caer una buena tormenta, maldita sea —protestó.

—Y que tenemos menos tiempo del que pensábamos —añadí.

—Mucho menos —confirmó Karen.

El silencio que siguió fue como un golpe en el estómago. Pero el matrimonio tenía una fortaleza inquebrantable. Tenerlos allí conmigo no hizo más que confirmarlo.

—Puede que tengamos menos tiempo, pero sé que sabremos aprovecharlo —animó Ian—. Así que no decaigáis, jovencitas.

—A sus órdenes, mi comandante —exclamó Morgana provocándonos una sonrisa.

Ese inciso nos dio algo de alivio. Digamos que destensó el ambiente. En cuanto alcanzamos los límites de Glossop, Ian tomó el desvío hacia Snake Pass y pronto nos adentramos en aquella inhóspita carretera serpenteante donde el bosque se volvía más denso y oscuro. Pero no llegaríamos muy lejos.

El cordón policial nos impediría el paso.

Nuestro pequeño gran ejército fue deteniéndose hasta formar una fila de coches mal estacionados. Frente a nosotros, dos furgonetas blancas y cuatro todoterrenos alineados de mala manera. Era el equipo de Ian y algunos de sus hombres hablaban con los guardias junto al cartel que especificaba «zona cerrada por riesgo de desprendimiento».

—Mierda —masculló Ian por lo bajo.

—No puede ser... —murmuró Karen, asomándose por la ventana para ver mejor.

Reconocí algunas caras. La mayoría de los miembros del equipo de La Quinta Dimensión estaba allí, discutiendo acaloradamente con el grupo de agentes que impedían el paso. ¡Incluso recibieron empujones por parte de los uniformados! Les importaba un comino el objetivo.

El más vehemente era Ramsey, cuyo metro setenta de puro músculo y vitalidad se movía de un lado a otro desafiando la autoridad. Pensé que más de uno dormiríamos en el calabozo. Y no me importaba.

Miré a Morgana. Sus silencios me habían enseñado mucho a lo largo de nuestra vida, y ese no fue distinto. Ambas estábamos pensando lo mismo.

—¿Crees que funcionaría? —indagué.

Ella formó una sonrisa traviesa y asintió antes de bajarse del coche. Al instante, la seguimos fuera. Toda nuestra gente también se apeó y empezó a formar grupos tratando de reorganizarse.

Morgana se acercó a Ian con la seguridad de una diva cósmica.

—Señor Jenkins, probablemente la solución le parecerá un tanto desconcertante, pero... ¿qué le parecería hacer un directo conmigo? —dijo con aire angelical—. A mis seguidores les alegrará muchísimo verlo.

El hombre la observó extrañado. Casi parecía que le había pedido volar en una escoba de bruja. Pero su esposa sonrió cómplice. Esa mujer era una fantasía.

—¿Son tan ruidosos como los nuestros? —preguntó ella.

—Créame, la mayoría son de los vuestros.

Fue entonces cuando Ian asintió emocionado, mostrando un brillo revoltoso en los ojos.

—Me parece una idea extraordinaria —confirmó, y Morgana comenzó a trastear su teléfono.

—Hemos perdido la cabeza... —murmuré.

—Cariño, si nos van a impedir salvarle la vida a tu hombre, ¿quiénes somos nosotros para ocultárselo al mundo? —ironizó—. Que ardan las redes.

—¡Que ardan! —jaleó Ian, y su esposa me miró a mí.

—Creo que son de la misma pasta.

—Y qué lo diga.

Nos echamos a reír, y de inmediato Morgana ya estaba en directo dirigiéndose a su audiencia como una digna reportera de campo.

—¡Hola, mis almas errantes! Aquí Lady Morgana desde Snake Pass con una compañía que me vais a agradecer. Démosle la bienvenida al gran Ian Jenkins.

Nuestro querido y adorado presentador entró en escena causando el impacto que imaginamos que tendría. Los comentarios empezaron a arder, tal y como había predicho mi prima.

—Muchachos un placer saludarlos desde los límites de La Quinta Dimensión —dijo Ian haciéndose con el teléfono de Morgana—. ¡Oh, veinte mil y subiendo!

—Os hemos convocado para explicaros cómo está la situación con respecto al rescate del señor Kingsley, muy admirado por todos vosotros —añadió ella, prácticamente apoyada sobre Ian.

—Como podéis ver, hemos movilizado a todo nuestro equipo porque las autoridades han dado por finalizado el rescate. No seré yo quien ponga en duda las decisiones de nuestros especialistas. Pero desde luego es de recalcar el hecho de impedir que podamos salvar la vida de un compañero.

Le salió tan natural y se movía con tanto desparpajo que cautivaba. Y le mostró a la audiencia todo el escenario y a todas las personas que estábamos allí, que éramos muchos.

—Hemos traído drones, mapas, material y personal cualificado —continuó—. Incluso Ramsey está aquí, que es una fuerza de la naturaleza en sí mismo.

—¡Hola, gente! —saludó el hombre, todo frustrado—. No podemos pasar porque los compañeros tienen órdenes estrictas de impedir el acceso aquí.

Cien mil y subiendo. Sin duda, aquel iba a ser el directo más visto del año en Instagram Inglaterra.

—Pese a que tenemos razones para creer que el señor Kingsley sigue con vida y, cada minuto que pasa, cuenta —aportó Morgana, que parecía una más del equipo.

Por el modo en que Ian la observaba, sería cuestión de tiempo que la fichara para su programa.

Uno de los policías alzó una mano y se acercó de un modo intimidante.

—Señorita, no está permitido grabar aquí...

—Lo que no está permitido es abandonar a su suerte una vida humana, agente —respondió Morgana

Esa fue la gota que hizo rebosar el vaso. Mi prima había iniciado un directo de forma habitual, pero lo que nadie esperó fue la rapidez con la que escaló la situación. Los comentarios se sucedían en oleadas. Indignación, seguidores preguntando por el lugar exacto queriendo movilizarse. Incluso se creó el hashtag «Dejad pasar a La Quinta Dimensión».

Karen sonrió orgullosa.

—Ya somos tendencias a nivel mundial y solo han pasado tres minutos —comentó—. Yo que usted, agente, me replantearía su posición si no quiere que una turba de manifestantes se le plante aquí en minutos.

—Nunca subestime el poder de las redes sociales, querido —añadió Morgana.

—¿Quién demonios está emitiendo en directo? —gritó otro de los agentes.

—Yo... ¿Algún problema?

—Podría detenerla —la amenazó un tercer policía, y eso fue el colmo para Ramsey.

—¡Pues tendría mucho trabajo porque debería detenerme a mí también y a todo mi equipo! —gritó cubriendo a Morgana—. Puede empezar cuando le plazca.

—Hágalo —confrontó ella—. No le tengo miedo, agente. Pero asuma después las consecuencias. Todo el mundo lo verá. Verá la

injusticia que están cometiendo. Que mientras estamos aquí discutiendo, un hombre se muere en el bosque.

Ian la miró, impresionado.

—Tengo que reconocer que es incluso más peligrosa que Karen cuando se le acaba la batería.

Su esposa sonrió.

—A mí nunca se me acaba la batería, cielo. Pero la quiero en mi equipo.

Lo que ocurrió después fue, sinceramente, una obra espléndida cercana a la revolución. Anita fue la primera de los nuestros en acercarse, seguramente motivada por su descaro londinense. Se plantó frente a los agentes y empezó a exigir explicaciones, ataviada con su plumón rojo y unas botas de agua preciosas que le daban un look más propio de una celebridad de vacaciones en la nieve que de una florista dispuesta a defender a los suyos.

—¡Esto es un despropósito! —gritó—. ¡Estamos hablando de humanidad, por el amor de Dios! No tienen corazón. ¡Están aquí plantados como si vigilarais la entrada de un supermercado impidiendo a los hombres que sí tienen valor! ¡Indignante!

—¡Sí, es inaceptable! ¡Intolerable! ¡Sabandijas! —coreó la señora Higgins mientras su esposo asentía al ritmo de cada una de sus palabras.

—¡Malnacidos! —Ese fue su único aporte, pero bastó para asombrar y culminar la llegada de mi tía Meredith.

Ella fue más suave. Pensó que, si tocaba la fibra de algún agente, ayudaría en algo.

—¿Tiene hijos, muchacho? ¿Y si fuera uno de ellos el que estuviera atrapado bajo tierra?

—Señora, esto... Lo lamento, pero esto no es una cuestión personal —balbuceó uno de los agentes, visiblemente afectado por las palabras de mi tía.

—¡Claro que lo es! —se metió Maggie que apareció como un huracán—. ¡La madre de ese hombre está aquí esperando poder abrazar a su hijo! —Señaló a Claire, que se mantenía en pie y había

cogido fuerzas de donde no las tenía para resistir—. ¡Su hijo se está muriendo por su culpa!

—¡Por el amor de Dios, abrid esa cinta! —gritó Ramsey al tiempo que el señor Peterson se aproximaba.

Ver a un hombre enorme ya en la sesentena caminando como si fuera un guerrero dispuesto a cualquier cosa me estremeció.

—Caballeros, decreto 42/B del protocolo de seguridad en zonas rurales: toda acción preventiva debe ser flexible si hay indicios razonables de vida —citó atrayendo la atención de todo el mundo. Incluso nuestra audiencia aplaudió su tesón.

—Nadie nos garantiza que haya vida. Es imposible sobrevivir en estas circunstancias después de una semana —se defendió un agente.

Esa era la visión de un escéptico y un hombre que no confiaba en el instinto ni era afectado por las lágrimas de una madre herida. Y miré a mi alrededor porque lo que ese policía pensaba debería haber sido la norma. Pero ninguno de los que estaban allí habían dudado de mis palabras. Lo tomaron como una certeza. Confiaban ciegamente.

Aun así, no estaba funcionando. Y Robert se moría y yo no quería ponerme a llorar.

—¡¡¡Vergüenza!!! —gritó Morgana, animando a la mayoría a seguirla en sus gritos de protesta.

Le había entregado el móvil a su padre para que lo grabara todo. Y Edward, pese a saber que su hija estaba hostigando una rebelión contra la autoridad, lejos de calmarla, la animó.

—¡Hijos de puta! —gritó la señora Higgins.

—¡Señora, no me tiene o la detendré!

—¡Vergüenza! —seguían exclamando todos.

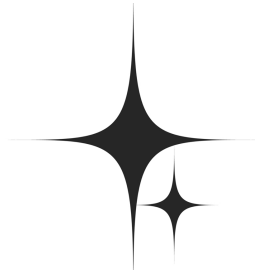
Entonces, empezaron los empujones, los comentarios cruzados, los insultos y protestas. Todo cobró un matiz muy problemático. Sin duda, más de uno iba a dormir en el calabozo esa noche. Y Morgana seguía en pie de guerra, provocando y azuzando a los policías, alimentando las ganas de los demás.

De pronto, en medio del caos, me buscó con la mirada. Solo me oteó unos segundos, pero bastaron para sonreírme. A continuación, miró a Ian y le guiñó un ojo. Fue su forma de transmitir el mensaje y este llegó a la perfección.

Sin perder ni un segundo, el presentador le dijo algo a su esposa y señaló a Ramsey, que ya se dirigía a su furgoneta. El resto de su equipo se movilizó a toda prisa aprovechando la algarabía. Fue alucinante ver la compenetración en directo.

—Detrás de ti, Charlotte —me dijo Ian, y enseguida saltamos al interior de su vehículo, junto al psíquico del equipo, Aldric, y mi abuela.

El motor rugió cuando arrancó. Las ruedas chirriaron pese a la llovizna, y aceleramos más que listos a atravesar el cordón de seguridad.



CHARLOTTE

El traqueteo de los neumáticos sobre la tierra húmeda me mantenía anclada al presente, pero algo en mi pecho latía a un ritmo completamente distinto. Cada árbol que quedaba atrás, cada bache en el camino, cada metro que nos acercaba al epicentro de todo, vibraba en mi piel. Seguramente, no habría podido ponerlo en palabras, pero lo percibía. Y no era la única.

Violet sostenía mi mano para darme fuerza, y Aldric mantenía los ojos cerrados, concentrado en dosificar toda la negatividad y toxicidad que desprendía el entorno. Lo conocía bien por su labor en el programa y su claridad a la hora de explicar esas conexiones con el más allá. Y de nuevo lamenté conocer a alguien que admiraba en semejantes circunstancias. Pero me alegraba, porque al menos no era la única conectada a la espiritualidad del lugar y podía refugiarme en ellos si mis palabras fallaban.

—¿Percibes algo? —preguntó Ian, con gran respeto.

—Aun no —admití—. Solo un montón de... tensión demasiado oscura.

Sin embargo, me sobrevino un poderoso escalofrío. Me recorrió la columna y me llenó de advertencias. El cuerpo de Robert tendido

en una roca llenó mi mente y no dudé ni un segundo.

—¡Aquí! —Me sorprendió mi propia voz.

Ian no dudó. Pisó el freno y los vehículos que lo seguían se detuvieron de inmediato. El silencio reinó durante un instante, y cerré los ojos. Me centré en el sonido de la lluvia repiqueteando contra el techo, en mi corazón latiendo a toda prisa. En el débil pulso de Robert.

Su pulso.

Sí, lo sentí. Lo noté dentro de mí.

«Estoy aquí, mi amor», le dije en mi pensamiento, y percibí un alivio al otro lado de ese hilo que nos unía.

—Es aquí —sentencié.

El motor aún vibraba bajo mis pies cuando Ian abrió la puerta del coche y saltó con decisión. En cuestión de segundos, todos se pusieron a preparar todo el equipo de rescate. Nadie necesitó una orden, todos sabían qué hacer, y me asombró que así fuera simplemente porque una médium inexperta hubiera dicho una palabra.

—¡Vamos! ¡Necesitamos asegurar el perímetro, muchachos! —bramó Ian, y allí nadie cesaba en su labor.

Las cuerdas se desenrollaron. Se prepararon las poleas. Prendieron unos focos. Algunos evaluaron el suelo, midiendo la estabilidad del terreno. Otros se aseguraron de preparar el material médico. Estábamos listos para proceder.

Algo dentro de mí rugió con una urgencia desconocida que me llevó a tambalearme. Apenas me dio tiempo a sostenerme de un tronco.

—Charlotte... —suspiró la abuela, preocupada, sujetándome con firmeza, al tiempo que Ian y Aldric se lanzaban a por mí.

—¿Qué ocurre? —preguntó el presentador.

—La... energía... —jadeé.

—Es su primer contacto, todavía no sabe cómo dosificarlo —informó la abuela.

—Está aquí... Lo sé. Lo noto.

—¿Puedes señalar el lugar? —inquirió Ian.

—Bajo mis pies... No logro ver dónde... Maldición.

El miedo me apretó el pecho.

—Lo encontraremos, cielo —me animó Ian antes de dirigirse a sus hombres—. ¡Dividid el perímetro! Vamos a inspeccionar cada palmo. ¡Rápido, muchachos!

La tormenta se intensificó. Me pareció como si el lugar no quisiera que encontráramos a Robert. Algo lo impedía. La abuela y Aldric también lo notaron al observar cómo aullaba el viento y arrastraba las hojas húmedas.

Entonces, mi abuela se alejó un par de pasos y se arrodilló antes de deslizar los dedos sobre la tierra mojada para trazar un círculo preciso.

—Aldric —lo llamó sin molestarse en mirarlo—. ¿Conoce la brujería trolldomr?

—En efecto. ¿Pretende hacer un conjuro de protección seiðr para combatirla?

Ella levantó la cabeza y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Qué bueno que lo reconozca. Eso nos facilita las cosas.

Aldric sonrió cómplice y un tanto emocionado. Quizá era más complicado de lo que parecía encontrar a alguien con dones tan majestuosos como los de Violet Aberdeen. Y para ese hombre fue como realizar un sueño.

Supo que tenía que entrar en el círculo después de pedir permiso a la tierra. Supo también que debía arrodillarse y abandonar su pensamiento moderno para entregarse a los dioses de una cultura arcaica. Supo que debía hacerlo aferrado a las manos de mi abuela y que primero tendría escuchar las palabras de ella antes de poder recitarlas.

Mi abuela empezó a rezar en nórdico antiguo, que brotó de sus labios cargados de una fuerza que escapaba a toda lógica. Las palabras se entrelazaban como un conjuro vivo que latía en el ambiente. Eso era lo que la tía Meredith, Edward y los demás habían buscado en la biblioteca.

De pronto, sentí una corriente de energía que se deslizó por mi piel y se enredó a mis venas. Noté un latido que no era mío. Un latido que me reclamaba. Y me enderecé. Comencé a avanzar. A mi alrededor, los hombres trabajaban de la única forma que sabían. Y yo seguí avanzando, buscando ese latido.

Se hizo enorme, y cerré los ojos para sentirlo en todo su esplendor. Mientras, la abuela y Aldric seguían rezando. Sus voces crecieron al tiempo que mi pulso aumentaba y el latido de Robert resonaba en todo mi sistema.

Me hiqué de rodillas en el suelo. En cuanto mis manos tocaron la tierra, lo vi. Lo vi con tanta nitidez que me pareció tenerlo a mi alcance. Hundí los dedos en el barro y comencé a excavar, frenética. La respiración se me acumulaba en la boca, apenas podía dosificarla.

—¡¡¡Está aquí!!! —chillé—. ¡¡¡Aquí abajo!!!

Todos se detuvieron, estupefactos. Menos mi abuela y Aldric que continuaron rezando. Sin embargo, esta vez, sus voces parecían elevarse por encima de la llovizna en un eco sobrenatural.

Ian fue el primero en reaccionar.

—¡Tenemos que excavar, muchachos! —bramó, señalando el punto donde yo estaba escarbando. No me importó herirme.

El equipo se abalanzó sobre la zona con todo. La desesperación se sincronizó a la perfección con el sonido de las palas hundiéndose en la tierra y los reclamos que intercambiaban. El terreno comenzó a ceder centímetro a centímetro, como si el propio bosque se resistiera y, cuando por fin se formó el agujero, no hubo alivio. Era demasiado estrecho, apenas lo justo para asomarse al vacío, pero no lo suficiente para que ninguno de los hombres pudiera bajar.

Pude sentir el aliento frío y nauseabundo que brotó de las entrañas de aquella oscuridad, y el silencio se instaló en el ambiente como una sentencia.

—Mierda... —masculó Ian, pasándose la mano por la mandíbula.

—No hay forma de ensancharlo sin arriesgarnos a que colapse —murmuró uno de sus hombres.

No teníamos tiempo.

—Voy yo —dije de súbito, y todas las miradas se clavaron en mí—. Soy la única que cabe. No hay otra opción.

—Charlotte —dijo Ian con tono firme—, esto no es una decisión que puedas tomar a la ligera.

—Ya la he tomado —respondí.

El resto de los hombres se pusieron a protestar por lo bajo.

—No tienes experiencia en rescates —añadió uno de ellos.

—Ni que decir sobre el peligro que conlleva —añadió otro—. Debemos abrirlo un poco más.

—¿Y arriesgarnos a que haya un desprendimiento? —protesté. Sabía perfectamente que era una locura y estaba cagada de miedo, pero no había otra alternativa—. Escuchadme. Robert está ahí abajo. Nos necesita. Si seguimos debatiendo sobre qué hacer para rescatarlo, probablemente ya no habrá a quién salvar.

Silencio.

Mi abuela seguía con sus rezos. No se detuvo ni un instante. De hecho, no creí ni que estuviera prestando atención. Aun así, la miré. Ella con los ojos cerrados, cogió aire y asintió. Me bastó ese gesto para saber qué debía hacer. Y desvié la vista hacia Ian, que necesitó un poco más de tiempo para entenderlo todo.

—De acuerdo, preparad los arneses.

De pronto, todo fue un caos de manos, voces e instrucciones a gritos. Apenas entendí nada de lo que me decían, pero me dejé hacer y me centré en las manos de Ramsey y en los ojos de Ian.

—Si la cuerda se tensa demasiado, no te muevas —dijo el primero.

—Mantente en contacto todo el tiempo, ¿me oyes? —comentó el segundo.

—Ponte esta mascarilla y evita respirar hondo. Exhalaciones cortas. El aire está demasiado viciado allí abajo, ¿de acuerdo? —añadió Ramsey—. Mira por dónde pisas y vuelve sobre tus pasos.

El corazón me martilleaba con fuerza, pero logré memorizar todo lo que me decían conforme me acercaba al borde del agujero.

Oscuridad. Tenía miedo. Sí. Pero lo que más temía era perder a Robert para siempre.

Así que cogí aire y empecé a bajar.

El frío me golpeó como un puñetazo en la cara. Era un aire denso y húmedo, como si mil cadáveres se hubieran descompuesto allí abajo. Apestaba a azufre y tierra podrida. A muerte.

Cada centímetro del avance era una tortura. El túnel, tan estrecho y escarpado, hacía que la roca me arañara los hombros. La luz de mi casco temblaba mientras mi cuerpo entero flotaba, cargado de temblores y exhalaciones desesperadas.

La cuerda seguía cediendo, deslizándome hacia una oscuridad tenebrosa mientras las voces del equipo me llegaban como ecos lejanos.

Un palmo para tocar tierra. Y entonces lo vi.

Robert estaba tendido sobre una roca, con el cuerpo en una postura que **me** produjo un escalofrío. Estaba pálido como la cera, los labios agrietados, las pestañas empapadas..., el pecho, inmóvil. Parecía haber caído luchando hasta el último aliento.

Sentí que algo dentro de mí se desgarraba. Si era cierto que desaparecía porque despertaba allí, debió de ser terrible para él verse tan atrapado y solo.

—¡¡¡Está aquí, está aquí!!! —grité con una voz que no era mía.

Me solté del arnés y corrí hacia su cuerpo, desesperada por tocarlo. Me hincé de rodillas a su lado y atrapé su cara helada entre mis manos.

—¡Mide su pulso! —me gritaron por la radio.

A lo lejos, escuchaba sus exclamaciones.

Eso hice. Apoyé los dedos en su carótida, cerca de la tráquea. Pero no noté nada, y el temblor empezaba a dolerme hasta en los huesos. Su cuerpo estaba demasiado frío. Se me agarrotaron las manos mientras lo palpaba en busca de una reacción o de alguna herida. Nunca creí que mis dedos se toparían con una capa de sangre seca.

—Robert, mi amor... —jadeé.

Desesperada, bajé la cremallera de su plumón y aparté su jersey con torpeza hasta dejar al descubierto su torso. Entonces, la vi. Una herida de unos doce centímetros en su costado izquierdo. La piel a su alrededor estaba amoratada y la sangre, que se había secado, formaba una costra irregular. Robert había debido de intentar presionarla, tal vez incluso vendarla con lo que tuviera a mano, pero no lo había logrado del todo. El borde inflamado y el tono amarillento del tejido revelaban que estaba infectada.

Me incliné hasta que nuestras frentes se rozaron y lo llamé de nuevo, susurrando su nombre con rabia y con amor y con un miedo que jamás había experimentado. Deslicé las manos por su cuello con urgencia, buscando ese pulso esquivo que se escondía bajo su piel helada.

Nada.

«No puedes morir, maldita sea. No te lo perdonaré», pensé justo antes de apoyar mi oreja en su pecho.

Cerré los ojos, contuve el aliento y me concentré en su corazón. Pero el tiempo pasaba y yo no sentía nada. Me negaba a pensar que había llegado tarde y que Robert se había ido. Me negaba a creer que ese último instante que habíamos compartido antes de partir de York había sido el final. Una maldita despedida.

Se me escapó una lágrima y esta atravesó mi cara hasta encontrar su final en el pecho de Robert.

Y entonces lo sentí. Un latido. Lento e irregular. Tan débil que creí haberlo imaginado. Fue mi instinto el que reaccionó. Me erguí como si hubiera recibido un puñetazo y miré a Robert emocionada al tiempo que apoyaba mi mano sobre su corazón. Volví a notar un latido.

Sí, sí. ¡Robert estaba vivo! Y tenía que darme prisa para sacarlo de allí.

—¡Charlotte! —me gritaron.

Eso fue lo que me conectó de nuevo al equipo que esperaba fuera.

—¡Tiene pulso! —les dije. Y enseguida reaccioné—. Vamos... —susurré con la voz rota, dándome ánimos.

Ahora venía la parte más difícil, pero estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de sacarlo de aquella cueva infecta.

Tiré de sus hombros con todas mis fuerzas hasta incorporar su torso y apuntalé mis manos en sus axilas. Sentí su peso ceder con lentitud. Ahora dependía de mi propia fortaleza y, aunque la maniobra supuso un esfuerzo que me arrancó un gemido entre dientes, no me di tregua y comencé a arrastrarlo.

Noté que los músculos de mis piernas se tensaban hasta el límite mientras mis pies patinaban en el suelo rocoso y húmedo. Apenas podía respirar y los brazos me temblaban. Aun así, apreté los dientes y seguí. Continué consciente de que solo faltaban unos pocos metros para alcanzar el arnés y ver a nuestro equipo. Oía sus reclamos desesperados, preparados para actuar.

De pronto, un mal paso me traicionó y resbalé hacia atrás provocando que Robert cayera sobre mí. Me tensé de puro espanto cuando su cabeza cayó inerte contra mi hombro.

—¡Joder! —farfullé.

—¡Charlotte! —seguían reclamándome, dándome valor y atándome a mi objetivo.

Más tarde les diría a esos hombres que sus voces en ese preciso momento lo fueron todo para mí.

Me incorporé como pude y, con un último esfuerzo, logré arrastrarlo justo debajo del agujero. Entonces, levanté la vista. Entre la oscuridad y la lluvia que se filtraba, distinguí siluetas que se movían frenéticas.

—¡Estoy aquí! —grité aferrada a Robert—. ¡Tiene el pulso demasiado débil!

De pronto, me lanzaron un arnés. Mi cuerda se balanceaba justo a mi lado.

—¡Pónselo, Charlotte! —exclamó Ian, angustiado. Supe que, de haber sido por él, se habría lanzado sin pensarlo a por su amigo.

Trémula, alcancé el arnés y tendí a Robert en el suelo para tener margen de movimiento. La maniobra no era muy compleja. Solo tenía que ajustar a su pecho las correas, enganchar bien el mosquetón a las hebillas y asegurarme de que todo estaba lo bastante apretado para soportar su peso.

Me costó llevarlo a cabo al tiempo que luchaba contra las ganas de vomitar el corazón. Pero lo logré.

—¡Listo! —exclamé, y enseguida me acerqué para sostener a Robert.

La cuerda se tensó y su cuerpo comenzó a elevarse. Lo empujé para ayudarlo a erguirse y proteger su cabeza de cualquier golpe cuando atravesara aquel estrecho hueco por el que debíamos salir.

—¡Más lento, más lento! —gritó alguien desde arriba.

Poco a poco, Robert se distanció de mí. Por más que estiré los brazos ya no podía alcanzarlo. Y la luz de los focos apenas me dejaba ver su silueta alzándose en el aire.

—¡Lo tenemos! —Aquellos alaridos emocionados me provocaron un espasmo y tropecé contra la pared rocosa notando que el aire no terminaba de entrar en mis pulmones. Lo habíamos logrado.

—¡Charlotte, vamos, es tu turno! —me avisó Ian.

No me había dado cuenta de que la cuerda estaba frente a mí, a la espera de que yo enganchara el mosquetón a mi arnés. Me incorporé con los últimos gramos de fuerza que me quedaba y me aseguré a la cuerda un instante antes de notar el primer tirón. Ascendí a través de la oscuridad, suspendida entre la roca y la lluvia mientras la cueva se hundía bajo mis pies.

Cuando llegué a la superficie, me hiqué de rodillas en el suelo y dejé que mis manos se hundieran en la tierra húmeda. Me tomé un instante. Voces en grito, el viento que aullaba, el frío que me calaba los huesos. Pero todo me pareció muy lejano. Porque mi corazón solo quería una cosa. Lo buscaba a él.

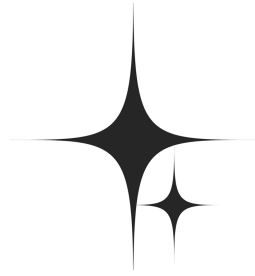
Encontré a Robert tendido sobre una camilla, cubierto de mantas isotérmicas. Le habían puesto una mascarilla de oxígeno y una vía intravenosa con suero.

Fuera de la cueva su palidez era preocupante. Tanto que cualquiera podría haber pensado que se trataba de su cadáver. Pero Robert respiraba. Yo misma había sentido sus latidos.

Lo habíamos encontrado. Estaba vivo. Y eso era lo único que importaba.

Miré aturdida hacia atrás. Mi abuela acababa de cerrar el círculo, pero seguía rezando por lo bajo junto a Aldric. Me clavó una mirada profunda e intensa antes de emprender su camino hacia mí. Pero no me alcanzó a tiempo. El mundo empezó a desvanecerse y una presión sorda estalló dentro de mi cabeza antes de arrastrarme al suelo.

En cuanto vi el cielo, todo se apagó.



CHARLOTTE

Lo primero que sentí fue un escalofrío. Abrí los ojos con lentitud, notando el peso de los párpados como si llevara siglos dormida. Una luz suave me envolvía y un inconfundible olor a desinfectante me golpeó al instante. Estaba tendida en la cama de un hospital, pero no comprendí por qué hasta que desvié la vista.

Miré mi brazo. Me habían puesto una vía que conectaba a una bolsa de suero del perchero que había junto a la cama. Un intenso dolor me atravesó las sienes y entonces los recuerdos me abordaron de súbito. Se sucedieron uno tras otro como un carrusel caótico de imágenes sobre todo lo que había pasado.

Al principio, me costó incluso asimilar qué había sucedido de verdad, pero mi cuerpo lo había memorizado a la perfección, y podía sentir a Robert cerca de mí, en mi plano, en mi realidad.

Me llevé una mano a la cabeza y me froté la frente en busca de darme alivio. Estaba tan cansada que hasta ese sencillo gesto me costó horrores. Era como si algo invisible me hubiera drenado la energía al completo. Sentía un agotamiento aplastante.

Respiré hondo y enfoqué la vista pestañeando varias veces. Me encontraba en una habitación pequeña, de esas que había en

Urgencias para tratar a los pacientes que no eran graves, pero necesitaban algo de tratamiento. Seguramente, me habían ingresado allí en vista de que mi desmayo se prolongaba demasiado.

Empecé levantando la cabeza. La jaqueca hizo que todo me diera vueltas, pero insistí hasta apoyarme en los codos y entonces noté que la energía me había abandonado casi al completo.

—Espera, espera, te ayudo. —Mi prima se lanzó a mí.

Me aturdió ver cómo se levantaba de aquel sillón que estaba pegado a mi cama.

—Morgana... —jadeé en cuanto la cama empezó a elevarse.

Ella me sonrió. No, más bien iluminó mi vida con esa sonrisa. Era tan hermosa.

—Hola, pelirroja —dijo bajito—. Menuda siesta te has pegado, eh, bruja.

Tiré de ella y me aferré a su cintura. El modo en que sus brazos me rodearon me produjo un escalofrío de pura satisfacción. Su chaqueta olía a lluvia, a bosque y a ese perfume dulzón tan suyo.

—¿Cuánto he dormido? —quise saber.

Morgana tomó asiento en el filo del sillón.

—Unas quince horas.

Me impactó un poco, la verdad.

—¿Tanto?

—Lo necesitabas. La tía Violet dijo que era normal, que no nos preocupáramos.

Ambas sabíamos bien que mi reacción no había sido una mera bajada de tensión o lipotimia. Ni siquiera el susto o el frío. Había sido mi cuerpo resistiendo la potencia de mi vínculo con Robert y conectando con el recóndito poder que albergaba mi sistema. Una no se acostumbraba fácilmente a soportar todo eso.

—¿Y los demás? —indagué, y Morgana alzó las cejas y pestañeó, traviesa.

—Bueno, algunos están experimentando los calabozos de la comisaría de Glossop. —Lo dijo como si nada y con cierto orgullo—. Y otros se han ido a cenar algo a la cafetería del hospital.

Resoplé una sonrisa.

—¿Te han tratado bien en comisaría? —No me cabía la menor duda de que Morgana había terminado entre rejas.

Ella se encogió de hombros.

—No ha estado mal.

Nos echamos a reír. Pero no duró porque, en el fondo, el peso de todo lo que había pasado nos abrumaba a las dos. Nos habíamos criado con brujas, estábamos acostumbradas a todo tipo de situaciones anormales y extraordinarias, pero jamás pensamos convertirnos en protagonistas de una de ellas.

Morgana me acarició el mentón.

—Lo has conseguido... —murmuró, observándome con unos ojos cargados de orgullo.

—Sí... —suspiré, y me aferré a su mano—. Pero no habría podido sola.

—Sin embargo, tu conexión con él ha sido el camino...

Tragué saliva y asentí con lentitud. Me sentía vulnerable y desnuda, incluso con el pijama de hospital y aquella ridícula mantita que me cubría.

—¿Cómo está? —me atreví a preguntar.

Su nombre tembló en mis labios.

Morgana cogió aire y se preparó para contarme la realidad, que no era tan hermosa como ese momento.

—En coma.

No dijo más. Sabía que los detalles eran innecesarios. Si Robert estaba en coma, seguramente se debía a varios factores, entre ellos algún traumatismo severo o incluso la herida que encontré en su costado.

—¿Se recuperará? —Se me rompió la voz. No quería llorar.

—¿Qué respuesta prefieres?

—La tuya. La de la abuela.

Era la única que me importaba. Porque los doctores podían decir de todo. Pero ellas nunca fallaban. Nunca.

Morgana se inclinó hacia mí.

—Entonces es un sí —confesó tan honesta que me estremeció—. Ese hombre jamás abandonaría sabiendo que tú le esperas.

Cerré los ojos y me tomé un instante para controlar mi pulso y las lágrimas.

—¿Dónde está? —suspiré.

—En Cuidados Intensivos —desveló, y se acercó al pequeño armario que había en un rincón para coger una mochila donde seguramente se encontraba mi ropa—. Pero vístete. Tenemos a la prensa fuera. No todos los días pueden cubrir un milagro.

No se podía ser más hipócrita. Allí no había habido milagro alguno, más allá de que yo había podido ver a Robert durante su desaparición, pero eso nadie lo sabía. Lo único que el mundo conocía era que la perseverancia de la familia y los amigos del reputado señor Kingsley no había cejado en su empeño por encontrarlo. Nada más. Era insoportablemente oportunista que ahora los medios estuvieran metiendo sus narices y dándose golpes en el pecho.

Me arranqué el esparadrapo. La aguja salió de mi brazo provocándome un leve ardor, pero no me detuve. Me puse de pie, un poco tambaleante y me vestí con la ayuda de Morgana, sintiendo el cuerpo aún pesado por el suero.

—Gracias por ser mi cómplice.

—Ya tengo antecedentes. Soy toda una delincuente profesional y una instigadora de masas.

Sonreímos. Y unos minutos después nos escabullimos a la unidad de Cuidados Intensivos, evitando que nadie nos viera y notando las piernas aún algo torpes.

Nos detuvimos frente a una puerta con ventana. Apenas me atreví a mirar dentro. Solo vi de reojo a Robert tendido en una cama y a su madre junto a él.

Morgana me dio un pequeño apretón en la mano para insuflarme valor.

—Te espero aquí, ¿vale? —susurró.

Asentí y giré el pomo con delicadeza. La habitación estaba tenuemente iluminada gracias a una lámpara que había sobre la mesilla de noche. Sentí alivio al ver que el entorno era amable y no el típico espacio de un hospital.

Robert yacía inmóvil en la cama, cubierto por una manta blanca, con el rostro más pálido de lo que recordaba. Tenía una vía intravenosa conectada a la bolsa de suero y le habían puesto una mascarilla de oxígeno, lo que quería decir que el coma no era tan grave si podía respirar por sí mismo. También estaba monitorizado por una máquina, cuya pantalla presentaba unas constantes vitales estables. Eso me produjo cierto alivio, pese a verlo tan inerte.

—Ah, Charlotte, querida... —suspiró Claire, mirándome emocionada.

El rostro de esa mujer era una clara evidencia de agotamiento y dolor por su hijo. Pero ahora tenía razones para encontrar consuelo.

Vino a mí de inmediato y me cogió de las manos.

—Hola... —sonreí antes de aceptar su abrazo.

—¿Qué puedo decir para agradecer todo lo que has hecho, mi niña? —me dijo al oído—. No tengo palabras.

—No las necesitas.

Me alejé a mirarla y me aferré de nuevo a sus manos mientras nos observábamos con todo el afecto del mundo.

—Está vivo gracias a ti. De no haber sido por tu valentía...

—Fue él quien me buscó porque odiaba la idea de alejarse de su madre...

Ella sonrió, aunque las lágrimas bailaban en sus ojos.

—Este muchacho... Siempre fue tan protector.

Me besó en la frente y me dedicó una mirada cargada de una gratitud tan sincera que me creó un nudo en la garganta.

—Os dejaré a solas.

—Deberías comer algo. Y descansar.

No le pareció mala idea ahora que sabía que yo estaba allí, y salió al encuentro de Morgana en el pasillo, que pronto logró llevársela a la cafetería.

Me quedé quieta en el centro de la habitación, cabizbaja y con las manos trémulas. No me atrevía a mirar a Robert. Incluso cerré los ojos. Por un momento, imaginé que los abría y me encontraba en clase, a la espera de ver entrar al profesor más admirado y temido de la universidad.

Pero ese hombre estaba en una cama, dormido, y ni siquiera creí que fuera consciente de mi presencia allí, mientras ansiaba con toda mi alma que abriera los ojos y me mirase.

Reuní el valor y me acerqué a él. Pese a la máscara de oxígeno, la palidez, los pequeños rasguños y moratones y la venda que le cubría la cabeza, Robert seguía siendo arrolladoramente atractivo.

Deslicé los dedos por la sábana hasta dar con los suyos y los acaricié con cuidado.

—Se me hace raro verte tan quieto —susurré, sonriendo con tristeza—. No voy a perdonarte los días que me has hecho pasar.

Un temblor me subió por los brazos.

—Si pretendías desaparecer para que me diera cuenta de que no puedo vivir sin ti, déjame decirte que ha sido bastante revelador, aunque demasiado dramático. Con un mensaje habría bastado, idiota.

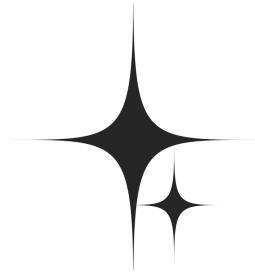
Noté cómo mis ojos se empañaban y tuve que obligarme a no llorar. Porque Robert estaba allí y no iba a morir. Eso lo sabía bien, me lo decía el instinto.

—No sé si puedes oírme... O quizá sí. A estas alturas, ya no estoy segura de nada. Solo... solo quería decirle a tu versión real que... no te retrases demasiado. Ya no me basta con tus miradas ni tus silencios. Y no quiero seguir fingiendo que no me muero por ti. Así que vuelve. —Me incliné hacia él y apoyé la frente en su hombro—. Vuelve conmigo, por favor —sollocé.

Entonces, desvié mis labios hacia los suyos y me apoyé en ellos. Apenas fue un suave contacto, pero me pareció tan real. Esa boca no era una proyección.

Era el Robert de verdad.

Y fue como si algo se me encendiera por dentro, como si su alma me reconociera.



ROBERT

«**V**uelve conmigo».

Podría haber reconocido esa voz incluso entre los muertos. Solo había una persona en el mundo capaz de tocarme sin caricias. Y esa era Charlotte.

Seguí la estela de su reclamo mientras se sucedían destellos de imágenes de ella. Sus ojos, su boca, su precioso cabello rojo, la pronunciada curva de su clavícula, la erótica línea de sus caderas, el rumor de su sonrisa, cada uno de sus gestos. Me había pasado tantos años observándola que tenía memorizado cada detalle de ella.

Y lentamente conseguí vislumbrar una tenue luz.

Despertar no fue algo natural. Sino el acto de colarme por una grieta que había provocado la voz de Charlotte. O quizá no fue ella y mi mente simplemente se había aferrado a esa idea para poder regresar a los brazos de mi madre.

Sea como fuera, luché y conseguí atarme a la consciencia.

La luz del atardecer atravesó mis pupilas como si fueran cuchillas. Me produjo una molestia tan insoportable que no pude evitar cerrar los ojos de nuevo. Sentía una presión abrumadora en la

cabeza. Notaba cómo las sienes me latían deprisa, me zumbaban los oídos con cada palpitación, y apreté los dientes por instinto. Tal movimiento no hizo más que extender el dolor y ahora lo percibía extraordinariamente nítido.

Me di unos minutos de tregua antes de intentar enfocar la vista de nuevo. Esta vez dolió igual, pero no me asombró y traté de pestañear para menguar los efectos del malestar. Empecé a vislumbrar la habitación de un hospital y la sombra de una mujer dormitando en un sillón.

El rostro relajado de mi madre me aceleró el pulso. Me entró una desesperación enorme por alcanzarla y decidí estirar una mano porque mi voz no respondía por el momento.

Mis dedos se alzaron apenas unos milímetros, pero bastó para rozar los suyos. El contacto con su piel fue suficiente para que todo se volviera real.

Mamá abrió los ojos de golpe. Durante un instante, el estupor la congeló. No podía creer que yo la estuviera mirando. Y de pronto le sobrevino un llanto roto y tan profundo que a punto estuvo de contagiarme.

Pese a que sus sollozos apenas la dejaban reaccionar, mamá encontró la forma de incorporarse y atraparme con suavidad entre sus brazos. Noté sus espasmos hasta en las entrañas, y me hice pequeño. Me importó una mierda la edad y la altura y la gallardía. En ese momento, era el hijo de mi madre, que había tenido miedo a morir.

—Mi niño... Mi niño —sollozó mientras me llenaba de besos.

—Mamá... —logré decir. Hasta a mí me asombró mi voz.

Entonces, la puerta de la habitación se abrió y Maggie nos observó impactada desde el umbral. Esa mirada suya parecía haber visto un milagro.

—¡Dios bendito! —murmuró antes de llevarse las manos a la boca.

La bolsa que portaba y su teléfono cayeron al suelo estrepitosamente y, de pronto, salió disparada de la habitación.

Yo continué atrapado en el abrazo de mi madre. Con los labios reseco, la boca pastosa, el corazón frenético y la mente tratando de encajar todas las piezas. Y en medio de todo aquel caos mental y emocional, apareció de nuevo su rostro.

Charlotte.

«Vuelve conmigo».

Pero su voz no fue lo único que imaginé. También inventé el calor de sus labios contra los míos, el tacto de su piel y sus dedos enredándose a mi cabello.

Cerré los ojos un instante. Casi pude verla ante mí, enviándome destellos de una fantasía que yo mismo había inventado solo para sobrevivir. Ella tendida sobre una cama, retorciéndose de placer por mis caricias. Ella corriendo bajo la lluvia gritando mi nombre.

«—Robert... —la escuché murmurar.

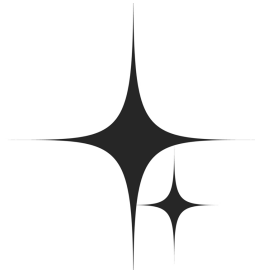
Yo me había tendido junto a ella en una cama y sostenía su mano.

—¿Sí? —le pregunté.

—Yo también te quiero... —suspiró Charlotte con los ojos cerrados—. Te quiero...».

Quizá era demasiado atrevido de mi parte inventar a Charlotte mencionando unas palabras tan íntimas. Pero ahí estaban y no sabía ni qué pensar sobre ello. ¿Había sido un delirio? ¿Una alucinación provocada por el coma? No estaba seguro de nada, pero lo tenía grabado a fuego dentro de mí.

Algo había pasado. Algo que no entendía. Y Charlotte lo sabía.



CHARLOTTE

Los días que siguieron al rescate fueron extraños. No dolorosos. Ni siquiera tristes. Solo... suspendidos en el tiempo.

La vida seguía su curso como si no hubiera pasado nada. Pero no funcionaba igual para nuestro pequeño círculo. Todos convivíamos con aquella espera muda y la tensión que no nos daba tregua.

Pero yo... yo me movía cargando un peso extra. Lo había tenido entre mis brazos y ahora ni siquiera sabía si había sido real.

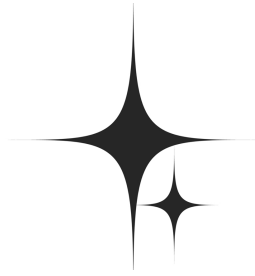
No había vuelto al hospital. No porque no quisiera verlo, sino porque tenía miedo de que no abriera los ojos. O de que lo hiciera... y no recordara nada de lo que habíamos vivido y nos habíamos dicho.

Esos días me aferré a los rituales más sencillos. Doblar la ropa. Ordenar los estantes por colores. Centrarme en las clases y en mi trabajo en la biblioteca. Fingí normalidad para no derrumbarme. Se me hacía muy duro atesorar esos recuerdos mientras me veía obligada a convertirlos en meras fantasías. ¿Si tan solo pudiera engañar al tiempo con una taza de té entre las manos?

Tampoco pregunté. No me atreví. Y por suerte mi familia y nuestros amigos supieron entenderlo. Solo comentaban lo esencial, que Robert seguía estable, que los médicos habían tomado la decisión de inducirlo al coma. Que su cuerpo respondía bien al tratamiento.

Pero yo seguía teniendo miedo pese a que, en el fondo, de mi corazón sabía que Robert despertaría. Y luego salía al jardín, me sentaba en las rocas bajo el sauce y observaba el cielo hasta que se apagaba el día.

Pensaba en su voz, en sus manos. Y me preguntaba si echarlo tanto de menos era bueno para mi corazón.



ROBERT

Nadie nunca me dijo que despertar de un coma sería tan... bullicioso. Hacía apenas unas horas que me habían trasladado a planta y aún no entendía cómo cabía tanta gente en una habitación de hospital.

Las flores habían conquistado todas las superficies, había globos y aperitivos por todas partes e incluso un cartel improvisado que decía «ROBERT IS BACK» con purpurina dorada.

Había demasiado amor y demasiada lealtad allí dentro. Y yo estaba haciendo malabarismos para mantener esa máscara de hombre recto y comedido que me caracterizaba porque no quería emocionarme delante de todos.

Mi madre no me quitaba los ojos de encima. Cada vez que suspiraba, ella contenía la respiración. No decía nada, solo me miraba y me acariciaba el pelo como cuando de pequeño tenía fiebre.

Cerré los ojos un instante, intentando retenerlo todo. Estaba vivo.

Y no estaba solo.

A ratos hablaban todos a la vez. No había forma de seguir el hilo exacto, pero, poco a poco, entre risas nerviosas, lágrimas mal disimuladas y algún que otro codazo me contaron lo que había pasado.

Me hablaron del operativo de búsqueda y de la suspensión de este por el temporal. Me detallaron la protesta. De cómo enfrentaron el cordón policial. De las cámaras, de los gritos, del caos organizado. Me contaron que todos se unieron para enfrentarse a los guardias que impedían el rescate y que Morgana Flynn, la nieta de Meredith, había hecho un directo junto a Ian que se volvió viral. Me explicaron también que algunos terminaron detenidos, pero que mereció la pena porque habían podido salvarme.

Fue una historia tan impactante que no pude evitar llenarme de orgullo y respeto. Todo eso lo habían hecho por mí. Me sentía culpable por haberlos preocupado así y, al mismo tiempo, afortunado de tenerlos a todos ellos.

Pero, por si no hubiera sido suficiente, mencionaron a Charlotte Aberdeen.

La voz de mi madre cambió cuando la nombró. Percibí un respeto casi reverencial hacia ella.

Indagué y lo que descubrí me dejó sin palabras. Ella había sido quien señaló el lugar exacto donde yo me encontraba. Caminó entre la niebla como si algo la guiara. No dudó. Se arrodilló sobre la tierra húmeda y empezó a cavar sin pensar en el frío, en la lluvia, en el barro.

No dije nada. Solo asentí aturdido y bajé la mirada, tragándome el temblor. Porque escuchar todo eso fue demasiado. Porque me estaban hablando de la mujer de la que estaba enamorado en secreto. Y no me podía creer que ella hubiera sido la razón por la que había logrado seguir atado a la vida.

De pronto, me sentía un poco mareado. Apoyé la cabeza en la almohada y dejé que mi mirada se perdiera en el exterior. Fuera, la lluvia caía con una lentitud hipnótica, dibujando líneas torcidas en el cristal. Las voces a mi alrededor seguían, pero ya no les prestaba atención. Se tornaron en un ruido amable.

Entonces, la vi. En mi mente. Charlotte estaba tumbada de lado en su cama. Me miraba con una expresión dulce y triste.

«Si estás aquí conmigo, es por algo. Aprovechemos esta oportunidad. No te des por vencido, Robert», la escuché decir en mi memoria.

Me cuestioné si aquellas visiones que me asaltaban desde que desperté eran realmente producto del coma. Tal vez esos destellos donde la veía a ella —tan real, tan cerca— eran algo más. Quizá fragmentos de algo que ocurrió entre nosotros. Una verdad suspendida entre dos mundos.

Recordé el tacto de unos dedos rozándome la frente. El sonido de su voz en mitad de la oscuridad. El calor inexplicable de un abrazo que no podía haber sucedido, pero que seguía ahí, como un tatuaje invisible en la piel. Y por primera vez me pregunté si, durante esos momentos en los que perdía el conocimiento en la cueva, era posible que mi alma hubiera salido a buscarla.

No había escepticismo que explicara esa lógica.

Pero lo que me decían de Charlotte no era lógico.

—Una médium —pensé en voz alta.

—¿Cómo dices, cariño? —preguntó mi madre. De pronto, todo el mundo me observó.

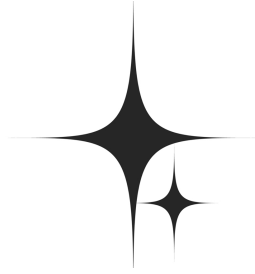
Sin embargo, la única mirada que me atrapó fue la de Violet Aberdeen.

—¿Es una médium? —le dije a ella—. ¿Es eso posible?

La mujer me sonrió amable.

—Estás aquí. Es la mayor prueba que podemos ofrecerte.

Tuve un escalofrío. Porque el escepticismo no pudo contra la certeza que sentí en mi sistema.



CHARLOTTE

Salía del edificio con los libros apretados contra el pecho. La última clase se me hizo eterna y ahora solo podía pensar en llegar a casa, darme una ducha y hacerme un té caliente.

Para sorpresa de nadie a finales de noviembre, había empezado a llover. El viento me revolvía el flequillo y las mangas del abrigo se me pegaban a los brazos, pero no tenía prisa. Caminaba despacio, como si el mundo se hubiera vuelto demasiado frágil para ir acelerado. O al menos así lo sentí yo. Hasta que mi móvil sonó.

Me detuve bajo el techo de una parada de autobús para contestar. En cuanto vi el nombre de Morgana en la pantalla, algo dentro de mí se tensó.

—Dime —contesté algo tímida.

—¿Estás sentada?

Fruncí el ceño.

—Pues no, acabo de salir de clase, voy de camino a casa. ¿Va todo bien?

—Charlotte, ha despertado.

Ahora entendía por qué me había preguntado si estaba sentada. Las piernas se me aflojaron hasta el punto en que no pude sostenerme en pie. Finalmente, acabé apoyándome en los paneles de la parada, sintiendo que iba a vomitar el corazón. Me latía con tanta fuerza que apenas pude escuchar a mi prima.

—¿Me has oído?

—Sí... —jadeé.

Todo me daba vueltas. Debía de tener tan mala cara que incluso las dos ancianas que esperaban el bus me miraron con preocupación.

—Ha despertado esta madrugada —continuó Morgana— y los doctores han visto oportuno su traslado a planta. Todo el mundo está allí con él.

—¿Dónde?

—Planta dos, habitación 313.

«¡Está vivo!».

Mi Robert, había luchado con uñas y dientes para regresar. No sé si mis palabras tuvieron algo que ver, pero estaba vivo y eso era lo único que me importaba.

El alivio fue lo primero. El temblor llegó después. Pero las ganas vencieron de inmediato.

Corrí sin mirar atrás. Crucé calles, esquivé charcos, perdí el aliento. No sentía las piernas, ni el frío ni la lluvia que se pegaba a mi cara. Solo pensaba en él. En las noches que me había pasado sin dormir, en los días en los que cualquier crujido de la casa me sobresaltaba por si Robert volvía a aparecerseme. En el miedo constante a que su imagen fuera una clara evidencia de su muerte.

Había intentado no pensar en ello. Había fingido normalidad. Pero no me engañaba, lo había echado de menos con cada célula de mi cuerpo. Lo sentía como si me hubieran arrancado algo.

«Y ahora está despierto».

Ese pensamiento se repetía una y otra vez como un mantra. Me acompañó hasta que vislumbré el hospital.

Asfixiada, crucé la entrada. Ni me molesté en mirar los ascensores. Tomé la rampa hacia las escaleras y las subí a toda prisa, siguiendo las instrucciones hasta la segunda planta.

Crucé el vestíbulo y me encaminé hacia el tercer pasillo, donde se encontraba su habitación. Lo que no esperé fue que mi cuerpo se congelara frente a su puerta. Me dio la sensación de que necesitaba de un instante para no colapsar porque no me lo había tomado antes para asimilar la noticia.

Del interior, me llegaban risas suaves y voces. Eran nuestros amigos, su familia, compartiendo con él el regalo que suponía su supervivencia. Y yo deseaba formar parte de ello, pero, de pronto, no sabía cómo afrontarlo.

Apoyé una mano en la pared con el corazón en la garganta. La otra sostenía con dedos temblorosos los libros mojados. Las gotas de lluvia que caían de mi pelo resbalaban por mi nuca.

No podía moverme. Temía lo que sentiría al volver a mirarlo.

—¿Planeas quedarte ahí todo el día? —Habría reconocido esa voz incluso en sueños.

Encontré a Ian a mi derecha sosteniendo dos portavasos llenos de cafés. Me sonrió con esa media expresión suya de niño travieso que siempre sabía más de lo que decía.

—No... Ah, yo... —tartamudeé.

Estaba tan nerviosa que no supe ni qué decir. Pero la sonrisa de Ian se ensanchó. No le importó dejarme claro que se estaba divirtiendo a mi costa.

No me pude resistir a sonreír también. En verdad, todo aquello era ridículo.

—No sé si puedo —me sinceré. Para qué mentir si Ian era como un lince, nada escapaba a su atención.

—Creía que la cautela solo era cosa de ese estirado. —Señaló con la barbilla hacia la puerta—. Pero veo que se te ha contagiado.

Me aturdió leer entre líneas. Ian era perfectamente consciente de lo que acababa de decir, pero yo no podía creer que Robert hubiera hablado de mí con él. De acuerdo estaba en que eran

íntimos amigos, pero jamás imaginé que el reputado señor Kingsley divagaría sobre una de sus alumnas con su entorno.

Ian me entregó uno de los portavasos. Se acercó a la puerta y la abrió de par en par.

—Anda, pasa dentro... —dijo antes de cogerme del brazo y darme un sutil empujón—. Mirad, me he encontrado con un duendecillo mojado.

Todos me miraron. Incluso mi abuela se echó a reír al ver mi característico rubor.

—¡Charlotte! —exclamaron algunos.

De pronto, me vi rodeada de gente y en medio de risas y conversaciones superpuestas, además de flores y decenas de detalles que habían traído los visitantes.

Pero no presté atención a nada ni a nadie.

Porque Robert Kingsley me miró.

Estaba sentado en su cama. Su rostro, algo menos pálido de lo que recordaba, y el pijama lo hacía parecer más menudo de lo que en realidad era. Pero sus ojos... ¡Por todos los dioses, sus ojos seguían siendo sobrenaturales! Me encontraron al instante.

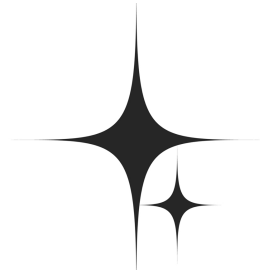
Entonces, todo se detuvo.

Las voces continuaron, sí. Pero para mí solo existía ese hombre.

Nos miramos como si nos hubiéramos pasado una eternidad buscándonos. Como si ambos supiéramos algo que los demás no podían entender.

No me sonrió. Yo tampoco hice gesto alguno. Pero en esa mirada descubrí alivio y miedo y un deseo voraz, que mi nombre era la respuesta a todas las preguntas que se había estado haciendo.

Y entendí, sin palabras, que él también me había echado de menos, aunque, en el fondo, todavía no supiera por qué.



ROBERT

Creo que Charlotte pudo sentir el escalofrío que me recorrió al verla. No sabía explicar a qué se debía, pero me sentí como si la hubiera estado esperando desde que abrí los ojos. Como si me faltara algo y, de pronto, ella lo trajera consigo.

Había demasiada gente hablando, pero mi atención solo podía centrarse en ella. En la forma en que se encogía ligeramente al sentirse observada. En el gesto que hacía al morderse el labio inferior. Era como ver una fotografía en movimiento, íntima y familiar.

Todos esos detalles eran fruto del tiempo que me había pasado observándola, eso ya lo sabía. Sin embargo, había algo más, algo que no tenía explicación. Quizá, durante los días en los que estuve atrapado en la oscuridad, soñé con ella y con todos los momentos que habría querido vivir a su lado.

Pero al mirarla me di cuenta de que tal vez no era un delirio, que esa extraña conexión de la que me habían hablado mamá y los demás tal vez era real.

En sus ojos pude ver secretos que solo ella conocía. Y al mismo tiempo, los sentía dentro de mí, aunque no lograba entenderlos. Si

de verdad me había visto cuando nadie más podía, entonces aquello que sentía solo podía resolverlo ella.

Solo ella.

Habría seguido perdido en aquellas pupilas increíblemente verdes de no haber sido por el doctor, que entró como un basilisco en la habitación. Era bajito y rechoncho, con un bigote muy snob que le daba un carisma involuntariamente cómico.

Se abrió paso entre la gente hasta lograr la atención de todos ellos.

—¿Pero esto qué es? —gruñó—. ¿Una sala de fiestas?!

La gente se removi6 inc6moda, aunque aguant6ndose la risa, y empezaron a moverse. Mi madre enseguida se disculp6 con el doctor mientras Ian le pasaba un portavasos a Morgana como si estuvieran traficando con caf6.

Observ6 curioso la escena.

—¡Todo el mundo fuera, vamos! —protest6 el doctor dando palmaditas para incentivar a la gente.

Empezaron a salir uno tras otro. No sin antes despedirse de m6 con exclamaciones. Algunos me acariciaron el hombro, otros me estamparon un beso. Todo fue un revuelo de lo m6s encantador. Y en medio de todo ese ir y venir, Charlotte qued6 atrapada.

Cada vez que intentaba avanzar hacia la puerta, alguien se interpon6 y le daba un peque6o empuj6n. Por un instante, me record6 a una peonza. Una peonza de grandes ojos y rizos rojos imposibles mirando a su alrededor mientras pensaba en la forma de desaparecer sin ser vista.

Charlotte deber6a haber sabido que no hab6a nada que aquella gente no pudiera conseguir. Prueba de ello era que no hab6a dejado de recibir visitas desde primera hora de la ma6ana. Y es que, al parecer, cada uno se propuso que esa chica no pudiera huir.

Fue su abuela la que culmin6 gui66ndole un ojo y, a continuaci6n, Ian me mir6 de reojo con una sonrisa traviesa y cerr6 la puerta.

Charlotte parpadeó aturdida. Sostenía un portavasos de varios cafés y unos libros. Su larga bufanda se arrastraba por el suelo y su abrigo estaba salpicado de lluvia. Casi me pareció más pequeña de lo que era viéndola reunir el valor para girarse y mirarme de nuevo.

Estábamos completamente solos. Y eso nos abrumaba a los dos. El silencio no me pareció incómodo, aunque sí espeso. Vibraba en el espacio que nos separaba, y no pude evitar pensar que aquella era la primera vez que la tenía a solas desde que me lancé a besarla en la fiesta de Halloween.

La intensidad con la que la observaba finalmente la incomodó un poco y desvió la vista. Aunque sus ojos regresaron a los míos de inmediato como atraídos por una fuerza mayor.

Aquella sensual timidez suya tenía algo adictivo. Una mezcla de pudor y contención que me atraía irremediablemente. No entendía por qué, pero verla así me despertó unas ganas locas de acariciarla, de besar sus labios. Sentí una necesidad irracional de probar el temblor que recorría su piel.

Tragué saliva y traté de mostrarme ligero.

—¿Piensa quedarse de pie todo el día, señorita Aberdeen? — Señalé el sillón que había junto a mi cama—. Puede sentarse si le apetece. No muerdo.

Ella alzó las cejas, desvelando una mirada que sabía mucho más de lo que estaba dispuesta a confesar. En sus labios se dibujó una sonrisa breve, mal disimulada. Suficiente para erizarme la piel.

—No esté tan seguro.

La frase me golpeó con suavidad. No era una pulla sin más. En realidad, escondía algo que quizá había... vivido... conmigo.

Volví a repasar aquellos fragmentos borrosos que no lograba reconstruir del todo. Ese instante fugaz en el que creía recordar el sabor de su piel, el peso de su cuerpo contra el mío, su respiración en mi oído. Eran imágenes breves, visiones que llegaban sin previo aviso, como si alguien más las hubiera vivido en mi lugar y me las estuviera susurrando desde dentro.

¿Habíamos estado cerca? ¿Había sido ella real cuando yo no lo era?

—Debería ser más concreta —la desafié.

Necesitaba escucharla, aunque no me lo dijera todo. Quería que soltara una hebra, algo que pudiera seguir hasta llegar al centro de ese enredo.

Ella bajó la mirada un instante y después la clavó en la mía más segura y firme.

—¿Acaso ha olvidado su reputación en el campus, señor Kingsley?

—En absoluto. Lo mío me ha costado.

Soltó una sonrisilla preciosa y lo bastante sincera como para relajarnos a los dos. El ambiente perdió algo de tensión y dejó sitio a otra cosa. Una especie de ternura y de complicidad tácita que ni siquiera necesitaba palabras.

Ella me miraba. Y yo también. Pero no del mismo modo que antes. Esta vez había una dulzura en sus ojos que no me esperaba. Un brillo distinto, como si se abriera sin quererlo. Como si esa capa de distancia que habíamos mantenido todos esos años se hubiera agrietado y detrás hubiera una versión de ella que solo yo podía ver. O que ya había visto sin saber cuándo.

De improviso, volvió el pensamiento. Esa maldita necesidad de besarla. Con urgencia y con calma y con todo el montón de cosas que no entendía. Tuve que respirar hondo para apartarlo. Y pensé que, de haber estado conectado a la máquina de constantes, probablemente habríamos oído el maldito *bip* acelerarse sin pudor.

Lentamente, avanzó y dejó la bandejita de cafés en la mesa. A continuación, tomó asiento en el sillón y apoyó sus libros sobre el regazo.

—Me alegra que esté bien —me confesó, y yo tragué saliva.

Mi pecho volvió a tensarse con una emoción que no sabía si era gratitud o deseo. Tal vez ambas.

—Tengo entendido que gracias a usted.

Nos miramos con una atención casi cómplice.

—Así que médium, ¿eh?

No pude evitarlo. Lo solté con un tono despreocupado, aunque por dentro todavía estaba procesando esa verdad. Cualquiera lo habría puesto en duda, pero todo lo que me habían dicho no habría sido posible si Charlotte no me hubiera visto.

Ella suspiró, ruborizada, y se removió un poco en la silla. Parecía debatirse entre negarlo o asumirlo sin escudos.

—Se lo han contado.

Asentí despacio. En el fondo, Charlotte se sentía avergonzada porque temía mi reacción.

—Soy un hombre bastante persuasivo cuando me lo propongo.

Me regaló una sonrisa tentadora. Detecté algo en su expresión que no era de ahora, sino de algo que compartimos. Lo supe. Lo sentí.

—No hace falta que lo jure —ironizó con una picardía suave.

Una imagen fugaz cruzó mi mente. Ella riendo entre susurros. Su boca cerca de la mía. Mis dedos enredados en su cabello. La visión era cálida e íntima, demasiado nítida para ser ficción. Y, aun así, no tenía forma de saber si era real.

—Supongo que tenemos mucho de lo que hablar, señorita Aberdeen.

No respondió de inmediato.

—No es fácil comunicarse con un escéptico.

Se puso en pie con una elegancia discreta y apretó los libros contra el pecho como si volviera a armar su coraza. Estaba lista para marcharse.

—Me alegra mucho verle bien, de verdad —dijo con un genuino afecto—. Espero que se recupere pronto. Ahora descanse, por favor.

La vi alejarse hacia la puerta con el mismo temple con el que solía moverse en la biblioteca. No intenté detenerla. Pensé que sería mejor hablar en otro momento, en un escenario más amable que un hospital.

Pero no pude quedarme callado.

—El escepticismo no suele tener todas las respuestas —solté provocando que ella se detuviera. Me miró expectante—. Se basa en aplicar sensatez —proseguí—. Pero a veces la vida carece de sentido. Y ahí es donde empiezan las cosas importantes.

Me ofreció una mirada de pura fascinación.

—¿Esa era su forma de pensar antes de perderse en Snake Pass? —Percibí su curiosidad y algo más profundo. Quizá la esperanza de recuperar eso que fuimos mientras yo no era real, si es que fuimos algo.

No quise ocultarme. Me permití sinceridad, incluso si no estaba preparado para todas sus consecuencias.

—No fue sensato besarla en la fiesta de Halloween. Pero lo hice, y no por ello debo arrepentirme —sentencié.

El mundo pareció detenerse entre los dos. A Charlotte le pudo el estupor. Me observaba con las pupilas un poco dilatadas y los labios entreabiertos. No podía creer que yo me acordara de ese instante. Pero es que en realidad jamás podría olvidarlo.

El silencio fue largo. Palpitante.

—Creo que este no es el momento más adecuado para hablar de sus artes de seducción, profesor —susurró al fin, en un intento de mantener la compostura.

Y liberó un suspiro contenido. Yo simplemente la devoré con los ojos. Nos lo dijimos todo sin decir nada.

«No eres real. Podrías comerme a besos y seguirías siendo inalcanzable», escuché su voz en mi mente.

—Espero verle pronto, señor Kingsley —dijo bajito.

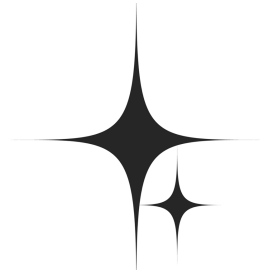
—Tenga cuidado con la lluvia, señorita Aberdeen.

Charlotte asintió. Sus manos se aferraron a los libros y, tras una última mirada, abrió la puerta y desapareció.

La habitación se sumió en el silencio. Y pensé en sus mejillas encendidas en rubor. Maldita sea, ese rubor era lo más hermoso que había visto nunca.

Apoyé la cabeza en la almohada, cerré los ojos y solté una larga y profunda exhalación. Tal vez no recordaba lo vivido con ella. Pero

mi cuerpo... mi cuerpo no había olvidado absolutamente nada.



ROBERT

Bueno, señor Kingsley, he de confesarle que me asombra su resistencia, teniendo en cuenta el estado en el que ingresó —me confesó el doctor mientras revisaba las últimas anotaciones de su tableta—. Las últimas pruebas han salido excelentes. Los valores se han estabilizado y su evolución es más que satisfactoria.

Asentí con una leve sonrisa. Lo cierto era que me alegraba enormemente de recibir esa información. Aunque todavía me sentía como si me hubieran atropellado emocionalmente, por suerte mi cuerpo parecía dispuesto a colaborar.

—Vamos a darle el alta —continuó—. Le he programado una cita con su médico de cabecera para la próxima semana. Mantenga el tratamiento hasta entonces. Mientras tanto, trate de regresar a la normalidad poco a poco. No se abrume demasiado. Vigílelo, señora Darcy.

—Eso será un poco complicado —bromeó mi madre.

El doctor soltó una risilla resignada y negó con la cabeza. Ambos sabían que yo era un hombre de rutinas y que ni un meteorito lo cambiaría.

Volver a la normalidad era lo que más necesitaba. Las clases, los libros, la biblioteca... Anhelaba el silencio. Las pequeñas costumbres. El café templado en la sala de profesores. Los alumnos mirando el reloj deseando que la clase acabara. El simple acto de cerrar la puerta de mi despacho, servirme un vaso de whisky y escuchar a Teddy Swims mientras organizaba los apuntes de mi nuevo libro. Respirar tranquilo.

Sí, me urgía olvidar todo lo que había sucedido, que no había estado perdido en la oscuridad, que no había visto lo invisible ni sentido lo inexplicable.

Dejé a mi madre hablando con el doctor y cogí mi bolsa de ropa. El neceser estaba aplastado bajo una montaña de tarjetas y caramelos. La escena tenía algo de surrealista.

Me encerré en el baño y dejé la bolsa en el suelo antes de apoyarme en el lavabo un instante. El reflejo que me devolvió el espejo era un rostro algo más pálido de lo normal, pero seguía siendo yo.

Me quité la camiseta del pijama con lentitud. El apósito del costado seguía en su sitio, cubriendo una herida que aún me dolía. Aunque no era un dolor punzante, sino, más bien, una molestia insistente.

Observé los moratones desperdigados por mi torso, algunos ya amarillentos, otros todavía amoratados. Parecían manchas antiguas de un combate en el que mi cuerpo había sido el campo de batalla.

Pasé los dedos por uno de ellos con cierta distancia emocional, como si no fueran del todo míos. Y por un instante, me pregunté qué habría visto Charlotte cuando me encontró. Si había sido testigo de ese cuerpo roto, de ese silencio que no prometía nada bueno. Me abrumaba imaginarla deslizándose a esa cueva solo para rescatarme porque nadie más podía.

Me giré hacia la ducha, deseando que el agua me envolviera y el calor me fundiera para poder borrarlo todo de mi mente, aunque solo fuera por un instante. Abrí el grifo y esperé a que el vapor empañara el espejo antes de meterme bajo aquella lluvia cálida y controlada. Por primera vez en días, tuve la sensación de estar en un

espacio que realmente me pertenecía. A solas. Sin voces, ni preguntas ni ese recelo tácito flotando en el ambiente, fruto del temor que los míos habían soportado durante los días en los que creyeron haberme perdido. No se lo merecían, pero no había podido ahorrárselo, y eso me carcomía por dentro.

El agua me golpeó con fuerza, deslizándose por mi espalda, arrastrando el cansancio. Y cerré los ojos antes de respirar hondo. Apoyé las manos en la pared, dejando que el agua me empapara al completo. Quería sentirme real, reconocirme otra vez. Atarme a la vida.

La vida.

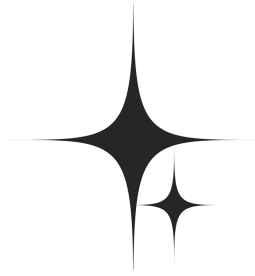
Y entonces, como un relámpago, ella apareció en mi mente.

La imagen de Charlotte surgió con la misma claridad que el agua que ahora me recorría la piel. Una vez más, supe que no eran recuerdos ordenados, sino pequeños fragmentos, susurros y sensaciones.

Sus dedos enroscándose a los míos. Su voz quebrada rogándome que no me rindiera. La suavidad de sus labios sobre los míos. Un abrazo en medio de una niebla espesa.

Me llevé una mano al pecho, intentando contener ese latido que se desbocaba cada vez que pensaba en ella. Apoyé la frente contra los azulejos. No quería certezas en ese momento. Ni siquiera respuestas.

Solo necesitaba asumir que todo lo que sentía por esa mujer me había traído de vuelta. Que esa conexión que nos unía era mucho más que una simple atracción. Y que la vida me había dado una segunda oportunidad y quería compartirla con Charlotte Aberdeen.



CHARLOTTE

Mi despertador estaba programado para sonar a las siete. Cuando lo hizo, yo ya me había dado una ducha, me había tomado un café y había ido a comprar los magníficos bollos de azúcar de la señora Higgins. Una clara señal de que, una vez más, no había podido pegar ojo en toda la noche.

Aunque esta vez tenía una razón de peso. Robert se incorporaba a las clases. Y eso, en otras circunstancias, no habría tenido nada de extraordinario. Pero, después de una semana sin verlo, saber que iba a compartir aula con él me ponía un poquito nerviosa.

Bueno, quizá «un poquito» no era la mejor descripción.

Vale, me iba a dar algo. Estaba sacando ropa del armario sin ton ni son, debatiéndome sobre qué puñetas ponerme. ¿Con qué intención? Pues no lo sabía.

«Claro que lo sabes, estúpida». Cierto. Quería atraer a Robert. Quería sus ojos sobre mí todo el maldito tiempo, quería recordarle lo increíble que fue tocarnos y animarlo a que lo repitiera, al ser posible, tumbándome sobre su escritorio y follándome como un loco. Tal y como él mismo me había confesado.

Pero quizás eso era aspirar a demasiado en su primer día.

Suspiré y me miré en el espejo. Llevaba unos vaqueros ceñidos y un jersey azul marino básico. Correcto.

«Demasiado correcto», pensé al instante.

Me lo quité y volví a probar con el beige de cuello vuelto. Me veía demasiado... ¿académica? Lo dejé caer y pasé al verde botella. Ese me gustaba. Hacía juego con mis ojos, y el escote era lo bastante recatado para una clase, pero lo bastante insinuante para no pasar desapercibida. Perfecto. O casi.

Me recogí el cabello con una pinza mientras intentaba no prestar atención a las mariposas que se habían instalado en mi estómago. Era como si cada célula de mi cuerpo se hubiese puesto de acuerdo para recordarme que Robert Kingsley estaba vivo y seguía siendo mi profesor.

«Es solo una clase, Charlotte. Solo una clase». Pero ninguna mentira sonó tan débil.

De pronto, la puerta se abrió con un leve crujido y apareció Morgana con un bollo de azúcar en una mano y una taza de café humeante en la otra. Llevaba su pijama de satén negro, el pelo suelto como siempre y esa aura suya entre mística y diva despreocupada que solo ella podía sostener sin parecer una lunática. La muy cretina era descaradamente guapa.

—Estos bollos están de muerte. La señora Higgins cada día los hace mejor —dijo con la boca medio llena mientras se adentraba descalza en la habitación.

Yo me encontraba frente al tocador, intentando maquillarme las ojeras, como si taparlas fuera a borrar el insomnio de las últimas semanas. El corrector apenas cubría nada y la máscara de pestañas no hacía más que enfatizar el desastre. Parecía una versión beta de mí misma, joder.

—En realidad, el maestro es su esposo —le aclaré sin apartar la vista del espejo—. Ella simplemente lo acompaña para que no pique mientras los prepara. Dice que está echando barriga y ya apenas puede verse los pies.

Morgana asintió.

—Razón no le falta —comentó risueña—. Aunque el señor Higgins tampoco es que en el pasado haya sido un espárrago. Siempre ha tenido más forma de botijo que de rama.

Dio otro mordisco a su bollo mientras barría la habitación con la mirada. Alzó una ceja al detectar el desastre. Sabía que tanto desastre solo podía significar que estaba al borde del caos mental.

Sin mediar una palabra, avanzó con su taza en la mano, observando cada detalle. Estaba claro que había captado el motivo de mi alteración y no iba a dejarlo pasar. Miró en mi armario y empezó a revisar el contenido. No tardó en seleccionar un vestido de invierno, precioso, con un corte favorecedor que realzaba la cintura y el escote justo para no parecer provocador ni recatado. Era una prenda sobria, elegante y sexi sin ser escandalosa, además de práctica: abrigaba lo suficiente para el frío otoñal de York.

—El granate te favorece. Realza el color de tu preciosa melena y te marca las caderas que da gusto —comentó antes de entregármelo con una sonrisa triunfal.

Lo cierto fue que no podía estar más de acuerdo.

—Gracias —musité algo avergonzada.

No dije nada más. Empecé a desvestirme. En cuanto me vio en ropa interior, Morgana me leyó la mente y me lanzó unas medias negras semitransparentes. Me las puse con cuidado mientras ella se instalaba en el sillón que había junto a la ventana. El mismo que Robert solía ocupar. La imagen de él allí, envuelto en silencio y con esa mirada rota, me atravesó por dentro, pero me deshice de ella enseguida.

—¿Y bien? ¿Lista para conquistar a tu hombre? —preguntó Morgana tras haberle dado un sorbo a su café.

Me observaba con esa mezcla de ternura y desvergüenza que solo ella podía equilibrar.

—Cállate —protesté—. Ni lo menciones, por favor.

Bastante nerviosa me sentía ya.

—Charlotte, no te recuerdo madrugando para ir a la panadería a por bollos. Y esta es la quinta vez que lo haces esta semana.

—Quiero adoptar nuevos hábitos —intenté disimular girándome para abrocharme el vestido frente al espejo.

Morgana enarcó una ceja.

—¿Y cambiarse de ropa varias veces es uno de ellos?

—Es que no sé qué ponerme —repliqué mientras acomodaba el cuello del vestido, y me desvié hacia ella con fingida indiferencia.

Mi prima asintió para darme su visto bueno.

—Creo que Robert caería rendido incluso si apareces con ese pijama de mini pandas roñoso que tienes —desveló.

—No te metas con mi pijama. Es precioso y la mar de cómodo.

—Lo que tú digas. —Se encogió de hombros—. Pero estás omitiendo lo verdaderamente importante.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Que Robert está loquito por tus huesos, querida.

Le lancé un cojín a la cabeza que ella esquivó ágilmente mientras se carcajeaba.

—¡No sigas por ahí! —exclamé.

Morgana se acercó a mí y, sin previo aviso, me quitó la pinza del pelo. De inmediato, mi melena cayó en cascada sobre mis hombros, roja y espesa. La sentí desparramarse con ese caos que solo el desorden natural puede crear.

—Déjalo suelto. Pareces una diosa nórdica —declaró, dándome un toque leve en la barbilla con su dedo índice.

—Estoy nerviosa —admití al fin.

—¿En serio? —ironizó ella—. No lo he notado.

—Idiota —sonreí, y le di un codazo suave en el costado antes de dejarme caer sobre la cama con un suspiro dramático—. Ah... No sé ni cómo actuar delante de él. No se acuerda de nada, pero algo de mí me dice que intuye lo que pasó.

—¿Y qué pasó? —preguntó Morgana, fingiendo inocencia con naturalidad.

La miré de reojo desde la cama. A mí no podía mentirme. Ni yo a ella. Pero su sagacidad era legendaria. Mi prima detectaba cosas que pasaban desapercibidas para cualquiera. Ella tenía ese don para descubrirlas sin ponerme en un aprieto.

—No seas cretina. Lo sabes perfectamente. Eres más bruja que yo.

—En eso estamos de acuerdo —replicó sin inmutarse—. Pero mis capacidades *brujeriles* no tienen la habilidad de liarme con un fantasma.

—Supongo que tuvo mucho que ver el hecho de que no estaba muerto —repliqué con un hilo de voz.

Morgana ladeó la cabeza como un gato curioso.

—Ah, ya veo... Buscas repetir, ¿eh?

Su tono era pura travesura y una sonrisa apareció en sus labios. Me llevé una mano al rostro; ya sentía el calor invadiéndome las mejillas. Solo pensar en sus besos, en cómo Robert me había tocado, en su cuerpo sobre el mío...

—Solo fueron un par de besos —balbuceé como si eso pudiera rebajar lo que había sentido.

—Ese rubor me dice que quieres algo más —canturreó, lanzándome una mirada pícara, y nos echamos a reír como dos adolescentes.

A lo lejos se oyó el reloj del comedor que solía marcar las medias horas con un tintineo de lo más acogedor. Entonces, Morgana me cogió del brazo y tiró de mí con decisión.

—No es timidez, lo juro.

—Son las ganas. Eso también lo sé. Muévete.

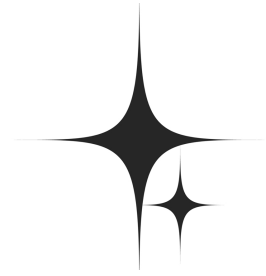
Me dio una patadita en el trasero y yo solté una carcajada mientras me incorporaba. Fui hasta el escritorio, cogí la mochila y metí con cuidado la pequeña cajita que Robert me había confiado. Era el regalo que le había comprado a su madre y me había propuesto devolvérselo esa misma mañana, aunque ello me supusiera un encuentro para el que no estaba preparada.

«Mentirosa. Te mueres por estar a solas con él». Mierda, mi fuero interno no dejaba de contradecirme.

—Te quiero —le dije a mi prima.

Ella me guiñó un ojo.

—Y yo, bruja.



CHARLOTTE

A penas había tomado asiento en mi lugar habitual ubicado en la primera fila, y ya se percibía el rumor contenido de los estudiantes. Todos esperábamos lo mismo: la llegada del señor Kingsley.

Ciertamente, mis compañeros estaban ansiosos por volver a ver al profesor más popular y temido del campus. Pero no era mi caso. Mis nervios iban en otra dirección y pude corroborarlo en cuanto lo vi.

Robert apareció vestido con un traje gris, moviéndose con esa actitud serena que parecía ensayada, como si cada paso formara parte de una coreografía perfecta. No era de los que presumían y, aun así, cada vez que entraba en una sala, el aire parecía girar en torno a él. Su atractivo era tan irritante como hipnótico. Como si se olvidara a propósito de lo guapo que era solo para volverme loca.

Ese era el hombre al que había visto desfallecer en mis brazos. Al que había besado mientras la muerte nos acechaba. El que me miró como si hubiera estado perdido durante siglos y yo fuera su única brújula.

Ahora estaba allí, a solo unos metros de mí. Vivo. Vestido con su elegancia habitual, con esa mirada templada y su aire de profesor inalcanzable.

Maldita sea, estaba locamente enamorada de él.

Intenté disimular. De verdad que lo intenté. Pero no pude escapar de sus ojos ambarinos ni del magnetismo que me tenía atrapada. Robert me estaba mirando con un disimulado descaro, como si estuviera intentando resolver un enigma.

Ese enigma era yo.

Dejó el maletín sobre la mesa con gesto medido. Se desabrochó la chaqueta y, con lentitud, se metió las manos en los bolsillos del pantalón antes de volver a clavar sus ojos en mí.

Tragué saliva. Me sentí examinada y tentada. Parecía estar exhibiéndose sólo para mí, con esa media sonrisa insolente que me encendía.

A continuación, desvió la vista hacia el resto de la clase.

—Buenos días a todos —comenzó con voz grave y magnética—. Antes de empezar, quiero agradecer sus muestras de cariño. La rectoría me las ha hecho llegar.

El aula estalló en aplausos y vítores. Algunos se pusieron incluso en pie. El profesor Kingsley era un mito viviente en el campus. Y, maldita sea, con total razón. Se le podía odiar por el infierno que era su plan de estudios, pero, en el fondo, todos nos peleábamos por estar en su clase.

—Sé que ha sido una situación inusual —continuó recorriendo con la mirada las filas de alumnos—, y aunque estoy convencido de que muchos han disfrutado de estas semanas sin mis exámenes sorpresa, confío en que ninguno lo haya celebrado demasiado.

Las carcajadas resonaron por todas partes. No fueron exageradas, sino sinceras y genuinas. Algo que asombró a Robert. Alzó una ceja y, durante una fracción de segundo, lo noté descolocado. No era habitual verlo en esa tesitura. Nunca se mostró conmovido, ni siquiera humano.

—No entraremos en detalles, porque no vienen al caso —añadió recuperando su tono sobrio—, pero les diré algo: uno no valora cuán reconfortante puede ser la rutina hasta que está a punto de perderlo todo.

Y ahí fue cuando sus ojos se posaron en mí. Justo ahí. Me sostuvo la mirada sin una pizca de timidez.

—Y este ha sido un buen recordatorio para aprovechar el tiempo con aquellos que de verdad importan.

Mis pulmones se olvidaron de funcionar durante un instante. Ni siquiera recordaba cómo respirar. Me quedé congelada, observándolo, barruntando la posibilidad de que hubiera descubierto todos nuestros momentos ahora que la normalidad había vuelto a su vida.

—Obviamente, los incluyo a ustedes —añadió, desviando la vista hacia los demás con una sonrisa suave—. Así que gracias por sus flores, mensajes, dibujos y galletas con formas extrañas... Pero, sobre todo, por estar aquí hoy.

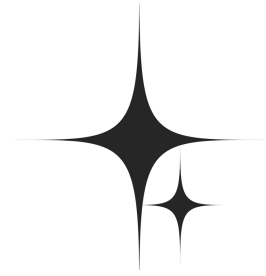
Los aplausos volvieron a resonar. Él se limitó a asentir, como si todo aquello todavía le resultara un poco abrumador.

Pero yo... yo ya no estaba en la clase. Estaba atrapada en su presencia y él lo sabía. Aunque lo disimuló abriendo su maletín y extrayendo el temario.

—Dicho esto... página 147, «Fuentes no convencionales en la investigación histórica» —anunció, ahora con el tono pulcro y autoritario que lo caracterizaba—. ¿Quién se atreve con Samuel Pepys?

El profesor Kingsley había vuelto y no estaba dispuesto a darnos tregua.

Se oyeron protestas resignadas y suspiros, pero yo sonreí. Porque me encantaba. Hasta en su faceta más estricta.



ROBERT

La lluvia salpicaba contra los cristales del ventanal, pero apenas la oía. Estaba sentado en mi despacho de la universidad desde hacía más de una hora tratando de corregir algunos ensayos.

Tenía el bolígrafo entre los dedos, una taza de café olvidada a mi derecha y la mente peligrosamente enfocada en todo, menos en el trabajo. Y sabía muy bien quién era la culpable.

No había vuelto a hablar con Charlotte desde aquella tarde en el hospital. Sin embargo, después de nuestra clase, tenía la sensación de que jamás habíamos estado tan cerca.

No sabía decir qué era exactamente. Pero su presencia me inquietaba. No de un modo desagradable, sino con esa clase de atracción que fuerza a mirar dos veces. O veinte. Puede que cincuenta. Era como si mi cuerpo reconociera algo que mi razón aún no lograba entender.

A esas alturas, ya había asumido que Charlotte era una médium. El escepticismo me había abandonado cuando más lo necesitaba. Pero es que era muy difícil dar una explicación a mis pensamientos. Sobre todo, cuando estos se empeñaban en aceptar que había estado junto a ella cuando ni siquiera era real.

Algo de mí lo sabía, lo sentía constantemente. Y no quería analizarlo. Ni siquiera entenderlo. Lo único que deseaba era saber qué habíamos vivido. Conocer cada detalle y repetirlo de nuevo. Esta vez, piel con piel de verdad.

Quizá era eso lo que más me inquietaba. Que la idea de abrazarla me pareciera infinitamente más tentadora que cualquier otra cosa.

Aparté los papeles con un suspiro. Ni el café ni la lluvia lograban centrarme. Y el reloj seguía avanzando sin mi permiso.

Necesitaba hablar con ella, tenerla un instante a solas. Quizá reprocharle lo preciosa que iba esa mañana con ese vestido granate y su impresionante melena de rizos rojos.

Un golpecito en la puerta me sacó de mis pensamientos y parpadeé aturdido.

—Adelante —dije acomodándome en mi butaca intentando fingir normalidad.

Como era de esperar, no lo conseguí. Y la culpa la tuvo esa maldita puerta, que se abrió despacio y me mostró a Charlotte.

Allí estaba de nuevo ella con ese vestido marcándole las caderas y abrazando sus pechos. Las mejillas ligeramente encendidas por el frío o quizá por algo más, y esa expresión suya que combinaba determinación y vulnerabilidad como si fueran parte de un hechizo.

Definitivamente aquella mujer se había propuesto llevarme a la locura.

—¿Tiene usted un momento, señor Kingsley? —preguntó con voz suave.

Me puse en pie y avancé hacia ella.

—Por supuesto. Pase, señorita Aberdeen.

Charlotte entró un poco tímida y dejó que yo cerrase la puerta mientras me observaba como si no supiera muy bien qué demonios hacía allí.

Nuestros ojos se encontraron y de inmediato se instaló una tensión discreta pero innegable.

—Verá, no sé muy bien cómo explicarle esto... Ah... —suspiró y la vi dudar.

De pronto, echó mano a su bolso y rebuscó en su interior. No aparté la vista de ella ni un segundo. Hasta que sacó una pequeña caja envuelta en papel azul celeste. La reconocí al instante.

Fruncí el ceño y volví a mirar a Charlotte notando cómo el pulso me atronaba en los oídos. De acuerdo estaba en que los acontecimientos habían sido, de sobra, extraños, pero de algún modo los había aceptado. Incluso ahora. Pero aquello fue como alcanzar un nivel más en mi escala de conmoción.

Esa caja era el regalo de mi madre y lo había dejado en el cajón de mi escritorio en la biblioteca. Nadie sabía de su existencia. Nadie.

Charlotte me la entregó con delicadeza, como si estuviera devolviéndome una parte de mí mismo que había perdido en algún lugar imposible.

—¿Cómo lo ha conseguido? —pregunté, desconcertado.

—Usted mismo me pidió que lo guardara... por si acaso no...

—Sobrevivía —terminé por ella en vista de que no fue capaz de mencionarlo. Detalle que hizo que se me erizara la piel.

Charlotte asintió. Y yo bajé la mirada hacia el regalo y lo giré entre mis dedos.

—¿Qué más le dije?

—Que hablara con el señor Evans, que él se encargaría de todo...

Dejé la cajita sobre la mesa y deslicé los dedos por la tapa, despacio. No sabía si temblaba por fuera, pero por dentro me sentía trémulo. No era solo el objeto, sino todo lo que implicaba. Charlotte había escuchado mis palabras, yo se lo había entregado porque confiaba en ella. Tuvo que ser un instante demasiado intenso si para colmo mencioné a mi abogado.

Me pellizqué el entrecejo y apreté los ojos.

—Ah, Charlotte... —suspiré conmovido—. Me estoy volviendo loco con todo esto.

Curiosamente, la vi sonreír cuando me decidí a mirarla. Fue una mueca preciosa, suave, que bailaba entre la sensualidad y la timidez. Me desarmó al completo. Porque no me había preparado para que me mirara así, como si me hubiera estado esperando.

Maldita sea, quería lanzarme a ella y devorarla en un beso.

—¿Y esa sonrisa? —pregunté.

—Me ha tuteado —dijo toda orgullosa—. Es la segunda vez que me lo propone. Aunque la primera fue más inesperada.

Alcé una ceja y analicé ese brillo eléctrico de sus ojos.

—Tengo la sospecha de que eres más descarada de lo que aparentas —murmuré, ladeando la cabeza.

Ella se cruzó de brazos y me observó un poco arrogante. Sabía jugar con medias verdades y con insinuaciones que me desarmaban sin esfuerzo.

—¿Espera que me ponga a hablarle como si nada?

—¿No es lo que hacía mientras era...? —Mi voz se fue apagando y pestañeé, frustrado—. Ni siquiera sé qué era.

El silencio se instaló de súbito, y Charlotte dio un paso hacia mí.

—¿Está bien? —preguntó en un susurro.

La forma en la que lo dijo, tan sincera y entregada, bastó para sacudirme por dentro. Asentí, aunque no estaba del todo seguro. Frunció los labios, pensativa, y asintió con suavidad, como si entendiera más de lo que yo era capaz de explicar. En realidad, Charlotte era la única persona con la que podía hablar de lo que me estaba pasando. Al fin y al cabo, lo había compartido conmigo. Ella me encontró. Me salvó.

La observé un instante más. No me insistía ni me presionaba. Solo estaba ahí, firme y paciente, tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—No dejo de ver cosas... Constantemente. No logro unir las y darles un sentido, pero están ahí, todo el tiempo.

Sus dedos jugaron con el asa de su bolso de cuero marrón.

—Supongo que es un proceso de adaptación. No debería presionarse.

—Deja los formalismos, Aberdeen —murmuré, más por necesidad que por autoridad.

Alzó la barbilla dispuesta a replicar, pero no dijo nada. Tal vez sintió lo mismo que yo. Ese impulso terco que nos obligaba a mantener las distancias al tiempo que nos empujaba a romperlas.

Nos miramos fijamente mientras el silencio se cargaba con un hambre contenida.

Entonces, lo vi. El collar. Un pequeño óvalo granate que colgaba de su cuello, unido a una cadenita fina que descansaba sobre su clavícula. Lo reconocí al instante. No porque lo recordara, sino porque lo sabía.

—Ese colgante... te lo dio tu abuela —dije.

Charlotte abrió los ojos, impactada.

—¿Lo recuerdas?

Negué despacio.

—En realidad, no. Simplemente lo sé.

Acorté la distancia entre nosotros y levanté una mano. Mis dedos rozaron el colgante. Fue muy suave, pero bastó para que un escalofrío nos atravesara a los dos. Pero no me aparté y ella tampoco. Y regresé a los ojos de Charlotte mientras mis yemas se aventuraban a tocar su clavícula.

—Debería irme —murmuró.

—Pero tú no quieres hacerlo.

—No. Por eso he dicho que debería.

Se obligó a apartarse. Cada paso que dio hasta la puerta parecía una lucha consigo misma. La observé en silencio, con los dedos aún tibios por el calor de su piel. Y algo en mí se rebeló.

—¿Cuánto nos hemos confesado, Charlotte? —Mi voz la detuvo.

—Probablemente, todo lo que no te atreviste a decir antes de viajar a Glossop. Aunque nunca dejaste de ser un poco estirado —confesó más segura de lo que nunca la había visto.

—Y aun así lo aceptaste.

—Volvería a hacerlo. —Esa sentencia fue como recibir un puñetazo.

El aire entre nosotros cambió. Su respiración se hizo más corta. La mía, más pesada. El pulso me golpeaba en las sienes, tan alto que creí que podía oírlo.

Y entonces, ocurrió. No sé quién de los dos se lanzó primero, pero el impacto fue desesperado, empujados por una fuerza que llevaba meses acumulándose bajo la piel.

Nuestras bocas se encontraron sin pedir permiso, sin darse tregua. Fueron directas la una a la otra con un golpe violento. Atrapé su cara entre mis manos al tiempo que sentía cómo sus dedos se clavaban en mi nuca, tirando de mí con la misma necesidad que yo sentía.

Aprecié el latido acelerado de su corazón contra mi pecho, mezclándose con el mío. No había espacio para la lógica ni la elegancia. Fuimos como dos animales hambrientos. El calor de su boca me tenía cegado. El roce de su piel, incluso con la ropa de por medio, me sacudía por dentro. Su lengua buscaba la mía sin delicadeza. Y yo la dejé entrar. Se lo permití todo.

La hice retroceder hasta que su espalda chocó con la pared. Su respuesta me llegó con un jadeo asfixiado al tiempo que su cuerpo se arqueaba contra el mío para pegarse aún más. Su entrega fue tan completa que por un momento olvidé que aún llevaba ropa. Parecía que la piel nos estuviera ardiendo a través de las telas.

Charlotte se aferró a mí con la misma hambre con la que yo la buscaba y me invitó a convertir ese beso en algo feroz y salvaje. Y es que en realidad aquello no estaba siendo un simple contacto. Lo sentí con una certeza que me golpeó en lo más hondo de mi pecho. No se parecía en nada a lo que nos hicimos aquella noche de Halloween en el jardín de su casa. Era otra cosa. Algo que había ocurrido después cuando yo me encontraba en otro plano.

Ahora la estaba besando mientras notaba en los huesos lo mucho que la había echado de menos y cuánto me había costado regresar a ella. Me lo dijo mi cuerpo, porque él recordaba cosas que mi mente no era capaz de entender.

—No he dejado de pensar en besarte desde aquella noche... — le confesé entre gemidos.

Charlotte no respondió al instante. Pero sus ojos se encendieron con algo más que deseo.

—La última vez que lo hiciste fue la mañana del rescate...

Sus palabras me provocaron un escalofrío. Eso significaba que... había estado allí. Que entre lo imposible y lo invisible, ella y yo habíamos tenido algo y no era un simple delirio como se empeñaba en decir mi parte más racional.

—¿Qué más hice? —murmuré mientras mis labios resbalaban por su yugular.

—Me tocaste...

Maldita sea, me estaba volviendo loco. No creía que pudiera aguantar las ganas irresistibles de arrancarnos la ropa y follar como dementes.

Deslicé una mano por su muslo y la colé entre sus piernas hasta rozar su centro. La presión fue exacta para provocarle un temblor y hacer que mi pulso se disparase.

—¿Así? —jadeé.

—¿Has perdido la cabeza? —Su voz sonó entrecortada.

—¿No ves que sí?

La tenía atrapada entre mi cuerpo y la pared y, aun así, no era suficiente. Su aliento me envolvía. Su piel me hablaba. El deseo me nublaba la vista.

—¿Piensas hacerme el amor sobre la mesa de tu despacho como en una de tus fantasías...?

Me estremecí. Esa frase. Esa imagen. Yo mismo se lo había contado, una noche, en mi despacho de la biblioteca mientras sonaba una música suave y la lluvia golpeaba los cristales. No sé por qué recordaba a la perfección el modo en que sus rojos rizos destacaron el poder apabullante de su mirada verde.

—Me lo estoy planteando.

La besé de nuevo. Me perdí en ella con un gemido que no pude tragarme. Y mientras nuestras lenguas volvían a encontrarse, mis manos se colaron bajo su chaqueta y bajaron hacia su trasero. Lo

apreté con fuerza, necesitaba sentirla, tenerla sujeta, saber que todo aquello era real y nuestro.

Ella gimió en mi boca y se frotó contra mí con una cadencia sucia y deliciosa que me obligó a contener la respiración. Mi erección reclamaba atención, buscaba desesperada encontrar algo de alivio y le importaba una mierda que estuviéramos en la universidad. Muy en el fondo sabía que aquel no era el mejor lugar para hacerle el amor por primera vez a la mujer de la que estaba locamente enamorado. Pero cada vez era más complicado resistirse.

Charlotte deslizó una mano por mi espalda y me arañó. Sus dedos bajaron por mi columna como un ancla clavándose con una necesidad animal de marcar territorio. Esa caricia no buscaba provocar. Parecía querer decirme: «Eres mío, Robert Kingsley». Y yo pensé: «Y tanto que lo soy, Charlotte».

Sí, era completamente suyo en todos los malditos sentidos. Me rendí a esa certeza con una entrega que no recordaba haber sentido nunca.

De pronto, sentí sus dientes atrapando mi labio inferior. Charlotte me mordió con la suficiente fuerza como para arrancarme un gruñido de pura satisfacción.

Mientras su lengua dibujaba mi boca, deslizó una mano por mi pecho. Me quedé inmóvil, sin decir nada, solo podía respirar contra sus labios, a la espera de lo que quisiera hacer conmigo.

Su mano siguió bajando lo bastante lento como para que el ambiente se volviera irrespirable, y me tensé al notar que sus dedos tocaban mi cinturón. Entonces, me miró con ese amor feroz que yo también sentía y atrapó mi dura erección. La presión fue tan placentera que temblé con brusquedad e incliné la cabeza hacia atrás en busca de aire.

Cerré los ojos. No me podía creer que me estuviera tocando de aquella manera y que me frustrara tanto que el pantalón se interpusiera entre mi piel y sus dedos.

Charlotte seguía moviendo la mano a un ritmo casi criminal, como si quisiera ver hasta dónde podía llevarme sin romperlo todo. El roce de su palma sobre mi erección era perfecto, me tenía al

borde. Podía sentir cómo el orgasmo amenazaba con estallar. Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso. El calor me abrasaba desde dentro. Estaba jadeando en su oído cuando de pronto toda la magia se rompió.

Alguien llamó a la puerta, pero no esperó órdenes y abrió de golpe.

El sobresalto fue brutal. Apenas tuvimos tiempo para alejarnos de un salto y recomponernos. Incluso tuve que rezar todo lo que sabía para conseguir disimular la erección.

—Kingsley, no podrá negarse a este whisky irlandés de...

La voz del rector se cortó en seco. Un silencio denso se apoderó de la sala mientras el anciano nos observaba, botella en mano, con el ceño fruncido y la sospecha asomando en sus ojos.

Miró a Charlotte. Luego a mí. Y de nuevo a ella. Seguramente lo que detectó fue a una preciosa mujer muy ruborizada y excitada, y a su profesor favorito más encendido que nunca.

—Oh... disculpen —dijo Neville, todo prudente—. Pensé que no estaba ocupado, Kingsley.

Por suerte, Charlotte fue muy rápida para reaccionar. Sonrió con naturalidad, se agachó para coger el bolso del suelo sin perder ni un gramo de elegancia y miró al rector.

—No se preocupe, señor Neville. Estaba resolviendo unas dudas con el profesor, pero ya me iba.

Se giró hacia mí. Sus ojos todavía brillaban de deseo, pero su rostro ya no delataba nada. Me hubiera gustado adoptar su serenidad.

—Señor Kingsley —dijo con una sonrisa cómplice.

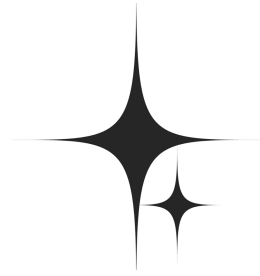
Era insoportablemente tentadora.

—Señorita Aberdeen —respondí, haciendo acopio de todo el control que me quedaba en el cuerpo.

La vi marcharse con paso firme y la falda ligeramente arrugada. No miró atrás. Y yo me quedé clavado en el sitio, fingiendo tal y como había hecho desde que la conocí.

—¡Bien! —dijo Neville, que no era tonto y empezaba a sospechar que necesitaba algo fuerte para calmarme—. ¿Una copa?

—Sí, por favor.



CHARLOTTE

El espejo no mentía.

La versión de mí que vi reflejada era espectacular. Había escogido un vestido negro que se ceñía a mi cuerpo. Escote limpio y sugerente sin resultar vulgar. La tela se me ajustaba a la cintura, pero caía con suavidad por mis caderas. Alcanzaba su clímax gracias a la apertura que mostraba lo justo de mi muslo como para dejar volar la imaginación.

Debía admitir que había escogido aquel modelito con premeditación porque quería estar perfecta para impresionar a cierto hombre. Y para rematar mi excelente presencia, me hice un semirrecogido dejando algunos mechones sueltos alrededor del rostro. El maquillaje era ligero, solo un toque en los ojos, brillo en los labios y rubor en las mejillas. No necesitaba más. El vestido hacía el resto. Y aquellos tacones sentenciaban.

Quizá era demasiado arrogante reconocer que iba guapísima, pero lo estaba y no podía ignorarlo. Y si yo lo sabía, Robert quizá también lo notaría.

«O eso espero», pensé.

Habían pasado dos días desde que nos besamos como dementes en su despacho. Honestamente, cada vez que pensaba en ello —que era la mayor parte del día y se intensificaba en la ducha—, me estremecía hasta quedarme sin aliento. Mi intención no había sido esa, de verdad. Solo quería entregarle el regalo de su madre e intentar charlar con él sobre su adaptación.

De acuerdo, lo cierto es que me moría de ganas por abrazarlo. Pero no quería presionarlo ni forzar la situación. Las cosas debían fluir con naturalidad, aunque no imaginé que fluirían tanto.

No habíamos hablado. Sin embargo, sí nos habíamos visto tanto en clase como en la biblioteca. Bueno, más que ver, nos habíamos devorado con la mirada. A veces, incluso nos quedábamos absortos mirándonos. Y es que, cuando sus ojos se cruzaban con los míos, el ambiente se llenaba de todo lo que sentíamos el uno por el otro.

Tal vez era de estúpidos ir con tanto tacto. De haber querido, habríamos buscado la oportunidad. Incluso tenía su teléfono y él tenía el mío. Podríamos habernos escrito o llamado.

Supongo que optamos por ser prudentes. Un profesor/jefe no debe liarse con su alumna/empleada. Aunque eso a nadie le importaba. El quid de la cuestión era que me parecía demasiado precipitado presionar a Robert con todo lo que habíamos vivido cuando todavía se estaba adaptando a su vida.

La «bruja» que llevaba dentro me decía que solo era cuestión de tiempo.

Salí de mi habitación con paso firme. Conforme bajaba las escaleras, se oía el jaleo de mi familia. Era un bullicio alegre que llenaba toda la casa: risas, pasos de un lado a otro, el tío Edward intentando poner orden como el único hombre de la familia.

Lo cierto era que estábamos emocionados con asistir a la fiesta de cumpleaños de Claire. La mujer había decidido celebrarlo en su casa. Lo que se traducía en una cena por todo lo alto. La velada prometía ser preciosa. Acudiríamos todos los amigos cercanos, incluso Ian y Karen, además de varios miembros del equipo de La Quinta Dimensión. Y sería especial ya no solo porque la señora

Darcy cumplía cincuenta y siete, sino porque su hijo estaría en su mesa.

Estaba especialmente emocionada. Por la fiesta, por Claire y por el regalo que habíamos preparado la familia. No era solo un bonito detalle, sino una declaración de afecto. Por un lado, le habíamos preparado un viaje de dos semanas a Cinque Terre, cuidadosamente planificado para ofrecerle descanso, belleza y experiencias inolvidables. Pero lo que realmente me fascinaba era la esfera. El tío Edward había puesto toda su pasión de artesano joyero en crear una pieza única y exclusiva, además de ritualizada por mi abuela. Se trataba de un cuarzo transparente con la constelación de Sagitario en su interior. Al moverla, las pequeñas estrellas brillaban como si flotaran etéreas, doradas y mágicas.

Definitivamente, a Claire le encantaría.

Terminé de bajar las escaleras.

—¿Te has propuesto infartar a tu profesor? —soltó Morgana en cuanto me vio.

Estaba tan alucinada que casi se le descolgó la mandíbula.

De pronto, toda mi seguridad se tambaleó. Me sentí absurdamente tímida, como si no supiera qué hacer con los brazos o cómo caminar con esos tacones. El vestido, que hacía un segundo me parecía un acierto, ahora me pesaba.

—¿Es excesivo? —quise saber.

—¡Es espectacular, nena! —exclamó mi prima—. Estás para comerte.

—Creo que me he pasado.

En ese instante, apareció la tía Meredith, ajustándose un abrigo entallado de lana gris perla que le sentaba como un guante. Me escaneó con esa mirada tierna y aguda y alzó una ceja al tiempo que su hijo, el tío Edward, me observaba con orgullo.

—A tu edad, querida, usaba vestidos con mucho más escote porque entendí que mi Richard no daría un paso a menos que se lo pusiera tremendamente fácil —dijo Meredith como quien comparte una receta infalible—. Se volvía loco cuando me veía aparecer toda

prominente. Y a mí, pues, me encantaba que me metiera mano a escondidas.

—¡Mamá! —exclamó Edward, rojo como un tomate.

—¿Qué?! Una también tuvo sus aventuras.

Justo entonces, la abuela decidió hacer su entrada a lo gran duquesa de Downton Abbey, ataviada con un conjunto en tonos burdeos y marrón, a juego con su abrigo tweed. Se estaba poniendo unos guantes de cuero.

—Cielo, aunque optaras por algo más remilgado, Claire y Maggie no cejarán en su empeño —me dijo justo antes de mirarme traviesa.

Fruncí el ceño, incapaz de decidir si lo que acababa de decir me intrigaba o, más bien, me preocupaba.

—¿A qué te refieres? —pregunté con desconfianza, aunque en el fondo ya intuía por dónde iba aquello.

—Que esas dos tienen tantas ganas de ver resultados como nosotras —sentenció tan fina como demoledora.

Se refería, por supuesto, a mi relación con Robert y a las ganas que tenía todo el mundo de vernos juntos de una maldita vez. Lo que significaba que el señor Kingsley y yo nos habíamos convertido en la comidilla del centro de York.

—Nuestro Robert siempre fue un poquito lento para el romance —añadió Meredith, en connivencia con su hermana mayor.

Definitivamente, eran unas brujas. Sobre todo, cuando se unieron a la risa de Morgana.

—¡Oh, por Dios! ¡Me estáis poniendo de los nervios! —me quejé, risueña.

—Eso mismo digo yo. Subid al coche, señoras —intervino Edward con fingida autoridad.

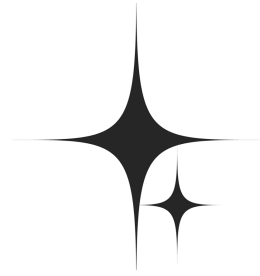
Su madre, ni corta ni perezosa, le dio un golpecito en el pecho con la elegancia de una reina y la contundencia de una sargento mayor.

—Esto es un matriarcado, jovencito. Cuida tus modales.

Él la miró con un amor absoluto.

—No vas a dejar de llamarme así nunca, ¿verdad?

—Por supuesto que no.



ROBERT

Pese a que la puerta estaba entornada, llamé con suavidad antes de entrar. Encontré a mamá perfumándose frente a su tocador. Ese aroma tan característico de ella pronto llenó el espacio.

Estaba hermosa. Había escogido un vestido azul noche que abrazaba su cintura con la misma elegancia con la que siempre se desenvolvía en cualquier circunstancia. Me observó a través del reflejo del espejo y sonrió con calidez.

—¿Se supone que debo pedirte permiso para entrar en mi propia casa? —pregunté, cruzando los brazos con fingida seriedad.

Su sonrisa se ensanchó.

—Si vas a interrumpir mi sesión de diva, más te vale venir armado con un cumplido.

—No pensaba interrumpir. —Me acerqué a ella—. Solo quería comprobar si ese vestido combinaba con tu regalo.

Saqué la pequeña caja del bolsillo interior de mi chaqueta y se la tendí sin más palabras. Ella me miró sorprendida, con esa expresión que mezclaba picardía, ternura y un fondo de emoción que pocas veces dejaba salir.

Lo abrió con cuidado, como si intuyera que aquello no era un simple detalle, sino una forma de agradecerle su mera existencia. Si el destino me daba la oportunidad de volver a nacer, la escogería de nuevo para ser mi madre.

Lo que descubrió dentro la dejó sin palabras y pronto sus ojos se empañaron. Para cualquiera quizá ese regalo era uno más. Para nosotros, lo era todo. Se trataba de unos pendientes de oro rosa de dieciocho quilates, con diamantes y nácar blanco. Un diseño exclusivo que la casa Dior había dejado de fabricar hacía al menos dos décadas.

La historia detrás de esos pendientes era triste y algo humillante. Mamá los había heredado de su abuela. Atesoraba esa joya con todo su amor. No tenía recuerdos de ella sin llevarlos. Pero cuando papá se suicidó, fue tal la debacle económica que mi madre se vio obligada a venderlos para poder sobrevivir. Lo hizo con una sonrisa para que yo no decayera. Pero en el fondo sabía que a ella le había dolido perder lo único que le quedaba de su abuela.

Me costó un par de años dar con alguien que los tuviera. No fue fácil. Pero ahora eran suyos y eso no tenía precio.

—Robert... —Se le quebró la voz—. ¿Cómo...?

—Honestamente, no sé si son los de la abuela. Pero podemos imaginar que sí y que nunca se alejaron de ti.

Rompió a llorar en cuanto la abracé. Lo hizo en silencio, entre temblores y tragándose aquellos gemidos que apenas la dejaban respirar.

—La intención no era que llorases de este modo, mamá.

—Cállate. —Se alejó para mirarme—. Haz un esfuerzo para entender que mi mayor regalo eres tú.

—Eso es fácil. Luché con todas mis fuerzas por volver.

El modo en que nos miramos escondía el sufrimiento de toda aquella etapa que habíamos compartido juntos. Como todo lo que estuviera por venir.

—Mi amor.

—Te quiero, mamá.

Nos abrazamos de nuevo y me permitió ponerle aquellos pendientes. Fue como recuperar a mi madre al completo.

—Y ahora retoca ese maquillaje —le dije—. Los invitados han empezado a llegar y tienen que ver lo hermosa que estás.

—Zalamero. —Sonrió.



Había algo casi terapéutico en preparar una fiesta. Cortar queso, preparar canapés, vigilar que el estofado no se quemara, abrir botellas de vino, hacer que las servilletas no parecieran sacadas del entierro de un lord del siglo XIX... Cosas sencillas y que podía controlar.

Maggie revoloteaba de un lado a otro con su habitual energía mientras mamá atendía a los primeros invitados, que eran sus amigos más allegados.

Los primeros fueron el matrimonio Higgins, que llegaron con un escandaloso ramo de flores y varias cajas de regalo, y el señor Peterson con su esposa, quienes habían traído más vino y whisky, montones de whisky. A ese paso, para las nueve estaríamos todos borrachos como cubas.

También llegaron Anita y algunas de las señoras del club de The Raven con las que se reunían los jueves. Y no faltaron mis compañeros de La quinta dimensión: Aldric, Ramsey, hasta Henry, que apenas salía de su Londres natal.

Obviamente, Karen enseguida se lanzó a Claire y le dio un abrazo de esos que se recuerdan toda la vida. Ian lo tuvo complicado para igualarlo. Y yo, mientras tanto, lo observaba todo

desde la barra de la cocina con una sonrisa nerviosa en la boca, porque el salón se empezaba a llenar de gente, pero todavía no habían llegado todos.

Faltaban los Aberdeen.

Faltaba Charlotte.

Pronto entraría por aquella puerta y yo no sabía cómo actuar.

Ian se acercó con las manos en los bolsillos y esa expresión suya que anunciaba travesura. Lo vi venir desde el otro lado del salón, esquivando con ligereza a los invitados. Cuando apoyó un codo sobre la barra, yo ya estaba preparado para cualquier comentario que soltara.

—Dime —empezó con una sonrisita—, ¿te escondes aquí para tener mejor perspectiva de la dama de tus sueños?

Alcé las cejas sin mucha sorpresa.

—¿Esa es tu forma de saludar?

Se rio por lo bajo, con esa tranquilidad de quien no necesita pedir permiso para hablar claro.

—Te ha delatado esa mirada —me señaló—. Eres reservado, pero te conozco demasiado.

No respondí. Simplemente, me limité a coger una de las botellas que había abierto y serví dos copas.

—¿Vino? —le ofrecí.

—Por supuesto.

Se la tendí en silencio y me apoyé ligeramente en la encimera, fingiendo estar relajado, aunque en realidad luchaba contra el vértigo. Porque sí, la esperaba. Porque no, no había dejado de pensar en ella ni un solo instante.

El recuerdo de su cuerpo entre mis brazos, de su boca sobre la mía, de la forma en que jadeó mi nombre como si hubiera estado aguardándolo toda su vida... Todo eso seguía bajo mi piel como una necesidad que ya no sabía cómo contener.

Y ahora iba a verla.

Sabía que iba a entrar por esa puerta en cualquier momento, brillando como un secreto que solo yo conocía. Iba a mirarme y, muy

posiblemente, me rompería por dentro.

Charlotte no era solo una idea hermosa. Era parte de mí, de mi propia esencia, de lo que fui y de lo que estaba empezando a ser ahora. Quería convertirme en esa versión fantasmal de mí que se atrevió a besarla sin reservas.

—Ian...

—¿Sí?

Dudé un segundo. No solía mostrarme vulnerable delante de nadie, pero él no era cualquiera. Ian Jenkins era mi mentor, mi amigo más fiel y el pilar que había resistido todas mis tormentas.

—¿Crees que soy cobarde? —me lancé a preguntar.

Su sonrisa se apagó con suavidad y le dio un sorbo a su copa antes de dejarla sobre el mostrador. Entonces, me miró con esa seriedad paternal que siempre me amparaba.

—Lo que creo —dijo con voz tranquila— es que la vida te castigó tanto y tan duro en su momento que maduraste demasiado pronto y te olvidaste del hombre.

Tragué saliva. Cada palabra pesaba como una montaña y, al mismo tiempo, me aliviaba.

—Pero amar a una mujer no te limita otros amores —continuó—. Tu familia y tus libros seguiremos estando ahí.

Me quedé en silencio, intentando no pensar en todos los motivos que me habían vuelto un hombre tan rígido y contenido. Pero me aferré a su consejo.

Ian me dio un toquecito en el pecho, justo sobre el esternón.

—Y si algún día decides dejar de ser un inglés estirado y te declaras a esa chica que te ha robado el corazón, tu madre y yo daremos saltos de alegría.

Entrecerré los ojos con una mueca irónica.

—¿Chismorreáis sobre mí a mis espaldas?

—¿Por quién me tomas? —intentó fingir con dignidad ofendida, pero le duró medio segundo—. A todas horas.

Soltó una risa contenida justo en el momento en que miró hacia la entrada.

—¡Oh! Ahí está.

Seguí su mirada a tiempo de ver a Charlotte cruzando el umbral de mi casa junto a su familia. Y entonces el resto del mundo desapareció. Solo existía ella.

Aquel vestido negro moldeaba el cuerpo con una elegancia feroz y cada movimiento suyo parecía cargado de intención; ella sabía que estaba impresionante esa noche. Pero lo que realmente me dejó sin aire fue su mirada.

Porque me estaba buscando.

Y cuando nuestros ojos se encontraron, ambos notamos cómo el suelo desaparecía bajo nuestros pies. Quizá eso era la magia. Que el mundo pareciera convertirse en miles de estrellas incandescentes justo cuando uno veía a la persona que amaba.

Me llovieron los abrazos. Llegó un momento en que, en medio de tanto revuelo de besos y muestras de afecto, ya no supe ni quién me tocaba. Sonreí porque de verdad lo sentí e hice lo posible por prestarles la atención que merecían. Pero Charlotte no me lo puso fácil.

Ella también estaba rodeada de gente. Parecía haberse dejado arrastrar por la calidez del momento. Era absurdo lo mucho que me afectaba su presencia.

Me acerqué un poco, lo justo para no invadirla. Quería que el momento surgiera sin forzarlo, pero también deseaba que ocurriera ya. Que me hablara. Que me tocara. Que hiciera cualquier cosa solo para mí.

Entonces volvió a mirarme, de reojo, mientras se recolocaba un rizo. Sus ojos me estremecieron y apreté los labios, pero fui incapaz de frenar esa pequeña sonrisa que se me escapó.

«¡Por Dios, Charlotte! No me mires así si no vas a venir».

Fue Maggie quien se encargó de anunciar dando palmadas que pasáramos al comedor. Lo hizo con ese entusiasmo suyo que no admitía réplica. En cuestión de segundos, todos los invitados comenzaron a moverse con una energía casi infantil. Risas, arrastre de sillas, voces que se entremezclaban, copas chocando entre sí.

Yo me entretuve ayudando a una de las señoras mayores a encontrar su sitio, y para cuando me giré, mamá me miró, traviesa.

—Aquí, cariño —me indicó, señalando con sutileza la silla que había junto a Charlotte.

Intenté no parecer demasiado tenso cuando me acerqué a mi madre, que prácticamente me empujó al asiento con esa dulzura autoritaria tan suya. Charlotte ya estaba sentada, toda elegante, con la servilleta sobre el regazo. Me recibió con una sonrisa suave que nadie más pareció notar, pero que a mí me atravesó entero.

—Señor Kingsley —me desafió.

—¿Sigues insistiendo en los formalismos después de todo? —protesté al tiempo que me acomodaba a su lado.

—No sea descarado, por favor. Tenemos invitados.

La única descarada fue ella, que me sonrió traviesa solo para provocar. Entrecerré los ojos. Si quería jugar, jugaríamos. Me incliné un poco hacia su oído y susurré:

—Estás preciosa esta noche.

Se le cortó la respiración y me pareció ver que sus dedos temblaban. Eso me bastó para saber que no era el único afectado. Pero Charlotte era una caja de sorpresas y me clavó una mirada intensa.

—¿Solo esta noche?

Tuve que obligarme a no mirar su preciosa boca. Y me centré en la cena.

La velada se desarrolló con una naturalidad encantadora. Mamá estaba radiante rodeada de amigos y buenos alimentos. Prueba de ello eran las carcajadas, que abundaban, y el jaleo de voces contando anécdotas. El estofado voló, el vino corrió como si no hubiera un mañana, pero la mesa seguía albergando comida, risas y copas.

Todo era perfecto. No recordaba haber disfrutado tanto de una fiesta. Incluso participé y la gente creyó que era el exceso de vino. Normal teniendo en cuenta que yo siempre había sido el reservado.

Pero es que en el pasado no creí que aquellos momentos merecieran tanto la pena. Supongo que influyó haber estado a punto de morir.

Sin embargo, nunca olvidé que Charlotte estaba sentada junto a mí y que su rodilla a veces chocaba con la mía. Su perfume me envolvía como una trampa dulce. Ella no dejaba de hablar, de reírse. Y, aun así, cada vez que me movía, sentía que se estremecía.

Y entonces ocurrió.

Nuestras manos se rozaron con cierta intención bajo la mesa. Fue un roce tan leve y fugaz que creí haberlo imaginado. Pero para mi piel existió. Y de pronto solo podía pensar en su contacto. En la electricidad súbita que sentí.

Cogí aire y sentí que algo de mí se quebraba o se liberaba. No lo supe con certeza. Solo sé que me envalentoné.

Con suavidad, apoyé mis dedos sobre su muslo. La yema de mi índice dibujó un tramo breve de su piel, allí donde la apertura de su falda dejaba al descubierto una franja peligrosa de su pierna.

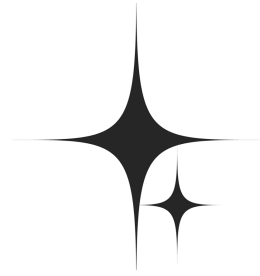
Charlotte no se apartó, pero tampoco fingió indiferencia. Me miró de reojo, como si me estuviera retando en silencio. Como si me dijera: «¿Hasta dónde piensas llegar?». La verdad es que ni yo lo sabía. Solo quería sentirla.

Mis dedos continuaron su recorrido, lento y ascendente, buscando la frontera entre lo prohibido y lo inevitable.

Esta vez sí se tensó. Su respiración cambió de ritmo un instante y, a continuación, se levantó de golpe.

—Voy a por más tostadas —anunció, pero allí nadie le hizo caso, enfrascados en sus conversaciones como estaban.

Charlotte se marchó sin mirarme.



CHARLOTTE

Respiré hondo, aunque no me sirvió de mucho.

El pasillo estaba en penumbra. El cálido resplandor de las luces del comedor se filtraba con suavidad. Me había alejado porque necesitaba un momento para ordenar el caos que se me había instalado en el pecho cuando sentí sus dedos sobre mi piel.

Me apoyé en la pared como si necesitara que algo firme me recordara que estaba allí, en casa de la señora Darcy. Y no atrapada en una ilusión recurrente donde lo único que deseaba era besar a su hijo como una demente.

Me llevé los dedos a los labios sin pensarlo. Había hecho ese gesto tantas veces desde la primera vez que ya se había vuelto un acto reflejo. Cerraba los ojos y sentía su boca y sus manos tocándome, apretándome contra él.

De pronto, sentí un escalofrío. Me recordó a aquellos días en los que él estaba... desaparecido. Y me estremecí.

Lo que vi ante mí no era un fantasma, sino a Robert Kingsley en su versión más real. Y aunque mi cuerpo lo sabía, una parte de mi corazón seguía temiendo perderlo para siempre.

Lo miré. Robert se apoyó en la pared que había frente a mí y se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón de pinzas. Tenía una postura tan serena y erótica que me cortó el aliento.

El aire vibró entre nosotros mientras nos observábamos sin prisas, devorándonos en silencio. Pero no duró. Porque Robert avanzó hacia mí.

—¿Hice mal el otro día o aquella noche?

La pregunta me pilló con la guardia baja. Incliné ligeramente la cabeza y lo miré a medio camino entre la nostalgia y la ternura.

—La primera vez te disculpaste de inmediato —le recordé— y de alguna manera ahora también lo estás haciendo. Pero no pediste disculpas cuando estabas atrapado entre la vida y la muerte.

Alzó las cejas. Robert era un hombre tremendamente inteligente, no necesitaba declaraciones específicas para entender la situación. Ya se había dado cuenta de los momentos que habíamos compartido.

—Supongo que pensaba que no tenía nada que perder —aventuró.

—Ahora tampoco.

Lo miré con firmeza pese a que sus ojos me desafiaban.

—¿Eso qué significa, Charlotte?

Apreté la mandíbula un instante, sopesando cada palabra antes de mencionarla.

—Siempre creí que esto que siento era algo unilateral. —Me dio igual exponerme—. Por eso me esforzaba en que no creciera. Pero hace poco descubrí que no era así. Lo que quiero decir es que tú marcarás el ritmo. Tú decidirás cuándo sucederá lo que sea que tenga que pasar.

Robert no respondió de inmediato. Pero dio otro paso. Esta vez más decidido, y sentí cómo mi pulso se desbocaba.

—¿Y si tuvieras que decidir tú?

Tragué saliva. De haber sido por mí ya estaría encaramada a sus hombros, devorándolo al completo. Pero debía ser prudente. Robert apenas estaba asumiendo todo lo que había pasado.

—Mientras dormías te dije que esperaría. Esa es mi elección. No puedo pedirte que asumas lo que compartimos durante tu ausencia... —Me encogí de hombros, algo tímida—. Ya te dije que hay cosas muy difíciles de hablar con un escéptico.

Robert frunció el ceño.

—Que seas médium no es algo que me cueste creer.

Mis labios se entreabrieron sin querer. Aquellas palabras tan sencillas me aliviaron más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Entonces, ¿qué lo es?

—Nada... Absolutamente, nada. El escepticismo me abandonó en cuanto abrí los ojos.

—¿Es tu forma de decirme que confías en mí?

—Sí. Aunque sigo sin entenderlo.

—Ya somos dos. Contigo fue la primera vez.

Hasta el momento, jamás imaginé que mi sistema albergase poder —si es que ver muertos era poder—.

—¿Ha vuelto a suceder? —indagó Robert, y yo negué con la cabeza.

—No... Pero así funciona la magia.

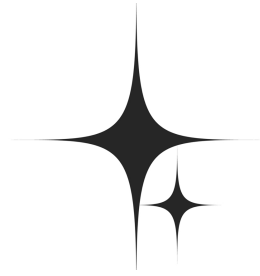
—La magia...

Lo susurró con una entonación de incredulidad reverente, como si esa palabra, tantas veces banalizada, tuviera por fin sentido para él. No necesitó decir más. En sus ojos había un brillo que no había estado ahí antes.

Y ocurrió lo inevitable. No con las manos ni con los labios. Fue otra cosa. Una llamada muda, un tirón en el pecho que nos empujaba el uno hacia el otro con urgencia. Todo en su cuerpo lo gritaba. La tensión en sus hombros, la leve inclinación de su torso, su boca.

Yo también sentí esa necesidad irrefrenable de besarlo. Pero no estábamos solos. Las risas del comedor nos recordaron que nos encontrábamos en medio de una fiesta y que, si sucumbíamos, no resistiríamos la tentación de arrastrarnos a una habitación. Un beso ya no era suficiente.

Así que sonreí con suavidad y regresé al salón. No sin antes volver a mirarlo.



ROBERT

Eran las 03:07 de la madrugada.

La fiesta se había alargado. De hecho, yo me había retirado cuando Maggie, la señora Higgins, Violet y Meredith Aberdeen, Karen y mamá seguían compartiendo risas y chupitos de coñac.

Pero el sueño no venía pese a lo agotado que estaba.

Me incorporé con resignación. A esas horas, el silencio en la casa era absoluto. Sin embargo, no creí que apoltronarme en el sofá y tomarme una copa bastaran para relajarme. Así que me vestí con lo primero que encontré —una sudadera gris y unos vaqueros— y abandoné mi habitación en cuanto terminé de anudarme las zapatillas. En cuanto llegué al vestíbulo, cogí una chaqueta del perchero, me guardé el teléfono en el bolsillo y salí.

El aire húmedo y frío de la madrugada me golpeó de inmediato. Era justo lo que necesitaba para despejar la mente. Y empecé a caminar sin dirección.

No supe cuánto tiempo lo hice. Las calles de York eran un laberinto amable a esas horas. Sin ruido ni gente. Solo farolas encendidas, sombras largas y el sonido de mis propios pasos.

Jamás imaginé que mi instinto me llevaría hasta la mansión Aberdeen.

Al principio, ni siquiera la reconocí. Supongo que estaba demasiado ensimismado en mi propio silencio. Pero mis pies decidieron detenerse frente a la gran verja de forja negra. Y levanté la mirada hacia la fachada.

No, hacia su ventana.

Fruncí el ceño. No recordaba haber estado en la habitación de Charlotte, tampoco sabía cuál era. Por eso me desconcertó mirar y sentir la certeza de que aquella era su ventana. Que ella dormía en su cama. Incluso vislumbré en mi mente cada detalle que la rodeaba.

Me quedé quieto. El corazón me latía con fuerza por culpa de aquella sensación de vértigo tan absurda. Y entonces, eché mano al móvil. Lo desbloqueé y entré en el chat de Charlotte. En la barra de texto había un mensaje guardado como borrador.

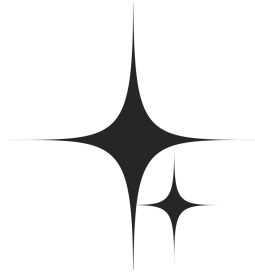
Un mensaje que nunca envié.

«No dejo de pensar en ti».

Lo escribí la noche anterior a desaparecer y no me atreví a enviárselo porque creí que era un acto estúpido.

Esta vez sería diferente.

Esta vez obedecería a mis ganas.



CHARLOTTE

Había algo en el ambiente.

No sabría explicarlo con exactitud, pero era una presión sutil que me apretaba el pecho y me mantenía alerta pese al cansancio. Lo había sentido antes, cuando Robert estaba cerca. Cuando su alma rondaba mi mundo sin hacer ruido.

Eso era lo que no me dejaba dormir.

Me llevé una mano al corazón y froté, pensando que eso bastaría para calmarme. Pero no era ansiedad, ni insomnio ni una extraña secuela. Era otra cosa. Una inquietud suave, sin forma, pero densa.

Un presentimiento.

Robert estaba cerca. Mi piel lo sabía.

Entonces, vibró mi teléfono.

Tragué saliva y me incorporé de súbito. Lo miré como si fuera el mismísimo diablo.

¿Y si eran malas noticias? ¿Y si aquella sensación solo había sido un aviso de algo nefasto?

Lo cogí con los dedos temblorosos. Un fuerte estremecimiento me recorrió entera cuando descubrí que se trataba de un mensaje de Robert.

Señor Kingsley

«No dejo de pensar en ti». Ese es el mensaje que te habría enviado el día después de besarte.

Me quedé congelada. Ni siquiera me atreví a pestañear. Por un instante, creí que todo aquello era un sueño.

Charlotte

¿Por qué no lo hiciste?

La respuesta tardó en llegar. Quizá Robert se había atrevido a escribir pensando que yo lo leería al despertar.

Señor Kingsley

Porque siempre fui demasiado cobarde.

Charlotte

Ahora no lo estás siendo.

Señor Kingsley

No... Y tengo mucho más que decir.
Mira por la ventana.

Emocionada, obedecí. Y ahí estaba él frente a la verja, ajeno a que mi pulso me cerraría la garganta.

El teléfono sonó de pronto y el sobresalto me llevó a hacer malabarismos para que no se me cayera al suelo. Miré la pantalla. Su nombre brillaba y descolgué con el corazón en la garganta y el pulso completamente desbocado.

—Probablemente debería decírtelo a la cara —dijo Robert al otro lado de la línea, con una voz grave y temblorosa—, pero no sé si esta locura transitoria me durará lo suficiente.

Hubo un silencio. Escuché su respiración, densa y contenida, mezclándose con la mía.

—Dime —continuó—, ¿te hablé de la primera vez que te vi, Charlotte?

Una sonrisa se me escapó sin permiso. Parecía una quinceañera enamorada.

—Sí... —susurré.

Por supuesto que lo había hecho. Me lo contó en su despacho de la biblioteca, cuando ni siquiera sabía si iba a encontrarlo.

—¿Sabes también que me enamoré de ti en ese instante? —desveló con una dulzura tan rota que me hizo cerrar los ojos—. Creo que fue cuando te ruborizaste y te dirigiste a tu asiento intentando esconderte tras esa preciosa melena rizada que tienes.

Tragué saliva. Me dolía lo que decía. No por tristeza, sino por la belleza de saberlo.

—La primera fase del enamoramiento es pura química y atracción —prosiguió, esta vez más confiado—. Supuse que solo me encendías porque eras hermosa. Pero pasaron los meses y no dejaba de buscarte con la mirada o de pensar en ti cuando no debía. Te convertiste en todas las razones por las que mi pulso cambiaba.

Se me olvidó incluso respirar.

—Y después pasé a imaginarte en mi cama, despertando a mi lado, contándome tus proyectos, criando a nuestros hijos... —Se le quebró un poco la voz—. Y más tarde, te vi de anciana, sentada en un sofá, acomodada en mi pecho frente a una chimenea, mientras

soñábamos despiertos con la preciosa vida que habíamos tenido juntos.

El silencio que siguió fue devastador. Y yo ya no sabía si mi pulso había desaparecido o si se había convertido en un solo latido.

—Si eso no es amor, Charlotte —dijo por fin—, entonces no lo entiendo.

La emoción me superó. Me erizó la piel, me anudó la garganta y me dejó el corazón a punto de explotar. No me podía creer que ese hombre se estuviera entregando a mí.

—Esta sí que es una declaración de amor, Kingsley —susurré, abrumada por la descarnada belleza de sus palabras.

Y colgué. Porque no quería seguir imaginando una vida con él.

Salí corriendo escaleras abajo, descalza, sin abrigo, sin sentido. Solo con una certeza palpitando en toda mi piel.

Abrí la puerta de un tirón. El aire de la madrugada me azotó con fuerza hasta congelarme, pero no me importó. Crucé el jardín como una exhalación, empujada por todo lo que sentía.

Robert seguía junto a la verja, observando desconcertado la pantalla de su móvil. Supongo que no imaginó que le había colgado porque ya no aguantaba las ganas de tocarlo.

Yo seguía corriendo mientras las luces de las farolas jugaban a alargar la sombra de mi hombre. Entonces, levantó la cabeza y me miró a tiempo de descubrir cómo abría la puerta de la verja.

Sin dudarle, salté sobre él y lo besé.

Robert dio un traspié, aturdido, pero enseguida se aferró a mi cintura y se zambulló en aquel beso voraz y hambriento. Olvidamos que estábamos en mitad de la acera, que el frío calaba los huesos, que la madrugada lo había cubierto todo de sombras. Se nos olvidó absolutamente todo.

Hasta que sonó un violento trueno.

La calle entera se iluminó con un relámpago inesperado. Ambos nos detuvimos de golpe, sorprendidos y asfixiados. No estaba lloviendo y los avisos no habían anunciado tormentas para esa noche. Era como si los dioses hubieran querido enviarnos una señal.

Nos miramos, aturcidos. Las inclemencias climáticas no eran de extrañar en el norte de Inglaterra. Pero que una puerta se abriera de par en par sin razón aparente sí que lo era.

El letrero en forma de caldero de The Raven se agitó con suavidad. Parecía una señal que no debería haberme sorprendido — mi vida estaba llena de eventos inexplicables—, pero me estremeció. Y Robert me miró, asombrado, con las cejas alzadas.

La noche acababa de cambiar. Se había puesto a nuestro favor.

—¿La magia? —preguntó, y yo asentí con una sonrisa serena, justo antes de que la primera gota de lluvia me aporreara la frente.

A continuación, una tromba de agua empezó a caer pese a que todavía se veían estrellas en el cielo. Nos empapamos en segundos, pero Robert reaccionó rápido. Me cogió en brazos y corrió hacia la tienda mientras yo me reí a carcajadas observando su mueca de encantadora confusión.

Me dejó en el suelo al tiempo que la puerta se cerraba sola. Y me oteó con el ceño fruncido antes de romper a reír. De acuerdo, ni yo podía darle una explicación a lo que acababa de pasar, pero verlo reír de ese modo me contagió y me llenó de un amor absoluto.

El local estaba sumido en una penumbra acogedora mientras la lluvia golpeaba los cristales. Y nos miramos entre las sombras. Nuestras sonrisas se apagaron poco a poco y en su lugar solo quedó la verdad de nuestros cuerpos.

Robert empezó a moverse. Lo vi avanzar con el pelo empapado, la sudadera pegada al pecho y los ojos fijos en mí como si no existiera nada más en el mundo. No me moví. Debía asimilar lo apabullante que era ese hombre, lo insultantemente erótico y sensual que me parecían su cuerpo y su forma de caminar.

Se detuvo frente a mí y alzó una mano para apoyarla en mi mejilla. Me acarició con una suavidad que me encendió la piel. Su pulgar comenzó a perfilar mis labios. Decidí abrirlos para él e introducir su dedo en mi boca. Robert tembló, me observaba con una lujuria desesperada. Apenas soportó un instante aquella imagen antes de lanzarse a besarme.

Creí que lo haría de una forma arrebatadora, como había sido hasta el momento. Sin embargo, me besó lento, recreándose en cada gesto, acariciando mi lengua con la suya. Aunque no tardó en mutar hacia una urgencia sucia y hermosa.

Me aferré a sus hombros, pegando su duro cuerpo contra el mío. No quería dejar ni un milímetro de espacio entre los dos, y sentí su enorme y dura erección apretándose bajo sus pantalones. Me tentó acariciarla. Quería sentirla desnuda entre mis manos, estremeciéndose bajo mi contacto. Empecé deslizando mis dedos por su pecho hasta llegar a su cinturón. Lo desabroché. Robert gimíó en mi boca, sabía perfectamente qué me proponía. Y tembló.

Para cuando deslicé la cremallera de su bragueta, nuestros besos destilaban una pasión febril y desesperada. No teníamos prisa ni temor a que nada ni nadie nos interrumpiera, pero supongo que las ganas acumuladas durante tanto tiempo se impusieron. Y de algún modo la incredulidad seguía flotando entre los dos. Después de tantas noches imaginándolo, nos costaba creer que nos estuviéramos tocando.

Acaricié su dureza por encima de su ropa interior sin pudor alguno. Robert gruñó al sentir cómo mis dedos marcaban toda su longitud, como si ese roce lo empujara al borde de la locura. Sus manos se detuvieron un instante sobre mis mejillas. A continuación, resbalaron suaves por mi pecho. Temblé cuando noté las yemas de sus dedos colándose bajo mi jersey y comenzó a ascender con una lentitud sofocante.

No pude seguir besándolo, me detuve. Incluso mis caricias se detuvieron mientras sus dedos seguían subiendo por mi piel. Acarició la punta de mis senos justo cuando sus ojos se abrieron y se clavaron en los míos. El Robert que descubrí al mirarme era el hombre visceral y animal que se escondía bajo miles de capas de rectitud y severidad. Ese hombre iba a devorarme e iba a entregarse a mí por completo, me enseñaría cosas que nadie más había visto, ni siquiera él. Y me estremecí con violencia cuando apretó mis pechos.

Me curvé hacia atrás, inclinando la cabeza en busca de aire. Tal vez esa caricia no era demasiado, pero para mí lo fue. Lo significó

todo. Entonces, me zambullí de nuevo en su boca. La electricidad que me provocaban sus besos me atravesó entera.

—Llévame arriba —susurré contra su boca al tiempo que le arrancaba la chaqueta—. Ahora.

—¿Qué hay arriba? —jadeó.

—El lugar donde vas a hacerme el amor.

De inmediato, sus manos se clavaron en mis nalgas y me levantó del suelo, apretándome contra su cuerpo. Rodeé su cintura con las piernas sin saber que su erección se apoyaría en mi sexo. La oleada de placer fue tan inmensa que incluso Robert tuvo que tomarse un instante para recuperarse. Aun así, me empotró contra la pared y se frotó contra mí.

—¿Cómo sabes que voy a hacerte el amor? —jadeó sin apenas aliento.

Clavé las uñas en sus hombros y lamí su mandíbula antes de mirarlo a los ojos.

—¿Pretendes que nos sentemos a contar estrellas?

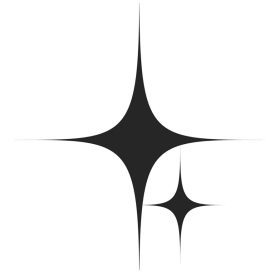
—No... Pero tampoco creo que pueda ser suave.

—Bien —sonreí—. Porque iba a pedirte justo lo contrario.

Sentí cómo su dureza temblaba pegada a mi entrada. Por todos los dioses, la necesitaba dentro de mí, invadiéndome.

—Muévete, Kingsley.

—A sus órdenes, Aberdeen.



CHARLOTTE

Robert empezó a subir las escaleras como si fuéramos una sola criatura hambrienta. Cada peldaño que ascendía lo hacía sin esfuerzo mientras me sostenía con una firmeza que me hacía temblar. Su respiración se mezclaba con la mía, y en su mirada había una determinación feroz. Estaba decidido a devorarme. Y yo a rendirme a él.

Siempre supe que era un hombre apasionado, pero jamás imaginé que su deseo pudiera ser tan salvaje y absolutamente masculino. Su fuerza me excitaba hasta el delirio, su forma de caminar conmigo encima, su olor a sexo contenido y a lluvia, su mandíbula apretada o sus manos clavadas en mis nalgas. Era tan excitante y varonil que sentí que mi cuerpo apenas resistiría cuando lo tuviera desnudo sobre mí.

Me aferré a él con una necesidad que, en cualquier otro contexto, me habría avergonzado. Pero, en ese momento, el pudor no existía.

Cuando llegamos arriba, Robert me dejó en el suelo con una delicadeza que contrastaba con la dureza de su cuerpo. Me miró, excitado y jadeante, como si también estuviera a punto de estallar. Y

yo no sabía si quería que me arrancara la ropa o que me empujara contra las estanterías y me follara hasta hacerme gritar.

Me tomé un instante para recuperar el aliento. Había algo hipnótico en aquel rincón. A pesar de la penumbra, el ambiente entero irradiaba una calidez mágica, casi ancestral. Ventanales de cristales de colores teñían las sombras de tonos tenues. El suelo, cubierto de alfombras mullidas, se fundía con montones de cojines dispuestos sin orden aparente, formando un nido bohemio y acogedor que invitaba a rendirse. Decenas de guirnaldas se enredaban a las plantas y cruzaban el techo, como si un hada descarada hubiera decidido hacer del deseo una decoración permanente. Ese lugar se había creado para soñar, y ahora uno de mis sueños estaba a punto de hacerse realidad.

Avancé hacia el hombre al que amaba y le quité el jersey. Robert alzó los brazos y se dejó hacer sin oponer resistencia ni apartar sus ojos de mí. Arrojé la prenda a un lado. Ni siquiera vi dónde cayó, estaba demasiado hipnotizada por su cuerpo. Esa piel tibia y perfecta, ese pecho esculpido con años de autocontrol y disciplina, el vello que se deslizaba con suavidad hacia su abdomen.

Era la belleza cruda que la vida había intentado someter. Y al acariciar la cicatriz, todavía oculta, de la herida que a punto había estado de matarlo, me estremecí.

—Ni se te ocurra pensar en ello, Charlotte —me ordenó Robert, que se había colado en mis pensamientos.

Quizá vio que el temblor de mis dedos escondía preocupaciones demasiado crueles.

—Me cuesta. —Era complicado olvidar que Robert había estado al borde de la muerte.

Torció el gesto y acarició mi mejilla.

—Pero estoy aquí. Y soy tuyo.

—¿Mío?

Robert apoyó su frente en la mía, y yo cerré los ojos.

—Completamente.

—Eres mío... —jadeé. Sentí esa certeza instalándose en mi sistema.

No pude evitarlo. Me incliné hacia él y empecé a besarle el pecho. Mis labios recorrieron su piel, dibujaron el contorno de sus costillas, su esternón, hasta descender por ese vientre que se me contraía con cada caricia. Cada vez que él suspiraba trémulo, yo ansiaba hacerle más.

Me arrodillé ante a su erección con el pulso fuera de control. Robert me miraba encendido, con la mandíbula tensa, sin perderse un solo movimiento. Y tembló cuando mi mano se coló en su ropa interior y atrapó su erección. Lo sentí duro y palpitante entre mis dedos al liberarlo.

Miré a Robert desde abajo y me lamí los labios antes de frotar su dureza con ellos. Despacio, saboreando su calor, su textura y su tamaño. Mi hombre gruñó de puro placer y enredó con suavidad sus dedos a mi cabello. No le quité ojo de encima cuando me introduje su glande en mi boca. Fue por eso por lo que pude ver cómo tragaba saliva, como si esa visión lo estuviera rompiendo por dentro.

—Será mejor que no hagas eso —murmuró.

—¿Por qué?

Lo cierto era que me costó horrores no tragármelo entero.

—Porque no aguantaría ni un minuto...

Su sinceridad me hizo sonreír.

—¿Tan débil es su resistencia, profesor? —dije bajito, sin dejar de acariciar su erección.

—Ahora mismo sí...

Esa mezcla de vulnerabilidad y poder en él me fascinaba. Era mío. Estaba a mi merced. Y no había nada más sexi que ver a un hombre así de perfecto perder el control por mi culpa.

Robert me tomó de las manos y me puso en pie con gesto decidido antes de besarme como si llevara años sin probar agua. Sus manos se colaron bajo mi jersey, lo agarraron con rabia y me lo arrancó sin miramientos. La tela quedó olvidada entre las sombras, junto a la suya.

Entonces me abrazó y el contacto piel contra piel me arrancó un jadeo. Sus manos se aferraron a mi espalda al sentir mis pechos aplastarse contra su pecho mientras un suspiro áspero escapaba de su garganta. Ese contacto lo fue todo. Me erizó zonas de mí que no creía que existieran. No podía creer que esa fantasía de hombre ahora estuviera entre mis brazos.

Robert me hizo retroceder, sin dejar de besarme, y me tumbó con lentitud sobre la mullida alfombra. El terciopelo me recibió con suavidad justo cuando él encajaba su cintura entre mis piernas.

Sus labios recorrieron mi cuello, mis clavículas, descendieron entre mis pechos. Su lengua se demoró allí, provocándome oleadas de placer solo con el roce. Continuó bajando hacia mi vientre y enganchó los dedos a la cintura de mi pantalón de pijama. En cuanto me tuvo completamente expuesta, Robert se detuvo, sentado en sus talones. No hizo nada, simplemente me miró. Sus ojos me recorrieron con una lentitud insoportable, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. Se mordió el labio y tragó saliva.

—¿Te haces idea de lo hermosa que eres? —susurró.

Esa maldita declaración me dejó sin aliento. No podía creer lo ciega que había estado todo este tiempo, pensando que mis sentimientos por él debían quedarse encerrados dentro de mí. Ese deseo y ese amor que Robert sentía por mí no se construían en unos pocos días. Era algo que se había ido gestando con el paso de los meses y había culminado en ese instante en que me tenía completamente desnuda mientras le pedía en silencio que me tomara entera.

Robert se inclinó y comenzó a besar mi piel con una devoción salvaje. Cada roce de sus labios era una caricia que quemaba y sanaba a la vez. Su lengua se deslizaba como un conjuro secreto, trazando caminos invisibles por la cara interna de mis muslos.

—Eres injusto, Kingsley... —suspiré. Porque él no me había dejado saborearlo. Aunque lo entendía.

—Cierto, lo soy —susurró, y luego desapareció entre mis piernas.

Su boca tocó mi centro con una maestría animal y no pude contener un grito. Arquee la espalda mientras su lengua se movía sin misericordia. Lenta y profunda. Rápida y precisa. Cada embestida era una descarga eléctrica que me sacudía y hacía que me retorciera de placer, buscando algo a lo que aferrarme.

Mis caderas se alzaron instintivamente hacia su boca, y él gruñó encantado por mi entrega. Me sujetó con firmeza, devorándome como si el cielo estuviera justo ahí, en mi sexo. Y cuando estuve a punto de correrme, Robert detuvo sus caricias y trepó por mi cuerpo para besarme. Esa mezcla de deseo y ternura me desarmó. Me sentí adorada, saciada y desesperada por más.

—Quiero sentirte dentro de mí, Robert... —jadeé, aferrándome a su espalda con furia. Noté cómo su erección acariciaba mi entrada, tentándome.

Se incorporó para terminar de quitarse la ropa que le quedaba y sentí un latigazo en el vientre cuando se mostró ante mí, gloriosamente desnudo. Abrí las piernas para él. Él me miró con una intensidad casi violenta y en su rostro se dibujó una media sonrisa feroz, como si por fin le hubieran dado permiso para desatarse por completo.

Se tendió sobre mí, me agarró de las caderas y me penetró con lentitud, sin apartar sus ojos de los míos. Temblé al notar cómo me llenaba y solté un gemido ronco. Robert apretó los dientes y esperó inmóvil un instante, con la frente pegada a la mía, como si quisiera asimilar la humedad que lo abrazaba.

Entonces, empezó a moverse, muy despacio. Cada empuje mandaba descargas de puro placer a mi centro. Me aferré a él, clavando mis uñas en su espalda. La recorrí entera y le mordí el cuello. Él gruñó y se empujó más hondo. Poco a poco, el ritmo se volvió más rápido, más sucio e intenso.

Las embestidas se sucedían, golpeaba con la fuerza que le pedía, con el deseo en carne viva. El cuerpo me temblaba, me sentía al borde del abismo. Pero cuando eso pasaba, Robert descendía el ritmo y me besaba. Quería eternizar ese momento tanto como yo.

Entonces, lo empujé hacia un lado. Su miembro me abandonó de golpe, pero enseguida me subí a horcajadas sobre él y me empalé mientras sus manos se clavaban en mi trasero y me apretaban contra él. Empecé a montarlo como una fiera, con el pelo pegado a la cara, la mirada nublada y los muslos en llamas.

No dejamos de besarnos ni un instante. Fuimos dientes y lenguas y jadeos que ninguno de los dos entendíamos.

Lentamente, el orgasmo empezó a construirse en la parte baja de mi vientre. Los movimientos se volvieron erráticos. Estaba tan cerca de estallar.

—Robert —susurré sin aliento.

Él me respondió con una embestida brutal desde abajo y, de pronto, la culminación me invadió entera. Fue tan impresionante que me llené de espasmos mientras seguía frotándome contra él en busca de alargar el placer.

El orgasmo fue largo y estremecedor. Robert no tardó en seguirme. Enterró la cara en mi hombro con las últimas embestidas, me abrazó con fuerza y se corrió con un gemido grave.

Acogí sus temblores aferrándome a él con las pocas fuerzas que me quedaban. Y nos besamos con suavidad, aun asfixiados y con la piel perlada en sudor.

—No te vayas —murmuré.

Robert se incorporó para mirarme.

—¿De verdad crees que podría?

—Aquella noche lo hiciste. Me dejaste...

No debería haber pensado en ese momento cuando aún lo tenía dentro de mí. Sus manos escalaron con suavidad por mi cuerpo para terminar capturando mi rostro.

—Pero ahora soy real —dijo bajito mientras frotaba mis mejillas con sus pulgares—. Y ya te he dicho que estoy loco por ti.

Sonreí y volví a besarlo. Nunca me cansaría de hacerlo.

—¿Te dije alguna vez que te quiero? —susurró en mi boca.

El calor de sus palabras me recorrió de arriba abajo, me estremeció.

—Lo dijiste en el peor momento. Creí que esa era tu forma de despedirte.

Robert no dijo nada al instante. Solo me abrazó más fuerte. Sentí que su respiración se volvía más honda y contenida, como si de alguna manera se hubiera acordado de ese instante en que me besó bajo la lluvia y usó su último gramo de fuerza para enviarme una imagen de dónde estaba su cuerpo.

—Podría compensarlo diciéndotelo cada día.

—Creo que eso sería exigirte demasiado, don Estirado. —Sonreí contra su boca.

Entrecerró los ojos.

—Verás, se me ocurren varias formas de castigarte en este preciso momento.

—¿Ah, sí? —lo desafié.

—Ven aquí.

Me agarró de la cintura y me tumbó en la alfombra para ponerse encima mientras nos reíamos. Debería haberme sentido avergonzada por estar desnuda junto a mi profesor en el desván de la tienda de mi familia. Pero no fue eso lo que sentí.

Nuestras sonrisas se apagaron y pasamos a observarnos con intensidad. Acaricié su rostro con un dedo, despacio, notando su piel bajo la yema. El contorno firme de su mandíbula. La curva tensa de su ceja. La sombra de una cicatriz apenas visible bajo el pómulos. Robert cerró los ojos un segundo, rindiéndose al contacto.

—Yo también te lo dije —susurré—. Y cuando te vi en la cueva creí que todo había sido un sueño.

Noté como una de sus manos recorría todo mi cuerpo mientras el suyo se acomodaba contra mí.

—¿Te parezco lo bastante real? —jadeó.

—Te lo diré después de besarte.

Nuestros labios se encontraron sin esfuerzo. No fue un beso lento, aunque tampoco urgente. Fue ese punto exacto donde la calma se funde con el deseo.

—¿Mejor? —preguntó contra mi boca.

—Mucho mejor —sonreí.

Nos quedamos así, enredados. Su cuerpo sobre el mío, entregándonos sonrisas vagas, compartiendo la respiración.

Pero, de pronto, las guirnaldas titilaron hasta prenderse. Un resplandor suave y tenue lo impregnó todo y una brisa fría nos rodeó logrando que se nos erizara la piel. No fue un viento real. Ambos lo supimos al mirarnos, extrañados. Era el aviso inequívoco de una presencia que solo yo pude ver.

De pie, junto a la ventana, una mujer me observaba. Llevaba un vestido largo, de lino crudo y mangas estrechas. Una frondosa melena roja oscura caía suelta, enmarcando un rostro arrebatadoramente hermoso.

Toda ella destilaba una energía familiar y acogedora. No la temí porque la sentí como si fuera algo mío.

Entonces, me sonrió con dulzura. Y, a continuación, desapareció. No se desvaneció ni se esfumó. Simplemente, dejó de estar. Quizá fue su forma de confirmarme que lo mío con el mundo sobrenatural no iba a ser cosa de una sola vez y que ella me seguiría allá donde yo fuera.

Quizá fue su forma de darme la bienvenida.

—¿Qué ves, Charlotte? —preguntó Robert, devolviéndome a la realidad.

Me pudo la timidez y agaché la cabeza.

—Nada...

No insistió. Solo me entregó esa clase de mirada que no exige, que solo espera y tiene intención de erigirse como el cómplice al que podría confiarle cualquier cosa. Robert ya sabía que yo tenía un don y no se le ocurriría que nadie lo cuestionara. Ni siquiera yo misma.

Esa entrega me llenó el corazón de amor, y respiré hondo.

—Era una mujer... Mary Aberdeen —confesé, cabizbaja.

Robert no se sorprendió. Solo asintió y me acarició el pelo.

—¿Ha dicho algo?

—No. Simplemente me ha sonreído y se ha ido.

Su mano me acarició la mejilla, despacio. Luego vino otra caricia. Y otra más y pequeños besos suaves por toda mi cara.

—Faltaba ese toque de magia para culminar la noche más hermosa de mi vida.

Me reí bajito.

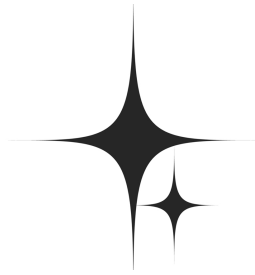
—Cariño, esto apenas es el principio.

—Por supuesto que sí.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, esta vez sin prisa y llenos de calidez. Cerré los ojos, saboreando a ese hombre que era mío y al que yo también pertenecía. Pensé en todo lo que habíamos sido. Y en todo lo que vendría.

Iba a ser mágico.

TEST DE LOS CINCO SENTIDOS



Un toque de magia huele a...

Páginas de libros antiguos, un día de lluvia, cera de vela, leña ardiendo, incienso de sándalo y café recién hecho.

Un toque de magia sabe a...

Té Earl Grey, bollos de canela, al ponche de Meredith y a un beso suave.

Un toque de magia suena a...

El silencio respetuoso de una biblioteca, el crepitar de un fuego en la chimenea y una canción de los años 40 que se cuela a través del tiempo.

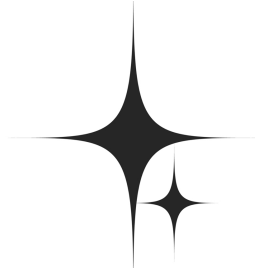
Un toque de magia se ve como...

Un fantasma, una constelación de estrellas y la caligrafía temblorosa de una carta de amor.

Un toque de magia se oye como...

Una dulce tormenta, el crepitar del fuego y la certeza absoluta de que el destino ya ha elegido por ti.

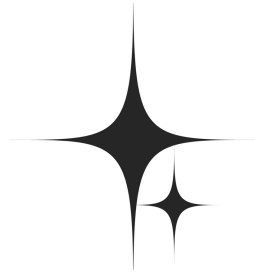
SOBRE LAS AUTORAS



Narah Jones vive en el norte de Madrid. Es la nueva iniciada del aquelarre literario. «Un toque de magia» es su primer gran hechizo, conjurado con altas dosis de té, la ayuda de su gato familiar y alguna vela que otra. Se rumorea que para escribirlo tuvo que negociar con una poderosa hechicera de las tramas adictivas.

Alessandra Neymar vive en una cueva. Después de gobernar a la mafia (y sigue haciéndolo), ha decidido aceptar también un puesto con mejores vistas: archibruja. Así que ahora domina los pactos de sangre y usa conjuros de tinta.

MANTÉN VIVA LA MAGIA



Si la historia de Charlotte y Robert ha «tocado» tu corazón, la mejor forma de hacer magia es regalándonos una valoración en Amazon. ¡Son como pequeños hechizos que ayudan a que otros lectores se unan a este universo!

La magia es más poderosa cuando se comparte. Si quieres ser la primera en conocer los secretos de la Serie Aberdeen, descubrir contenido exclusivo y no perderte el lanzamiento de las siguientes entregas, solo tienes que seguirnos en redes.

¡Os esperamos, hechiceros!

Instagram

[@narah.jones_oficial](#)

[@alessandraneymar](#)